
Daria Pietrzak
EL MORADOR

EL MORADOR

Daria Pietrzak

Copyright © 2021 Daria Pietrzak

Quedan reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, transmitida o utilizada de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluida la fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor, salvo en los casos permitidos por la ley.

Diseño de portada: Daria Pietrzak
Ilustración de portada utilizada bajo licencia estándar de iStock

Para tu lado oscuro.
Espero que disfrute de este libro.
Y para mi lado oscuro, que me ha ayudado a escribirlo.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
Aquellos días de verano
Regreso al hogar
Las buenas amigas saben guardar secretos
La herencia recibida
Del diario de Clara
La historia de Silvia
La decisión de Ray
La cabaña de Jaga
La decisión de Lis
Un atajo en la noche
About The Author
Books By This Author

Capítulo 1



AQUELLOS DÍAS DE VERANO

—¡Cuidado!

—Lisi, ¡agárrate fuerte, ahí viene!

—No puedo Greg, me voy a caer, esto se mueve demasiado.

—¡Aguanta! Creo que después de esta ola la tormenta habrá pasado, pero tienes que sujetarte bien, ¡esta es gigante!

—¡Ahhhh!

—Te lo dije. Tenías que agarrarte con fuerza.

—Me has empujado de la colchoneta, has sido tú.

—No, nada de eso, ha sido la tormenta, ¿cómo crees que se siente una tormenta en alta mar? Pues así, exactamente.

—Seguro.

—Anda, vuelve a subir que aún nos queda mucho viaje hasta la isla.

—Pero esta vez voy yo delante.

—De eso nada, yo me tengo que poner delante porque soy el timonel y tú ahí detrás, porque eres el que rema.

—¿El remador?

—Sí, eso. Coge tu remo. —Lis cogió el palo con el que iban a impulsarse a través de las olas de un mar cada vez más en calma, una vez pasada la tormenta que los había obligado a luchar a brazo partido para no naufragar, y se acomodó en la parte de atrás de la colchoneta.

El sol calentaba con mucha fuerza en esas primeras horas de la tarde; en el patio, bajo la sombra de la casa, la temperatura era lo suficientemente soportable como para sentarse y esperar a que unas nubes inexistentes o el lejano atardecer apagaran esa bola de fuego que miraba al mundo que agonizaba bajo ella sin una pizca de clemencia. Allí era donde Greg y Lis se afanaban por mantener el equilibrio sobre una colchoneta hinchable que les serviría para cruzar el mar Atlántico en su búsqueda de una isla misteriosa de la que muy pocos hombres habían oído hablar y solo un puñado de ellos se había atrevido a pisar. Las leyendas hablaban de tesoros

incalculables acumulados en cofres durante décadas por piratas codiciosos, que habían tenido la mala fortuna de morir o desaparecer antes de regresar a reclamarlos, custodiados por monstruos desconocidos pero terribles que no dudaban en devorar a cualquier insensato que pusiera un pie en sus costas. Pero eso no consiguió desanimar a los dos hermanos, compañeros de innumerables aventuras similares, que, a primera hora de aquella calurosa tarde de verano, habían puesto rumbo a sus costas, siguiendo las indicaciones garabateadas por un pirata ebrio con quien tuvieron la buena fortuna de tropezarse en el puerto. A su lado, un cubo de plástico lleno de agua fresca ayudaba a aliviar el calor y también servía para poner en escena la tormenta en alta mar que se cernía constantemente sobre ellos, descargando toda su furia sobre la colchoneta, que se agitaba violentamente entre el oleaje, y sobre sus ocupantes, que a duras penas lograban permanecer agarrados a ella y evitar caer en las negras y turbulentas aguas que se levantaban a su alrededor como monstruos submarinos agitando sus tentáculos para alcanzarlos.

—¡Vamos, Lis, rema más fuerte! Ahí viene otra vez a por nosotros.

—Eso es porque nos estamos acercando, algo no quiere dejarnos llegar.

—Será alguna clase de magia que protege este lugar...

—No lo sé, pero rema, ¡que nos arrastra la ola!

—¡La embarcación está volcando! —y dicho esto Greg agarró la colchoneta por ambos lados y comenzó a levantarla violentamente tratando de hacerles zozobrar.

—¡Ah! ¡He perdido el remo, ha caído al agua! A lo mejor puedo alcanzarlo —respondió Lis, estirando el brazo fuera de la colchoneta, tratando de llegar hasta el remo, que se hundía con asombrosa rapidez en las agitadas aguas.

—Déjalo, ya es demasiado tarde, no puedes hacer nada.

—¿Qué es eso? ¿Humo? —Lis se puso de rodillas señalando el camino de tierra que conducía hacia la casa, bordeando la colina.

—No, es un coche, y viene hacia aquí. —En un instante las aguas del bravo mar Atlántico se calmaron por completo, dejando que los

dos niños flotasen con suavidad encima de su colchoneta, a la deriva; pero las aventuras que les esperaban al otro lado del océano habían quedado olvidadas por el momento, con toda la atención puesta en el visitante que llegaba por el camino.

Normalmente no recibían visitas en casa; la abuela no tenía por costumbre invitar a nadie, al menos en el tiempo que pasaban ellos en la granja, salvo a una vieja amiga que vivía no lejos de allí, y el abuelo había salido de viaje otra vez, por lo que la llegada de ese coche, además de inesperada, despertaba toda su curiosidad.

Enseguida escucharon cómo se abría la puerta de la casa y los pasos de su abuela sobre el porche de madera. Se levantaron corriendo para dar la vuelta a la casa justo en el momento en el que una vieja furgoneta se detenía traqueteando en el camino de acceso. Esperaron pacientemente pero intrigados a que su abuela se acercara al conductor. Al volante se encontraba un hombre mayor, de la edad de su abuelo aproximadamente, cuyo rostro no les resultaba familiar a ninguno de los dos; puede que fuera un vecino del pueblo, pero si le habían visto en alguna otra ocasión en sus excursiones a la tienda o dando un paseo no habían guardado ningún recuerdo de él. Los dos adultos intercambiaron un saludo y unas palabras que los niños no alcanzaron a escuchar, por más que se esforzaron en ello, aguzando el oído; sin embargo pudieron deducir por sus gestos que se trataba de alguien conocido por su abuela y que su llegada no era inesperada. Tras la breve conversación, el hombre descendió de la furgoneta y se dirigió a la parte de atrás, seguido de cerca por los pasos de la abuela. Los niños estiraron el cuello para ver lo que sucedía al otro lado del vehículo. El portón trasero se abrió y les perdieron de vista, parapetados tras la esquina de la casa, desde donde solo alcanzaban a ver las pantorrillas de los dos adultos por debajo de la puerta de la furgoneta. Los niños estaban impacientes por averiguar lo que sucedía tras esa puerta pero no se atrevían a acercarse sin una invitación y se dirigían el uno al otro miradas ansiosas e interrogadoras.

—¿Quién crees que es? —preguntó Lis entre susurros, como si desde esa distancia pudieran oírlos.

—Ni idea; y ¿qué traerá ahí atrás? Sea lo que sea, se lo está enseñando a la abuela.

—A lo mejor es una gallina.

—¿Una gallina?

—Sí, ya sabes, un pollo.

—¿Y se puede saber para qué iban a querer los abuelos una gallina o un pollo? —Lis se encogió de hombros, sacando el labio inferior hacia afuera para demostrar que no tenía respuesta a esa pregunta.

—¿Para cenar? —aventuró sin estar muy convencida de lo que decía.

—¡Lis, Greg, venid aquí! —llamó al fin la abuela, asomando su cabeza desde detrás de la puerta trasera y poniendo fin a sus especulaciones.

Su voz fue el pistoletazo de salida de una carrera de treinta metros digna de cualquier final de unos Juegos Olímpicos y, antes de que terminara de pronunciar la última palabra, los dos niños corrían atravesando el campo sembrado de flores hacia el coche, olvidada la colchoneta, la tempestad y la isla desconocida con su tesoro.

Aparecieron a su lado como un pequeño tornado, frenando al unísono un momento antes de estamparse contra la puerta metálica, y rodearon a su abuela cada uno por un lado, buscado la mejor posición para observar el interior del vehículo. Apenas prestaron atención al hombre que se erguía junto a su abuela porque enfrente de ellos, en la parte trasera de la furgoneta, había una caja de cartón abierta y dos pequeñas cabezas peludas asomaban de su interior, mirando con expectación a los humanos con unos ojos diminutos y brillantes, negros como dos botones. Unas lenguas rosadas y húmedas se asomaban por sus abiertas bocas, jadeando por el calor del interior, y mojando el cartón de la caja que los contenía a duras penas.

—¡Abuela!

—¡Abuela!

—¡Son preciosos!

—¿Son nuestros?

—¿Podemos quedárnoslos?

—¿Cómo se llaman?

—¿Podemos cogerlos? ¿Por favor?

—¿Por favor?

La abuela no pudo evitar reírse ante la algarabía de gritos, sonidos inarticulados y el interminable torrente de preguntas que salían a borbotones de las bocas de sus nietos mientras se abalanzaban hacia delante, sacando a los cachorros de la caja y cogiéndolos en brazos sin poder contenerse; todo para mayor alegría de los animales, que enseguida empezaron a menear la cola como si de una hélice se tratara y a lamerles las mejillas, excitados también por sus voces y por la perspectiva de salir por fin de la caja.

—Despacio, niños, tened cuidado, que aún son muy pequeños.

—¡Oh, abuela! ¡Son cachorritos!

—Me encantan, abuela, ya los quiero, los quiero más que a nada —Lis se abrazaba a su cachorro estrujando su rechoncho cuerpo contra el suyo mientras el animal trataba de liberarse de la presión y arrojarse al suelo.

—A partir de ahora son vuestros, nos los ha traído el señor Tomason —contestó la abuela exhibiendo una sonrisa de plena satisfacción. Era algo que había preparado mucho antes del verano; durante una de sus visitas al pueblo se enteró de que la perra del señor Tomason estaba preñada y no dudó en reservarle un cachorro para dar una sorpresa a sus nietos. Inicialmente había pensado en coger uno solo, pues sería más fácil convencer a su marido —que no era un gran amante de los animales, ni mucho menos de las obligaciones que conllevaban—, pero en el último momento el señor Tomason le pidió que se quedara con otro más, pues era el último que le quedaba de la camada y le daba mucha pena separarlo de su hermana, ya que eran como uña y carne. Clara ni siquiera tuvo que pensarlo; al fin y al cabo, la granja era muy grande y tenían sitio de sobra y, como se suele decir en estos casos, donde come uno comen dos: doble alegría para los niños.

—¡Bieeeen! —gritaron al unísono, saltando con los cachorros fuertemente agarrados entre sus brazos, que empezaron a lanzar estridentes ladridos de emoción o de pánico, era difícil de saber.

—¡Calma, calma! Prestad atención porque hay muchas cosas que hacer antes de que regrese el abuelo o los cachorros no podrán quedarse, ¿de acuerdo? —Aquellas palabras surtieron el efecto de un potente calmante que actuó al instante y les hizo detener sus saltos y risas y prestar la mayor de las atenciones. Ahora que tenían a esos dos animales pequeños, peludos y adorables entre sus brazos no estaban dispuestos a separarse de ellos por nada del mundo, nunca más.

—Primero llevadlos al granero mientras me despido del señor Tomason... y dadle las gracias.

—Gracias, señor Tomason —dijo Greg, poniendo por primera vez la vista sobre el hombre que tenía a su lado.

—Los cuidaremos muy bien, señor Tomason —añadió Lis, haciendo una pequeña reverencia.

—No me cabe la menor duda, jovencita, sé que están en buenas manos —respondió el hombre con una sonrisa mientras observaba cómo los niños se alejaban en dirección al granero, cargando con dificultad con los dos rechonchos cachorros.

El resto del día se convirtió en una emocionante locura; los niños no pararon de reír y de correr de un lado a otro, con los cachorros enganchados a los cordones de sus zapatillas mientras preparaban unas mantas viejas que servirían de forma provisional como camas para el granero y se hacían con unos recipientes adecuados para el agua fresca y el pienso, que el señor Tomason había traído en su furgoneta. Cualquier tarea se transformaba en un juego y les ocupaba el doble o el triple del tiempo que requería, gracias, sobre todo, a la valiosa ayuda de los perros. Cuando el sol se puso tras la colina, la abuela Clara tuvo que obligarlos a entrar en la casa para la cena, un lugar donde los cachorros tuvieron prohibida la entrada desde el primer momento. Devoraron la comida en cuestión de minutos y, antes de que los platos sucios acabaran en el fregadero, suplicaban a su abuela, con la voz más lastimera y la boca llena aún con el último bocado, que les dejara salir un ratito más para darles las buenas noches a los cachorros.

Los cachorros era una mezcla de mastín y labrador, por lo que serían grandes y fuertes, como atestiguaban sus rollizas patitas y el

grosor de su cuello; tenían las orejas caídas, un largo rabo y una tripa hinchada que indicaba que requerían, e iban a hacerlo en el futuro, una considerable cantidad de pienso. Uno de ellos era una hembra de color canela y enseguida Lis se hizo cargo de ella y la tomó bajo su protección; también fue tarea suya ponerle un nombre y, tras pensarlo detenidamente y observar al perrito desde todos los ángulos, llegó a la conclusión de que, evidentemente, tenía que llamarse Cana, debido a un mechón muy claro, casi blanco, que tenía encima de la ceja izquierda. Después le llegó el turno a Greg de buscarle un nombre a su abanderado, que era negro como el carbón, tanto que apenas era posible distinguir cuando tenía los ojos abiertos y cuando cerrados. Y esa fue finalmente la razón de que fuera bautizado como Noche.

Los cuatro se hicieron inseparables desde el primer día; puesto que los animales tenían vetado el acceso a la casa, y esta era una regla que se respetaba estrictamente, todas las actividades, desde el desayuno hasta la cena, pasaron a realizarse en el exterior de la vivienda; la abuela tuvo que hacer uso de sus mejores dotes de persuasión, diplomacia y una pizca de intimidación para lograr que la comida se sirviera dentro, sentados alrededor de la mesa de la cocina, cómodos y resguardados en las horas de más calor. Pasados unos días, sin embargo, ante la insistencia de los niños y el hartazgo de la buena mujer, se decidió a rescatar una vieja mesa de jardín que vivía sus últimos días pudriéndose bajo el sol, abandonada en la parte trasera de la casa, y la instaló en el porche delantero. Los niños la frotaron a conciencia, devolviéndole un aspecto que había quedado enterrado bajo una gruesa capa de polvo y barro, y cuando acabaron, el mueble volvía a gozar de una segunda vida. Lis pensó que había que celebrarlo, por lo que se hizo con un viejo tarro de mermelada, que la abuela guardaba bajo el fregadero para las conservas o los gusanos para pesca, y colocó en el interior un buen puñado de dientes de león, que crecían en abundancia por todo el patio, rodeando la casa como un tupido y suave manto amarillo. Cuando la abuela salió al porche se quedó sorprendida y por un instante no dijo nada, su mirada se detuvo sobre el improvisado jarrón durante más tiempo del necesario y, al percatarse de la

preocupación que rebosaba de los ojos de su nieta, que esperaba su aprobación, se apresuró en esbozar una radiante sonrisa.

—La mesa está perfecta —puso especial énfasis en la última palabra—, mucho mejor de lo que habría imaginado, habéis hecho un gran trabajo. Y las flores son preciosas, niños. Ha sido una buena idea —añadió para sí misma.

Y con estas palabras se acabaron todas las discusiones que pudieran surgir durante aquel verano; con el paso de los días, incluso la abuela se acostumbró a realizar sus labores al aire libre, sentada en el porche ante la mesa, cosiendo, pelando patatas, deshuesando un pollo o zurciendo una camisa del abuelo o un pantalón de los niños. El porche se convirtió en el lugar más acogedor de la casa: el aire era fresco y fragante, con unas vistas maravillosas desde lo alto de la colina y con los niños enredando todo el día de aquí para allá, revolcándose con los perros, jugando a las cartas, contando historias o dormitando en las colchonetas que habían instalado para tal fin. La abuela adoptó la costumbre de cambiar regularmente las flores del florero cuando se marchitaban, de manera que siempre hubiera un ramo fresco encima de la mesa y, cuando se olvidaba, era Lis la que tomaba el relevo y traía un puñado de flores recién cortadas, convirtiendo la improvisada decoración en una tradición familiar.

Cuando el abuelo Daniel regresó a casa, al cabo de dos semanas, se sorprendió al conocer a los nuevos miembros de la familia, pues su mujer había guardado celosamente el secreto incluso para él, y frunció el ceño, mirando de soslayo a los traviesos cachorros que los niños sujetaban con fuerza entre los brazos para evitar que se abalanzaran sobre el nuevo visitante, echando por tierra la imagen de animales tranquilos y bien educados que estaban tratando de trasmitir. Todos, incluido el abuelo, sabían que en cuanto pusieran dos de las cuatro patas en el suelo se lanzarían sobre el recién llegado ansiosos por conocer su olor, le derribarían contra el suelo, sacudiendo el rabo como si de un látigo se tratara y lamiendo cualquier pedazo de piel desnuda que lograran encontrar. El abuelo Daniel no se dejó engañar, por supuesto, pero decidió claudicar en silencio para no convertirse en el ogro que sin duda sería si trataba

de romper el consenso familiar. La mirada suplicante de su esposa le dio el empujón que necesitaba para ceder y se acercó a acariciar las peludas cabezas de los cachorros y también de los niños, sellando de esta forma el acuerdo.

Lo cierto es que, durante el mes de vacaciones Lis y Greg se ocuparon de los cachorros sin descanso, cumpliendo con todas las obligaciones que su compañía conllevaba y la última de ellas, la que supuso más cantidad de tiempo y de trabajo, fue construir una bonita y confortable caseta para Cana y Noche, toda una gesta que completaron con la ayuda del abuelo, su consejo y sus herramientas, y que se prolongó durante lo que restaba de sus vacaciones. Utilizaron un grueso plástico impermeable para forrar el tejado y evitar goteras durante los días de lluvia, los tablones del granero sirvieron para dar forma a la estructura e incluso para poner una rampa inclinada en la entrada, que evitara la entrada de barro y agua al interior en los meses más húmedos, cuando la mitad del patio se transformaba en un resbaladizo barrizal. Forraron el suelo con mantas viejas y, para terminar, clavaron en la pared una foto de los niños sujetando a los cachorros mientras estos les lamían la nariz, para que de esta forma no se olvidaran de sus rostros durante los largos meses que restaban para su regreso al verano siguiente.

Cuando sus padres llegaron para llevarlos de vuelta a la ciudad no podían imaginar lo que les esperaba. La abuela había intentado prepararlos para la despedida, aunque, llegado el momento, nada de lo que dijo pareció surtir efecto. Lis lloraba a lágrima viva y los goterones caían sobre su camiseta en un torrente que parecía no tener fin mientras trataba de explicar entre sollozos e hipidos que no podían abandonar a los cachorros, el solo hecho de pensarlo era un acto cruel y desalmado. Ellos eran su familia y estaba más que convencida de que se morirían si no se quedaban a su lado, ya que nadie más que ellos podían y sabían cómo cuidarlos. Visto que el chantaje emocional no despertaba la reacción deseada, Greg optó por la táctica más pragmática de negociar con su padre, de hombre a hombre, los términos del acuerdo que les permitieran llevarse los cachorros a casa, comprometiéndose en una serie de puntos bien desarrollados a sacarlos a pasear todos los días, a lavarlos cuando se

ensuciaran y a darles de comer puntualmente a la hora convenida. Incluso añadió, como último recurso ante la negativa paterna, la posibilidad de encontrar un trabajo después del colegio con el que costear el mantenimiento de los animales, algo sencillo como cortar el césped de los vecinos, a lo que su padre se abstuvo de recordar que vivían en un bloque de pisos y, como mucho, crecía algún geranio en el balcón de la señora del quinto. En cualquier caso, ninguna de las dos estrategias tuvo los resultados que esperaban y solo les quedó suplicar para que se quedaran en la granja unos días más, todos juntos, postergando por poco que fuera la temida despedida, y eso era algo a lo que sus padres ya no tenían fuerzas para oponerse.

Los niños lograron una corta prórroga de dos días y fue del todo imposible conseguir algo más de tiempo puesto que su padre se negó de manera tan tajante que nadie volvió a sacar el tema. En años anteriores, Lis ya había notado que no le gustaba estar aquí, en la granja, y trataba que las visitas fueran siempre breves y esporádicas; de hecho, si de él dependiera, hacía tiempo que habrían dejado de ir. Así que esta vez, cuando al fin su padre accedió a quedarse en la granja, Lis le abrazó con fuerza y le dio las gracias de todo corazón.

Ese fue, sin lugar a dudas, el mejor verano que podía recordar Lis, apoyada en el capó de su coche, inhalando despacio el humo de su cigarrillo mientras observaba la casa, que se levantaba gris y desvencijada, solitaria, en medio de un mar amarillo y mullido de dientes de león, exactamente igual que el primer día que la vio, más de veinte años atrás.

Terminó de fumar el cigarrillo sin apresurarse, deslizando la mirada por la fachada de la casa, por sus sucias ventanas, donde una raída cortina ondeaba tras un cristal partido. En el porche aún se encontraba la mesa, arrinconada en un lateral, y no quedaba ni rastro del vaso con flores que en su día decoraba su superficie. El granero, a la izquierda, se mantenía en pie destartalado, con tablones descolgados aquí y allá, lo que permitía que las alimañas y la lluvia accedieran al interior, echando a perder todo lo que había

almacenado entre sus cuatro paredes. Y a la sombra del granero, una pequeña caseta de madera, como la cabaña de un enanito, sobresalía por entre la maleza que estaba a punto de engullirla, borrando cualquier recuerdo de su existencia. La caseta había permanecido abandonada durante muchos años, desde que Cana y Noche murieron con apenas unos días de diferencia, tal era su compenetración y el cariño que sentían el uno por el otro, y nunca más otro animal ocupó su lugar. El refugio que con tanto esmero e ilusión habían construido durante aquel verano, tanto tiempo atrás, estaba a punto de venirse abajo como un esqueleto blanqueado por el sol, deseando convertirse en polvo y volar con el viento. Y Lis no pudo evitar que su corazón se encogiera un poco sobre sí mismo.

El silencio que habitaba en el lugar la impresionó, no dejaba sitio para ningún sonido propio de un paisaje como aquel y se dio cuenta de que si se quedaba muy quieta podía imaginar que caminaba por un lienzo, en el que las hábiles pinceladas de un artista habían plasmado un mundo rebosante de luz, pero sin vida. Todo alrededor era quietud y soledad, lo que contrastaba vivamente con los recuerdos que le quedaban de su lejana infancia en esas colinas, repletos de risas, de ladridos y gritos, del golpear rítmico de sus pies sobre el polvo del camino y del susurrar del viento entre las flores, bajo sus pies, cuando al caer la noche no cesaban los cantos de las cigarras y el zumbido constante de los mosquitos.

Lo único que había permanecido imperturbable durante todo aquel tiempo, pese al calor, pese a las lluvias, a la nieve y a las heladas era aquel manto de flores amarillas que resistía igual que el primer día, año tras año, estación tras estación, que nunca se marchitaba, que nunca moría; en innumerables ocasiones pasaron corriendo por encima de aquella alfombra natural o se revolcaron entre sus capullos, disfrutando de la sensación sin importarles las consecuencias, pues enseguida los tallos aplastados volvían a ponerse en pie, como soldados heridos tras una batalla, y cuando arrancaban un puñado de flores para ponerlas en un vaso con agua, al día siguiente unos nuevos brotes aparecían para ocupar su lugar. Y así continuaba todavía, meciéndose bajo la brisa de la mañana, hermoso, imperturbable, el único atisbo de vida en la granja, el

único testigo que quedaba de todos aquellos largos años pasados y de todo lo ocurrido allí.

Y Lis había vuelto para averiguar lo que ocultaba, para recordar su infancia, recordar a su abuela y conocer sus secretos ahora que ya era tarde para preguntárselos a ella, ahora que ya no estaba, ahora que había empezado a echarla de menos, tanto que, en cuanto se enteró de la noticia de su muerte, subió a su coche y puso rumbo a la granja, donde no había puesto los pies en muchos años.

Capítulo 2



REGRESO AL HOGAR

A media mañana, el cielo de mediados de julio no anunciaba ninguna tregua. Durante los días pasados el calor fue sofocante y abrasador; permanecer unos minutos bajo el sol equivalía a sentarse delante de un horno encendido a plena potencia con la puerta abierta de par en par. El aire era estático, pesado como una manta mojada y se diría que ni siquiera una mosca sería capaz de remontar el vuelo, incapaz de agitar las alas en esa papilla en que se había convertido la atmósfera alrededor. Tan solo al caer la noche, cuando el sol llevaba oculto algunas horas y aparecían las primeras estrellas, el mundo dejaba escapar su aliento, como una sutil brisa fresca que barriera las colinas y los prados, un bálsamo para las quemaduras, que refrescaba la piel con su delicada caricia, dejando una fugaz sensación de frescor.

El camino de tierra que llevaba a la granja estaba seco y agrietado, no había probado ni una gota de lluvia desde que comenzara el verano y la tierra sufría, resquebrajada y polvorienta. El coche que se acercaba sorteando los baches y las piedras del camino levantaba una columna de polvo tras de sí, como una baliza de humo señalizando su posición. El utilitario, un pequeño Ford plateado que en aquel momento circulaba cubierto de polvo, se desvió por el camino de acceso al patio y se detuvo delante de la casa. Permaneció de esta manera, con el motor en marcha, ronroneando perezosamente bajo el sol de la mañana, rompiendo con su sonido la quietud de un lugar que hasta aquel momento había permanecido dormido. Cuando el polvo de la carretera se asentó sobre las piedras del camino, el motor enmudeció y se abrió la puerta del conductor.

Lis puso los pies lentamente en el suelo, sintiendo el tacto de la arena a través de las suelas de goma de sus zapatillas, y se apeó apoyándose en la puerta y en el techo del vehículo, como si el esfuerzo fuera excesivo para sus jóvenes piernas. A pesar del largo viaje que la retuvo seis horas detrás del volante, tenía la cabeza

despejada y el cuerpo descansado, solo que, una vez en su destino, le faltaba la presencia de ánimo suficiente para continuar por sus propios medios. Le hubiera gustado tener al lado a Greg, pues su hermano mellizo siempre le infundía valor y coraje: era tan despreocupado, tan alocado y tan valiente que la obligaba a permanecer siempre alerta, pendiente de cada uno de sus movimientos y cuidando de que no le pasara nada. Así había sido durante toda su infancia y su juventud y, ahora que se habían hecho mayores y él se encontraba lejos, haciendo su vida a más de cuatro mil kilómetros de distancia, echaba de menos el deber de cuidar de él.

Finalmente consiguió salir del coche, sintiéndose como un caracol que abandona su concha, y fue a sentarse sobre el capó; encendió un cigarrillo y contempló la propiedad. La última vez que había estado en aquel mismo lugar fue exactamente doce años atrás, durante las vacaciones de verano, antes de su tercer año de carrera. Después de aquel año no había regresado ni una vez, y Greg tampoco. No es que quisieran alejarse de manera consciente de allí, sino que su propia vida les había absorbido en un torbellino, separándoles poco a poco de los suyos y llevándose a cada uno en direcciones opuestas. Pero la semana anterior, cuando recibió la llamada de un amable y preocupado agente de policía informándola de la muerte de su abuela todos los recuerdos de su infancia volvieron a ella de golpe, como un torrente de agua helada que alguien hubiera derramado directamente sobre su cabeza. Llamó a Greg y estuvieron hablando durante horas; dijo que intentaría volver para el funeral, pero no estaba seguro de lograrlo a tiempo. Trabajaba en una importante empresa de seguridad informática y le explicó que estaban teniendo graves problemas con su último cliente, algo relacionado con la filtración de datos personales a un alto nivel, y que aquel no era un buen momento para abandonar la oficina. Al parecer, era difícil encontrar un buen momento para morirse, pensaba Lis, pero no se lo echaba en cara a Greg, pues ella misma había estado a punto de no coger el teléfono, sumergida de lleno en su propio trabajo. Finalmente, Greg no pudo acudir al funeral y tampoco se presentó después, cuando un cortés y

desconocido gestor le informó de que su abuela le había dejado en herencia la propiedad y todo su contenido. Si alguno de los dos se sorprendió de la decisión no lo demostraron, la familia siempre había sospechado que Greg era el ojito derecho de la abuela y aquello constituía una especie de confirmación final, cuando ya nadie pudiera echárselo en cara. Así que, una vez más, Lis asumió la responsabilidad que debía haber recaído sobre su hermano y se la cargó sobre sus propios hombros; enseguida comenzó a notar su peso.

Tras la muerte de su abuela solo les quedaba consolarse el uno al otro. Los padres de Lis y Greg habían muerto cuando ambos estaban cursando su segundo año de carrera en un trágico accidente de coche, la muerte les sorprendió mientras volvían de hacer la compra en un centro comercial de las afueras. Aquel día caía una lluvia incesante y las calles y carreteras se encontraban anegadas por varios centímetros de agua; las alcantarillas no daban abasto para desalojar la desmesurada cantidad de lluvia acumulada y lo que comenzaron siendo charcos aislados fueron fusionándose los unos con los otros hasta formar auténticas lagunas, alimentadas por las bajantes de los edificios cercanos. La madre de Lis necesitaba ir al supermercado para comprar algo de comida con la que llenar la despensa, en previsión de más lluvias para el resto de la semana que pudieran complicar aún más la circulación, y su marido se ofreció a acompañarla al centro comercial, que quedaba más lejos que la tienda habitual, pero al que se podía acceder directamente desde la autopista, con lo que se evitaba el atasco que con toda probabilidad se habría formado ya en las calles del centro. La mala suerte quiso que, en el viaje de vuelta y nada más incorporarse a la autopista por el carril de aceleración, los dos limpiaparabrisas dejaron de funcionar al unísono y la luna delantera se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una cascada tras la cual era imposible distinguir dónde comenzaba el cielo y dónde terminaba la tierra. El padre de Lis reaccionó con agilidad y trató de desviar el vehículo al arcén pero la rueda delantera patinó en un profundo charco y el coche se deslizó a toda velocidad, girando sobre sí mismo como una peonza y deteniéndose en el centro de la calzada, pero en la

dirección equivocada. Gracias a que los limpiaparabrisas no volvieron a funcionar no tuvieron que ver la cabeza del camión que se les echó encima un segundo después, embistiendo el pequeño coche familiar y arrastrándolo por el asfalto durante un centenar de metros, y a sus pasajeros con él. Cuando finalmente el conductor del camión, cuyos limpiaparabrisas funcionaban perfectamente y pudo ver con demasiada nitidez todo lo ocurrido, logró detener su vehículo no quedaba ni un pedazo entero del coche ni de sus ocupantes. Los bomberos se afanaron durante horas para separar el amasijo informe de hierro en el que se había convertido el turismo de los bajos del camión y después en sacar de su interior algo semejante a un par de cuerpos humanos. El camionero, por su parte, no pudo olvidar jamás el ensordecedor chirrido del hierro contra la calzada y lo oía cada noche al cerrar los ojos, se infiltraba en todos sus sueños y le hacía despertar en medio de la oscuridad, cubierto de sudor, apretando los dientes y tapándose los oídos con las manos tratando de hacerlo callar.

El verano siguiente al trágico accidente, los mellizos regresaron a la granja por última vez. No fue una decisión consciente; simplemente, tras la muerte de sus padres el mundo había cambiado drásticamente y los dos se alejaron de todo lo conocido, escondiendo la cabeza ante cualquier cosa que les recordara a ellos, evitando lo que habían compartido en común. En su momento fue una reacción automática; solo ahora, después de tantos años, lo veía con claridad como la huida cobarde que de verdad fue.

Ahora, mirando a su alrededor, sentía que al fin había vuelto a casa después de tantos años de ausencia. En esa casa había sido realmente feliz y, a pesar de lo breves que le parecían aquellas semanas del verano, era el lugar que le recordaba a su infancia con más fuerza que ningún otro: casi podía oír el sonido de sus voces subiendo por la colina en un sofocante día de verano, exactamente igual al de hoy.

—¡Abuela! —gritó Lis.

—¡Abuela! —gritó Greg, como un eco de la voz de su hermana.

Los dos hermanos saltaron del coche un segundo antes de que el vehículo detuviera la marcha por completo y echaron a correr por el

camino de arena como caballos desbocados en una estampida, moviendo sus delgadas y blancas piernas con toda la potencia que eran capaces de insuflar. El verano comenzaba al fin.

Aunque las clases habían terminado varios días atrás y el tiempo era caluroso y pegajoso, más propio de finales de julio, para los mellizos las vacaciones no comenzaban de manera oficial hasta que desembarcaban en casa de sus abuelos en Hoverfield, lo que sucedía puntualmente cada día primero de julio y se prolongaba durante cuatro maravillosas semanas cuando, después de un mes de aventuras, de juegos, de largos paseos por el bosque y baños en el río, volvían a sentarse en el asiento trasero del coche familiar convertidos en un par de niños desaliñados, asilvestrados y felices. Los abuelos se habían trasladado a un pequeño pueblo en medio del campo, rodeado de verdes praderas, bosques y campos de cultivo, a una distancia considerable de la ciudad en la que habían vivido toda su vida, donde apenas unas calles les separaban de sus nietos. Aquello había supuesto un gran cambio para toda la familia, pero lo cierto era que, desde que se habían instalado allí, las vacaciones de verano habían mejorado indiscutiblemente.

Aquel primer día de las vacaciones era único y especial: se despertaban antes del amanecer tras una noche de sueños ligeros e inquietos, abriendo los ojos al menor ruido para comprobar que la mañana no había llegado aún, y se vestían a toda prisa, saltando por encima de las maletas que habían dejado preparadas a los pies de la cama desde la noche anterior. El aire comenzaba a vibrar con los gritos y las voces de los niños y se sucedían las carreras por el pasillo en dirección al baño, a la habitación, a la cocina y al baño de nuevo. Los mellizos estaban emocionados; solo la idea de pasar un mes entero lejos de sus padres y de su barrio era emocionante por sí sola, pero, además, el lugar al que iban estaba lleno de posibilidades de aventura, de excursiones, de vida salvaje, y de historias al anochecer; como un campamento de verano en exclusiva para ellos dos, con la ventaja que suponía dormir en una confortable y mullida cama al caer la noche. Durante el resto del año Lis y Greg eran como los demás niños: jugaban a la pelota en el patio de la escuela o a videojuegos con sus amigos, leían un libro o un cómic

antes de acostarse y veían un sinfín de programas de entretenimiento en la televisión, de música, de dibujos animados y una película el fin de semana por la noche. Sin embargo, durante esas cuatro semanas se convertían en otros niños completamente diferentes. Se levantaban poco después del amanecer, con un radiante y deslumbrante sol encima de sus cabezas que hacía las veces de despertador, y ayudaban a su abuela a preparar un variado desayuno compuesto por pan tostado, mantequilla, jamón cocido, queso, mermelada y miel, del que no dejaban ni una miga, y recogían la mesa antes de salir al patio; una vez allí el mundo les pertenecía y el tiempo dejaba de tener significado, durante las siguientes horas podían convertirse en cualquier cosa que desearan e ir donde su imaginación quisiera llevarles, sin más barreras y límites que los marcados por la cerca de la propiedad y el grito de la abuela llamándoles a comer. Entonces regresaban a casa con las rodillas arañadas, las camisetas sucias y dos enormes sonrisas en sus manchados rostros, famélicos como dos náufragos, impacientes por descubrir lo que les depararía la tarde. No se acordaban ni una sola vez de la tele, de los videojuegos o de sus amigos del barrio, todos esos elementos pertenecían a una realidad que habían dejado atrás durante las siguientes semanas, cambiándola por un mundo diferente en el que les tocaba a ellos ser los protagonistas de historias emocionantes y diferentes que tenían que descubrir por sí solos cada día.

La casa de los abuelos era una construcción de dos pisos que se levantaba en la cima de una suave colina, rodeada de pastos por los cuatro lados y a la que se accedía por un camino de tierra que partía desde la carretera principal que la unía con el pueblo. En el patio, a un lado de la casa, había un granero donde se almacenaba algo de heno y un montón de maquinaria vieja convertida en chatarra y a la que nadie daba uso. A pesar de haber comprado la casa y toda la propiedad, que incluía las tierras de pasto, los abuelos no tenían pensado dedicarse a la ganadería, por lo que vendieron la maquinaria en cuanto se instalaron y los utensilios de menos valor fueron a parar al granero, donde seguían acumulando herrumbre veinte años después. El abuelo Daniel conocía bien ese mundo pues

era representante de ventas de una compañía de maquinaria agrícola; pasaba mucho tiempo fuera de casa, viajando por pueblos igual de remotos que aquel, visitando granjas y cooperativas de ganado con un catálogo en el maletín y unas botas altas de goma en el maletero. Aquella había sido una de las razones por las que decidieron mudarse a esta región. Era algo que tenían planeado desde que se conocieron, cuando eran jóvenes y soñadores, y se convirtió en una espina enquistada en el corazón con el paso de los años. El deseo de la abuela siempre había sido vivir en un lugar como aquel, tranquilo, aislado del tumulto de la ciudad y con unas vistas hermosas; a menudo soñaba con una pequeña casita con un porche descubierto en el que se sentaría con una taza de té entre las manos a media mañana, contemplando la vida discurrir lentamente al otro lado de la barandilla, disfrutando sin mirar el reloj y sin otras preocupaciones que las que ella misma llevara consigo. El único inconveniente era la distancia; Lis y Greg eran sus únicos nietos y los echaba de menos a rabiar, una visita a la ciudad en Navidad o durante las vacaciones de primavera, si el abuelo no estaba de viaje, no era suficiente para compensar todo un año de soledad, por eso, cuando consiguió convencer a su hija para que los niños pasaran allí parte del verano se sintió realmente feliz y pensó que, al menos durante un mes al año, tendría todo lo que siempre había deseado.

La otra razón del radical cambio era un tanto más extraña. Una tarde, al regresar a la oficina después de comer, el abuelo de Lis encontró un sobre en la gaveta de su mesa destinada a las visitas pendientes que destacaba entre anotaciones garabateadas en trozos de papel, sobre facturas antiguas o en recibos de supermercado. No recordaba haberlo visto hasta ese momento y enseguida se hizo con él, intrigado. El sobre no estaba cerrado y contenía una escueta nota que indicaba una dirección y lo que parecía un apellido, sin nombre de pila, sin teléfono de contacto ni ningún otro dato adicional. Como mensaje dejaba bastante que desear, pero no fue eso lo que le llamó la atención en cuanto lo tuvo entre sus dedos. Se fijó en el tacto del papel, grueso, áspero y un tanto quebradizo bajo sus yemas; la pequeña cuartilla doblada por la mitad presentaba un color

amarillento en el centro y amarronado en los bordes, como claros síntomas del paso del tiempo. Acercó la hoja a su nariz y reconoció el olor acre y picante del polvo, que le despertó cosquillas en las fosas nasales. Las letras eran grandes y sinuosas, aunque un tanto irregulares, y se marcaban con trazo firme con la ayuda de alguna clase de tinta que había adquirido un color cobrizo oscuro. Le llamó la atención este último detalle y se preguntó por qué no la habían escrito con un bolígrafo normal y corriente. Tampoco recordaba haber concertado alguna vez una visita en esa zona que, si bien estaba dentro de los límites de su perímetro de trabajo, quedaba bastante retirada de su ruta habitual.

Con la nota en la mano acudió a Patty, la secretaria, cuidadora y guardiana de todos los empleados de la oficina, esperando aclarar la procedencia del misterioso mensaje, pero enseguida dedujo por la expresión de su cara que la misiva no había pasado por sus manos. Extrañado, el abuelo llegó a pensar que se trataba de una especie de broma, una novatada que venía con varios años de retraso, como la que le gastaron a Abraham la primera semana de trabajo, cuando le enviaron a la granja de la anciana señora Mortimer, una mujer que vivía aislada por una hectárea de pastos y lodazal, mezclados a partes iguales, de la civilización y de la carretera asfaltada más cercana y que odiaba las visitas como un perro puede odiar al cartero que interrumpe su descanso. Pero si ese era el caso no alcanzaba a entender cuál era la finalidad. Decidió no concederle más importancia y se dispuso a repasar los pedidos que tenía pendientes para aquella semana y que le aguardaban en una pila ordenada encima del secante de su escritorio; la nota, sin saber cómo, acabó en el bolsillo de su pantalón.

A la mañana siguiente, se detuvo a desayunar con un antiguo amigo y cliente en un bar de carretera, a medio camino de la oficina; al acabar se despidieron en el aparcamiento y cuando el abuelo metió la mano en el bolsillo, en busca de las llaves del coche, la nota que permanecía escondida allí cayó al suelo, entre sus zapatos. La recogió y leyó por segunda vez el mensaje. En ese momento, y guiado por una corazonada, se puso en marcha hacia la dirección que indicaba, aunque tuvo que consultar el mapa para localizarla. El

camino hasta allí fue largo y, a pesar de ello, transcurrió en un abrir y cerrar de ojos; transcurrida una hora de camino el paisaje había cambiado por completo, abriéndose a verdes colinas bañadas por el sol y arboledas frondosas como islotes en medio de la hierba alta. Las colinas estaban salpicadas de construcciones dispersas aquí y allá y fue entonces cuando recordó con una punzada de dolor y anhelo los planes de futuro que habían pospuesto durante toda su vida. Cuando al fin llegó al lugar indicado en la misteriosa nota se apeó del coche y se acercó andando a la cerca que rodeaba la propiedad. Se sintió desilusionado y un poco tonto al darse cuenta del engaño: el lugar estaba deshabitado, era fácil deducirlo por el estado del inmueble y del terreno que lo rodeaba pero, por si llegaba a albergar alguna duda, un cartel colgaba torcido del portón principal, en el que se leía en grandes letras «en venta» junto con un número de teléfono local.

El abuelo de Lis tendría que haberse enfadado, cabreado incluso, pues el viaje hasta allí no había sido corto y, aunque la gasolina pensaba incluirla en los gastos del mes, el tiempo perdido no podría recuperarlo y tendría que justificarlo de alguna manera, sin embargo, descubrió que se sentía extrañamente aliviado y contento. Contento por descubrir que aquella propiedad a todas luces cumplía con los requisitos que había imaginado para la que sería su casa ideal y aliviado de que estuviera disponible. Puesto que ya estaba allí, no iba a irse sin echar un vistazo al interior, porque sin duda debía tratarse de alguna treta que el destino le había jugado; quizás fuera algo que empezó como una broma, pero iba a convertirse en una maravillosa casualidad. Al empujar el portón las bisagras chirriaron, oxidadas por una prolongada exposición a la intemperie, y el abuelo de Lis cruzó la verja, desprendiendo el cartel de venta al pasar y dejando que cayera al suelo entre las malas hierbas sin percatarse de lo que hacía.

Sin duda, lo más llamativo de la propiedad, lo que la hacía especial, diferente al resto, y que había llamado la atención de su abuelo el primer día que pisó la granja, era la pradera repleta de flores que rodeaba la casa como la alfombra que preside un salón; la edificación se elevaba en el centro de ese mullido y colorido tapiz,

como un barco surcando un mar en calma. Todas las flores eran dientes de león, sin excepción, de un color amarillo intenso, más brillantes a veces que los rayos del sol bajo el que se erguían exuberantes en las mañanas claras de verano, tanto que, en ocasiones, la luz que incidía sobre sus capullos rebotaba en todas direcciones, fragmentándose en centenares de rutilantes haces. Era un decorado precioso, pensaba Lis, y era tan agradable pasear entre las flores, con los tallos acariciando los desnudos tobillos y los rechonchos capullos golpeando en las pantorrillas, sin miedo a aplastarlas o echarlas a perder ya que, invariablemente, volvían a ponerse en pie sin sufrir ningún daño, como si ninguna acción tuviera el poder de dañarlas. Como si las protegiera alguna clase de encantamiento. Lis escuchó cómo la abuela le contaba a su madre que ya estaban aquí cuando compraron la casa y que, a lo largo del año, las flores se mantenían inmutables, florecientes, nunca se marchitaban o morían por razón alguna; ya fuera soportando el aguacero más intenso o las nieves más heladoras, permanecían custodiando la casa, impasibles, como centinelas diminutos y silenciosos que guardan el lugar. Y algunas veces, cuando Lis se despertaba en medio de la noche, le parecía que podía oír cómo susurraban entre ellas contándose secretos, se acercaba a la ventana y pegaba la frente al cristal para poder mirar hacia abajo y las veía mecerse de un lado a otro, haciendo que toda la superficie del prado del color del helado de vainilla bajo la luz de la luna pareciese estar bailando con el viento.

El pueblo de Hoverfield estaba situado a escasos kilómetros de la granja, siguiendo el camino de tierra que pasaba por delante de la verja de la hacienda. Constaba de una calle principal que cruzaba la carretera de dos carriles que, tras setenta kilómetros de monótono paisaje de cultivos y pastos, conducía a la autopista y, a través de ella, a la auténtica civilización. Todo lo necesario se podía encontrar a lo largo de sus apenas dos kilómetros de longitud. Había un almacén agrícola donde disponían de todo lo necesario para sustentar las principales fuentes de ingresos de la región, la ganadería y la agricultura. También era el lugar indicado si lo que se buscaba era consejo para deshacerse de las malas hierbas que no

dejaban de crecer en el huerto o si se requería un remedio eficaz y barato para eliminar la plaga de topillos que estaba destrozando los tubérculos. Se podía conseguir igualmente munición para la escopeta y era el sitio idóneo para reunir una partida de caza o pesca para el fin de semana mientras uno echaba un trago de la botella guardada bajo el mostrador antes de regresar a casa para la cena.

Justo enfrente se situaba la tienda de comestibles y a la vez droguería, donde era normal encontrar una espátula de madera, una oferta de latas de tomate y unos calcetines para el invierno, todo en la misma estantería. Y donde se sabía la hora a la que uno entraba, pero era imposible determinar la hora a la que saldría. Betsy atendía el mostrador desde hacía treinta y dos años, siempre con su delantal floreado atado a su gruesa cintura y una sonrisa llenando sus redondos mofletes. Era la responsable del establecimiento y también la responsable de poner a la mitad del pueblo al día de lo que le había ocurrido a la otra mitad. Si, entre otros productos, uno deseaba averiguar algo de otra persona, un chisme, una noticia, cualquier tipo de información, ese era el lugar indicado al que acudir. La veracidad de los datos obtenidos variaba en función de las circunstancias, del tiempo transcurrido desde la última visita de la persona en cuestión, de la cantidad de amigos y familiares que hubiera a mano, del tiempo (durante el invierno las noticias se propagan más despacio, al igual que el fuego) y de cualquier otra serie de circunstancias que escapaban al control de Betsy, por eso nadie le reprochaba alguna ocasional e involuntaria equivocación, como la vez en que un grupo de vecinos se presentó en casa de Loreta con cestas repletas de pastel casero de zanahoria, guiso de ternera y patatas, ensalada de tomates y cebollino, empanadas caseras, pimientos rellenos de carne picada y una botella de aguardiente para completar la ofrenda con la que querían aliviar la pena de la pobre Loreta por la muerte de su esposo, el mismo que acudió a abrirles la puerta cuando llamaron. Resultó que el que había muerto no era su amado marido, sino el gato de su hija, el viejo Mateus, que contaba con dieciocho años el día que estiró sus cuatro patas y que tuvo el funeral más opíparo que nadie haya

celebrado nunca por un gato, ni en Hoverfield ni en ninguna otra parte.

Después estaba el restaurante-cafetería que se había convertido en el centro neurálgico de todo el pueblo y sus alrededores. Todas las reuniones, las más importantes y las más cotidianas, tenían lugar allí; cuando la nieve atascaba las carreteras y era necesario reunir un grupo de voluntarios para despejar los caminos de los vecinos más alejados y de los más ancianos, cuando se celebraba el campeonato anual de dominó por parejas o cuando la hija de algún vecino anunciaba su intención de casarse con algún muchacho de otro pueblo, allí era donde se debatían y se solucionaban todas esas cuestiones. Era también el punto de encuentro para lugareños y forasteros, un bar donde tomar una copa después de un largo día de trabajo y a la vez un buen restaurante donde llevar a comer a tu familia el domingo al mediodía. Y, además, la comida era realmente buena, totalmente casera y con una carta muy variada que cambiaba cada día dependiendo de las existencias disponibles y de lo que hubieran traído el carnicero y el lechero la mañana en cuestión. La gente del lugar ya estaba acostumbrada a la incertidumbre, que era una seña de identidad del local y le proporcionaba buena parte de su encanto, como sus sillas tapizadas en rojo y los manteles de cuadros a juego. El cliente simplemente entraba, se sentaba en la barra si venía solo y quería conversación, o en la mesa en caso contrario, y pedía la especialidad del día porque preguntar por cualquier otra cosa era una pérdida de tiempo y, de todas maneras, no cambiaba el resultado.

Al lado de la cafetería se abría la plaza del pueblo, que apenas era media plaza puesto que solo ocupaba un lado de la calle y consistía en un pequeño parque con una serie de bancos dispuestos bajo la sombra de las encinas, una fuente circular que permanecía seca la mayor parte del año y un camino de grava que cruzaba la plazoleta en diagonal en dirección al edificio administrativo, donde se aglutinaban el despacho del alcalde y su personal, la oficina de correos y la oficina de la policía local, con las dos mesas de sus agentes la una frente a la otra ocupando toda la habitación. A veces, cuando tenían que entrevistar o interrogar a más de dos personas a

la vez uno de ellos salía al pasillo y escuchaba y tomaba notas desde el umbral e incluso, en una ocasión en la que interrogaron a los cinco miembros de una misma familia, el padre, la madre, sus dos hijos y su tío, tuvieron que salir al parque, los tres adultos sentados en un banco bajo un árbol y sus hijos a ambos lados, como si posaran para la foto de la primera comunión.

Detrás del edificio administrativo se encontraba la escuela municipal, encarada hacia las praderas y el bosque que rodeaban la región por el norte. Era un edificio bajo, de una sola planta, y no mucho más grande que cualquier casa de la vecindad. Todas las clases tenían lugar en una habitación del tamaño de un espacioso salón e incluso disponían de chimenea, que permanecía encendida durante los días de invierno. Acudían a la escuela de manera regular una docena de niños de distintas edades, la maestra los sentaba en orden ascendente, los más pequeños delante y los mayores detrás, y organizaba las explicaciones y el tiempo según las materias que correspondían a cada uno. La mayoría de los niños dejaban la escuela al alcanzar la edad de doce años, aunque algunos se quedaban hasta los catorce o dieciséis, pero todos salían al mundo con unos más que aceptables conocimientos de matemáticas, lenguaje, historia y ciencias. En una de las paredes, entre la pizarra y un retrato de la Virgen María, colgaba una foto enmarcada de una jovencita con una larga trenza morena, con pecas en las mejillas y gafas de montura gruesa que mira sonriente a la cámara enseñando los dientes y las encías. Debajo del retrato, en una pegatina, puede leerse Anna Lena y la fecha 22 de junio de 1972 escrita con letra de imprenta. Anna Lena fue la primera alumna que terminó la escuela y consiguió acceder a la universidad gracias a una serie de becas para poblaciones rurales y familias con menos recursos que se encargó de gestionar el propio alcalde. Todo el pueblo se sentía orgulloso de haber envido a su primera muchacha a la universidad; aquel fue el acontecimiento más importante de la década y, a pesar de que Anna Lena no había vuelto a poner un pie en el pueblo tras marcharse a la facultad, todos la recordaban con mucho cariño.

Lis aún no estaba preparada para entrar en la casa, por lo que decidió dar una vuelta alrededor, reconociendo el terreno que en su día le fue tan familiar; el que fuera el escenario de su infancia parecía como si la hubiera estado esperando todos estos años, añorando sus correteos por entre las flores, sus risas y sus gritos. Se adentró entre el manto de cabezas amarillas que se enroscaron alrededor de sus zapatillas y tiraron de sus cordones tratando de desatarlos. Era una sensación tan placentera que le hubiera gustado quitarse las zapatillas y los calcetines y pasear descalza, pisando los mullidos capullos y la fresca hierba; el silencio en la granja era absoluto, como si estuviera encerrada dentro de una esfera de nieve, flotando entre millones de flores y aislada del mundo exterior por un grueso cristal. Las flores susurraban entre ellas, como tantas otras veces las escuchó hacer, pero no podía entender las palabras: era un idioma extraño para sus oídos, pero creyó comprender su significado y se imaginó que le estaban dando la bienvenida, contentas de sentir otro pie entre ellas después de tanto tiempo, felices de tenerla de vuelta.

De repente se detuvo, guiada por una corazonada, y miró hacia el porche, en aquel momento a escasos metros de ella. Le había parecido percibir movimiento en la puerta, pero esta permanecía cerrada, tal y como la había dejado el agente de policía que le dio la llave después de abandonar la casa, y nada podía ocultarse en aquel reducido espacio, rodeado por una barandilla con los listones torcidos y partidos y una mesa desnuda arrinconada al fondo. Pero, por un momento, le pareció que su abuela se había asomado a la puerta, secándose las manos con un trapo, mientras la llamaba para que entrara a comer. Fue una imagen tan vívida que pudo distinguir con claridad los mechones sueltos que habían escapado del moño que lucía siempre apretado en la nuca, flotando alrededor de su rostro sonrosado. Al pensar en ello se le hizo un nudo en el estómago. Ella y Greg habían sido las personas más importantes en la vida de su abuela, Lis recordaba lo feliz que la veía cuando el coche de sus padres se detenía en el camino de entrada y los dos salían corriendo hacia ella, que les esperaba en las escaleras del porche, y la abrazaban con las ganas y el entusiasmo que solo un

niño puede ofrecer. La mujer les estrechaba con fuerza hasta que al fin lograban zafarse de sus brazos para alborotar a su alrededor, comprobando que todo permanecía tal y como lo habían dejado el año anterior, pero la abuela siempre trataba de retenerlos un ratito más junto a su cuerpo, aspirando su aroma, acariciando sus cabezas, disfrutando de ese momento más que de ningún otro del año.

Lis subió los escalones muy despacio, que aun así crujieron bajo su peso y amenazaron con venirse abajo en cualquier momento, pasando la mano por la áspera madera de la barandilla. Hacía mucho tiempo que en la casa no se llevaban a cabo reparaciones y saltaba a la vista que le hacían falta por todos los costados. Cuando su abuelo vivía en la granja se encargaba de que todo estuviera a punto: las tejas revisadas antes del invierno, las paredes bien aisladas y todos los listones reparados, los canalones despejados de hojarasca y las ventanas lijadas y pintadas allí donde se habían desconchado por el uso. Pero desde que su abuela se quedó sola a cargo de todo, aquellas pequeñas reparaciones habían caído en el olvido y nada se arreglaba hasta que no quedaba irremediablemente roto y, algunas veces, ni siquiera entonces. Como resultado la casa era un testimonio doloroso y constante de épocas mejores y sepultadas bajo el grueso manto del polvo y del tiempo.

Toda su familia hablaba del abuelo Daniel como si hubiera muerto y en cierto modo era lo más probable, pero también era lo que la mayoría deseaba creer. Lis miró a su alrededor; se fijó en la entrada del que fuera el hogar de su abuelo, donde tantas veces su abuela Clara le recibió al volver de viaje o le despidió desde la puerta antes de partir. Lis nunca se conformó con pensar que había muerto aunque tampoco era capaz de aventurar otra explicación a su ausencia, que duraba ya más de veinticinco años; cuando pensaba en él, las raras ocasiones en que lo hacía, no le imaginaba capaz de abandonar a su abuela, de huir sin despedirse de ella y sin decir ni una sola palabra a nadie durante todos aquellos años. Cuando era pequeña le planteó la pregunta a su madre, pero solo recibió evasivas por respuesta, y en una ocasión, cuando tenía dieciséis años y mucho desparpajo, decidió armarse de valor y acudió con la

pregunta directamente a su abuela. Se quedó esperando una explicación que nunca llegó, solo una vaga y lánguida sonrisa en los labios y una expresión distante en la mirada, algo que se asomaba detrás de sus ojos y observaba a través de ella.

Su padre se situaba en el extremo opuesto. En presencia de los abuelos maternos de Lis, prefería mantenerse al margen, haciendo gala de una actitud distante y cauta, y, desde el día en que su abuela se había levantado un lunes por la mañana para descubrir que su marido se había marchado, no tenía reparos en criticar todo lo relacionado con su suegro o con el lugar en el que vivía. En una discusión con su mujer, poco después de la desaparición del abuelo, insinuó que no era buena idea que los niños siguieran pasando las vacaciones en la granja, pero la madre de Lis no quiso ni oír hablar del tema. Ya era bastante duro para su madre esperar sentada delante del teléfono, aguardando a que sonara y asustada al mismo tiempo de las noticias que pudiera traer si lo hacía, como para quitarle lo único que le despertaba auténtica alegría y la mantenía en pie. Para alivio de Lis y Greg, que escuchaban desde su habitación con la puerta entreabierta, se decidió que los niños irían puntualmente el primero de julio y no había nada más que discutir al respecto.

Lis era una niña muy observadora y desde el principio se dio cuenta de que a su padre no le gustaba la granja. En cuanto enfilaban el camino de subida y el tejado de la casa aparecía recortado contra el horizonte, las manos de su padre se tensaban sobre el volante de manera involuntaria, y cuando abandonaba el coche era fácil apreciar cómo cambiaba la expresión de su cara: los músculos de la mandíbula se tensaban bajo la piel y su mirada se tornaba vigilante, examinando el lugar para asegurarse de que todo estaba en orden, sin estar seguro de lo que buscaba pero dispuesto a encontrarlo. Pero nunca parecía satisfecho con lo que veía. Se volvía hosco, desagradable con cualquiera que le distrajera de su ocupación, tanto que toda la familia trataba de no dirigirle la palabra para que fuera más fácil ignorar su actitud y seguir disfrutando del día de vacaciones. El padre de Lis se sentaba en las escaleras del porche y rara vez entraba en la casa; se limitaba a beber una

cerveza fría mientras su mujer charlaba con su madre y los niños correteaban por entre las flores. Todo eso lo había observado Lis por el rabillo del ojo y en silencio, pues el resto de la familia no parecía compartir sus impresiones, así que Lis dejó que cada uno siguiera representado sus respectivos papeles, aunque en el fondo sabía que algo inquietaba a su padre, algo de aquel lugar le preocupaba tanto como para no dejarle disfrutar de aquellos momentos con su familia, algo que permanecía ahí año tras año, con ellos.

Lis encendió otro cigarrillo e inspiró profundamente la primera calada, pensando que, si pudieran hablarse ahora, su padre, su madre y su abuela se contarían muchas cosas. Al fin podrían ponerse al día, confesar lo que nunca se dijeron, los secretos que callaron y las mentiras que contaron para ocultarlos. Al fin y al cabo, una vez que te has muerto, los asuntos que parecían importantes en vida dejan de serlo y resulta más fácil hablar de cualquier tema; la vida es muy sencilla desde la perspectiva de la muerte.

Terminó el cigarrillo y lo apagó contra las tablas del suelo; dejó la colilla sobre la baranda y se acercó a la puerta, buscando las llaves en su bolsillo. El sonido de la llave girando en la cerradura despertó ecos entre las habitaciones vacías de la casa y la puerta chirrió al girar sobre sus goznes. Lis permaneció un momento en el umbral, mirando hacia el interior a través de la nube de polvo que el aire del exterior había agitado al entrar; todo lo demás permanecía estático, como en una antigua fotografía de colores desvaídos por el paso del tiempo.

El salón estaba vestido con una alfombra descolorida y raída en el centro, encima un largo sofá de estampado floral con evidentes marcas de desgaste y dos sillones gemelos custodiándolo a ambos lados. En el centro de la composición se encontraba una mesa baja de madera oscura tapizada con una gruesa capa de polvo en toda su superficie, simulando un viejo mantel. Lis dio unos pasos hacia el interior de la estancia, atraída por las paredes forradas de estanterías en las que se amontonaban figuritas de porcelana, libros y fotos. La mayoría de esas fotos no tenían marco, eran simples pedazos de papel o cartón apoyados entre una figura y otra, combados por el peso del tiempo. Lis quiso acercarse a los estantes

más próximos y, al moverse, captó un movimiento por el rabillo del ojo, por detrás del sillón. Se detuvo sobresaltada y con el corazón acelerado para descubrir la superficie pulida del pequeño televisor, que le devolvía el reflejo deformado y borroso de su propia silueta. Se dijo que debía calmarse, la noticia de la muerte de su abuela la había alterado más de lo que sospechaba y desde que había llegado a la granja se encontraba cada vez más tensa, más nerviosa e inquieta. Al entrar en la casa esa sensación había aumentado. La asaltó la súbita impresión de que alguien la estaba vigilando, siguiendo sus movimientos y esperando, acechando oculto entre las sombras o agazapado tras un mueble, fuera de su vista. Era una sospecha absurda pero, al contrario de lo que había esperado, no percibía soledad dentro de la casa; tenía el presentimiento de que algo, o alguien, estaba esperando su llegada.

Tratando de sacudirse esas inquietantes ideas de la cabeza, se acercó a la estantería y cogió la primera foto que encontró a mano. En ella aparecían retratados dos niños pequeños en pantalones cortos y camiseta sentados en las escaleras de entrada comiendo un bocadillo y con un vaso entre los dos. La niña miraba a la cámara, dando un gran mordisco a su bocadillo, y el niño se mantenía girado hacia una de las ventanas que asomaba al porche. En esa ventana se distinguía la silueta de su abuelo, que les miraba a través del cristal y que seguramente había acabado retratado en la instantánea por pura casualidad. Lis recordó el día que se hizo la fotografía; su abuela procuraba tener la cámara a mano durante las vacaciones y debía haber cientos de fotos similares repartidas por todo el salón y por los cajones. La casa estaba llena de recuerdos de los días que habían vivido allí y su abuela los atesoraba como un recordatorio de la felicidad pasada. Lis sintió el aguijonazo de la tristeza clavándose profundamente en su carne al pensar en ella, conviviendo con la soledad de la granja durante los últimos años, con la única compañía de aquellas imágenes estáticas que mostraban días soleados y alegres en compañía de los ausentes.

Dejó la foto en su sitio y estiró la mano para coger otra fotografía apoyada sobre una pila de libros. En ella se veía el prado repleto de flores con la casa al fondo y en el centro de la imagen la silueta de

un niño de espaldas, corriendo hacia la casa. Tenía que ser Greg, puesto que llevaba el pelo corto, aunque agitado por la carrera. La apoyó donde estaba y siguió husmeando. Su abuela aparecía en muy pocas de esas fotografías, según se fue dando cuenta Lis, pues normalmente era la encargada de disparar la cámara, pero al fin encontró una en la que aparecían los dos hermanos, sentados a la mesa del porche, delante de unos platos llenos de comida, y su abuela reclinada contra el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, custodiando la entrada, y en la ventana de la cocina de nuevo la silueta de su abuelo.

Lis apuntó en una lista mental que tenía que recoger todas aquellas fotografías para llevárselas con ella. El resto de las pertenencias de su abuela se quedarían aquí por el momento; tenía que consultar con Greg lo que quería hacer con la casa, ya que al fin y al cabo era el legítimo propietario, y aunque no habían tenido tiempo de hablar sobre el tema, seguramente la pondrían a la venta. Para Greg se encontraba demasiado lejos para disfrutar de ella, y Lis simplemente no quería volver. Ahora que se encontraba dentro, paseando en silencio por el salón, notaba un débil pero constante escalofrío, como si sus pasos fueran seguidos con atención por una penetrante mirada. Y aquel silencio era tan inquietante que estuvo a punto de encender el televisor solo por el alivio de escuchar un sonido distinto del que emitía su propia respiración, aunque finalmente no se atrevió a hacerlo, como si con ese gesto pudiera perturbar la tranquilidad del hogar, como si se tratara de un santuario que no debiera ser molestado.

Se dirigió a la cocina, que siempre le había parecido el lugar más acogedor de la casa. Allí era donde ocurrían las cosas importantes del día a día: las conversaciones, las reuniones, los buenos días y las buenas noches, era el lugar donde empezaba y terminaba todo. Le encantaba el olor de esa estancia, una mezcla de cebolla, ajo, pan recién hecho y un guiso de ternera con zanahorias o una sopa de tomate cociendo a fuego lento en la olla. Era el olor de la alegría. Se detuvo en el umbral y aspiró profundamente, pero ninguna de aquellas sensaciones despertó en su nariz. Esa cocina no era más que otra habitación más, vacía, inerte y silenciosa, con una gruesa

capa de polvo recubriendo cada superficie. Los objetos que albergaba eran los mismos solo que más viejos que la última vez que estuvo allí; los muebles y utensilios ocupaban su lugar de siempre, nada había cambiado, esperando el regreso de unas manos que volvieran a colocar el colador en su cajón y pasaran el paño por la mesa retirando el polvo y las migas.

—Alcánzame esas zanahorias, ¿quieres, Lis?

Lo escuchó tan claramente que se sobresaltó, como si su abuela hubiera aparecido a su lado, limpiando verdura en el fregadero y aguardando a que ella le llevara las zanahorias para enjuagarlas bajo el grifo. Le pareció verla allí mismo, con un vestido azul vaquero y con un delantal salpicado de viejas manchas de tomate anudado a la espalda y, a su lado, la silueta borrosa de un hombre que no podía percibir con claridad. La visión se esfumó tan repentinamente como había llegado y solo le quedó una desagradable sensación. Lis razonó que, puesto que ella aún era pequeña cuando su abuelo se marchó, la imagen que retenía de su abuela era tan nítida y rica en detalles y la de él tan distorsionada y difusa. La persona que había visto al lado de su abuela coincidía con la que aparecía en las fotografías del salón: alta, espigada, de brazos fibrosos y largos y dedos estilizados. Su cabeza era solo un nubarrón de sombras difusas, sin rasgos definidos ni contorno. Se instó a localizar más fotos de su abuelo, alguna que le hiciera recordarle tal y como era en realidad.

Lis se estremeció, consciente del frío que hacía dentro, a pesar del calor que ya se notaba en el exterior los rayos del sol no penetraban por ninguna ventana de la planta baja y la penumbra era fría y desapacible. Decidió subir al piso superior, donde se encontraban los dormitorios, pensando que la temperatura allí resultaría más acogedora.

La escalera ascendía en una penumbra creciente hacia una oscuridad absoluta allá donde terminaban los peldaños en un pequeño rellano. Arriba no se veía nada, como si las escaleras condujeran a una suerte de agujero negro, un portal a otro mundo. Los escalones crujían bajo los pies de Lis, que caminaba despacio deslizando la mano por la áspera madera de la barandilla que le

servía de guía, y se quejaban a cada paso, despertando un eco que rebotaba en el alto techo y regresaba hasta ella siguiéndola en su avance. Desde el último peldaño tanteó con la mano tendida hacia la oscuridad en busca de una puerta o una pared, haciendo uso de su memoria para orientarse; recordaba que a la izquierda debía encontrarse el dormitorio de su abuela, en el centro el baño de la plana alta y a la derecha la habitación de invitados, la que ocupaba junto a su hermano durante las vacaciones. Avanzó un paso más al frente y estuvo a punto de chocar con la puerta del baño; la abrió para permitir que entrara algo de luz en el rellano y así disipar esa sensación asfixiante que había comenzado a agobiarla mientras manoteaba a ciegas en la oscuridad. Cuando por fin la luz del sol que entraba por la ventana del baño se derramó sobre los tablones del suelo del pasillo pudo ver con claridad el reducido espacio en el que se encontraba, un lugar que en su infancia le había parecido un amplio corredor, y de una zancada se situó frente a la entrada de su habitación.

Sobre la puerta, tal y como recordó en ese momento, colgaba una marchita corona de flores de un clavo torcido. Aun en ese estado supo que en su tiempo lucieron un intenso y brillante color amarillo, a pesar de su actual aspecto marrón y frágil, a punto de deshacerse bajo la más leve brisa. Lis acercó el índice a un capullo marchito y lo rozó con la yema de su dedo; este se desprendió con aquella ligera presión y planeó hasta el suelo, desvaneciéndose en una nube de polvo al aterrizar. Habían pasado muchos años desde la última vez que trenzó una diadema de dientes de león con su abuela. Fue ella la que le enseñó cómo hacerlas durante el primer verano que pasaron allí, ella aprendió con rapidez y la lució orgullosa toda una semana, hasta que comenzó a deshacerse y enredarse entre su pelo enmarañado; aquella corona era un símbolo de su niñez. En sus recuerdos siempre había una guirnalda fresca colgando del clavo de su puerta y un ramillete de flores en cualquier jarrón, como alguna clase de tradición familiar, un ritual que su abuela había continuado después de que los niños dejaran de ir. Las rechonchas y peludas cabezas estaban en todos los recuerdos de su infancia, siempre presentes en cada escenario, como parte indispensable de

un decorado idílico, en la puerta de su habitación, en el vaso que hacía las veces de jarrón y que siempre se encontraba encima de la mesa del porche, por todo el patio de la granja, rodeando la casa por sus cuatro costados y, ahora que trataba de hacer memoria, también en los vestidos de su abuela. Ella siempre prendía en el vestido una cabeza de diente de león con un alfiler, simulando un broche, cada día una flor nueva, fresca y fragante, era parte de su rutina y algo que había pasado casi desapercibido para Lis, puesto que formaba parte de la vida más cotidiana, un gesto más como cepillarse el pelo por la mañana o atarse los cordones de los zapatos. Su abuela siempre había sido la primera en levantarse por la mañana y Lis la había observado muchas veces a primera hora, cuando la casa aún dormía, de pie en medio de aquel mar amarillo intenso, mecido por el viento del amanecer, susurrando enigmas entre los tobillos desnudos de su abuela y ella, con el camisón agitado por el mismo viento como la vela de un mástil en medio de un mar cada vez más furioso, con la mirada perdida, colgada en el horizonte. Lis no sabía cuánto tiempo permanecía así; lo que sí sabía es que, transcurridos unos largos minutos, se agachaba y arrancaba una de aquellas flores, le quitaba el tallo y las hojas y regresaba a casa sin levantar la vista hacia la ventana desde la que observaba Lis.

Empujó la puerta de su dormitorio y observó desde el umbral, sin atreverse a entrar pero deseando hacerlo. Enfrente de la entrada se encontraban las dos camas gemelas que usaron en su infancia, Greg a la izquierda, pegada al armario, y Lis a la derecha, junto a la ventana. Lo habían decidido así el primer día, en cuanto subieron corriendo a ver su habitación y sin que mediara ninguna discusión entre ellos por ese asunto, y eso se debía a que el armario, un armatoste de madera maciza de doble hoja y pequeñas patas talladas, le provocaba escalofríos a Lis. Desde que puso los ojos en él no quiso ni acercarse y se negó en redondo a dormir tan cerca, al alcance de una mano que, estaba segura, se deslizaría por la pequeña rendija abierta entre las dos puertas y la agarraría por la pierna mientras dormía para arrastrarla al oscuro interior. Incluso algunas noches juraba haber oído el sonido de la puerta al abrirse

muy despacio, y entonces cerraba con fuerza los ojos y se tapaba con las mantas hasta el pelo, respirando despacio contra la almohada hasta que el sueño acudía en su auxilio.

En aquel momento el armario ya no le parecía tan grande, pero sí conservaba un cierto aire amenazador que la madurez de la edad no lograba disipar por completo. Se acercó muy despacio y se detuvo delante de la puerta, tocó el tirador con los dedos, dispuesta a abrir de un tirón pero la sobresaltó el tintineo de un objeto metálico golpeando contra el suelo, entre sus pies. Se agachó para mirar bajo el armario y encontró una pequeña llave metálica que no había visto hasta entonces. Estiró la mano, tanteando entre las pelusas acumuladas debajo del mueble hasta que consiguió alcanzarla. Se incorporó y probó la llave en la puerta; entraba con mucha holgura y bailaba de arriba abajo, pero servía para accionar el mecanismo del cerrojo. Lis abrió la puerta y miró dentro. Un intenso olor a lavanda asaltó sus fosas nasales y la garganta hasta obligarla a contener el aliento, un saquito de tela colgaba de la barra y era el motivo de tan intenso olor, había también unas mantas en los estantes, ropa de cama y toallas, nada más. Lis cerró la puerta con un gesto de desencanto, después de todo, no dejaba de ser un armario de lo más corriente, aunque se aseguró de echar la llave antes de darle la espalda.

El paisaje desde su ventana no había cambiado en absoluto. Lis pensó que, si esperaba el tiempo suficiente, vería aparecer a Greg, a Noche y a Cana, persiguiéndose los unos a los otros por el campo de flores entre carcajadas y ladridos. La carrera terminaría con Greg rodando por el suelo y los cachorros mordiéndole las zapatillas y tirando de su pantalón. Los cachorros siempre se portaban mejor en presencia de Lis; su hermano, en cambio, era uno más de la manada: uno más a quien perseguir, a quien morder y con quien revolcarse por entre las flores, pero cuando había que obedecer era Lis la que llevaba la voz cantante. Sonrió al rememorar aquello, nunca había vuelto a tener una mascota, ni siquiera un pez en un acuario sobre el escritorio, y pensó que quizás había llegado el momento de compartir su casa y su tiempo con alguien más. Estaba soltera, no tenía compromisos y su trabajo le permitía libertad de

horarios y, a decir verdad, en ocasiones echaba de menos el afecto sincero, incondicional y sencillo de un perro.

—¿Ya estáis metidos en vuestras camas? —preguntó la abuela empujando la puerta entornada de la habitación.

—Sí, abuela —respondieron los niños al unísono.

—¿Os habéis lavado los dientes y las manos? A ver, echadme vuestro aliento de dragón.

Lis y Greg abrieron la boca al mismo tiempo, enseñando los dientes y las amígdalas, igual que en la consulta del médico. La abuela se acercó a cada uno y se inclinó, olfateando el aroma de la hierbabuena que exhalaban y aprovechó para darles un beso en la frente, con lo que daba por concluido el examen nocturno.

—Vamos a ver qué ponen hoy.

Dicho esto, encendió la radio que se encontraba sobre la mesita de noche que separaba ambas camas. Enseguida una voz grave y algo ronca, solemne, irrumpió a través de los altavoces, planeando por el aire hasta ellos, que esperaban impacientes y agazapados bajo las mantas subidas hasta la barbilla. Todas las noches la abuela sintonizaba en la radio un programa donde narraban cuentos y relatos de muy diverso género; nunca sabían qué les iba a tocar cada noche, bien podía ser una historia de los hermanos Grimm, un cuento de Edgar Allan Poe (los favoritos de Lis) o una historia de piratas de algún autor desconocido, que eran las que más le gustaban a Greg. Las historias siempre eran entretenidas, algunas veces divertidas, otras daban miedo, pero el relato en sí era lo menos importante. La voz que las contaba era mágica, flotaba en el aire, suspendida por encima de sus cabezas, les susurraba al oído cuando quería contarles secretos y les cantaba melodiosamente durante los momentos felices y les hacía sentir todo eso tan solo con palabras, sin adornos. No había mejor lugar donde estar sino allí: abrazados por las cálidas mantas mientras la abuela colocaba las almohadas bajo sus cabezas hasta dejarlas tan esponjosas como deben serlo las nubes, deslizándose poco a poco en el mundo de los sueños sin oponer resistencia. Los dos se quedaban embelesados escuchando las historias de la radio noche tras noche hasta que al

fin caían rendidos y se dormían; entonces, la abuela volvía a entrar y apagaba la radio. Cuando regresaban a su casa nunca quisieron emular la experiencia, pues aquello era algo que pertenecía a la granja y a su mundo y, fuera de él, les daba miedo que las palabras que salían de los altavoces perdieran su magia, que las historias que traía la misteriosa voz fueran menos interesantes, más aburridas, más grises. Era un conjunto —la voz, la radio, la casa, la granja y la abuela Clara— y, si fallaba alguno de los ingredientes, la pócima no funcionaría y el sueño se arruinaría para siempre.

Abandonó su habitación, dejando la puerta abierta, y se detuvo delante del dormitorio de su abuela. Había temido ese momento desde el principio, quería entrar, pero le faltaba el valor para dar el paso. Allí fue donde la encontraron. Tras varias semanas sin tener noticias de su abuela, Ingrid, su amiga más próxima en todos los aspectos, ya que vivía a escasos dos kilómetros de allí en dirección al pueblo, comenzó a preocuparse por la falta de noticias. Ingrid era la única persona realmente cercana que su abuela Clara tenía en el pueblo y prácticamente la única con la que mantenía una relación desde que su marido se marchó y, aun así, sus encuentros eran más bien esporádicos. Solían encontrarse una vez a la semana en la tienda del pueblo y con la misma frecuencia se visitaban la una a la otra, bien en casa de Ingrid para tomar un café y un bizcocho o bien en casa de Clara, donde solían tomar té y pastel de frutas, todo ello regado al final de la tarde con un chorrito de ron para reanimar el organismo, como les gustaba decir.

Tras dos semanas Ingrid se inquietó al no tener noticias de Clara y se presentó en su casa. Todo estaba en orden y en silencio, pero nadie respondía a sus llamadas. Puesto que la puerta principal estaba abierta decidió entrar, como tantas otras veces hiciera, y recorrió la casa, gritando el nombre de Clara. A cada paso estaba más convencida de que algo malo había sucedido y, para cuando hubo llegado a la puerta del dormitorio, ya sabía lo que iba a encontrar en su interior. Aun así, abrió la puerta y ahogó con los dedos una exclamación al ver a Clara tumbada en la cama, completamente vestida y peinada como para una ocasión especial, con el pelo suelto enmarcando su rostro, deslizándose hacia abajo

por la almohada en suaves ondas. Entre las manos entrelazadas sobre el estómago sujetaba un ramo de flores amarillas, como una novia ante el altar, agostadas por la falta de agua, con algunos pétalos dispersos sobre las manos blancas de la anciana, igual que brillantes pecas. Ingrid, que era una mujer fuerte y acostumbrada a la dureza de la vida en el campo y a su soledad, se sobrepuso enseguida de la impresión, mientras una lágrima furtiva rodaba por su mejilla, y se acercó a los pies de la cama. Clara estaba hermosa, pensó mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara y lo dejaba caer con suavidad sobre la almohada. Y así partió Clara al otro mundo, ataviada con su mejor vestido, el mismo con el que fue enterrada días después, con el pelo limpio y arreglado y con sus mejores zapatos calzados en los pies.

Lis recibió la noticia de boca de Troy Gamber, jefe de la policía local, que fue el encargado de trasladar el cuerpo a la consulta médica y de localizar a los familiares, tarea que finalmente le llevó varios días, y que tuvo el tacto de transmitirla tal y como Ingrid se la había referido y de ahorrarle todos los detalles técnicos y precisos sobre el estado del cuerpo de su abuela. El médico forense dictaminó que la anciana llevaba más de una semana muerta cuando fue encontrada y, a pesar de que las puertas y ventanas estaban cerradas y la temperatura en el interior era bastante fresca a principios de ese verano, el proceso de la muerte había seguido su curso despacio, pero sin pausa. No se halló ninguna causa externa de la muerte, por lo que fue certificada como muerte natural, todo apuntaba a un ataque al corazón mientras descansaba; pero esa hipótesis no terminaba de encajar en la cabeza de Lis. Los pequeños detalles le parecían demasiado extravagantes para tratarse de una muerte natural, cierto es que no se había descubierto rastro de ninguna sustancia o tóxico que hiciera pensar en un suicidio, pero el escenario bien podría encajar con una situación de ese tipo. En realidad, pensaba Lis después de darle vueltas durante todo el camino de ida, parecía como si su abuela conociera el momento exacto en el que iba a morir y, sin haberlo provocado ella misma ni haber hecho nada por evitarlo, se preparó para el momento y se dejó llevar. Se imaginó a su abuela arreglándose delante del espejo,

cepillándose el pelo que a diario mantenía recogido en un moño, para estar guapa cuando llegara la hora de partir al otro mundo, pensando quizás en su marido, recordando su rostro, o el de su querida y única hija, o quizás los de sus nietos. Se le cerró la boca del estómago, como si una mano fría estrujara y retorciera sus tripas con los dedos rígidos y atrofiados de la muerte.

Dio unos pasos por la habitación, mirando hacia la cama por el rabillo del ojo; había un armario con una cómoda al lado, dos mesitas de noche custodiando la cama y una silla apoyada en la pared, en la esquina más alejada de la puerta. Todo estaba perfectamente ordenado y limpio, a excepción del polvo presente en toda la casa. El sol entraba por la ventana y dibujaba un cuadrado de luz sobre las tablas del suelo, pero hacía frío allí dentro. Lis se dio cuenta de que tenía el vello erizado y percibía una corriente de aire frío por la habitación, como si alguien se hubiera dejado abierta una rendija de la ventana para ventilar y eliminar cualquier olor. Se acercó hasta ella para cerrarla pero descubrió que ya lo estaba, tampoco había ninguna grieta en el cristal que permitiera la entrada del viento y las hojas estaban bien aseguradas. En cualquier caso, el aire de fuera era tórrido a aquella hora del día, y una ventana abierta no justificaría tal temperatura, más propia de un día de invierno. El dormitorio era como una nevera; cuanto más tiempo pasaba dentro más lo notaba, y sentía una ligera y gélida brisa que le acariciaba los brazos desnudos y la cara, a ratos se colaba bajo su melena y le rozaba la nuca suavemente, como unos dedos de hielo. El corazón de Lis empezó a bombear a mayor ritmo y su pulso se aceleró. Sentía algo extraño aunque no estaba segura de cómo explicarlo; tenía el presentimiento de que había alguien más en la habitación, alguien que imitaba sus pasos en silencio, desplazándose a su alrededor al mismo tiempo que ella, como una pareja de baile, provocando esa sutil corriente de aire que no había dejado de percibir, tan débil pero real. Se dijo a sí misma que era fruto de su imaginación, el producto de su mente excitada, que había optado por la respuesta más descabellada de todas las posibles y, aun así, en cuanto salió de la habitación se sintió mejor en el acto. La temperatura le resultó de nuevo más agradable e incluso el silencio

se hizo menos opresivo. Dejó la puerta abierta para que el calor del exterior penetrara en la estancia equilibrando la temperatura y regresó a la planta de abajo, poco dispuesta a permanecer arriba por más tiempo.

Lis salió al porche y se sentó en las escaleras, dejando que el sol calentara su cuerpo. Encendió un cigarrillo que sacó del bolsillo de atrás de los vaqueros, y aspiró profundamente; dejó vagar la vista y la mente por el prado, tratando de no pensar en nada, de olvidar por un momento por qué estaba allí y disfrutar del día y del paisaje.

Por el camino de tierra que llevaba a la granja avanzaba un coche levantando una columna de polvo a su paso. Lo observó acercarse mientras terminaba de fumar su cigarrillo y, cuando el coche aparcó al lado del suyo y la puerta se abrió, aplastó la colilla en el suelo y se puso en pie para salir al encuentro del visitante.

Capítulo 3



LAS BUENAS AMIGAS SABEN GUARDAR SECRETOS

La primera vez que Ingrid vio a Clara supo que se harían buenas amigas y la segunda vez que la vio supo que su amistad terminaría, tarde o temprano, de una manera trágica.

Una tarde de principios de otoño, cuando los días aún eran cálidos y las noches frescas, mientras el atardecer le iba ganando la partida al sol cada día un poco más y la atmósfera invitaba a una conversación delante de una taza humeante de café, Ingrid se encontraba en la tienda de Betsy pasando el rato, como tantas otras tardes del año. Había acudido con la excusa de comprar jabón para el baño y papel de cocina, que se había acabado aquella misma mañana, pero en realidad lo que buscaba era un poco de compañía, algo de conversación y una buena dosis de chismorreo. Había cogido de la estantería lo que necesitaba y se había acodado junto a su cesta en el mostrador de la entrada.

En aquellos días había dos temas de actualidad en el pueblo; uno era el trágico noviazgo de la pequeña Susi, que ya contaba dieciséis años de edad, con Albert, el mediano de una prole de cinco hermanos, que tenía en esos momentos dieciocho años recién cumplidos y carnet de conducir. La historia no hubiera dado para muchos rodeos, poco más que unos comentarios sobre la conveniencia o no de dicha relación y de sus posibilidades de futuro, de no haber sido por la aparición en escena de Aly, la hermana pequeña de Susi, de trece años, y que como todos sabían en el pueblo estaba enamorada de Albert desde que puso los ojos en él por primera vez durante su primer año en la escuela. La diferencia de edad entre ambos era notable, todos sabían que su relación era una fantasía que nunca se haría realidad y los hechos parecieron confirmarlo un buen día cuando se vio a Albert paseando por la calle agarrado de la mano de Susi. Todo el pueblo se hacía a la idea de la difícil situación por la que estaba atravesando Aly, pero nadie culpaba a su hermana por ello porque, al fin y al cabo, era lo más natural, lo que todos habían esperado y era solo cuestión de tiempo

que Aly se fijara en un chico de su edad y se olvidara para siempre de Albert. Durante un tiempo pareció que así había sido. Susi, que era una buena chica, obediente y responsable, se veía con Albert algunas tardes y paseaban juntos por el pueblo; iban a tomar algo a la cafetería o se sentaban a charlar en el parque cuando hacía buen tiempo. Los sábados por la noche salían a cenar o se quedaban en casa, viendo una película en la tele y comiendo palomitas. Aly participaba en algunos de esos planes y, si bien al principio resultaba extraño verlos a los tres juntos, con el paso del tiempo se convirtió en algo habitual y la gente dejó de darle importancia. Al terminar el verano Albert había anunciado su decisión de marcharse del pueblo para trabajar en una importante fábrica de muebles que tenía su sede en la vecina ciudad de Billstone, a sesenta kilómetros de Hoverfield, lo que suponía una gran oportunidad para él y su futura familia, la que esperaba formar junto a Susi. El plan era establecerse allí, buscar una casa, ahorrar algo de dinero y pasados unos meses, cuando Susi terminara el curso que acababa de empezar en la escuela, se reuniría con él en Billstone, donde comenzarían a construir su vida juntos como pareja, previo paso por la iglesia. El anuncio cayó como un jarro de agua fría, más bien gélida, sobre la pequeña Aly. Recibió la noticia sin despegar los labios, pero su expresión y su mirada se fueron apagando y oscureciendo hasta transformarse en una máscara hueca, sin embargo, haciendo gala de una compostura que dejó a todo el mundo maravillado, no hizo ningún comentario y se recluyó en casa.

Dejó pasar los días contemplando como su hermana y su madre hacían planes y como Albert ultimaba los detalles del viaje. La semana anterior a la fecha de su partida se organizó una cena familiar en casa de Susi a la que acudió la familia de Albert al completo, lo que sumaba un total de doce invitados, para festejar el futuro enlace y brindar por la buena suerte de la joven pareja. Aly se había puesto especialmente guapa para la ocasión, con el vestido que solía lucir en las ocasiones especiales, y así se lo hicieron notar todos los invitados y su propia familia, que trató en todo momento que se sintiera cómoda, evitando en lo posible una situación embarazosa. Como pudieron comprobar en el transcurso de la

velada, esas precauciones no eran necesarias ya que Aly no había dejado de mirar a Albert durante toda la cena, sonriéndole constantemente, atenta a cada uno de sus gestos y palabras, atendiéndole en todo momento, procurando que no le faltara de nada; tal era su grado de atención que su hermana Susi empezó a sentirse un tanto celosa y todos los comensales se dirigían miradas a escondidas, extrañados por su actitud y sin saber bien cómo reaccionar. Cuando llegó el momento de los postres Aly se levantó de su silla y, tomando una copa del champán que había llevado el padre de Albert para celebrar la reunión, hizo sonar la cucharilla contra el cristal a modo de campanilla. En la mesa se hizo un silencio expectante y, allí de pie, con su mejor vestido y su sonrisa más sincera, con las miradas ávidas y escrutadoras de dieciocho familiares y allegados dirigidos hacia ella, Aly anunció que estaba embarazada y que el padre era Albert, que se quedó de una pieza y a punto estuvo de atragantarse con su propia saliva y eludir de esa manera lo que estaba por venir.

A semejante anuncio siguió un largo momento de silencio que pareció hacerse eterno. En un principio nadie fue capaz de apartar la mirada de Aly, que continuaba de pie sorbiendo tranquilamente el champán de su copa y sonriendo a Albert. Por un momento la escena y los comensales quedaron congelados como en un cuadro, sin saber si debían moverse y, en tal caso, en qué dirección; todavía esperaban que en cualquier momento la niña estallara en sonoras carcajadas, señalándoles con el dedo y anunciando que tan solo se trataba de una broma y que les había tomado el pelo a todos. Sin embargo, cuando pasaban los minutos y eso no sucedía comenzaron a pensar que la niña había hablado en serio y, como si el tiempo se pusiera en marcha de nuevo, todas las cabezas comenzaron a moverse en distintas direcciones; la madre de Aly miró a su marido, en busca de ayuda; la madre de Albert miraba a Susi, sin saber qué decir; el padre de Albert miró a su hijo, esperando una declaración que no llegaba; Susi miraba a su hermana con la boca abierta, logrando refrenar a duras penas las ganas que sentía de saltar por encima de la mesa llena de platos sucios y abalanzarse sobre el cuello de su traidora hermana, y Albert miraba su plato de postre,

con el gran pedazo de tarta de manzana casera que reposaba en él y que ya no podría saborear. Al momento siguiente, el silencio estalló en un mar de voces, gritos, reproches y llanto, todo ello aderezado con el entrechocar de platos, ruido de cristal roto, arrastrar de sillas y pasos corriendo de un lado a otro. Cada uno de los presentes en la comida hubiera deseado estar en cualquier otro lugar excepto Aly, que disfrutaba del caos que había provocado y del que permanecía extrañamente al margen.

Desde ese día poco se había sabido de Aly, Susi y Albert, nadie los había visto ni hablado con ellos, se desconocía si estaban en el pueblo, si Albert había partido finalmente a Billstone, si habían enviado a Aly a casa de un pariente lejano mientras pasaba lo peor de la tormenta y siempre en el caso de que su declaración fuera cierta, algo que permanecía sin aclararse; se desconocía asimismo si iba a haber boda y, en tal caso, quiénes serían los protagonistas... y mil preguntas más, todas sin respuesta por el momento. Había tema de conversación suficiente para pasar todo el invierno sin aburrirse pero, por si fuera poco, había otro asunto que tratar y que también requería de la atención de Betsy y de la opinión de todas las demás clientas y vecinas.

La granja de los Szahen, cuyo nombre despertaba el eco de murmullos y miradas de soslayo, había sido vendida tras permanecer largo años deshabitada y abandonada a su suerte, y los compradores eran una pareja forastera, que no conocían la región y que iba a llegar en cualquier momento a instalarse en la casa. Esta había permanecido vacía cerca de cincuenta años y guardaba entre sus paredes una historia truculenta que había sido todo un escándalo en la época en la que la abuela de Betsy regentaba el establecimiento, mucho más modesto y menos surtido de producto en aquel entonces. Pocos se acuerdan ya de lo que sucedió en la casa de la colina, pero la historia de Silvia Szahen y de Ern Szahen aún se cuenta en alguna casa delante del fuego durante la noche de difuntos para asustar a los niños pequeños y entretener a los mayores. Quizás todos los pueblos tienen su propia historia trágica que pasa de generación en generación y de boca en boca, perdiendo su identidad por el camino pero ganando pintorescos detalles que la

mantienen con vida a lo largo de los años y, en aquel caso, la historia de los Szahen algún día se convertiría en la leyenda de ese pueblo; pero aún era demasiado pronto para eso. Todavía hoy los vecinos más mayores tomaban cualquier otro camino que no les obligara a pasar por delante de la casa, especialmente después del anochecer, para no tener que mirar hacia sus ventanas vacías y negras.

Por lo que Betsy había podido averiguar hasta el momento, se trataba de una pareja mayor, sin hijos o con hijos ya adultos, que venían de la ciudad buscando un cambio de aires y la tranquilidad de la vida en el campo; y era esa falta de información y de detalles lo que exasperaba a Betsy y la ponía de mal humor. A ella le gustaba estar preparada cuando las noticias se convertían en realidad, le gustaba anticiparse a los acontecimientos, conocer de antemano lo que iba a suceder y el nombre de todas las personas implicadas en los hechos. Por eso, cuando aquella tarde de principios de otoño Clara entró por la puerta de la tienda, apartándose de la cara el pelo alborotado por el viento y se detuvo enfrente de Betsy y de Ingrid, con las mejillas sonrosadas y una tímida sonrisa en los labios, Betsy se quedó muda por primera vez en muchos años. La cara de la pobre Betsy era de total estupefacción, como si un fantasma se hubiera materializado directamente enfrente de su mostrador o, mejor aún, como si la pequeña Aly hubiera entrado por la puerta con un lloriqueante bebé entre sus brazos para comprar pañales y leche.

Ingrid, en cambio, le tomó simpatía desde el primer momento; vio franqueza en sus ojos y una mirada despierta y alegre, así que dio un paso al frente, presentándose al tiempo que ofrecía la mano, para romper el incómodo silencio que había provocado la entrada de la recién llegada. Ambas se presentaron y, transcurridos unos minutos, Betsy fue capaz de recomponerse y, refunfuñando todavía para el cuello de su vestido, consintió en presentarse ella también y comenzar el interrogatorio que tantas ganas tenía de practicar sobre la forastera. Lo que tenía que haber sido una visita de unos minutos a la tienda del pueblo se convirtió en toda una tarde de charla y risas hasta que el sol se puso y las sombras cada vez más oscuras de la calle les recordaron que ya era tiempo de volver a casa. Desde

aquel día, si bien Clara siempre se detenía a hablar con Betsy cuando bajaba al pueblo, la amistad entre Ingrid y ella fue inmediata y recíproca y se prolongó en el tiempo durante todos aquellos largos años hasta la inesperada muerte de Clara.

La segunda vez que se vieron fue unas semanas después de su primer encuentro. Era un domingo por la mañana y, extrañada de no ver a Clara entre los asistentes a la misa, donde se daban cita todas las familias de la localidad al completo y que servía principalmente de excusa para ponerse al día de los asuntos de la semana, volvió a casa con su marido, sacó de la alacena el bizcocho de nueces y pasas que había preparado la tarde anterior para servirlo después de la comida y cortó un buen pedazo, que colocó sobre un plato y cubrió con papel transparente. Se puso el abrigo, se colgó el bolso del brazo y con el plato en la mano salió por la puerta anunciando que regresaría para la hora de comer.

—¿Dónde vas? ¿Ese es el bizcocho? ¿A dónde te lo llevas? —Tales fueron las preguntas que quedaron flotando en el aire detrás de Ingrid cuando esta cerró la puerta y bajó rápidamente los escalones.

De repente se dio cuenta de que tenía mucha prisa por salir, ni siquiera quiso detenerse el tiempo suficiente para responder a las preguntas de su perplejo marido y, aunque no sabría explicarlo, quería llegar a casa de Clara lo antes posible. Tenía el presentimiento de que la necesitaban allí, de que ya tenía que haber llegado. Enfiló el camino de tierra levantando polvo y grava con las ruedas de atrás y se dirigió a casa de Clara a una velocidad que jamás hubiera pensado alcanzar por esas rutas.

Cuando enfiló la cuesta de subida hacia el patio de la granja apenas se concedió tiempo para detener el coche antes de abrir la portezuela y saltar afuera. Y una vez allí se quedó petrificada, apoyada en la puerta del coche, con el motor ronroneando a su lado como un animal fiel. Durante unos instantes que le parecieron minutos luchó consigo misma para obligar a su cuerpo a despegarse del vehículo, que la acogía con la puerta abierta y el motor en marcha, dispuesto a salir en cuanto le dieran la señal, aunque finalmente consiguió dar un paso hacia delante, hacia el campo sembrado de florecientes dientes de león. En el medio de aquel mar

de capullos dorados estaba Clara, vestida tan solo con un camisón blanco y la melena canosa ondeando al viento. Permanecía completamente quieta, como una estatua; el viento agitaba la falda del camisón y le azotaba las piernas mientras que su pelo volaba alrededor de su cabeza, como si flotara en las profundidades de un estanque de aguas transparentes. Esa fue la imagen que le vino la cabeza a Ingrid y que le puso en los brazos la piel de gallina.

Se agachó sobre el asiento del conductor y giró la llave en el contacto y el silencio que siguió a ese gesto fue absoluto. Se alejó unos pasos del coche y llamó con voz insegura.

—¿Clara? —No hubo respuesta ni movimiento alguno de su amiga—. ¿Te encuentras bien, Clara?

Dio unos cortos pasos más en dirección a su amiga con la impresión de estar invadiendo la intimidad de Clara, como si interrumpiera un momento íntimo e importante; pero aun así, se obligó a avanzar unos pasos más, adentrándose entre las flores. Se detuvo a dos metros de su amiga, que seguía dándole la espalda, bajó la vista y comprobó que esta estaba descalza, que había salido de casa tan solo con el camisón, como si acabara de levantarse de la cama o como si hubiera estado en esa misma posición desde el amanecer. Mientras sopesaba todo esto le pareció escuchar algo, un murmullo, un susurro inteligible. Aguzó el oído, inclinando la cabeza hacia abajo, y allí estaba otra vez, como si el viento arrastrara una delicada y suave voz, apenas audible. No era capaz de entender el significado, pero había palabras en la brisa. Se quedó completamente quieta, conteniendo la respiración para no emitir ningún ruido, tratando de captar aunque solo fuera una palabra suelta.

—¿Tú también lo oyes?

La voz de Clara la devolvió al presente y recordó de nuevo lo que había venido a hacer allí. Miró a su amiga, que se había girado hacia ella, parpadeando repetidamente y sacudió la cabeza tratando de aclarar sus sentidos, que notaba de pronto embotados, adormecidos.

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Ven, vamos dentro, empiezo a tener frío. Prepararé una taza de té.

—He traído un bizcocho —contestó saliendo de su ensueño.

Las dos mujeres se miraron a los ojos un instante más, sellando una especie de acuerdo tácito entre ellas, y tras esas sencillas palabras se pusieron en marcha. Ingrid recogió el plato con el bizcocho casero del asiento del acompañante de su coche y siguió a Clara al interior de la casa sin volver la vista atrás.

Aquel día Ingrid regresó a casa mucho más tarde de la hora de comer. Las dos mujeres se sentaron a la mesa de la cocina, frente a dos humeantes tazas de té y el bizcocho en el centro, y Clara comenzó a hablar. Habló durante dos horas, sin parar, apenas para sorber un poco de su té, que se fue quedando frío con el paso de los minutos, hasta quedar saciada. Contó todo lo que había pasado desde que se mudaran a la casa, todo lo que había sentido, escuchado o visto y, cuando la última palabra salió de sus labios, fue como si se quitara un pesado y viejo abrigo de encima de los hombros. Se sintió mejor de lo que se había sentido en todo aquel tiempo, más joven incluso, más llena de vida, y su sonrisa, la misma que siempre la había acompañado durante aquellos años, regresó otra vez a su rostro y respiró con fuerza.

Ingrid escuchó en silencio, asintiendo cuando era necesario, callando cuando era oportuno y, con un brazo estirado por encima de la mesa, rozando con los dedos la mano de su amiga, haciéndola saber que estaba allí. Vio pasar por el rostro de Clara toda clase de sentimientos y emociones a medida que se adentraba en el relato, recordando, y, cuando finalmente terminó, fue como si la sombra que la acompañaba durante aquel tiempo la hubiera abandonado, dejándola al fin respirar aire fresco y limpio.

Ingrid nunca puso en duda nada de lo que se dijo alrededor de aquella mesa, ni entonces ni ahora, tantos años después. Ella a su vez le contó lo que sabía acerca de la casa y de sus primeros propietarios y entre las dos trataron de sacar alguna conclusión. Pero desde ese primer día nunca mencionaban el tema dentro de la casa, dentro se sentían cohibidas, observadas por encima del hombro, con esa certeza intangible de que había algo cerca. De vez

en cuando podían percibir una corriente de aire frío, siempre muy frío, que provenía de no se sabía dónde y las obligaba a bajar la voz o cambiar de tema por puro instinto, hasta que con el paso del tiempo se acostumbraron a salir al porche a tomar el té cuando el tiempo era agradable o a verse en casa de Ingrid, la mayor parte de las veces, donde la atmósfera no resultaba opresiva ni amenazante.

Ahora, más de veinte años después de esa primera visita que marcó el rumbo de su relación, Ingrid se detuvo de nuevo en el camino, delante del porche, donde esperaba la nieta de Clara, un retrato muy aproximado de cómo tuvo que ser su amiga en los lejanos años de su juventud. Salió despacio del coche y se detuvo a mirar a Lis; la niña que conoció años atrás se había convertido en una hermosa mujer, alta, esbelta, con una larga melena negra y un espeso flequillo que ocultaba parte de sus ojos, unos ojos de mirada vivaz y escrutadora.

Las dos mujeres se miraron la una a la otra, Lis desde el porche en sombras e Ingrid con la mano apoyada en la portezuela de su coche, sin decir ni una palabra, reconociéndose. Al final fue Lis la que dio el primer paso, poniendo un pie en el primer escalón, para salir al encuentro de la amiga de su abuela.

—¡Madre mía! ¡Cómo pasan los años! —exclamó Ingrid, avanzando hacia Lis y abandonando la seguridad de su coche. No había vuelto por allí desde el día que encontró el cuerpo de Clara y esperaba no tener que volver a hacerlo; solo con mirar las ventanas vacías de la casa sentía un cosquilleo en la base de la espalda—. No te acordarás de mí, soy...

—Ingrid —interrumpió Lis y acompañó la palabra con una sonrisa, a la que correspondió la anciana, con lo que el ambiente perdió parte de la tensión que se estaba acumulado entre las mujeres—. Me acuerdo de usted, es la mejor amiga de mi abuela... bueno, lo era.

—Sí, pasamos muy buenos momentos juntas y muchos años también. Te pareces un poco a ella, en tus ojos, la forma en que me mirabas desde el porche... mi vista empeora con cada año que pasa porque, por un momento, creí que eras Clara. Qué tontería, ella está

muerta y además era muy mayor, y tú eres una jovencita muy guapa.

Y, de repente, sin pensar en ello y sin haberlo pedido, ambas mujeres se abrazaron con fuerza la una a la otra. Ingrid cerró los ojos y se estremeció por el contacto de aquel cuerpo tan joven y fuerte cuyo pelo olía a ciudad, a humo de cigarrillo y a vida, y sintió nostalgia. Nostalgia por todas las cosas que se fueron, por las que nunca serían y por las que dejaría atrás cuando le llegara el momento de partir de este mundo, con la esperanza de encontrar algo mejor al otro lado.

Lis aspiró el aroma de la anciana, notando que su pelo cano le hacía cosquillas en la mejilla, y recordó a su abuela, el aroma de las galletas de canela y el olor del jabón, decidió que todas las abuelas del mundo deberían oler así. Sintió el calor que emanaba de su cuerpo, calentando sus brazos y su pecho; no se había dado cuenta del frío que sentía hasta aquel momento, así que la apretó con más fuerza, sintiendo su frágil cuerpo entre sus brazos como el de una niña pequeña.

El momento pareció alargarse en el tiempo, estirándose durante minutos enteros sin que ninguna de las dos le prestara atención, pero finalmente se separaron y se miraron satisfechas, reconfortadas y en paz.

—Ayúdame, ¿quieres? Acerca esa cesta del asiento de atrás y vamos a sentarnos; estos últimos días me cuesta estar mucho tiempo de pie, me canso enseguida.

—Claro, vamos dentro y veré si hay algo que pueda ofrecerle para beber.

—No, no, será mejor que nos quedemos en el porche —replicó enseguida Ingrid y, ante la mirada escrutadora de Lis prosiguió—: El aire es más agradable aquí fuera, dentro hace mucho frío para mí; además, me gusta este paisaje —dijo abarcando toda la colina con la mirada.

Lis la siguió con la cesta hasta la mesa del porche, barrió con la mano la fina capa de polvo depositada encima y se sentó frente a la anciana, que se había acomodado con un suspiro en una silla y contemplaba el campo florido.

—He pensado que tendrías hambre y aquí no creo que encuentres nada comestible, al menos nada que yo me comería, así que he traído unos bocadillos y unas botellas de cerveza para acompañar. ¿Está bien así?

—Oh, sí, es perfecto; no tenía que haberse molestado.

—No digas tonterías y saca la comida, se ha hecho tarde. No sabía si bebías cerveza, pero tu abuela y yo solíamos tomarla para la cena, aunque también puede acompañar un almuerzo, ¿por qué no? Yo solo puedo tomar un vaso al día porque más no me sentaría bien; ponme un poco, ¿quieres?

Lis sacó dos bocadillos envueltos en papel, dos botellas de cerveza de una marca desconocida y dos vasos de cristal, junto con servilletas y cubiertos. La mujer se había acordado de traer todo lo necesario, como si se tratara de una comida en pleno campo y no en la casa de una antigua amiga. Abrió una de las botellas y repartió el contenido entre ambos vasos.

—A tu salud —dijo Ingrid al tiempo que se llevaba el vaso a los labios, apurando el contenido sin darle tiempo a responder.

El líquido del vaso estaba tibio, pero Lis lo agotó de un trago; tampoco se había percatado de la sed que tenía hasta que vio el líquido salir borboteando de la botella. Repartió los bocadillos y desenvolvió el suyo para darle un mordisco, descubrió entonces que también estaba hambrienta, notaba el estómago hueco, y aquel primer bocado de pan, jamón y mostaza cayó como una piedra en un pozo vacío. Su acompañante no prestó atención a su bocadillo, sorbió despacio lo que quedaba de su cerveza mientras oteaba el paisaje que se extendía ante ellas.

—Tu abuela hablaba mucho de vosotros, de tu hermano y de ti. Siempre contaba ilusionada los días que faltaban para vuestra llegada, como una niña esperando el día de Navidad. —Lis asintió mientras masticaba.

—Nos encantaba venir aquí, era la mejor parte de las vacaciones —respondió en cuanto pudo.

—Ella nunca os culpó por no volver; resultaba demasiado triste para vosotros y lo comprendía, pero lo lamentó mucho. Al fin y al cabo, erais lo único que le quedaba. —Ingrid miró a Lis de reojo y

esperó una respuesta. Lis apartó lo que quedaba de su bocadillo, ya no le apetecía comer más, se le había cerrado el estómago; en su lugar rellenó su vaso de cerveza y le dio otro trago para aclarar la voz.

—No sabe cuánto me arrepiento; si pudiera volver a aquellos días, actuaría de otra forma, tomaría otras decisiones. Simplemente no me sentía con fuerza para regresar aquí. A Greg le pasaba lo mismo. Era más fácil hacer como que nada de esto había ocurrido y continuar con nuestras vidas, olvidándonos de todo lo demás. Cambiamos los recuerdos por un trabajo, una ciudad nueva, Greg incluso formó una familia, y nos deshicimos de nuestras viejas vidas. Así era menos doloroso.

—Lo entiendo, niña, no tienes por qué excusarte. Es solo que, a veces, hacemos daño a los que más nos quieren sin darnos cuenta y tomamos el camino más enrevesado y doloroso de la vida, cuando hubiera sido más sencillo repartir la pena y la carga con aquellos que nos quieren.

—Ahora lo sé, pero en aquel entonces...

—No te tortures con eso, niña —sonrió con sus arrugados labios y le palmeó el brazo por encima de la mesa en un gesto cargado de cariño y comprensión. Lis sintió cómo se agolpaban las lágrimas detrás de sus ojos y parpadeó para no dejarlas salir—. Todo se ve más sencillo cuando te haces vieja, ya te llegará el día.

—Sí, eso espero. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Estaba esperando que me la hicieras.

—A mi abuela, ¿le gustaba vivir aquí?

—Bueno, se puede decir que tenía un vínculo muy especial con esta granja que no todos entenderían. Seguramente las cosas hubieran sido más diferentes en otra parte, podría llevar una vida más cómoda en el pueblo o cerca de vosotros, pero con el tiempo se acabó acostumbrando a esto.

—Eso lo entiendo, creo; pero, ¿no pensó en vender la casa, ni siquiera después de que se fuera mi abuelo?

—En los días posteriores sí, incluso llegó a hablar con el agente de la propiedad que les vendió la casa, ¿cómo se llamaba? ¿Stan o

Stud? No me acuerdo, pero no importa. Pero cambió de idea de la noche a la mañana y canceló todos los planes.

—¿No le pareció extraño? Quiero decir, ¿no le contó a qué se debía?

—Una se acostumbra a su casa, ¿sabes? Como a unas zapatillas viejas, y luego resulta complicado cambiar.

—Ya —las palabras de la anciana le parecían evasivas y no alcanzaba a entender el motivo.

—Recuerdo una vez que bajó al pueblo a hablar con el párroco. Tu abuela no era muy devota; claro que creía en nuestro Señor, pero en lo que a practicar los ritos cristianos se refiere era muy perezosa. Decía que no le sobraba el tiempo para perderlo sentada en el banco de una iglesia una mañana de domingo, escuchando un interminable sermón sobre cómo tenía que conducirse en su día a día cuando ella ya hacía todo lo posible por vivir de la manera correcta. Se esforzaba a diario en ser una buena cristiana, por lo que, si Dios tenía algún reproche que hacerle, tendría que esperar hasta el día en que subiera a verle para echárselo en cara, en lugar de robarle las horas de su tiempo enviando a su emisario a cantarle las cuarenta. —Lis rio ante aquella imagen de su abuela; era una faceta suya que desconocía hasta el momento y le gustó descubrirla. Pensó también en que había muchas cosas que no conocía de ella y que seguramente la hubieran sorprendido; parecía una mujer interesante y distinta a las demás. Se imaginó a su abuela y a su amiga bebiendo cerveza en el porche al atardecer y comentando los asuntos del párroco y sus feligreses y deseó haber estado allí, sentada a la mesa entre las dos mujeres, escuchando y riendo mientras a su alrededor caía la noche.

—Entonces, ¿qué quería de él?

—Se le había ocurrido la descabellada idea de donar su granja a la iglesia para que hicieran algo provechoso con ella, ya sabes, un hogar de acogida para niños sin familia o con problemas, o algo por el estilo.

—¿Y dónde tenía pensado vivir ella? No entiendo.

—No sé cuál era su propósito, a lo mejor planeaba volver a la ciudad, pero no llegamos a hablar de eso porque el párroco rehusó.

—¿Por qué? No parece una mala idea. ¿La iglesia no tenía fondos?

—No, no, nada de eso, una iglesia siempre tiene fondos si le interesa encontrarlos. Pero no era el caso. Fue el propio párroco el que la rechazó, dijo que no pondría los pies en esta casa por nada del mundo.

—Qué extraño —dijo Lis, pensativa, observando a Ingrid mientras intentaba sonsacar algo más de información de sus gestos y de su cara; la mujer aparentemente hablaba mucho, pero le administraba la información con cuentagotas; entonces la cazó lanzando una discreta mirada hacia la puerta abierta de la casa, como si quisiera comprobar que no había nadie allí.

—Tampoco tanto; en realidad era una idea bastante descabellada, y así se lo dije cuando me lo contó.

—Pero, ¿por qué dijo eso de la casa? ¿Sabe a qué se refería?

—Son solo habladurías de pueblo. El párroco es un hombre muy arraigado en la comunidad, ha estado aquí desde que tengo uso de razón, así que fíjate si será viejo, aunque parece que nos enterrará a todos, debe haber hecho un buen pacto con su jefe. Por el pueblo corren rumores acerca de las personas que construyeron esta granja, hace décadas. Al parecer eran un tanto extraños, y extranjeros, además.

—¿Qué es lo que se dice de ellos?

—Si te acercas a la tienda de Betsy te relatará la vida y desgracias de toda la familia Szahen al completo, una familia muy pequeña, por cierto, aunque nada de lo que te diga podría considerarse verosímil. Han pasado muchos años desde que vivieron en la granja y los hechos se han convertido en historietas para contar alrededor del fuego, si te gusta escuchar esa clase de historias.

—Y si me gustara, ¿qué oiría? —insistió Lis, que no estaba dispuesta a rendirse ahora que había encontrado al fin un hilo del que tirar.

—Ay, mira que eres preguntona, pero la culpa es mía por darte pie. En realidad, no es nada del otro mundo, ¿sabes? Un drama familiar que con el tiempo se ha disfrazado de otra cosa. Esta casa la

construyó Ern Szahen a principios de siglo; ese hombre era un inmigrante de algún lugar del este de Europa y se instaló aquí con su esposa Silvia. Ern puso en pie la casa con la sola ayuda de un par de muchachos de la zona y el sudor de su frente. Se dice que era un hombre fuerte y trabajador, religioso y reservado, poco dado a la compañía de los demás hombres del pueblo y muy callado en las escasas ocasiones en las que se le veía fuera de su granja. Silvia era igual que él en este aspecto, era como una sombra de Ern, más menuda, más delgada, pero igual de silenciosa y esquiva. No tenía relación con nadie del pueblo y en las contadas visitas que realizaba a la tienda trataba de pasar desapercibida; daba los buenos días o las buenas tardes y las gracias, pero poco más se le podía oír. No hace falta que te diga que esa actitud consiguió precisamente lo contrario de lo que pretendía, de manera que cada visita suya al pueblo se convertía automáticamente en el chisme comunitario. Al final de su estancia aquí la madre de nuestra Betsy, que era una vieja bruja, las cosas hay que decirlas como son, consiguió sonsacarle algo de información, que en esa familia se valora más que el dinero.

—¿Qué quieres decir con lo del final de su estancia? ¿Se mudaron a otro sitio?

—Paciencia, niña, ya llego a eso; tú me has preguntado, así que ahora tendrás que dejarme terminar, los recuerdos y las viejas historias son como una madeja de lana, hay que empezar a desenmarañar los hechos desde el principio, tirando del hilo poco a poco y dejando que te lleve al interior de la historia, ¿no te parece?

Lis compuso una mueca involuntaria y echó un rápido vistazo al cielo, comprobando la trayectoria del sol para adivinar la hora y el gesto no pasó desapercibido para Ingrid, que se apresuró a continuar.

—No te inquietes, no tardaré mucho.

—Oh, no tengo prisa, de verdad; además, me interesa mucho saber todo lo que pueda contarme sobre este lugar. Me intriga, creo que esa es la palabra exacta.

—Sí, sé lo que quieres decir, a mí me pasaba lo mismo, aunque con los años me he habituado a esa sensación. Como iba diciendo,

un buen día, cuando se cumplía un año de la llegada del matrimonio Szahen al pueblo, apareció en la tienda una extraña mujer preguntando por Silvia con un acento muy pronunciado; apenas sabía decir otra palabra que el propio nombre de la muchacha y no parecía entender nada de lo que se le decía. Era una anciana encorvada, con un manto grueso enrollado alrededor del cuerpo y una bufanda que le tapaba casi la totalidad del rostro; se cubría con un gorro de lana de colores y portaba una maleta de mano, muy ajada y deslucida. Estaba terminando el otoño y ya se notaba el frío en los campos, la madre de Betsy se apiadó de la mujer y obligó a su marido a llevarla en la carreta hasta la granja de los Szahen. La mujer no abrió la boca en todo el trayecto y se despidió del buen hombre haciendo un extraño gesto con la mano que no logró entender, quizás era su manera de dar las gracias pero le hizo espolear a los caballos hasta que perdió de vista la casa y con ella a la anciana mujer. Pasaron unas semanas y no se supo más de ella ni de los Szahen, hasta el día en que apareció Silvia en la tienda, embarazada de varios meses a juzgar por lo hinchado de la tripa. Estaba muy cansada y pálida, así que la madre de Betsy aprovechó el momento para acercarle un taburete y ofrecerle una taza de té caliente con la excusa de que reposara un rato antes de volver a casa, cuando lo que quería era hacerle todas las preguntas que habían quedado pendientes de respuesta desde la llegada de aquella misteriosa vieja. Según confesó Silvia, abrumada por tanta atención y lo que ella creyó que era sincera preocupación, la mujer era su suegra y se encontraba pasando una temporada con ellos para ayudarla con el niño que estaba en camino. Acerca del bebé no dijo gran cosa, solamente que se le esperaba de un momento a otro y que el embarazo estaba siendo agotador. La madre de Betsy recuerda que se extrañó un tanto en este punto porque había visto a Silvia con sus propios ojos hacía algo más de un mes y no había descubierto ningún signo de embarazo en ella, y ahora parecía que, en efecto, podría dar a luz delante del mostrador si se entretenía demasiado en sus compras. Recuerda que Silvia parecía hecha polvo, demacrada, como una mujer llevada al límite de sus fuerzas, tanto fue así que se ofreció a buscar a su marido para que la llevara

a casa, pero Silvia se negó en redondo. Después de eso se marchó y ya no volvió a la tienda nunca más.

La mujer hizo un alto en la narración y bebió un poco más de cerveza, Lis rellenó el vaso de forma mecánica porque había quedado completamente absorta por el relato; se imaginaba la cara de Silvia, agotada, cargando con una enorme tripa mientras subía la cuesta hacia el porche de la casa, el mismo en el que estaban sentadas ahora ellas dos. Qué distintos eran aquellos tiempos de los de ahora, se dijo, y devolvió su atención a la anciana, esperando a que retomara el relato.

—Lo que ocurrió después no se sabe con certeza; las historias son muy confusas y cada uno repite la versión que le han contado a él y la adereza a su gusto, como una receta de estofado que pasa de una generación a otra, ¿sabes? Yo te contaré la mía, que creo que es la más aproximada ya que mis padres eran los vecinos más cercanos de los Szahen, aunque nunca fueron invitados a la granja y jamás pusieron un pie en el interior de esta casa mientras vivieron.

»Una noche de finales de invierno, cuando todos dormían profundamente en sus camas y fuera, en los campos, el viento barría las colinas y sacudía las ventanas intentando entrar, mis padres se despertaron alertados por unos gritos desgarradores. Al principio pensaron que se trataba de alguna clase de bestia, salvaje o no, agonizando de una manera terrible, acosada por un dolor inimaginable o sobrehumano. Se encogieron bajo las mantas, mi madre aferrada a mi padre para cerciorarse de que estaba ahí y para impedir que saliera a investigar en la noche. Continuaron los aullidos y los gritos, un sonido que te desgarraba por dentro y te hacía desear arrancarte las orejas para no seguir escuchando y de repente se hizo el silencio; era un silencio absoluto, ese que sigue a un ruido estruendoso y que es la falta total de sonido, como si te hubieras quedado completamente sordo. Mis padres se miraron a un tiempo, con los ojos como platos a punto de salírseles de las cuencas y abrieron la boca sin llegar a pronunciar palabra. No hizo falta decir nada, se habían acordado de Silvia y de su estado y supieron en el acto que aquellos sonidos inhumanos provenían de la granja.

Imagínate con la fuerza con la que gritaba esa mujer para que se la escuchara desde mi casa.

Lis se estremeció pensando en aquella noche de invierno de hacía tantos años y en la mujer, aullando como un alma condenada; un escalofrío recorrió su espalda y se removió en la silla, intranquila de repente, y movió el asiento para que el sol que entraba en el porche le calentara parte de su cuerpo porque volvía a tener frío. Ingrid se percató del movimiento y se llevó el vaso de cerveza a la boca, apurando el contenido hasta la última gota, Lis rellenó ambos vasos con lo que quedaba de la botella y esperó al desenlace de la historia.

—Mi madre no quería dejarle marchar, pero sabía que alguien tenía que ir. Era lo justo, era necesario. No tenían teléfono, así que resultaba imposible avisar de que algo estaba ocurriendo aquí arriba, aun en el caso de que hubiera alguien a quien avisar.

—¿Ni siquiera a la policía?

—No hubo comisaría en el pueblo hasta muchos años después y en aquella época cuidábamos los unos de los otros, o lo intentábamos al menos. Mi padre se puso su grueso abrigo de invierno, el gorro de lana y las botas forradas y salió a la noche con una linterna en la mano y una pistola en el bolsillo, que mi madre le obligó a llevar, solo por si acaso.

—Me imagino el miedo que tuvieron que sentir.

—Creo que no te haces a la idea. Escuchar aquellos horribles sonidos inhumanos en medio de una noche oscura, sin estrellas ni luna que disiparan un tanto las sombras, mientras el viento azota tu casa y aúlla tratando de entrar por cualquier rendija y mis padres allí solos, sabiendo que no había ayuda en varios kilómetros a la redonda, y que, fuera lo que fuese lo que aguardaba al otro lado del umbral, tenían que enfrentarlo solos. Ni yo misma me imagino el miedo que tuvo que pasar mi madre al ver a mi padre partir y perderse en la oscuridad de las colinas; atrancó la puerta en cuanto su silueta desapareció de su vista y rezó.

»Por fortuna, no tardó mucho en regresar. Mi madre permanecía pegada al cristal de la ventana, escrutando la noche, y se llevó un susto de muerte al escuchar unos fuertes golpes en la puerta

principal. En un primer momento se quedó donde estaba, como un conejo asustado en su madriguera, con los ojos como platos y el aliento contenido, pero enseguida distinguió la voz de mi padre, apenas audible, al otro lado de la puerta. Corrió a abrir y mi padre irrumpió como una tromba en la casa, pasando prácticamente por encima de mi madre. Se desplomó en el suelo, cerca de la chimenea, que mi madre había encendido previsoramente. El pobre hombre estaba congelado y empapado, tenía la cara tan roja a causa del esfuerzo de la carrera y del frío que parecía que la había sacado directamente de un horno. En el trayecto de ida había avanzado despacio, tratando de no tropezar en la oscuridad y atento a cualquier imprevisto que pudiera salirle al paso, pero el camino de vuelta lo había hecho de una carrera, sin preocuparse por caer en una zanja, por torcerse un tobillo o por hundir las piernas hasta la rodilla en el barro y el agua, como atestiguaban sus pantalones. Mi madre le ayudó a cambiarse de ropa y le preparó una taza de café caliente, que él acompañó con un chorro de ron, aunque aun así las manos le temblaban como a un anciano mientras sujetaba la taza caliente.

—¿Le contó lo que descubrió? ¿Qué le dijo?

—Apenas dijo nada, porque apenas vio nada, y estaba agradecido por ello. Comenzó por jurar que nunca más se acercaría a esta casa y obligó a mi madre a prometer lo mismo; como ves, a mí la promesa no me afecta porque, de lo contrario, no estaríamos hablando aquí, aunque es cierto que nunca me ha gustado pasar aquí mucho tiempo. Siempre he notado un cierto desasosiego, por llamarlo de alguna manera, una sensación incómoda, no sé si sabes a lo que me refiero.

—Me parece que sí —respondió Lis y ambas mujeres guardaron silencio por un momento, mirando involuntariamente a su alrededor, comprobando que nadie escuchaba lo que decían. Ahora que no hablaban el silencio era palpable, expectante, como si todo a su alrededor esperara la conclusión del relato, y, más por acallar ese silencio que por propia voluntad, Ingrid retomó la historia donde la había dejado.

—Mi madre tuvo que insistir mucho y llenarle la taza vacía con ron un par de veces más antes de que se animara a hablar. Contó que cuando llegó hasta la puerta principal, aquí mismo, donde nos sentamos, los gritos habían cesado pero del interior salían unas voces, nada comprensible, tan solo gemidos, golpes y una conversación acalorada. Aquellos sonidos corrientes le dieron el valor que le faltaba para llamar a la puerta. Golpeó con el puño y esperó, pero dentro, como respuesta a su llamada, se hizo el silencio; pasaron unos instantes y repitió el gesto, pensando que quizás no le habían oído; y entonces escuchó un portazo dentro de la casa seguido del ruido de pasos pesados bajando por la escalera. La puerta se abrió y mi padre dio un paso atrás al ver a Ern en el umbral cubierto de sangre, desde la frente hasta las rodillas. La ropa estaba empapada en el líquido rojo y los brazos, con la camisa arremangada por encima del codo, estaban pringosos y brillantes. Ern se agarraba al umbral de la puerta, como si necesitara de su apoyo para no caer de bruces al porche, dejando unas huellas rojas allá donde había posado la mano y mostrando una expresión desencajada en el rostro; sus ojos desorbitados no miraban a mi padre, sino a través de él, hacia la noche. Si en un primer momento mi padre estuvo a punto de salir corriendo ante su vista, lo que leyó en su cara le hizo apiadarse de él y dio un paso en su dirección, dispuesto a ofrecer su ayuda. El movimiento de mi padre despertó a Ern del trance en el que se hallaba y se apresuró a entrecerrar la puerta, ocultando lo que sucedía en el interior, y le conminó a que se marchara, asegurando que no necesitaban ayuda y que se las arreglaban perfectamente solos. Confesó que Silvia había dado a luz y que, aunque en un principio había tenido complicaciones, al final todo se había resuelto bien. Rechazó cualquier otra pregunta acerca del estado de los dos, la madre y el niño, por lo que mi padre se dio la vuelta y se marchó, acelerando el paso hasta la carrera desenfrenada que le llevó como volando a través de las colinas hasta la seguridad de su hogar. Contó que, mientras hablaba, a Ern le resbalaban las lágrimas por la cara, limpiando a su paso la sangre de las mejillas y dibujando unos surcos blancos en la piel roja, como si llevara algún tipo de máscara de carnaval. Le temblaba el labio y se

dio cuenta de que se agarraba a la madera de la puerta con tanta fuerza que había clavado las uñas en ella y unas astillas habían perforado la piel de los dedos añadiendo más sangre a aquellas manos, en las que no quedaba ni un solo indicio de piel blanca. Detrás de él se reanudaron los gritos, que provenían del dormitorio de arriba y, a pesar de la puerta cerrada de la habitación, pudo escuchar claramente los aullidos de Silvia que repetía sin cesar «¡Llévatelo, Ern, llévatelo de aquí, por Dios!» seguidos de unos sonidos que no supo describir, una especie de gorgoteos, o chillidos guturales, pero nada que se pudiera atribuir a un ser humano, de eso estaba seguro. Miró una última vez por encima de la cabeza de Ern, que le tapaba la vista, y le dio la impresión de que la puerta del dormitorio comenzaba a abrirse y no esperó ni un instante más. Giró sobre sus talones y, sin dedicar ni una palabra de despedida a Ern, salió a toda prisa de allí. Cuando escuchó el portazo de la puerta principal comenzó a correr como alma que huye del diablo.

El relato había llegado a su fin y ambas mujeres se quedaron en silencio; Lis pensaba en lo que acababa de escuchar, asimilando la historia y dándose cuenta de que se encontraban exactamente en el mismo lugar de los hechos, allí donde había vivido su abuela y donde ella y su hermano pasaban las vacaciones todos los años, ajenos a aquellos hechos tan remotos pero tan presentes de alguna manera tan sutil que era casi imperceptible. Puede que todo lo que había escuchado no fueran más que supersticiones, pero era cierto que había una atmósfera extraña en el lugar. De pequeña no se había dado cuenta y en aquel momento, a la luz de aquellas declaraciones, comenzaba a desempolvar situaciones extrañas vividas en la granja, escondidas entre sus recuerdos, y se daba cuenta de que no todo lo que había visto con sus ojos de niña era completamente normal, si volvía a pensar en ello bajo la luz de una nueva perspectiva. Necesitaba ordenar las ideas y reflexionar sobre todo aquello, pero estaba segura de que encontraría más incógnitas que respuestas, si se proponía buscarlas.

Ingrid, por su parte, recordaba la voz de su madre mientras le contaba aquellos sucesos y la obligaba a prometer que se mantendría alejada del lugar. Ella lo hizo durante muchos años, pero

rompió la promesa cuando conoció a Clara. La primera vez que se acercó a la granja fue el día que la encontró en medio del campo de flores y, de no haber sido por la premura que sintió, quizás no se habría atrevido a poner los pies sobre el sendero. Una vez que se decidió, trató de borrar el halo de superstición que flotaba sobre la propiedad, al menos en su mente, pero tuvo que reconocer que respiraba más tranquila cuando se marchaba. Podía permanecer una o dos horas allí sentada, pero transcurrido ese lapso de tiempo todo su cuerpo le pedía salir, el aire se volvía opresivo a su alrededor y le parecía sentir unos ojos observándola por encima de su hombro, algo que deseaba acercarse a ella y que le erizaba el vello de la nuca.

De la misma manera, se removió inquieta en su asiento, decidiendo que era el momento de volver a casa, pues empezaba a sentir una necesidad física de salir de allí, tan inevitable como el hambre o la sed o el ansia de libertad de aquel que ha pasado encerrado demasiado tiempo. El movimiento atrajo la atención de Lis, que continuaba absorta en sus propias cavilaciones.

—Creo que es hora de que me marche; se está haciendo tarde y no quiero entretenerte más, niña. Tendrás muchas cosas que hacer.

—No, espere. Aún no ha terminado de contar toda la historia. ¿Qué ocurrió después con Silvia y Ern? ¿Qué fue de su hijo?

—Tienes razón, pensaba que ya lo había dicho —respondió arrellanándose de nuevo en la silla y haciendo un mohín de disgusto; siempre aparecía una excusa que la obligaba a quedarse un poco más.

»Al día siguiente se llevaron a Silvia al hospital y de allí fue directa al sanatorio para enfermos mentales que está a las afueras de Billstone. Nadie del pueblo la volvió a ver, pero se dice, y esto es probable que no sea cierto, que había perdido completamente la cabeza cuando la sacaron de la casa atada a una camilla. No paraba de chillar y aullar como un animal herido y, al parecer, había intentado arrancarse las venas a mordiscos. Gritaba palabras incomprensibles y frases inconexas.

—¿Y su marido? ¿Qué le pasó a Ern y al niño?

—Le encontraron en el bosque; Ern se había pegado un tiro con una escopeta, y eso, créeme, descarta cualquier accidente. Del pequeño nunca se supo nada.

—¿Ni siquiera encontraron sus restos?

—Desapareció de la faz de la tierra, como si nunca hubiera existido. Y, en realidad, podría haber sido así...

—¿Y qué fue de esa misteriosa anciana? La que apareció en el pueblo preguntando por Silvia.

—No se la volvió a ver en el pueblo y, desde luego, en la casa no la encontraron. Supongo que se marcharía antes de que empezaran los problemas, pero eso nadie lo sabe.

—Qué historia tan horrible —Lis se estremeció—. ¿Mi abuela llegó a conocerla?

—No en un primer momento, pero aquel día, cuando vine aquí por primera vez, hablamos de muchas cosas y con el paso del tiempo de muchas más. Al final conocía mejor los sucesos y a sus protagonistas que cualquier otra persona de la zona. Creo que incluso escribió una especie de diario donde apuntaba todos los descubrimientos que iba realizando. Al principio se lo tomó como un juego, un misterio que desentrañar y con el que entretenerse durante los largos días en que tu abuelo no estaba en casa. Pero cuando él murió dejó de parecerle divertido.

—¿Usted también piensa que mi abuelo está muerto? Quiero decir, ¿que algo le ocurrió?

—Eso fue lo que me dijo tu abuela, ella nunca pudo creer que tu abuelo la hubiera abandonado, que se hubiera marchado sin más y sin decir una sola palabra de despedida. No era su forma de ser.

—Entonces, ¿qué pensaba ella?

—Cuando pasaron los días y tu abuelo no volvió a casa ella comprendió que ya no iba a regresar. Simplemente lo supo, no me dijo por qué y creo que lo entendí entonces, aunque no sepa explicarlo ahora. Lloró su muerte en silencio, rezó y esperó a que el dolor pasara. Con el tiempo se fue acostumbrando a la vida sin él. Una persona puede acostumbrarse a casi todo, con el tiempo suficiente —la anciana cerró los labios y parecía que no iba a añadir nada más, pero de pronto pareció reanimarse de nuevo—. Pero ya

es hora de que me vaya, se ha hecho muy tarde para mí —y con estas palabras se puso de pie con la intención de acallar cualquier protesta por parte de la joven.

—Me gustaría que se quedara un rato más; seguro que hay muchas cosas que puede contarme todavía —dijo Lis, levantándose de su silla y siguiendo a la anciana por el porche, que bajaba ya las escaleras hacia su coche sin aminorar el paso.

—Para contarte lo que quieres saber no me queda el tiempo suficiente, ni tampoco soy la persona indicada para hacerlo —se detuvo delante del coche y sonrió hacia Lis—. Pero si quieres puedes venir a dormir a mi casa esta noche, no me parece una buena idea que te quedes aquí sola, y quizás encuentre algo más que pueda interesarte dentro de esta vieja cabeza.

—Es usted muy amable, pero estaré bien; aún me quedan muchas cosas que hacer antes de marcharme.

—Lo suponía. En cualquier caso, puedes pasar a verme por la mañana, si aún te apetece seguir hablando con esta vieja.

—Puede que lo haga, aunque solo sea para despedirme.

—Sí, tengo la sensación de que volveremos a vernos.

Y con estas palabras subió al coche y arrancó el motor; su sonido ahogó las palabras de despedida de Lis, así que se contentó con agitar la mano mientras el coche enfilaba la cuesta marcha atrás, adquiriendo velocidad.

Lis permaneció de pie en el patio a la luz menguante del atardecer, contemplando como el coche de la mejor amiga de su abuela se alejaba envuelto en una nube de polvo del camino. Cuando se dio la vuelta, la casa la miraba, recortada contra un cielo cada vez más anaranjado, y Lis se estremeció. Se arrepintió de no haber cogido una chaqueta y recordó que en esa región, incluso durante los días más calurosos del verano, las noches se volvían bastante frescas; entró en la casa y cerró la puerta tras de sí para protegerse del aire frío del exterior, pero descubrió que dentro la temperatura era incluso más baja.

Capítulo 4



LA HERENCIA RECIBIDA

Lis subió corriendo las escaleras hacia el dormitorio de su abuela, segura de que encontraría una chaqueta de abrigo en su armario para pasar la noche; irrumpió en la habitación con paso vivo pero, en cuanto traspuso el umbral, se detuvo en seco, congelada por el espanto. Había una persona en la habitación, de pie junto a la cabecera de la cama. Se trataba de un hombre, lo que dedujo por su porte, por su silueta, ya que apenas era un contorno dentro de la oscuridad del cuarto, una forma negra, un tanto más opaca que las sombras a su alrededor, y con la cabeza envuelta en una nube de humo negro. Cuando el corazón volvió a latir en su pecho Lis se abalanzó sobre el interruptor de la luz, palmeando la pared frenéticamente; sin embargo, cuando la bombilla se encendió y proyectó una cálida luz por toda la estancia la ilusión hecha de sombras desapareció al instante: el dormitorio estaba completamente vacío y al lado de la cama no había nadie.

Lis se enfadó consigo misma por su imaginación, sobreexcitada por las historias que acababa de escuchar, y se acercó al armario para coger una prenda de abrigo, aunque no pudo evitar que las manos le temblaran ligeramente mientras rebuscaba en la balda. Encontró sin dificultad un holgado jersey de lana y se apresuró a ponérselo, enseguida el perfume de su abuela flotó en el aire y se posó sobre sus hombros y su pecho, lo agradeció en silencio pues notaba la piel de gallina en los brazos desnudos y el tacto del jersey le recordó a un ansiado abrazo. Cruzó los brazos sobre el pecho, reconfortándose a sí misma, y salió de la habitación evitando volver la vista atrás.

La cálida tarde se había convertido en un hermoso y fresco atardecer, y, aunque en un primer momento no había planeado pasar la noche allí, se hacía evidente que tendría que quedarse si quería acabar de seleccionar las pertenencias que quería conservar y decidir qué hacer con el resto. Apenas había empezado a poner manos a la obra, pues el tiempo parecía escabullirse entre sus dedos

como el agua de una fuente mientras ella buceaba cada vez a mayor profundidad entre recuerdos que creía olvidados. Decidió usar una caja de cartón para almacenar los pequeños recuerdos que adornaban los rincones de la casa y que llevaría consigo a su propio hogar. Pensando en las fotografías, se acercó de nuevo a la estantería y comenzó a recogerlas, arrojándolas a la caja sin prestarles atención hasta que pasó por entre sus dedos la foto en la que se veía la silueta de su abuelo mirando a través de la ventana de la cocina, entonces cayó en la cuenta de lo familiar que le resultaba aquella figura, pues se asemejaba a la que acababa de imaginar a los pies de la cama, en el dormitorio de su abuela. ¿Era posible que hubiera imaginado a su propio abuelo, despidiéndose de su esposa en el lecho de muerte? Era una posibilidad morbosa pero sonaba bastante plausible; de hecho, parecía bastante sensato si pensaba en ello, así que buscó entre las demás fotografías dispersas por el salón alguna pista de su abuelo.

Cuando hubo terminado se sentó en el sofá y puso sobre la mesa un taco de instantáneas de diferentes tamaños tomadas en momentos muy distintos de su infancia y comenzó a examinarlas una por una, para guardarlas después dentro de la caja de cartón que había colocado a su lado. Algunas de ellas no las recordaba en absoluto, pero la mayoría eran fotogramas robados de su vida, inmortalizando para la eternidad instantes de un día cualquiera y convirtiéndolos de esa manera en hechos memorables, en recuerdos valiosos. Metió en la caja una foto de Greg armado con una rama pelada y retorcida y en actitud agresiva, dispuesto para atacar a algún enemigo que se encontraba fuera de cámara. La siguiente era una instantánea de los dos hermanos mojándose los pies en el río y al otro lado del estrecho cauce aparecía su abuelo, porque ahora que le veía claramente no tenía dudas de que se trataba de él: con las manos en los bolsillos del pantalón vigilando a sus nietos mientras mordisqueaba una hierba entre los dientes. Lis examinó de cerca la imagen; si bien no conservaba ningún recuerdo propio de aquel día, sí era capaz de identificar el lugar, que se encontraba a veinte minutos de caminata a través de los campos, en la linde del bosque que se extendía detrás de la colina, y era el lugar donde iban

a refrescarse cuando apretaba el calor y todavía corría agua en el arroyo, antes de que llegara la sequía. Cuando se adentraban en el bosque de excursión o iban a darse un chapuzón en el río tenían que ir acompañados de uno de sus abuelos, no era por miedo a los animales salvajes, pues no se había visto nada más peligroso que un ciervo tan cerca de los campos de cultivo, sino debido a una vieja historia que circulaba por el pueblo y que también había llegado a oídos de sus abuelos. Se comentaba que una pareja de jóvenes excursionistas, de poco más de veinte años de edad, había desaparecido misteriosamente cuando acampaba en el bosque, cerca de aquella zona. Los guardas, alertados por los padres al percatarse de que los chicos no regresaban tras el fin de semana, encontraron un campamento compuesto por una tienda de campaña, sacos de dormir, mochilas y una hoguera preparada, pero sin quemar. De los muchachos no había rastro, ni explicación alguna a su desaparición y, por más que buscaron en los alrededores, nunca más se supo de ellos. Fue como si se los hubiera tragado el bosque. Todo eso había sucedido muchos años atrás, pero ningún padre permitía a sus hijos adentrarse en los bosques sin la compañía de un adulto, y ellos no eran una excepción. Así que allí se encontraba su abuelo, en segundo plano pero claramente visible, sin sombras sobre su rostro ni un cristal de por medio; era más bien bajo, de espaldas anchas y un tanto rechoncho, con una tripa redondeada que asomaba por encima del cinturón como una mochila, la cara redonda, con grandes mofletes y la cabeza pequeña, con un pelo corto y escaso arriba y a los lados del cráneo. Todo su aspecto ayudaba a darle un aspecto bonachón y agradable; parecía la clase de persona con la que resultaría difícil entrar en una discusión y, llegado el caso, era seguro que sería el primero en disculparse, aunque no tuviera razones para ello.

No era tal y como Lis esperaba. Viendo su fotografía se había dado cuenta de que se había formado una imagen muy distinta de su abuelo, un boceto que no casaba con lo que estaba viendo y que, además, le dejaba un poso de inquietud en el fondo de la boca. Era un hormigueo, similar al que provoca una pierna dormida, que la inducía a pensar que había pasado por alto importante, un recuerdo

que pugnaba por salir a la superficie. Siguió mirando fotos, esperando encontrar otra pista que sacara a flote los acontecimientos olvidados y, tras pasar varias secuencias de una acampada nocturna, donde apenas se distinguían siluetas borrosas y unas llamas anaranjadas en el centro, tomó una que sin duda había hecho ella misma o en su defecto su hermano, puesto que el encuadre estaba inclinado como si unas manos inexpertas estuvieran manejando la cámara; aun así podía verse, además de un buen tramo del patio, la fachada de la casa con una parte de las escaleras del porche y, en el centro, la abuela Clara, de espaldas y mirando hacia la ventana de la cocina, en la que se recortaba una silueta masculina. Daba la impresión de que no se había percatado de que le sacaban la foto y aparecía inmovilizada en una pose natural, un fragmento de un día cualquiera de verano. La figura aparecía exactamente en el mismo sitio que en la anterior fotografía, tras el cristal de la ventana de la cocina y mirando en dirección al porche, donde su abuela le devolvía la mirada. Se acercó la foto a los ojos; había algo familiar en esa figura y le llevó un momento descubrirlo hasta que finalmente las piezas comenzaron a encajar en su cabeza. La persona de la ventana era la misma que había creído ver en el dormitorio de su abuela y que había tomado por su marido, el abuelo Daniel. Pero sabía que no podía ser él. Esa silueta no podía pertenecer a su abuelo, por muy difuso que fuera el recuerdo que conservaba en su memoria. Para empezar, el hombre de la ventana era mucho más alto; lo había notado cuando creyó que lo imaginaba en el dormitorio, algo de lo que ahora dudaba; además, era notablemente más delgado, huesudo incluso, sus largas piernas y brazos no parecían de tamaño normal, ahora que pensaba en ello, y aquella especie de neblina que lo envolvía constantemente, borrando sus contornos, ocultando sus rasgos, no era producto de sus mermados recuerdos.

Había otra cosa más, algo a lo que no había querido prestar atención hasta ahora, ignorándolo de manera consciente, pero que no podía negar que estaba ahí. Era la impresión que dejaba en ella aquella aparición, como una huella en su interior, algo ajeno a ella misma y que no había experimentado hasta entonces; un

sentimiento de vacío y desesperanza, que le retorcía las tripas con solo imaginar el tacto de aquellos quitinosos dedos sobre su piel, algo en lo que no podía dejar de pensar. Pero, entonces, ¿por qué siempre aparecía dentro de casa, como uno más de la familia? ¿Y por qué tenía la impresión de que buscaba constantemente a alguien con su invisible mirada?

Se estrujó la cabeza, tratando de localizar algún recuerdo real de la persona que había sido su abuelo, que ahora le parecía tan lejana, y descubrió que no quedaba nada. Un espacio en blanco donde debería estar su cara y sus manos, un absoluto silencio en lugar de su voz, ni una palabra de sus labios grabada en su recuerdo, ni un momento compartido, ni juegos o cuentos al caer la noche. Se dio cuenta de que lo poco que recordaba de él no eran auténticos recuerdos, sino escenas vistas en fotografías o historias contadas por otros que su mente había incorporado a sus propias vivencias para tratar de llenar aquellos espacios en blanco, aquellas lagunas que se habían tragado todo rastro del hombre que fue. Le parecía recordar al abuelo buscando caramelos en el bolsillo del pantalón mientras ella esperaba ansiosa a recibirlos cuando regresaba a casa después de un largo viaje, pero pudo haberlo imaginado, pudo haberlo inventado sin más, porque, al fin y al cabo, era una escena de lo más familiar y corriente.

Estaba confusa. Arrojó el montón de fotos a la caja y se desplomó en el sofá, contemplando el techo. Puede que no tuviera la más remota idea de cómo era su abuelo en vida, pero estaba segura de que la persona de la habitación de arriba no era él. Y tampoco era la persona cuya silueta se intuía en las fotografías. Y de pronto recordó algo de la conversación con la anciana que la hizo incorporarse de un salto. La mujer había mencionado un diario, donde su abuela relataba la historia de los antiguos propietarios de la casa y de lo que sucedió en ella. Tenía que encontrar ese manuscrito, si es que aún estaba en la casa, y hallaría las respuestas a muchas de las preguntas que se arremolinaban en su cabeza revoloteando como una bandada de cuervos.

La búsqueda debía comenzar por el dormitorio de su abuela, lo que la obligó a sobreponerse al temor que le despertaba entrar de

nuevo en aquel cuarto y, cuando lo hizo, se aseguró de encender la luz antes de echar siquiera un vistazo al interior a través de la puerta abierta. Bajo la luz de la bombilla todo era normal y la habitación permanecía vacía, tal y como la había dejado. Comenzó abriendo el armario en primer lugar y palpó entre la ropa de las estanterías y en los cajones. Era el sitio que ofrecía menos probabilidades de hallar lo que buscaba pero sencillamente le daba miedo acercarse a la mesita de noche, donde encontraría los objetos personales de su abuela, situada junto a la cama, tan cercana al lugar que evitaba mirar. Quizás no era del todo consciente, pero siguió registrando la habitación trazando una espiral cada vez más cerrada en dirección a la cama, empezando por el armario, junto a la puerta, siguiendo después por la cómoda, al lado de la ventana, y por último un viejo baúl apoyado contra los pies de la cama. No halló ni rastro de cualquier tipo de escrito, ya fuera un cuaderno, un libro o bien hojas sueltas, así que no le quedó más remedio que dirigirse donde debía haber mirado desde el principio. Muy despacio, se situó junto a la cabecera de la cama, rozando con las rodillas la mesita de noche, y se dio cuenta de que se encontraba exactamente en el mismo lugar en el que había visto al hombre misterioso.

Miró por primera vez hacia la cama, tan cerca que si hubiera estirado la mano podría tocar la almohada con los dedos; era el lugar en el que había reposado su abuela, en el que se había tendido a esperar el momento de partir para siempre hacia otro mundo. Hacía mucho frío. Lis tiritó y su cuerpo al completo se sacudió y, al hacerlo, su mano golpeó sin querer un objeto que se encontraba encima de la mesita y en el que no había reparado hasta ahora. El vaso de cristal rodó hasta el borde, donde permaneció por un instante suspendido, colgando sobre el abismo, y se arrojó contra el suelo al momento siguiente. Todo ocurrió a cámara lenta y Lis lo vio fotograma por fotograma. No hizo apenas ruido al caer, puesto que la alfombra que decoraba toda la habitación era aún gruesa, a pesar del desgaste, pero su contenido quedó esparcido alrededor. Lis se agachó y trató de recoger las flores marchitas que había albergado todo aquel tiempo el vaso vacío, pero se le deshicieron entre los dedos en cuanto tocó la superficie áspera y reseca, y lo

que fue un capullo arrugado y encogido se desintegró en polvo y virutas, formando un minúsculo montículo sobre la alfombra. Lis recogió el vaso y lo colocó en su sitio. Abrió el único cajón de la mesilla, que cedió con un chirrido de madera seca, y dentro vio enseguida lo que estaba buscando. El diario no era más que un cuaderno viejo y manchado, de los que utilizaban cuando eran pequeños para hacer sus deberes, con la portada azul y las hojas de cuadrícula, lo sabía sin necesidad de abrirlo.

Abandonó apresuradamente la habitación con su botín apretado contra el cuerpo y, al dar los primeros pasos en la escalera, la sorprendió el característico crujido de la madera que sin embargo no provenía exactamente de debajo de sus pies, como era de esperar. El sonido la obligó a detenerse y escuchar con atención; habría jurado que se trataba de un eco de su propia pisada que regresaba a sus oídos tras rebotar en el piso de abajo. Porque era de allí de donde había venido y, mientras pensaba en ello, lo volvió a escuchar con nitidez. No cabía duda de que era el eco que despertaban unos pasos al caminar por la escalera, solo que no eran sus pies los que lo provocaban y la escalera no era la misma sobre la que se encontraba. Se movió muy despacio, pegando el cuerpo a la pared para minimizar el ruido de sus propias pisadas, hasta llegar al pie de la escalera y una vez ahí el ruido volvió a repetirse, limpio pero amortiguado. Se quedó helada; por descontado sabía que era imposible que hubiera alguien más en la casa, era muy pequeña y además la había recorrido por completo, habitación por habitación, por lo que no entendía cuál podía ser el origen de las pisadas, aunque le daba la impresión de que se encontraba cerca. Y con cada paso, un poco más. Hasta donde Lis recordaba, no había más escaleras que las que acababa de utilizar y el ruido no provenía del porche, a sus espaldas, sino del interior de la propia casa. Cuando reparó en que el chasquido no se había vuelto a repetir se atrevió a moverse de nuevo y paseó la vista por el salón, buscando la explicación a los ruidos.

Se adentró en el salón, pasando por detrás del sofá, con la caja de fotos donde la había dejado, la mesa en frente y tras ella las estanterías altas que cubrían la pared desde el suelo hasta el techo.

En la pared contigua, encastrado entre las estanterías y un viejo mueble de salón, asomaba el viejo televisor, apoyado sobre un mueble de acero cromado. En el estrecho pasillo que se formaba entre las escaleras y la parte de atrás del sofá apenas quedaba un reducido espacio para una consola de madera oscura que parecía muy antigua y en la que Lis no había reparado hasta entonces.

La consola estaba adornada con un tapete de ganchillo, amarillento por el paso de los años y el polvo acumulado, y un jarrón alto y abombado de cristal transparente, aunque opaco por la suciedad adherida a su superficie, que contenía unos tallos secos de flores marchitas desde hacía tiempo. No había ni gota de agua en su interior, solo un surco de color marrón a pocos centímetros del fondo, y la mayor parte de los pétalos que adornaran las flores en su día se encontraban ahora dispersos por la superficie del tapete y los capullos, desnudos y resecos, se arqueaban en todas direcciones, congelados en posturas retorcidas. Lis se acercó y tocó con la mano uno de los capullos momificados por el tiempo; este se desprendió de su tallo y cayó al tapete, desintegrándose con el contacto, en una repetición de lo sucedido en el dormitorio de su abuela. Y mientras Lis miraba abstraída los restos de lo que en su día fueron unos hermosos dientes de león resonó de nuevo el crujir de la madera seca, nítido y cercano, que provenía de la pared que tenía frente a sí.

Lis se sobresaltó, había sonado tan cerca que miró en todas direcciones, convencida de que descubriría a alguien apostado detrás de ella, al no hallar a nadie desvió la vista hacia la escalera que acababa de utilizar, silenciosa y despejada, y finalmente palpó la pared que tenía delante, que cerraba el hueco bajo la escalera. Estaba forrada de listones de madera pintados de un color ocre y, al fijarse un poco más de cerca y pasar los dedos por su superficie, descubrió una rendija perpendicular a ellos a la altura de sus ojos y que contorneaba lo que podía ser una puerta de reducidas dimensiones. El descubrimiento le aceleró el corazón y se apresuró a apartar la consola hacia un lado para despejar el espacio, lo que reveló una puerta de un metro y medio de altura, que había pasado totalmente desapercibida a sus ojos desde su llegada y años atrás,

pues no recordaba haberla visto hasta ahora. Lo que tenía claro es que la puerta formaba parte de la construcción original, pues el color de la pintura, viejo y deslucido por el paso del tiempo, era uniforme por toda la superficie de la pared, y la ranura de la puerta, así como las bisagras, estaban cubiertas por una mano de esa misma pintura, lo que ayudaba a disimular su existencia a simple vista. Un discreto pasador de metal, pintado con el mismo tono ocre que el resto de la pared, la mantenía cerrada y quedaba oculto de la vista bajo la consola, cuando esta se encontraba en su posición. Supuso que era una manera eficaz de ocultar una despensa bajo la escalera o el lugar idóneo para el cuarto de la caldera, pero no se dejó convencer por esas conjeturas pues sabía que de todas maneras tendría que abrir la puerta y comprobarlo por sí misma, aunque todavía no había reunido el valor necesario para ello.

Primero barajó la posibilidad de que hubiera alguien al otro lado de la misteriosa puerta, dentro del armario, habitación o lo que fuera que ocultara y le pareció poco probable; después recordó los chirridos de la madera, tan semejantes a los de una escalera, y dedujo que aquello era lo que encontraría al otro lado y que, en tal caso, había una parte de la casa que desconocía por completo y que tendría que explorar. Después de todo, era muy probable que la casa tuviera un sótano y, de ser así, la entrada más obvia era aquella. En ese momento añoró la compañía de alguien y le hubiera gustado tener a una persona cerca que la hiciera sentirse más valiente, más decidida, alguien que le diera aliento, unas palabras de ánimo o unas palabras de cualquier tipo, puesto que aquel silencio se le estaba metiendo poco a poco en la cabeza, filtrándose a través de sus oídos, sin permitirla pensar con claridad. Llenaba cada rincón de su mente, expulsando cualquier otro pensamiento propio y adueñándose poco a poco de ella. Sacudió la cabeza con fuerza a un lado y a otro, alejando tales pensamientos, arrojándolos a un lado, y se recriminó por su comportamiento infantil y miedoso. Desde que había entrado en la casa se sentía más desvalida que nunca y reconocía que todas aquellas ideas que la asaltaban no eran nada propias de ella, como si no fueran suyas, como si otra mano las estuviera sembrando en su cabeza. Se dijo que se estaba dejando

llevar por las emociones y por su imaginación y, para zanjar el asunto de manera definitiva, dio un paso hacia delante y descorrió el cerrojo de la puerta; sin permitirse titubear abrió la puerta de par en par y contuvo el aliento.

Delante de ella encontró la oscuridad, un muro de negras sombras, tan intensas que eran sólidas y Lis pensó que si alargaba la mano toparía con una pared aterciopelada pero fría y dura como el hormigón. Hacía frío allí abajo, la sensación le recordó a la puerta abierta de un refrigerador de tamaño industrial; una leve corriente de aire gélido escapaba por la abertura y se derramaba por el salón como un banco de niebla. Lis tanteó el bolsillo delantero de sus pantalones en busca del mechero, extendió el brazo hacia aquella oscuridad y cuando le pareció que las sombras se lo tragaban accionó la rueda con dedos inseguros. La chispa saltó y la cegó por un instante, pero la llama no prendió, lo intentó por segunda vez y, en esta ocasión apareció una pequeña y temblorosa llama anaranjada brotando entre sus dedos. Era suficiente para alumbrar lo que tenía delante y, tal y como había imaginado, reveló el comienzo de una escalera angosta y polvorienta.

Un estrecho rellano, apenas un cuadrado de un metro de ancho, la separaba del primer peldaño y del principio de unas escaleras que descendían hacia la izquierda y se internaban en las profundidades de la casa, ocultas en la más densa oscuridad. Gracias a la llama del mechero descubrió la existencia de una bombilla que colgaba desnuda a un palmo por encima de su cabeza y se apresuró a encenderla, pues su dedo comenzaba a resentirse por apretarlo con fuerza contra la ruedecilla dentada del encendedor y el metal se estaba calentando cada vez más entre sus dedos. Tiró de un cordón suspendido junto a la bombilla y la luz se abrió paso por entre las sombras, aunque un tanto atenuada a causa de la capa de polvo adherida a la superficie de la bombilla, que mitigaba la luz como un cristal traslúcido. Sin embargo, era suficiente para ver el corredor que descendía hacia una planta inferior; las paredes, el suelo y el techo estaban revestidos de tablones de madera cruda, sin pintar y sin tratar. Eran gruesos, ásperos y sólidos, al igual que las escaleras,

cuyos peldaños no eran más que listones bastos e irregulares cubiertos con un generoso manto de polvo.

Lis dio un paso hacia el interior y examinó más de cerca los escalones. Si era cierto que los pasos que había escuchado venían de esas escaleras, por fuerza tendría que ver alguna huella en su superficie. El polvo depositado tapizaba todos los peldaños como una alfombra parda y los convertía en una superficie ideal para atrapar cualquier rastro o huella que delatara la presencia de otra persona. Todos los escalones aparecían impolutos en su estado original, ni la más leve corriente de aire había mancillado su superficie hasta ahora y, por supuesto, no mostraban ni rastro de pisadas de cualquier tipo de ser, animal o humano. Eso la alivió un poco, pero al mismo tiempo la desconcertó. Era reconfortante saber que estaba sola, tal y como había dado por sentado desde el principio, aunque eso la privara de la única explicación que había aventurado a los inexplicables ruidos.

Tanteó con el pie sobre el primer escalón, comprobando cómo su zapatilla dejaba una impresión inequívoca sobre su superficie y asegurándose al mismo tiempo de la solidez de la estructura. Aunque se veía gruesa y resistente, Lis no quería arriesgarse a apoyar todo su peso sobre una superficie que, probablemente, no había sido utilizada en años y que podría quebrarse como una rama seca, desgarrándole la piel, clavándose en su carne y engulléndola inmersa en un terrible dolor hacia la profundidad del sótano. La escena fue tan vívida que la hizo estremecer y a punto estuvo de dar un paso atrás, buscando la firmeza del suelo del salón; pero se recompuso enseguida y, apoyando las manos a ambos lados de la pared, comenzó a descender hacia las entrañas de la casa.

La madera ni siquiera crujió bajo su peso, que al parecer no era suficiente para provocar el más mínimo temblor en su estructura; sus pasos a duras penas despertaban un eco apagado y amortiguado que era absorbido enseguida por la propia madera. La escalera era muy estrecha y el techo lo bastante bajo para que tuviera que caminar un tanto encorvada, en una postura incómoda y forzada, el aire era denso a causa del polvo, que se levantaba a su alrededor con cada paso, y hacía un frío inexplicable para aquella

época del año. A medida que bajaba notaba cada vez más en las manos y en las mejillas una sensación gélida y húmeda al mismo tiempo que se metía a través de su nariz y se le pegaba al pecho. Estaba convencida de que, de un momento a otro, el aliento se le escaparía de la boca condensado en nubecillas blancas llevándose consigo el calor de su propio cuerpo.

La escalera descendía el equivalente a un piso de altura y terminaba en un rellano con una puerta cerrada al final. Lis distinguía algo sobre la puerta, pero la luz que llegaba hasta allí procedente de la bombilla del piso superior era tan tenue que tuvo que hacer uso del encendedor de nuevo para poder ver con más claridad. Lo accionó delante de la puerta y descubrió una corona de flores, marchita y disecada, colgando de un clavo en el centro de la hoja, exactamente igual que la que decoraba la puerta de su dormitorio del primer piso. Apenas se sorprendió por el hallazgo, pues era un elemento que había empezado a resultarle habitual y, por alguna razón que aún no comprendía, incluso había esperado encontrarlo ahí. Lo que no esperaba encontrar, pero sin embargo vio a la luz de la llama de su mechero, eran los tres cerrojos de metal que custodiaban la puerta, atornillados uno encima del otro sobre el picaporte.

Los cerrojos eran antiguos, igual que el resto de la estancia, y se veían oxidados y envejecidos, con marcas evidentes de uso. Los tres cerrojos estaban descorridos, pues fuera lo que fuese lo que estuvieron custodiando en tiempos pasados, ya no era necesario hacerlo. Lis apoyó la mano en el picaporte, lo sintió helado y tuvo la impresión de que la piel de sus manos se quedaba pegada a su áspera superficie, aunque de todas maneras esperó con los dedos aferrados al metal. Estaba escuchando, lista para captar cualquier sonido que llegara a sus oídos, tanto del lado opuesto de la puerta como de este, antes de decidirse a hacer ningún movimiento. Si en ese lapso de tiempo hubiera escuchado el característico chasquido de madera que delata la pisada de otra persona tras ella, seguramente el corazón se le hubiera parado en el acto; simplemente habría dejado de latir y su cuerpo inerte y sin sustento habría caído redondo, golpeando contra la puerta como un fardo

arrojado con descuido. Su valor pendía de un hilo y habría aceptado cualquier excusa como pretexto para salir de la casa y no volver. Pero tenía algo que hacer allí; si se marchaba en aquel momento sabía que no volvería a reunir el coraje suficiente para regresar y, al fin y al cabo, aquella era la casa de su abuela, de la persona a la que había querido con el amor incondicional e inocente de una niña, era la casa de su infancia, su hogar, su caja de recuerdos y una puerta de regreso al pasado. No podía permitir que una serie de ruidos y alucinaciones la hicieran desistir porque era algo que le debía a su abuela, que se debía a sí misma y que necesitaba. En cierto sentido, regresar había sido bueno y tenía que continuar el viaje y averiguar qué la aguardaba al final.

Agarró con fuerza el pomo y empujó la puerta con decisión. La recibió una vaharada de aire fétido que le propinó una bofetada en la cara que la dejó sin aliento; tuvo que retroceder un paso atrás para tomar aire fresco y reponerse de la impresión. La llama del mechero se había apagado al abrir la puerta y se encontraba en la oscuridad, mirando desde el umbral hacia una negrura casi total que le devolvía la mirada desde el otro lado de la puerta. Allí dentro el aire estaba helado y sentía como si acabara de abrir la puerta de un antiguo mausoleo excavado en la roca viva, una cripta donde algo muerto se estaba descomponiendo entre la penumbra y la humedad. De nuevo deslizó el dedo por el encendedor... una vez, dos veces, tres y cuatro, pero no surtió efecto. Quizás el gas del mechero se hubiera agotado o quizás fueran sus dedos, demasiado fríos y rígidos para mover la ruedecilla dentada y apretar al mismo tiempo. Palpó con la mano el marco de la puerta, deslizando los dedos temblorosos hacia el interior y tanteó en busca de un interruptor. El resto del cuerpo se mantenía en tensión, las piernas ligeramente flexionadas aguardando la mínima señal para salir corriendo por las escaleras hacia la seguridad de la luz natural. Cuando pensaba que no hallaría el interruptor allí sus dedos toparon con un cuadrado de un material liso, distinto al de la pared; siguiendo su silueta, palpó una pequeña palanca que acciono enseguida. La luz parpadeó en la estancia y se apagó un segundo antes de encenderse de nuevo. En ese breve

intervalo de oscuridad y destellos de luz Lis contuvo el aliento ante lo que se le revelaba.

Bajo la apagada iluminación de otra desnuda bombilla que colgaba del techo había una solitaria cama, una estructura de forja antigua con las sábanas y mantas encima, una silla de madera y bajo el conjunto una alfombra redonda que ocupaba el centro de la habitación. Era una estancia de reducidas dimensiones, lóbrega, con las paredes desnudas, y desprovista de cualquier decoración o comodidad, semejante a una celda. La composición del lugar le resultó llamativa. La pequeña cama individual constituía el centro de la estancia y también el elemento principal, pues no había mesita de noche ni cómoda para guardar la ropa o los objetos personales, también faltaba un armario o una mesa que acompañara a la silla. Carecía de lo estrictamente necesario para una estancia cómoda, y aquella, desde luego, no lo era y, por si no fuera suficiente, el olor seguía siendo intenso, una peste a carne descompuesta y fluidos estancados que le provocaba calambres en el estómago. Lis pensó que al abrir la puerta se disiparía el hedor almacenado durante todo aquel tiempo entre esas cuatro paredes, pero, fuera lo que fuese lo que lo provocaba, aún permanecía allí y no quería marcharse.

Dio un paso hacia el interior, insegura, pero al mismo tiempo giró la cabeza por encima del hombro para comprobar que no había nadie detrás de ella, que la puerta de arriba permanecía abierta y que no se podía cerrar por sí sola dejándola encerrada en aquella habitación. La mera idea era suficiente para cortarle la respiración. La luz del techo parpadeó y se quedó petrificada aun después de que la iluminación hubiera vuelto. Decidió echar un vistazo rápido y salir de allí lo antes posible; se acercó a la cama y comprobó que estaba arreglada, con las sábanas remetidas bajo el colchón y la manta estirada, agarró un extremo de la misma y la levantó con cuidado y pudo notar como el alivio la recorría en una oleada al confirmar que bajo la ropa de cama no se ocultaba nada, solo unas sábanas impolutas, listas para ser usadas. Giró sobre los talones, mirando a su alrededor, examinando las paredes desnudas, sin huellas de un clavo para sostener un espejo o un cuadro, solo cuatro paredes revestidas de madera gris, con marcas de humedad

reptando por su superficie y creando formas abstractas como única decoración.

Estaba a punto de desistir de su búsqueda y salir de la habitación, asegurándose de correr esta vez todos los cerrojos tras ella, cuando reparó en la mugrienta alfombra. Se agachó, mirando primero bajo la cama, y deslizó la mano por su superficie; era áspera, rugosa y parecía húmeda al tacto. Lis apretó con los dedos, que se hundieron entre sus fibras con una sensación pegajosa. Cuando levantó la mano y se la llevó a la cara comprobó que había un residuo en las yemas de sus dedos, un indicio viscoso y oscuro, como agua sucia y estancada. Se acercó los dedos a la nariz, pero solo captó un tenue rastro; sea lo que fuere la sustancia que impregnaba la alfombra no era la causa de ese olor nauseabundo. Dio unos pasos fuera de la alfombra, asqueada por el mero contacto de las suelas de sus zapatillas, y restregó los dedos por la trasera del pantalón enérgicamente, pero sin darse cuenta de que lo hacía; después se agachó y, guiada por una corazonada, agarró uno de los flecos que la bordeaban, torciendo el gesto por el contacto de sus fibras. Levantó una sección de la alfombra, que resultó muy pesada y no solo por su tamaño, sino por el peso añadido de la humedad, y miró bajo ella. El suelo de madera bajo la alfombra aparecía notablemente más oscuro a causa del agua, o la sustancia en que se hallaba impregnada; fijándose más detenidamente Lis descubrió una especie de patrón bajo la mancha en forma de círculo que dibujaba el contorno de la alfombra. Levantó el extremo y comenzó a enrollarla sobre sí misma, formando un rollo grande y pesado que hizo rodar hasta que chocó con las patas de la cama; había conseguido despejar la mitad del dibujo.

Caminó alrededor del mismo, tratando de reconocer el patrón que le había parecido vislumbrar. Al cabo de un rato lo vio con más claridad, aunque era difícil de distinguir puesto que estaba formado por líneas de un color un tanto más oscuro que el de la propia madera y que creaban garabatos en el suelo que se podían confundir a simple vista con las vetas de la propia madera. El dibujo exterior era semejante a una cenefa geométrica que rodeaba la cama y quedaba perfectamente oculta bajo el contorno de la

alfombra; dentro de sus líneas había otros círculos más pequeños y lo que parecían símbolos o letras de algún alfabeto desconocido, que carecían por completo de significado, junto a números ordinarios dispersos aparentemente al azar.

Lis se agachó para contemplarlo más de cerca; sin pensar en lo que hacía alargó el dedo índice y lo frotó contra la superficie. Los símbolos permanecieron en su sitio, inalterables, pero averiguó que la humedad era mayor allí, tanto que incluso unas gotas subieron a la superficie en el lugar exacto por donde acababa de pasar la yema del dedo. Comprendió que el origen de la mancha se hallaba en el propio suelo, debajo de las tablas de madera podrida, y que esta rezumaba la humedad empapando la alfombra que la ocultaba, pero solamente en aquella zona, bajo la cama y dentro del círculo.

Mientras pensaba en lo que aquello podía significar, escuchó un sonido que le heló la sangre en las venas y que a punto estuvo de detener su corazón, aunque en su lugar solo se tomó una pausa más larga de lo normal entre un latido y el siguiente, tras lo cual continuó bombeando. Cuando oyó crujir la madera en la escalera que daba acceso a la habitación pensó que no sería capaz de controlarse y que un chorro de orina comenzaría a correr por su pierna, algo que ni siquiera le importó, y permaneció tan quieta que solo el temblor de sus manos podía delatarla. No tenía a dónde ir ni dónde esconderse, su única opción era quedarse donde estaba y confiar en que, fuera lo que fuese lo que estaba bajando por esas escaleras, no pudiera verla si no se movía, si no la oía respirar. En realidad, incluso si hubiera querido, no habría sido capaz de mover una sola pierna, pues estas se habían transformado en dos rígidos tubos de cartón, inertes e incapaces de sostener su peso, aunque se lo hubiera pedido su espantado cerebro. Los segundos fueron pasando y Lis no podía apartar la mirada del umbral de la puerta; imaginaba que en cualquier momento vería aparecer primero una sombra, llenando el hueco abierto, y un cuerpo detrás, sólido pero irreal al mismo tiempo; no era capaz de ponerle una cara a aquel ser o dotarlo de una forma concreta, no se atrevía siquiera a fantasear con ello. Pasó un minuto y los ojos comenzaron a picarle, el sudor resbalaba por su sien a pesar del frío de la habitación y necesitó parpadear varias

veces para aliviar el escozor. Transcurrió otro minuto más; las piernas comenzaron a temblar por el esfuerzo de mantenerse en la misma postura, de cuclillas, soportando el peso de su cuerpo en un precario equilibrio. Tenía que moverse; dejó reposar una rodilla en el suelo y se apoyó con la mano izquierda, con lo que consiguió poner fin a los temblores de ambas extremidades, y lo hizo sin perder de vista la puerta ni por un instante. Después fue rotando poco a poco el resto de cuerpo hasta encarar la entrada y poder descansar ambas rodillas en el suelo. Como resultado quedó arrodillada frente a la puerta, vulnerable y temblorosa como una mosca atrapada en la miel.

Los minutos se sucedían con lentitud, uno detrás de otro, pero nada sucedía. El sonido no había vuelto a repetirse y, a pesar de los esfuerzos de Lis por distinguir cualquier otro ruido, la habitación y el resto de la casa guardaban un absoluto silencio. Desde donde estaba solo alcanzaba a ver el último tramo de la escalera, por lo que decidió moverse lo necesario para abarcar el resto. Comenzó a erguirse y descubrió que le dolían las rodillas por guardar una posición forzada durante tanto tiempo, sus huesos chasquearon, levantando ecos de su protesta entre las paredes de la habitación. Lis jadeó, esperando una respuesta, una reacción ante su descuido. Dejó pasar otro minuto que le pareció eterno sin que nada ocurriera, tras lo cual comenzó a deslizarse al fin hacia la salida. Con el corazón desbocado, se situó frente a la puerta y observó la penumbra, donde no había nadie esperándola. No encontró ninguna presencia agazapada en los escalones, ninguna silueta recortada entre las sombras, ocultándose entre ellas, tan solo una escalera desvencijada y sucia, libre de toda huella, salvo de las suyas propias.

Todavía le llevó un momento más convencerse de que no había nadie más en el sótano con ella pero, en cuanto lo hizo, cubrió la distancia que la separaba de la salida en dos largas zancadas y cerró la puerta tras de sí, deslizando los tres cerrojos. Hecho esto, subió a la carrera el tramo de escaleras y se aseguró de cerrar también la puerta que comunicaba con el salón. Se le ocurrió que lo más razonable sería recoger lo más importante y abandonar la casa, aceptar la invitación de Ingrid de pasar la noche, que estaba cada

vez más cerca, en su casa o regresar a la suya propia y hacer como si nada de aquello hubiera sucedido, continuar su vida tal y como era antes de venir; pero descubrió que, en aquel momento más que nunca, quería leer lo que contenían las páginas de ese diario, quería saber qué había consignado su abuela de su propio puño y letra y averiguar qué secretos desvelaba. Las páginas la llamaban con susurros y la invitaban a echar un vistazo. Se acomodó en el sofá con el cuaderno entre sus manos y dirigió una última mirada a través de la ventana antes de sumergirse en la lectura; una luz anaranjada bañaba los campos de alrededor y arrancaba reflejos dorados al campo sembrado de flores, el crepúsculo estaba cerca.

Capítulo 5



DEL DIARIO DE CLARA

Esta mañana, buscando unas sábanas nuevas en la habitación de los chicos, he encontrado este cuaderno. Estaba intacto, como recién comprado, pienso que seguramente lo dejé guardado en la estantería durante las vacaciones de verano, por si los niños lo necesitaban para hacer sus dibujos, y quedó en el olvido. Hace muchos años de eso, los chicos ya son mayores, y ha transcurrido demasiado tiempo desde su última visita; quizás haya sido mejor así, siempre lo he creído, pero era algo tan difícil de asumir... De vez en cuando llaman por teléfono y eso está bien, ojalá fuera suficiente; me encanta escuchar sus maduras voces, hablando de cosas de mayores, de sus hogares, de sus trabajos y de sus amores y soy feliz pensando que ellos los son en la distancia, lejos de aquí y a salvo.

Los días se me hacen cada vez más largos y sus respectivas noches interminables y sé que es la señal de que me estoy haciendo vieja. Es natural y no me ha cogido desprevenida, no soy ninguna ilusa, la vejez es como una visita que se acerca lentamente desde el fondo de una larga calle y que, cuando al fin llega hasta ti, está demasiado cansada para marcharse; pero esta mañana, cuando he cogido este cuaderno entre las manos, todos los recuerdos guardados en este desván que tengo por cabeza se han derramado sobre mí como un cubo de agua helada y me han dejado tiritando. Así que he decidido poner por escrito lo que no he contado en todo este tiempo a nadie, salvo a mi querida Ingrid, que Dios cuide de ella. Es una mujer maravillosa y, de no haber sido por su amistad y su apoyo, creo que me habría vuelto loca hace mucho tiempo, o algo aún peor, si tal cosa es posible.

Recuerdo el primer día que vino a esta casa como si fuera ayer; mi pelo era igual de largo que hoy pero con menos canas, aunque algunos mechones ya empezaban a teñirse de un gris plateado muy revelador, y mi cuerpo era esbelto y ágil como el de un potro salvaje; ahora, en cambio, oigo rechistar cada hueso en su articulación cada vez que subo al primer piso con la misma soltura de una vaca vieja.

Así que eso debió ocurrir hace muchos años, como mi cuerpo entero se empeña en recordarme cada día, y ella apareció como salida de la nada y se convirtió en una inseparable compañera de fatigas. De no haber sido por su fortaleza y su carácter resuelto y arrollador no sé qué habría sido de mí tras la muerte de Daniel. Espero que haya encontrado el camino a la casa del Señor y espero encontrarle yo también allí, cuando vaya a buscarle.

Pero me estoy yendo por las ramas y todavía estamos en el principio, no se me da bien contar historias, no sé seguir el hilo de una narración y los acontecimientos se mezclan en mi cabeza, pugnando por salir o por ocultarse en el fondo. Trataré de relatarlos lo mejor que sepa.

Una mañana de domingo de la que han transcurrido un buen montón de años, Daniel me despertó poco después del amanecer, visiblemente ansioso y emocionado. Eso me sorprendió bastante, pues cuando estaba en casa le gustaba dormir durante el fin de semana hasta bien entrada la mañana, y me hizo sospechar al verle vestido en la cocina, preparándome una taza de café. No quiso decirme ni una palabra pero descubrí una sonrisa infantil y traviesa en su rostro que no era capaz de disimular, por mucho que lo intentaba. Él siempre fue un hombre sincero y sencillo, a su manera, y poseía la capacidad de engaño de un niño de cinco años, adorable pero inútil. Montamos en el coche y recorrimos un largo trayecto escuchando la música que salía de los altavoces y charlando de vez en cuando, disfrutando del paisaje, del trayecto y de nuestra mutua compañía. Recuerdo que pensé, a mitad de camino más o menos, que no tenía ni idea de adónde nos dirigíamos, si estábamos lejos del destino o si tardaríamos mucho en regresar, ninguna de aquellas cuestiones me pareció relevante, solo importábamos nosotros y aquel momento que, por mi parte, podría alargarse eternamente.

Cuando Daniel detuvo el coche y me hizo bajar me di cuenta de que nos encontrábamos en una región rural, en mitad de un angosto camino de tierra, rodeados de colinas doradas y bosques oscuros. El aire que soplaba levantaba el dobladillo de mi falda y me alborotaba el pelo alrededor de la cara, pero era fragante de tan limpio, no arrastraba un olor particular sino que sencillamente era puro, fresco

y revitalizante. El motor del coche enmudeció y entonces fui consciente de la tranquilidad del lugar, los únicos sonidos que se escuchaban eran el susurro del viento en las hierbas altas del camino y en las copas de los árboles más cercanos, el trinar de un pájaro escondido en las ramas y el chirrido indeterminado y cercano de algún insecto entre la hierba. Nada más.

Recorrimos en silencio una parte del camino, subiendo una pronunciada cuesta, disfrutando del paisaje que se exhibía a nuestro alrededor, los campos de cultivo de colores ocres y ambarinos, los pastos verdes de fresca hierba y el bosque alrededor, una tupida muralla de ancianos robles, abetos y encinas, como recios y sabios centinelas de esa región del mundo. Yo caminaba embelesada mirando hacia el horizonte y no me di cuenta de que Daniel se había detenido hasta que mi mano tiró de la suya. Entonces fue cuando reparé en la casa que estaba contemplando, una granja algo vieja y descuidada que apareció a un lado del camino; era encantadora y algo triste a un tiempo, sin duda necesitaba cuidados y reformas para parecerse al lugar del que podría haberme enamorado a primera vista, pero en el fondo, debajo de la capa de pintura descascarillada y madera vieja se ocultaba la casa de mis sueños.

Al mirar a Daniel a los ojos el corazón comenzó a galopar dentro de mi pecho como un caballo desbocado pero mi mente trataba de razonar con él, no quería ilusionarme pero al mismo tiempo deseaba que aquello que mi corazón intuía se transformara en realidad. Por eso cuando Daniel se adelantó hacia la verja cerrada y sacó una llave de su bolsillo para abrir el viejo candado salté dentro de mis zapatos y corrí hacia él como una niña pequeña en la puerta de un parque de atracciones.

Pasamos todo el día en la granja, explorando sus rincones, planeando qué hacer con cada habitación, cada mueble y cada metro de terreno; no sentíamos exultantes, felices, como una pareja de recién casados que descubre por primera vez el hogar que compartirán el resto de su vida y supe, sin ninguna duda, que aquel era el lugar en el que quería hacerme mayor junto a Daniel. Planeamos una buena vida, por segunda vez, aunque al final nada salió como habíamos pensado.

Unas semanas más tarde, cuando habíamos dado por terminada la mudanza y la casa comenzaba a asemejarse a lo que teníamos dibujado en la cabeza, comencé a percibir la auténtica esencia del lugar. Hasta el momento no me había fijado, había estado demasiado ocupada encargándome de desempaquetar nuestras cosas, limpiar las habitaciones y los muebles que íbamos a aprovechar, colocando, fregando y lavando, pero cuando al fin recuperamos la tranquilidad y el silencio regresó para instalarse en las habitaciones vacías, me di cuenta de que el lugar era especial. Era algo sutil pero presente, tangible si se le prestaba la debida atención, una esencia que flotaba en el aire, que lo impregnaba todo, suelo, paredes y techos, y que, una vez que se descubría ante tus sentidos, ya no podías dejar de percibir. Se lo comenté a Daniel y se rio, comprendí por la expresión de su cara que para él no había nada más que la madera que pisaba con sus propios pies, y no se lo reproché, siempre fue un hombre amante de lo sencillo y lo racional. Pero eso no logró quitarme la idea de la cabeza.

En realidad, al principio estaba encantada con la idea, me parecía algo mágico e inventaba historias truculentas y enrevesadas que dieran explicación al aura que percibía en el ambiente. Me imaginaba a mí misma como la protagonista de una novela de misterio, de caserones encantados y de apariciones fantasmales, desvelada en mitad de la madrugada imaginaba historias de amantes despechadas, de niños perdidos y vidas truncadas y me sentía parte de todo ello. Pero, en el fondo, me parece que nunca creí que nada de aquello pudiera ser real, tan solo un mero pasatiempo de una mujer ociosa y con una dosis extra de imaginación.

Todo continuó igual hasta la mañana en que apareció Ingrid en la granja; aquel día me había despertado inquieta, aún no había amanecido del todo y, tras un sueño intranquilo y después de dar innumerables vueltas en la cama, opté por levantarme y bajar a preparar el desayuno. Daniel no estaba en casa, había salido hacía un par de días de viaje y no le esperaba de vuelta hasta dentro de otros tantos, así que todo estaba en absoluto silencio. Recuerdo el crujir de la escalera cuando bajé a la planta baja; la casa al completo, las paredes, los muebles, los objetos, parecían estar

conteniendo el aliento ante mi presencia. Eso es lo que me vino a la cabeza en aquel momento, sin saber por qué, y me resultó extraño. Pensé que no había terminado de despertarme del todo y entré en la cocina con la idea de preparar una buena taza de café que me ayudara en mi trance. Mientras esperaba a que hirviera el agua del cazo me asomé a la ventana de la cocina, descansando la vista en el paisaje que se extendía al otro lado del cristal. Desde allí se ve buena parte del patio y la mayoría del mismo está cubierta por esa tupida alfombra de flores que aún hoy permanece inmutable, día tras día, rodeando la casa. Al principio fue un detalle que me pareció de lo más encantador, disfrutaba dejando pasar los ratos muertos con los ojos clavados en aquel paisaje tan vivo, tan alegre y cautivador, pero con el tiempo ha conseguido despertarme escalofríos. Pero aquella mañana aún me sentía atraída por su visión.

Mientras observaba cómo se agitaban los finos tallos a la débil luz del sol naciente comencé a escuchar una especie de susurro, algo así como unas palabras pronunciadas tan rápidamente al oído que no fui capaz de entenderlas. Esperé un poco para comprobar si se repetía y, al poco rato, allí estaba otra vez. Pensé que lo oía dentro de mi cabeza, pero no era así, llegaba hasta mí a través del cristal de la ventana. Apagué el fuego y salí al porche con lo puesto, tan intrigada me sentía por aquel cuchicheo misterioso. No se me pasó por la cabeza echarme un chal por encima ni calzarme unas zapatillas, puesto que no pensaba estar fuera más de unos minutos, pero lo siguiente de lo que fui plenamente consciente es de que el sol brillaba en lo alto e Ingrid se encontraba detrás de mí, con los ojos muy abiertos y oteando a su alrededor como un sabueso que ha perdido el rastro. Habían transcurrido más de cinco horas desde que saliera de la casa y allí seguía yo, en el centro del prado y abstraída por completo por unas voces que susurraban a mi alrededor; el sonido venía de todas direcciones, de mi izquierda, después de la derecha, se metía entre mis piernas y subía por mi espalda, como un grupo de niños pequeños revoloteando y cuchicheando, juguetones y traviesos, pero no fui capaz de entender ni una sola palabra. Ahora, después de tantos años, ya me he

acostumbrado a sus murmullos y hay días en que apenas soy consciente de su presencia, pero nunca he sido capaz de entenderlos. Quizás se trate de un idioma desconocido o quizás son palabras que no estoy destinada a conocer, un mensaje secreto de lo que tan solo he atisbado una pequeña parte y por simple casualidad.

Después de ese día creo que no he estado realmente sola ni uno de ellos, de repente mi percepción de lo que sucedía comenzó a cambiar, comencé a ser consciente de algunas sensaciones, avisos emitidos por mi propio cuerpo, a las que no había prestado atención hasta entonces, sombras captadas por el rabillo del ojo, olores extraños y desagradables que invadían la habitación sin explicación aparente o el frío súbito que podía notar de pronto, aun cuando todas las ventanas de la casa permanecieran cerradas a cal y canto. Durante un tiempo lo achaqué a los nervios, al cambio en mi estilo de vida y a un lugar nuevo, tan diferente de aquello a lo que estaba acostumbrada; pero en el fondo sabía que era un montón de excusas que me ofrecía a mí misma para no reconocer que algo siniestro se ocultaba detrás.

Nunca me he tenido por una persona miedosa, no podría haberlo sido con Daniel trabajando fuera de casa la mayor parte del año, pero he de reconocer que a veces me sentía demasiado inquieta, preocupada o incómoda, se trataba de una sensación desagradable, como si hubiera olvidado algo importante y no fuera capaz de recordar qué era. Me pasaba constantemente, me asaltaba el presentimiento mientras pelaba las patatas para el puré o mientras acomodaba la ropa recién planchada en el armario y, por si fuera poco, tales pensamientos venían acompañados por la inequívoca certeza de que había alguien conmigo, en la misma habitación. Como si una persona a mi lado susurrara aquellas ideas confusas dentro de mi oído y solo una parte remota de mi cerebro pudiera captarlas. La primera vez que sucedió me poseyó el pánico. Recuerdo que recorrí como loca toda la casa, husmeando en todos los rincones, apartando sillas, levantando manteles y cortinas y llamando a Daniel en voz alta, aun cuando sabía que no podía tratarse de él, hasta que, finalmente, tuve que darme por vencida. Salí al porche, abrí una botella de cerveza que había comprado para

Daniel, y me la bebí despacio mientras el sol se ponía tras las colinas, mi corazón recuperaba un ritmo más sosegado y yo recobraba poco a poco la paz. Desde aquel día le he cogido el gusto a la cerveza, a eso y al porche también: aquí fuera una se siente mejor, con el corazón más aliviado y la mente más despejada, puede que sea por la visión de esos capullos dorados en constante movimiento, meciéndose de un lado a otro al son de una música que no alcanzo a oír. Me relaja su perfume, que es como un bálsamo para mis nervios, y su presencia apacigua mis pensamientos, me adormece los sentidos. En ocasiones, por la noche, cuando no puedo dormir o me despierto de madrugada angustiada y con el pecho oprimido por un peso invisible, me gusta salir aquí fuera y quedarme un rato de pie entre estas flores: sus tallos me acarician los tobillos desnudos y me hacen cosquillas, son como las pequeñas manos de un niño, siempre dispuesto a jugar, contando secretos al oído.

Naturalmente, no quise comentar nada de esto con Daniel, se habría reído de mí como la primera vez y me habría tratado como a una niña y por nada del mundo le habría permitido hacerlo. Porque, en realidad, no hay una manera correcta, una forma natural de decirle a tu marido que hay una presencia en tu casa. Solo con pronunciar esa palabra dentro de mi cabeza me entraba la risa floja y se esfumaban todas mis sospechas. En el mundo de hoy en día esas cosas no le suceden a la gente de verdad; es algo que puede ocurrir en una película o entre las páginas de un libro y, aun así, nunca parece creíble por completo. Así que me obligué a asumir que todo sucedía en el interior de mi cabeza, fruto de una aburrida imaginación, un lugar nuevo y por completo extraño en el que vivir y mucho tiempo libre.

Después de tomar esa decisión no transcurrió mucho tiempo hasta que me convencí de lo contrario, al final no me quedó más remedio que reconocer que había una presencia en la casa y que aquella era la única explicación posible. No quería llamarlo fantasma o espíritu, pues eso lo convertía en algo demasiado fantástico o pintoresco para representar lo que me estaba ocurriendo, lo que vivía conmigo; lo que yo experimentaba era algo completamente real, aunque no pudiera verlo con mis dos ojos. Cuando Daniel

estaba en casa su presencia era menos notoria y, aunque yo podía sentirla, él nunca dio muestras de percatarse de nada; en numerosas ocasiones escruté su rostro en busca de una señal cuando el vello de mi brazo se erguía, anticipándose al resto de mí, un cambio en el gesto de su cara que me hiciera pensar que él también había sentido algo, cualquier cosa, pero en vano. Daniel era un buen hombre, bondadoso y respetuoso, aunque bastante despistado, pero no era aficionado a usar su imaginación; vivía en un mundo de rectas convicciones y rígidas leyes, terrenales y espirituales, y cualquier otra consideración no entraba en su entendimiento. En algún momento llegó a molestarme, hubiera preferido poder compartir esta carga con él, repartir la incertidumbre ante lo desconocido entre los dos y soportar el miedo de los días que estaban por venir, pero después me alegré de su completa ignorancia y le envidié por ello. Cuando el peligro es invisible, la ceguera puede ser una bendición.

Con el paso de los años llegué a conocer un poco a nuestro huésped, tan superficialmente como se puede conocer a un vecino de portal con el que nunca te has cruzado y con el que jamás has intercambiado una palabra pero que, de todas maneras, oyes subir a diario por las escaleras, acarrear la compra, sacar a pasear al perro o recibir a sus visitas en casa, de vez en cuando escuchas una discusión o música de baile, y esos elementos dispersos son suficientes para formar una imagen aproximada de lo que sería esa persona en carne y hueso. De la misma manera yo comencé a conocerle a él. Me lo imaginaba como un ente solitario, vagando por la casa a cualquier hora del día o de la noche, aunque percibía su presencia con más intensidad al caer el sol, como si padeciera episodios de insomnio y le aliviara caminar de habitación en habitación, buscando algo en lo que ocupar las largas horas de oscuridad. Le sentía inquieto, agitado y enfadado, en ocasiones irrumpía en mis sueños, llenándolos de imágenes confusas, de desesperación, de soledad y de dolor, era como la peor de las pesadillas bajo las órdenes de un director desquiciado, alguien ajeno a ti y a tu propia manera de ver el mundo. En esos momentos mi mente estaba a su merced y me mostraba cosas que habría

preferido no ver jamás. Otras veces aún estaba despierta cuando le notaba llegar; como un pequeño torbellino invisible y entonces ya no era capaz de conciliar el sueño. Por una parte, tenía miedo de lo que pudiera enseñarme si soñaba y, por otra, no podía cerrar los ojos sabiendo que le tenía a mi lado, observándome. Podía oler su aliento, algo gélido y ácido, como una sustancia corrosiva exhalada junto a mi oreja en lo más oscuro de la madrugada y, en esos momentos, me cubría con la manta hasta la coronilla, como una chiquilla, para ocultarme del monstruo que venía a devorarme. Solo que él no venía a comer de mi cuerpo ni a matarme, probablemente, pero quería algo de mí, y siempre he pensado que era algo mucho más valioso que mi propia vida y, por consiguiente, mucho más horrible. Pero, al mismo tiempo, me asaltaba la idea de que seguía esperando, que yo no era más que un entretenimiento en su interminable existencia y que aguardaba pacientemente a que se le presentara un bocado mejor, más sabroso y satisfactorio, como un animal salvaje que acecha a la entrada de su guarida a la presa deseada.

Una noche tuve una pesadilla terrible, prefiero llamarlo así, aunque no estoy segura de que se tratara exactamente de eso. Los sucesos se han enmarañado en mi cabeza, pero las sensaciones siguen siendo tan vívidas hoy como lo fueron en su momento. Sentí un dolor atroz que me hizo retorcer en la cama y me desperté doblada por la mitad, no recordaba haberme encontrado tan mal nunca, en toda mi vida. El dolor se originaba en el vientre y se extendía en oleadas hacia mis partes íntimas y por el pecho, desgarrador, ardiente, como si trataran de abrirme en canal con unas tenazas al rojo vivo. Me levanté de la cama y me tambaleé en dirección al baño, no le di importancia al hecho de que Daniel no estuviera en la cama, a mi lado, pues supuse que sería una de aquellas veces en las que se encontraba de viaje, a pesar de que la noche anterior nos habíamos acostado el uno junto al otro, pero el mundo de los sueños resulta así de inconexo. Cuando me vi bajo la luz de la bombilla del baño descubrí que mi camisón estaba empapado de sangre y que esta me chorreaba por las piernas en gruesos hilos de color rojo brillante. La visión de tanta sangre

saliendo de mi propio cuerpo me hizo olvidar por un momento el dolor, sentí que algo malo me había sucedido ahí abajo pero no tuve el valor necesario para mirar bajo el camisón. De pronto quise salir de la casa y mientras me dirigía hacia la planta baja sosteniéndome a duras penas sobre unas piernas tambaleantes, pensé que me dirigía hacia el coche, con la intención de pedir ayuda, pero cuando llegué al porche me detuve. Era como si no recordara lo que hacía allí, no sabía cuál era el motivo de que el viento frío de la noche me alborotara el pelo enmarañado y sentía la cara fría y húmeda a causa del sudor. Detrás de mi se encontraba la puerta abierta de la casa, enseñándome un interior poblado de sombras y oscuridad, pues en mi trayecto hasta allí no había necesitado encender ninguna luz, y delante una noche oscura y falta de estrellas, pues unas nubes aún más negras que el firmamento se desplazaban con rapidez en lo alto, atenuando la escasa luz de la luna. Hacía frío para esa época del año y sentí como toda mi piel se erizaba, miré hacia abajo, temerosa de lo que pudiera hallar, pero solo descubrí unos pies blancos y desnudos asomándose por debajo del impoluto camisón. No había ni rastro de sangre y el dolor había desaparecido como si nunca hubiera estado ahí. Aturdida, regresé al calor reconfortante de la cama, donde me esperaba Daniel ajeno a mi excursión nocturna. Me llevó un largo rato volver a conciliar el sueño, me asustaba la idea de cerrar los ojos de nuevo y sentir aquel terrible ardor en el centro de mis entrañas otra vez, pero finalmente caí rendida y no abrí los ojos hasta que los primeros rayos del sol se asomaron a mi ventana, anunciando el nuevo día.

Pensé que no había sido más que una pesadilla y, tiempo después, cuando ya apenas recordaba lo que había sucedido, me desperté de nuevo presa del mismo agonizante dolor mientras agarraba mi estómago con ambas manos, temiendo que en cualquier momento mis entrañas fueran a salir de mi cuerpo. De nuevo salí al pasillo dejando unas húmedas y viscosas huellas tras de mí, y bajé por las escaleras, apoyando todo mi peso sobre la barandilla, que no dejaba de crujir a cada paso. Salí al porche, donde me recibió un viento encolerizado, pero esta vez el camisón empapado me azotaba en las piernas y se me pegaba con una

sensación desagradable, húmeda y fría. Descendí los peldaños del porche y me encontré entre el campo de flores, que a pesar de las furiosas embestidas del viento permanecían estáticas y mudas, como ojos expectantes. Y, de pronto, supe con total certeza lo que estaba haciendo allí y cuál era el origen de mi dolor. El conocimiento me llegó de súbito pero supe que era real: tenía que encontrar a mi bebé, a la criatura que habían arrebatado de mi propio cuerpo y que habían enterrado allí, entre aquellas flores. Me dejé caer de rodillas y me lancé con frenesí a la tarea, horrorizada ante mi descubrimiento, sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo. Hundí las manos en la tierra, sacando palada tras palada y arrojando furiosamente el material extraído hacia los lados. Cavando un poco aquí, un poco más allá, arrastrándome de rodillas por entre las flores, desesperada por encontrar a mi bebé, que yacía allí enterrado en alguna parte. Incluso me pareció escuchar su débil llanto. De repente sentí unas manos que me agarraban por los hombros y me sacudían con violencia, traté de resistirme, de golpear al intruso para que me dejara continuar con mi tarea antes de que fuera demasiado tarde, pero era más fuerte que yo.

—¡Clara! ¡Clara, por el amor de Dios, para!

Me detuve en el acto al reconocer esa voz y al darme la vuelta me encontré con los ojos de Daniel, que me miraban asustados y desorbitados mientras sus manos trataban de aferrar las mías, que se habían lanzado hacia su rostro.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Qué te sucede?

Había preocupación en su voz y también una nota de pánico, no le culpo, cuando vi el aspecto que presentaba yo misma me asusté bastante. Donde había visto la sangre en el camisón ahora se extendía una mancha negra, las piernas y los brazos, hasta los codos, estaban embadurnados en tierra, que se había incrustado profundamente bajo las uñas de mis dedos debido a la fuerza con la que había estado excavando.

—¡Mi bebé, Daniel! ¡Tengo que encontrar a mi bebé! —le respondí con la voz quebrada por el llanto, pero fue entonces, cuando escuché esas palabras salir de mis propios labios, cuando entendí lo absurdas que sonaban en mi boca. Yo no tenía ningún

bebé y, por supuesto, nadie lo había enterrado en mi jardín, entre las flores.

Toda aquella situación me pareció una locura y comprendí la expresión que se dibujaba en la cara de mi marido, pues la mía comenzaba a ser un reflejo de la suya a medida que la luz de la comprensión se encendía en mi cabeza, iluminando lo sucedido. A mi alrededor el campo de flores estaba devastado, un camino de destrucción llegaba desde la puerta principal hasta donde nos encontrábamos, en la mitad del sembrado, agarrados el uno al otro como los supervivientes de un naufragio. Parecía como si un tornado de pequeñas dimensiones hubiera bailado por nuestro patio, arrancando todas las flores que encontraba a su paso, dejando la tierra en carne viva, expuesta y desnuda. Los hoyos que había abierto eran de escasa profundidad, apenas lo suficiente para extirpar de raíz los dientes de león, que yacían esparcidos por todas partes, diminutos cadáveres marchitos y aplastados de cabezas amarillas, como si en realidad hubiera pretendido deshacerme de ellas.

Nos abrazamos, entramos en casa y tras pasar por el baño nos metimos de nuevo en la cama, donde Daniel me abrazó hasta que creyó que me quedaba dormida. En realidad, no quería volver a dormir, no estaba segura de lo que pudiera volver a hacer si me dormía y traté de idear un plan para que nada semejante pudiera sorprenderme otra vez en sueños. A la mañana siguiente el campo presentaba un aspecto desolador, un recuerdo imborrable de la horrible pesadilla que había vivido, pero con el paso de los días pude ver como la tierra sanaba y cicatrizaba como una herida abierta en la piel. Nuevas flores brotaron para sustituir a sus hermanas caídas y en poco tiempo no quedó ni rastro de mi paso por ahí.

Tiempo después me descubrí despertando de nuevo en medio de la noche, con la acuciante sensación de que tenía algo importante que hacer, de que había perdido algo muy valioso en alguna parte ahí afuera, en el patio, bajo la luz de la luna, y que era indispensable encontrarlo. Sin embargo, cuando llegué hasta la puerta de la entrada me detuve al observar la corona de flores que había colgado sobre un clavo poco después de la última pesadilla y

que renovaba cada pocos días desde entonces. Era un hermoso círculo de diminutas flores trenzadas las unas con las otras, suaves como el terciopelo bajo las yemas de los dedos y que despedían una delicada fragancia, sutil pero imposible de ignorar. Recordé que estaba soñando, que caminaba tras los pasos de una pesadilla y que nada de aquello era real, al menos no por completo, y de esta forma regresé a la cama. A partir de esa noche decoré mi mesilla de noche con un jarrón de esas hermosas flores y no han dejado de hacerme compañía desde entonces.

Puse al corriente a mi amiga Ingrid de todos esos sucesos y de mis propias impresiones y ella, por su parte, me contó lo que sabía de nuestra propiedad y de las personas que vivieron en ella antes de nuestra llegada. Fue toda una sorpresa enterarme del oscuro pasado de la propiedad y me hizo ver los hechos con unos ojos completamente diferentes, menos inocentes quizás de lo que me empeñaba que fueran hasta ahora y, aun así, una parte de mí no terminaba de dar crédito a todo. Algo dentro de mí me repetía que nada de aquello era real, tan solo una fábula de pueblo, contada de padres a hijos a la hora de dormir, y que en el mundo actual, en la vida cotidiana, no quedaba sitio para seres venidos de otros planos de existencia, para brujas y poderes ocultos. Si hubiera sabido entonces que estaba poniendo en peligro a Daniel, habría actuado de otra manera, no dejé de reprochármelo durante meses y años tras su muerte, pero después comprendí que no era justo que cargara yo con toda la culpa.

Cuando Daniel no regresó a casa aquel día comencé a sospechar que algo malo le había sucedido y, tras largas noches en vela e interminables vueltas sobre los hechos de los que disponía me convencí de que no iba a volver. Fue muy duro asumir que no le volvería a ver hasta el día de mi muerte, si es que aquello en lo que creía resultaba ser cierto, pero más duro hubiera sido esperar su regreso hora tras hora, viendo pasar los días, las noches y las estaciones, una después de otra, en la más completa soledad. Necesitaba comprender lo que había sucedido y a lo que me enfrentaba y puesto que la información que estaba en mi poder era escasa e inconexa, me decidí a encontrar las respuestas al enigma

por mi propia cuenta; después de todo, ahora yo también era parte de aquella historia, el último eslabón, y merecía conocer lo hechos que me precedían en el tiempo. Visité la biblioteca del pueblo en varias ocasiones, un nombre quizás un tanto pretencioso para la pequeña sala destinada al almacenamiento de libros y publicaciones dentro del edificio del ayuntamiento, pero por fortuna guardaban escrupulosamente todos los periódicos viejos publicados en la región, junto con una crónica encuadernada de la historia de la comarca y del propio pueblo de Hoverfield. El volumen estaba compilado con esmero y orgullo a base de recortes de toda clase de publicaciones donde se mencionara cualquier asunto relativo a la localidad y a sus habitantes, desde su fundación a finales de la década de 1890 hasta 1954, año en que murió el último cronista, secretario del alcalde, llevándose la tradición a la tumba. En cualquier caso, fue suficiente para encontrar la información que necesitaba y lo que no se encontraba allí pude descubrirlo hablando con el sacerdote, el jefe de policía, un hombre muy amable y educado, y una enfermera del hospital para enfermos mentales de Billstone, que accedió a tomar un café conmigo gracias a la curiosidad que todo el asunto despertó en ella.

Después de juntar todas las piezas disponibles del rompecabezas, con excepción de aquellas que habían terminado en la tumba junto a sus protagonistas, me compuse una idea bastante completa de lo que tenía entre manos. Mi primera reacción fue hacer las maletas y salir de la casa, y bien sabe Dios que estuve a punto de hacerlo, incluso anuncié la venta de la propiedad por un precio irrisorio, venciendo mis peores temores. Pero cuando apareció por el camino de entrada aquella familia de jóvenes con toda la vida por delante y su hija pequeña trotando como un cervatillo alrededor de sus piernas, supe que no podría hacerlo. Me pregunté qué ocurriría cuando me marchara. ¿Qué sucedería después de mudarme lejos de este lugar, después de enterrar en el desván de la memoria todo lo que ahora sé? Otra familia vendría a vivir aquí y quizás, cuando se diera cuenta de lo que sucede tras la cerca de esta granja, ya fuera demasiado tarde. Les despedí en la puerta sin permitirles asomar la

cabeza al interior y ni siquiera pedí perdón por las molestias del viaje.

Nunca me he tenido por una mujer valiente o atrevida, ni mucho menos de espíritu aventurero o temerario, pero he de reconocer que me sentí en parte responsable de lo que pudiera suceder aquí. Tras la muerte de Daniel no estaba dispuesta a cargar sobre mis hombros con el peso de otra culpa más. El conocimiento me otorgaba ese deber y delegarlo en otras manos me parecía un acto cobarde y vil.

Se me ocurrió entonces recurrir a la iglesia y hacer uso por una vez de su buena disposición para socorrer a todos los hijos del rebaño del señor. Pero el párroco no fue de ninguna ayuda y la visita resultó una gran decepción; aquel hombre apenas se molestó en disimular su malestar por mi propuesta y adoptó un aire altivo que enseguida obtuvo la respuesta que merecía por parte de mi lengua, que en tales ocasiones se apodera de mi boca y de mi buena educación, aunque el resto de mi sabía que con su actitud intentaba esconder una sombra de miedo, que se asomaba a sus ojos tras los cristales de sus gafas. De todas maneras, cuando me marché de allí me alegré de no haber perdido mi tiempo escuchando sus sermones, un hombre que predica desde el púlpito pero no con el propio ejemplo solo pronuncia palabras vacías, y a estas se las lleva el viento.

Tras sopesar las opciones que me quedaban y después de darle muchas vueltas entre las manos me decidí a probar algo más drástico, sabía que tenía que actuar con cuidado y disimulo puesto que, al fin y al cabo, la amenaza vivía conmigo bajo el mismo techo, pero pensé que sería capaz de hacerlo. Durante varios días y de la manera más discreta que pude fui sacando algunas cosas de valor de la casa, así como ropa o recuerdos de los que no quería desprenderme, y los fui acumulando en el destartalado granero. Cuando pensé que ya tenía lo indispensable me decidí a poner en marcha el plan a la mañana siguiente, ya que de día su presencia era más débil y confiaba en que eso me proporcionara cierta ventaja. Apenas pegué ojo en toda la noche, nerviosa ante la magnitud de lo que iba a hacer y me dediqué a repasar la secuencia de pasos una vez tras otra, hasta que me dormí poco antes de

despertar el sol con la letanía en mi cabeza sonando como un mantra. Cuando desperté me vestí despacio y bajé a la cocina, como todos los días, por el camino me aseguré de que todas las ventanas se encontraran cerradas, tal y como las había dejado la noche anterior. Puse el cazo sobre el hornillo y encendí el gas, pero dejé apagada la llama. Mientras el gas siseaba en la cocina me dediqué a caminar de un lado a otro, simulando que me ocupaba en mis tareas cotidianas, sintiéndome nerviosa y estúpida al mismo tiempo. Pasados unos minutos palpé con dedos sudorosos en contenido del bolsillo de mi chaqueta, donde la noche anterior había guardado una caja de cerillas que pensaba utilizar en pocos minutos, en cuanto la cocina se llenara un poco más del vapor inflamable. No estaba segura de cuánto tiempo sería necesario, pero no estaba dispuesta a esperar demasiado, por miedo a que se torciera algo. El plan era condenadamente sencillo, solo tenía que salir al porche, encender una de las cerillas dejando sobresalir su cabeza de la caja, y arrojar esta al interior de la cocina repleta de gas, un segundo antes de cerrar la puerta y echar a correr por el sendero alejándome todo lo posible de la casa. Por eso, cuando tiré del pomo de la puerta y no sucedió nada no entendí qué estaba sucediendo. La puerta estaba cerrada y no conseguía abrirla. Forcejeé nerviosa con la mano sobre el pomo, empujando y tirando indistintamente, como si la dirección hubiera cambiado durante la noche, pero la hoja permanecía inamovible. Busqué las llaves, y entonces recordé que había dejado el bolso dentro del coche, junto con los documentos y la cartera, la noche anterior. Las llaves estaban dentro del bolso.

Reconozco que permití que el pánico se hiciera cargo de la situación y de mi cuerpo, recuerdo que corrí de un lado a otro del salón, buscando algo que sabía de antemano que no encontraría allí. Después me lancé hacia las ventanas de la planta baja, que permanecían cerradas, tal y como yo las había dejado, pero que inexplicablemente ahora tampoco podía abrir. En un momento dado subí al piso de arriba, supongo que con la intención de salir por una de sus ventanas, pero afortunadamente para mí esas también parecían soldadas al marco. No quiero pensar cómo habría acabado la aventura de haber saltado desde el segundo piso. Regresé a la

puerta principal y me ensañé inútilmente con ella hasta que caí en la cuenta de que la única salida que no había probado era la ventana de la cocina, que había tratado de evitar por el intenso olor que salía de ahí. Me tapé la nariz con la manga y entré en aquella particular cámara de gas que yo misma había creado, el olor era tan intenso que lo sentí dentro de las fosas nasales y en el fondo de la garganta. Cerré la llave del gas y cuando estaba a punto de llegar hasta la ventana mi cuerpo se convulsionó por un ataque de tos, comencé a verlo todo a través de la neblina de las lágrimas y después todo se fundió en negro.

Me dolía terriblemente la cabeza y notaba un intenso ardor en el pecho y en la garganta, como si una llamarada atravesara mi cuerpo entrando por mi boca, de la que además rezumaba un líquido corrosivo, que había dejado a su paso un rastro nauseabundo y ácido sobre mi lengua y entre los dientes. Sentí un golpe en la sien y el dolor subió un grado más en la escala de intensidad, después otro más y entonces me di cuenta de que todo mi cuerpo estaba sufriendo golpes contra una superficie dura y áspera. Logré abrir los ojos y enfocar la vista lo suficiente para distinguir los peldaños de una escalera de madera que pasaban tan cerca de mis ojos que debían ser la causa de los golpes y del dolor. Mi cuerpo se movía, arrastrado inexorablemente hacia abajo por una angosta escalera y cuando conseguí averiguar dónde me encontraba reuní todas las fuerzas que me quedaban en el cuerpo para agarrarme con las manos al peldaño superior y detener mi avance. Las uñas se clavaron en la madera podrida y arrancaron astillas que se me clavaron en la piel, pero apenas lo sentí, mis piernas ya habían entrado en la habitación del sótano y pensé que enloquecería si me quedaba encerrada allí abajo con él. Sobre mi cabeza, al final de la empinada escalera, podía ver la salida, como una luz encendida al final de un tenebroso túnel, y enfoqué todos mis esfuerzos y energías en avanzar hacia allí. Logré ponerme a cuatro patas como un animal herido y, aferrándome con las uñas y los dedos, trepé por la escalera de regreso al mundo real, a la luz del sol y a la vida. No sé lo que habría sido de mí de no haber despertado a tiempo, pero al día siguiente me apresuré en colocar unos buenos cerrojos en la

puerta de sótano, y me aseguré de que permanecieran siempre cerrados.

Finalmente, cuando me recuperé del todo de mi percance y sintiendo un gran peso en el corazón, pensé en llamar a mi hija y pedirle que no trajera más a los niños inventando algún pretexto para el cambio de planes. Pronuncié aquella frase en mi mente varias veces, tratando de habituarme a su amargo sabor en mi lengua, pero no fui capaz de hacerlo. Fue mi pequeño acto de rebeldía contra él y contra todo su mundo, no podía permitir que me arrebatara la única alegría que me quedaba; esos dos pequeños niños eran todo lo que había de bueno en esta vida y verlos correr, reír y crecer a mi lado era un consuelo para mi mente agotada. Me aseguré de que los niños no pudieran sufrir daño alguno y no dormí una noche entera en todos los días que pasaron aquí y, aun así, al escuchar los pasos de sus pies descalzos bajando por la escalera sentía como su presencia, tan imponente en las oscuras horas de la madrugada, se hacía un poco más débil, más difusa, tanto que podía hacerlo desaparecer con el simple gesto de una mano. Quizás sea un secreto poder que poseen los niños o tal vez es algo que anida en el corazón del que los contempla, pero fuera cual fuese la razón, era una sensación hermosa que no he vuelto a experimentar desde que crecieron.

Poco a poco las cosas volvieron a la normalidad, a nuestra peculiar normalidad, al menos, y los días fueron transcurriendo sin más percances. Pienso que nos acostumbramos el uno al otro de alguna retorcida manera, como un viejo y amargado matrimonio que por la fuerza de la costumbre ya no sabe vivir separado el uno del otro, mientras ambos continúan esperando una oportunidad mejor. El peso de los años me ha obligado a pensar en el final, que está más cerca de lo que había creído, pues comienzo a sentirme torpe y lenta, como si llevara por cabeza un pesado barril lleno de agua. Me he dado cuenta de que el tiempo se me ha escapado de entre los dedos como el agua de un arroyo, ha pasado de largo por el otro lado de la calle mientras yo miraba por la ventana, y ahora soy demasiado vieja para luchar, demasiado débil para oponerme a él. A veces pienso que he sido un pasatiempo en sus manos, un jugador

en esta partida cuyas reglas nunca he alcanzado a comprender; ha consumido mi energía día tras día, dejándome lo suficiente para continuar respirando y mantenerme en pie, aunque caminando como en sueños, mientras él se hacía más fuerte y más voraz. Me queda una última oportunidad; trataré de convencerlo para que venga conmigo cuando llegue la hora, es mi esperanza de sacarlo de aquí, de arrastrarlo conmigo, aunque eso me cueste una eternidad de sufrimiento, y si da resultado espero que Daniel me perdone por ello, una vez más.

Echaré de menos a los chicos; las comidas en familia, los cuentos para dormir, sus juegos y risas, los paseos al atardecer y el sonido de las chicharras a la luz de la luna, observando un cielo sembrado de estrellas desde el porche. Esos son mis recuerdos, las joyas que he escondido en mi caja fuerte, en esa parte angosta y recóndita de mi alma a la que no puede acceder, y me los llevaré conmigo allá donde vaya, no le permitiré quedarse con ellos.

Capítulo 6



LA HISTORIA DE SILVIA

El invierno de 1928 fue largo y despiadado, como todos los inviernos que se recuerdan de esa década. En Hoverfield la gente se recogía antes del anochecer en el interior de sus casas, abrigados al calor de las estufas, y nadie osaba asomar la nariz más allá de sus cuatro paredes hasta el amanecer que, si bien apenas era menos frío que la noche precedente, al menos traía algo de claridad bajo el brazo. Los días eran muy cortos y la luz del sol escasa, por lo que todo el pueblo aprovechaba esas exiguas horas para realizar el trabajo del día y las labores necesarias, así que no era de extrañar que nadie se hubiera dado cuenta de la frenética actividad que se estaba llevando a cabo en unas tierras hasta entonces yermas y deshabitadas. Con las primeras luces del alba comenzaban los martillazos en la madera y el ruido de las sierras de mano, que habría llamado la atención de los vecinos, si hubiera habido alguno en las proximidades. La construcción más cercana se encontraba a dos kilómetros de distancia y con aquel tiempo, las nieblas matutinas, la lluvia constante y el aullar del viento, los sonidos que venían de la colina se perdían por el camino antes de llegar a la puerta de la primera casa del pueblo.

No fue hasta el deshielo cuando la mayoría de los vecinos reparó en que allá arriba, sobre la colina, entre los campos que limitan con la linde del bosque, se levantaba una casa donde antes había un espacio vacío. Fue como si al disiparse las últimas nubes del invierno quedara al descubierto una construcción que había crecido como una gigantesca seta tras unas intensas lluvias. Y con el fin del invierno llegó la primavera al pueblo y trajo con ella a Silvia.

Ern Szahen, el marido de Silvia, había comprado la propiedad que ahora conformaba la granja y las tierras de pasto que se extendían tras ella hasta el límite del bosque sin que nadie se diera por enterado, fue una operación rápida y sigilosa que cerró con un agente inmobiliario del vecino pueblo de Billstone, y fue él mismo quien, junto con dos muchachos que le fueron recomendados,

levantó la casa en apenas seis semanas. No era un castillo, ni siquiera un caserón, pero era un lugar resguardado del frío y acogedor, o llegaría a serlo con el tiempo. Ern era un hombre perseverante, testarudo y rígido que trabajaba bajo la lluvia, entre la niebla y contra el vendaval, sin ceder ante nada o ante nadie y que no se dejaba amilanar así como así. Era un patrón duro y exigente pero, gracias a ello, cuando el sol de primavera comenzaba a secar al fin el barro bajo sus pies, la casa estaba en pie y lista para dar cobijo a sus habitantes.

Fue en aquellos días de primeros de abril cuando se dejó ver por primera vez en el pueblo la nueva vecina y propietaria de la granja. Silvia apareció un día en la tienda de la madre de Betsy para comprar provisiones con el fin de llenar su vacía despensa. En aquellos tiempos, las habladurías y los chismes eran una moneda de cambio tan codiciada como lo es ahora, y las mujeres del pueblo practicaban ese noble arte con esmero y dedicación; pronto comenzaron a hacer sus averiguaciones y a transmitir la información de una a otra con el fin de obtener una descripción lo más completa y detallada posible de la vida de Silvia, de su marido Ern y de la casa que habían construido. Sin embargo, pronto se les quitaron las ganas de cuchichear sobre Ern; en cuanto se dieron cuenta de la clase de hombre que era, frío, hermético e imperturbable, centraron sus atenciones en su pequeña y frágil esposa. Muy pronto, Ern se ganó la fama de hombre rudo, poco dado a las conversaciones banales y a hacer amigos, acudía regularmente al pueblo a pedir consejo al veterinario, acerca de algún asunto relativo a la cría de ganado, y a comprar semillas o fertilizante en el almacén de Thomas para sus campos, pero nunca entraba en la taberna a tomar un trago al terminar el trabajo ni se entretenía en hablar con los demás hombres reunidos junto a la puerta del almacén, si el tiempo era bueno, o en el restaurante cuando apretaba el frío. Silvia se dejaba ver en el pueblo más a menudo y además resultaba más accesible, visitaba la tienda con regularidad y en ocasiones acudía al médico, aunque pasado un tiempo sus visitas a la casa del doctor se interrumpieron bruscamente, lo que dio pie a nuevas conjeturas y rumores. La mujer daba la impresión de ser tímida por naturaleza o

retraída, pues apenas levantaba la cabeza al caminar por la calle, con la barbilla siempre embutida en una bufanda o un chal, y saludaba educadamente al entrar en el establecimiento con una inclinación de cabeza pero sin despegar los labios; si tenía la necesidad de hablar lo hacía con una voz débil y trémula, aunque áspera, que recordaba al sonido de un viejo tocadiscos encerrado en un polvoriento desván. Los rasgos de su cara se correspondían más con el tono de voz que con la fisonomía, ya que eran toscos y afilados, como si hubieran sido tallados en piedra por unas manos faltas de delicadeza; se recogía el lustroso pelo negro en un apretado moño y tenía por costumbre cubrirse la cabeza con un pañuelo colorido o una bufanda en los días de más frío, lo que dejaba al descubierto tan solo un óvalo con su tez pálida, una nariz larga y afilada y unos ojos igualmente negros y brillantes, que parecían los de un ratón.

El matrimonio era extranjero, ese fue el primer dato que se supo de la pareja, lo cual por sí solo la convertía en extravagante y digna de estudio, pues se trataba de una región del país donde los ocasionales visitantes de Billstone eran llamados forasteros. Conocían muy bien el idioma, aunque les delataba su manera de expresarse y la pronunciación de algunas palabras, a las que imprimían un marcado y afilado acento que nadie supo identificar con precisión, pero que sugería algún país del este del Viejo Continente. Aquel detalle, unido a su costumbre de vestir rigurosamente de negro, a pesar de su juventud, hizo correr el rumor de que pertenecían a algún tipo de culto extranjero, desconocido y, por necesidad, pagano. Su ausencia durante la misa de los domingos no hizo sino confirmar esas sospechas, pues se trataba de un ritual en el que participaban todas las familias del pueblo, con escasas excepciones, hasta el punto de que incluso el más escéptico comenzó a recelar de sus nuevos vecinos.

Pero, a pesar de los comentarios y miradas de soslayo, los primeros meses de su estancia en Hoverfield fueron tranquilos y agradables. Ern se ocupaba de los animales que habían traído a la granja y se afanaba en cultivar un pedazo de terreno baldío que se extendía desde el patio trasero de la casa hasta la sombra de los

primeros árboles del bosque. En el almacén de Thomas, cuyo nombre pasaba de padres a hijos, los hombres comentaban lo inútil de tal tarea, puesto que, desde que el más anciano de ellos tenía uso de razón, la tierra de la colina no se había cultivado nunca y ninguno de ellos habría apostado ni una moneda por el éxito de su nuevo propietario. Sin embargo, cuando Ern entraba en el almacén en busca de suministros todos guardaban un respetuoso silencio y fingían estar ocupados con otros asuntos porque, al fin y al cabo, él nunca había pedido consejo al respecto y ellos no se sentían con derecho a frustrar las esperanzas y el esfuerzo de un hombre trabajador. Con el paso del tiempo intercambiaron algún comentario con él, nada trascendente, unas palabras acerca del tiempo, de los precios de los fertilizantes y del estado de los caminos en invierno, pero sí lo suficiente como para conseguir que los demás hombres se acostumbraran a su presencia, a su semblante serio y a su mirada torva, hasta que empezó a convertirse en uno más del paisaje del lugar. No en uno de ellos, para eso harían falta años, pero sí en un elemento familiar dentro del paisaje propio del pueblo.

Con Silvia sucedió algo parecido, aunque ella tenía la ventaja, o la desventaja, de coincidir todas las semanas con un reducido grupo de sus convecinas en el mostrador de la tienda de alimentación y, a pesar de que en sus primeras visitas intentó pasar desapercibida, pronto se dio cuenta de que cuanto más se esforzaba por hacerse invisible, notaba con mayor intensidad varios pares de ojos que seguían cada uno de sus movimientos y cuchicheaban a su espalda. Finalmente, y por una mera cuestión práctica, decidió saludar al entrar y demorarse un minuto más de lo estrictamente necesario en el mostrador antes de salir y así responder a alguna que otra pregunta con cortesía. Por su parte, ella nunca hacía preguntas ni se interesaba por los asuntos de la comunidad, solo respondía escueta pero educadamente a las que tan ávidamente le formulaban para después regresar rápidamente a casa, como si se tratara de una desagradable tarea que debía realizar. Trascurrieron varias semanas hasta que las mujeres repararon en que no le había preguntado el nombre a ninguna de las presentes y que ellas sabían el suyo solo por un rumor.

Un domingo después de comer, el padre Matteus, un hombre entrado en años y que había predicado desde el púlpito de la iglesia del pueblo desde que esta se fundó, cansado de esperar una invitación que no llegaba, tomó la decisión de acercarse personalmente a la granja de los Szahen para darles la bienvenida, bendecir el lugar según la costumbre e indagar en la negativa de sus nuevos vecinos a participar en los servicios religiosos. Era un hombre bondadoso y amable, comprensivo, siempre dispuesto a ofrecer consejo o consuelo, pero también capaz de impartir castigo a un niño maleducado o reprender al descarriado. Así que, cuando regresó al pueblo con paso acelerado y con las sienes perladas de sudor a nadie le pasó desapercibido el hecho de que no respondiera al saludo de ninguno de los transeúntes y que, en su lugar, corriera a refugiarse en la sacristía, donde solo después de un buen trago de vino pudo serenarse lo suficiente para volver a sentirse a resguardo. También fue el momento en el que se prometió que nunca más abandonaría la seguridad de su confortable estancia para llamar a puertas de desconocidos que no tenían el menor interés en recibirle. En favor suyo se puede decir que jamás reveló ningún detalle de aquella visita, ni siquiera a sus más allegados; solo comentó que fue despedido en la propia puerta, sin que alcanzara a poner el pie derecho dentro de la casa y que, si aquellos Szahen no creían en la comunión con Nuestro Señor ni sentían necesidad de su consejo y consuelo, no sería él la persona que les obligara a recibirlo, pero, y eso lo dejó bien claro, el Señor siempre está dispuesto a dar una segunda oportunidad a uno de los suyos, siempre y cuando este se la pida. Y con semejantes palabras el asunto quedó zanjado para el padre Matteus, no así para la madre de Betsy y las demás integrantes del grupo de la tienda de alimentación, que prácticamente ardieron en llamas por la falta de colaboración del sacerdote y de las nulas noticias que sonsacaron a Silvia, puesto que esta no se encontraba presente en el momento de la visita y no presenció el incidente, si lo que les contó era cierto. No había ningún voluntario para preguntarle a Ern, por lo que el asunto tuvo que quedar forzosamente en nada, aunque se especuló, y mucho, durante semanas.

Así era como transcurría la vida en el pueblo. La primavera dio paso a un caluroso verano que llegó y pasó sin que nada relevante sucediera, con el propio pueblo y sus habitantes dormitando bajo cualquier sombra y anhelando la llegada del atardecer y sus brisas frescas para refrescar los hogares y las cabezas de todos, personas y animales por igual. Para cuando llegó el otoño la sequía se había dejado notar en el pueblo, y no en cuanto al agua se refiere, pues eso se solucionó rápidamente en las tres primeras semanas de septiembre, en las que no cesó de llover ni un solo minuto, hasta el punto de inundar graneros, corrales y dejar la calle principal tan embarrada que fue necesario despejar el camino con la máquina quitanieves para poder circular por ella. Lo que acuciaba al pueblo era la falta de noticias, de sucesos, de novedades.

Era un día frío de mediados de noviembre, el sol permanecía oculto tras una espesa y oscura capa de nubes y bajaba un viento helado desde las colinas, un viento capaz de arrancarte el sombrero y hacerte tiritar de arriba abajo. Los hombres se afanaban en los campos, esforzándose por terminar antes de que sus orejas se desprendieran de su propia cabeza, tintineando como cubitos de hielo en un vaso, pensando ya en el calor del hogar o en una buena cerveza en la barra de la taberna, y las mujeres llamaban a los niños a regresar a casa para secar sus ropas al calor de la estufa. Las calles se encontraban prácticamente vacías y a medida que el cielo se oscurecía un último vecino rezagado cruzaba corriendo la calle principal en dirección a su casa. La madre de Betsy estaba sentada tras el mostrador, tejiendo con unas largas agujas el principio de una abrigada bufanda para el invierno, charlando con Rose, la única clienta de la tarde, que había entrado en el establecimiento hacía más de una hora y se resistía a abandonarlo, a resguardo como estaba con el calor de la estufa que había bajo el mostrador y una agradable conversación. Rose vivía a escasos diez minutos de la tienda, pero en aquellas circunstancias se le antojaban un paseo larguísimo y había ido posponiendo su marcha con cualquier excusa cada quince minutos desde que entró. La madre de Betsy también se había ocupado de asegurarse su compañía y, cada vez que notaba que la mirada de Rose se dirigía hacia la puerta y perdía

interés en la conversación, se esforzaba por sacar un tema lo suficientemente controvertido como para tener a su amiga distraída otros quince minutos más. En días como aquel no quería quedarse sola y estaba dispuesta a bucear en lo más profundo de su envidiable memoria para entretener a su acompañante. Cuando Rose comentó que ya era hora de que regresar a casa, la madre de Betsy se dio cuenta con espanto de que no le quedaba nada por decir, aunque en su defensa hay que admitir que había sido un noviembre muy desapacible con muchas tardes tan largas y frías como aquella. En ese preciso instante, para su salvación y como caída del cielo, apareció una mujer caminando por el centro de la calle principal.

Era una figura menuda, encorvada, que parecía resistir a duras penas los embates del viento. Ambas mujeres se miraron sorprendidas desde el calor y la seguridad del interior y después devolvieron su atención al otro lado del cristal. La mujer se detuvo y, con movimientos indecisos, se giró y caminó en dirección a la tienda. La madre de Betsy tiró las agujas al suelo y se incorporó de un brinco, Rose hizo lo propio, enderezando la espalda, expectante y excitada ante la inesperada visita y, también en el fondo, algo inquieta.

La campanilla de la puerta tintineó al abrirse y la desconocida fue prácticamente arrojada al interior por una brusca ráfaga de aire, se detuvo en el centro de la estancia envuelta en un revoltijo de sus propias ropas. Tiempo después ambas mujeres contarían que fue algo sobrenatural, la manera en que se materializó en una calle desierta y cómo entró en la tienda, como una especie de bruja cabalgando sobre el propio viento, flotando en una nube de tela que revoloteaba a su alrededor con el sonido de una bandada de cuervos.

La mujer que apareció en la tienda era muy mayor, se cubría de la cabeza a los pies con unos ropajes anchos e informes de color oscuro y sobrepuestos en sucesivas capas, y la cabeza abrigada con un gorro de gruesa lana de vivos colores. El rostro que asomaba bajo él estaba surcado por tantas arrugas que un ciego podría haber adivinado su edad pasando los dedos por sus mejillas y su frente. La

nariz era larga y afilada y tapaba solo en parte la mata de vello oscuro que poblaba su labio superior, tan arrugado como el cuerpo de un acordeón. La tez era amarillenta y brillante, como recubierta con una fina película de sudor; pero lo más impresionante de todo el conjunto eran sus ojos, como dos diminutas ascuas ardiendo escondidas bajo unas cejas densas y prominentes. Con aquellos ojos abarcó de un vistazo lo que tenía alrededor, como si necesitara cerciorarse de dónde estaba, y giró la cabeza rápidamente hacia las dos mujeres que la miraban con la boca un tanto abierta desde el mostrador. Ante su mirada, ambas retrocedieron medio paso sin darse cuenta y, por primera vez en mucho tiempo, se quedaron mudas, sin saber qué decir o qué hacer a continuación.

La anciana se inclinó a un lado, depositando en el suelo un viejo maletín de cuero que hasta aquel momento había pasado desapercibido para las mujeres y movió las manos bajo las ropas, buscando algo entre sus pliegues, al tiempo que movía los labios, murmurando para sí una letanía de palabras inteligibles que ninguna de las dos pudo escuchar y mucho menos comprender. Mientras esperaban en silencio y con el aliento contenido, sin atreverse a decir una palabra en voz alta ni a intercambiar una mirada entre ellas por miedo a atraer la atención de la anciana sobre su persona, la pequeña mujer sacó finalmente una mano enguantada en un mitón de lana del que sobresalían unas largas uñas amarillentas. Entre sus dedos sujetaba un papel arrugado que ofreció a Rose, dando un par de pasos rápidos hacia ella. Aquel inesperado movimiento hizo retroceder instintivamente a Rose, por lo que la distancia entre las dos mujeres se mantuvo como estaba. La madre de Betsy, armándose de valor y consciente de que su intervención le daría el derecho a contar la historia como su protagonista y no como una mera espectadora, se dirigió a la anciana, alargando su mano por encima del mostrador.

—Deje, démelo a mí. A ver, ¿qué necesita? —En su tono de voz no había nada de la habitual cortesía, aunque fuera fingida, con la que obsequiaba a cualquier forastero, pero consideró que ya era suficiente el esfuerzo que había realizado y que no se le podría reprochar ese detalle, dadas las extrañas circunstancias.

La anciana cambió su trayectoria y se aproximó al mostrador, entregando el papel a la mujer que le tendía la mano. Ella lo desenvolvió con avidez y lo alisó contra la madera del mostrador, pues estaba tan arrugado que resultaba difícil distinguir las letras garabateadas de los propios pliegues, las palabras que contenía estaban escritas con un trazo tembloroso e irregular, realizadas por una mano inexperta o falta de fuerzas incluso para una tarea tan sencilla. En el centro de la hoja las letras formaban un nombre: Sylwia Szahen.

—¿Está buscando a Silvia? —inquirió estúpidamente la madre de Betsy, para confirmar la información que le proporcionaba la nota, como si esta pudiera llevar a error.

—Sylwia Szahen —repitió la anciana con una voz cascada y apenas audible; aunque sus labios se movían sin parar, aquellas dos palabras fueron las únicas que pronunció en voz alta y salieron de su boca en un susurro ronco, como si a su interlocutora le faltara el aire necesario para darles forma y cuerpo.

—Está preguntando por Silvia —le transmitió la información a su amiga Rose, que miraba alternativamente a ambas mujeres con los ojos muy abiertos, llena de asombro y admiración por su amiga—. Silvia vive arriba, en la colina —señaló a través del ventanal en dirección a la granja—, está un poco lejos.

La anciana echó una rápida mirada a través del cristal siguiendo la trayectoria del dedo y enseguida volvió toda su atención hacia la madre de Betsy; sus ojos saltaban nerviosos de un lado a otro como los de un ratón y reflejaban el brillo de las luces en todas direcciones. Pero no hizo ningún ademán de dirigirse hacia la puerta y permaneció en el mismo sitio, con las manos escondidas bajo los pliegues de su ropa, analizando a las dos mujeres mientras sus labios se movían sin emitir ningún sonido. El corazón de Rose latía a toda velocidad y había comenzado a retorcer la puntilla de su suéter con los dedos, a pesar de mantenerse al margen y descargar todo el peso de la situación en su amiga y propietaria del establecimiento, lo que conllevaba un cierto grado de responsabilidad en toda aquella situación.

La madre de Betsy sintió la urgente necesidad de deshacerse de la extraña mujer, quien, sin embargo, no parecía tener la intención de ir a ningún sitio y ni siquiera estaba segura de que estuviera comprendiendo alguna palabra de lo que le decía. Dirigió una rápida mirada a su amiga, esperando obtener alguna ayuda por su parte, pero enseguida se deshizo de sus ilusiones al ver la expresión que se dibujaba en su cara; estuvo segura de que, de haber podido hacerlo sin atraer la atención, habría desaparecido por la puerta sin despedirse a la velocidad del viento que soplaba en la colina.

—Oiga, ¿entiende algo de lo que le digo? —repitió en voz alta la pregunta que acababa de formular en su cabeza, subiendo un grado el tono, para hacerse entender por el conocido método de repetir las mismas palabras un poco más alto; pero no obtuvo respuesta.

—Tiene que volver por donde ha venido, salir del pueblo y subir hacia la colina. La casa se ve desde el camino. —Repitió una vez más, en voz alta y pronunciando despacio cada sílaba, mientras agitaba el brazo en dirección al camino, trazando una imaginaria senda en el aire.

La anciana apenas dedicó una furtiva mirada hacia el lugar indicado, sin interrumpir en ningún momento sus murmullos silenciosos. Parecía atornillada a los tablones del suelo: ni un paso hacia la puerta, ni un paso en ninguna otra dirección. Las dos mujeres estaban comenzando a perder los nervios y hubieran dado cualquier cosa por que entrara otra persona en la tienda en ese preciso momento, pero tuvieron que conformarse con su mutua compañía. Así que la madre de Betsy tuvo una idea.

—Rose, quédate aquí un momento, voy a buscar a Rob.

—¡Oh, no, ni se te ocurra dejarme sola! —respondió Rose antes incluso de que su amiga terminara la frase, su voz sonó más aguda de lo que era en realidad y subía de volumen con cada palabra hasta terminar la última sílaba con un grito cuando vio que su amiga salía por la puerta sin hacerle el menor caso y sin darle tiempo a reaccionar.

Los minutos que siguieron fueron los más largos de la vida de Rose, tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido dentro de la tienda y que en el mundo solo quedaban ella y aquella vieja

mujer que la miraba con sus ojos de ratón. Se acercaba muy despacio a ella, tan despacio que no la veía mover los pies pero, cada vez que parpadeaba, la percibía unos centímetros más cerca, y más, y más, hasta tenerla justo delante de su rostro, con su cuerpo diminuto casi rozando el suyo. Sus piernas comenzaron a temblar y el sudor se deslizaba por su nuca, humedeciendo el cuello de su camisa; podía oler el aliento de la anciana, rancio y agrio, que le recordó a la col fermentada. El hedor la mareaba, su corazón latía a tanta velocidad que le dolía el pecho y, por si fuera poco, sus piernas comenzaron a flaquear; temió desmayarse en cualquier momento y abrirse la cabeza contra la madera del mostrador. Y en aquel momento, a punto de levantar la mano para apoyarse contra el mueble para sentir su solidez bajo sus dedos temblorosos, escuchó el sonido de la puerta al abrirse y los apresurados pasos de dos personas. Entonces se atrevió a parpadear y al abrir los ojos descubrió que la anciana continuaba en el mismo sitio y en la misma posición que había adoptado tras su llegada, no se había movido ni un milímetro, pero ella temblaba como una hoja seca azotada por un vendaval. La recorrió una oleada de alivio y estuvo a punto de desplomarse de gratitud, de todas maneras se agarró al mostrador para ayudar a sus tensos músculos a mantenerla erguida, pues no quería parecer una cobarde delante de su amiga, y más ahora que la situación estaba a punto de resolverse.

La madre de Betsy irrumpió en su tienda arrastrando tras ella a su marido, que trataba desesperadamente de abrocharse la chaqueta con la mano libre que le quedaba, pues el otro brazo se encontraba aprisionado por la férrea mano de su mujer. A todas luces, el hombre había sido arrancado de las tareas que estuviera realizando en aquel momento y, tras una breve e insuficiente explicación, le había traído en volandas hasta la tienda. Todo aquello había sucedido en escasos minutos, aunque a Rose le pareció que la ausencia de su amiga se prolongaba durante horas.

—Escuche, Rob la va a llevar a casa de Silvia.

—Sylwia —repitió la anciana como un eco, atenta a la nueva persona que entraba en el establecimiento.

—Sí, eso es, Silvia. Vamos, Rob, llévatela —apremió la mujer, empujando a su marido en dirección a la anciana y, apartándose de en medio, fue a buscar refugio tras el mostrador, donde se sentía más segura.

El bueno de Rob conocía bien el temperamento de su mujer y ninguna anciana, extraña o no, podía haberlo disuadido de cumplir con sus deseos, por lo que, muy amablemente, se acercó a la anciana y recogió su maleta, la mujer pareció entender ese gesto y no opuso resistencia. Cuando el hombre, aguardando en el umbral, hizo un gesto para que le acompañara afuera, la anciana dudó por un instante, paseando una mirada inquieta por el establecimiento y por las dos mujeres, mirada bajo la cual Rose se encogió instintivamente; finalmente comenzó a andar hacia la salida sin pronunciar una palabra de despedida. Cuando la puerta se cerró tras Rob, su mujer corrió hacia ella y colocó la cadena del cerrojo; solo gracias al sonido del metal tintineando en la puerta Rose logró recuperar una parte del valor que la había abandonado y se situó junto a su amiga, escrutando la calle a través de la seguridad del cristal. Vieron cómo el buen hombre ayudaba a la anciana a subir a la parte posterior de la carreta, ofreciéndole la mano para auparla —Rose se estremeció pensando en el contacto de aquellas uñas con su propia piel pero se abstuvo de decirlo en voz alta— y después se sentó en la parte delantera, se caló el gorro de piel hasta las orejas e hizo chasquear las riendas. El carro desapareció en la oscuridad del camino, perdiéndose de vista, y fue entonces cuando ambas mujeres se miraron a los ojos; el aliento agitado y las mejillas sonrosadas delataban su excitación, eran conscientes de que acababan de vivir una experiencia única, algo que no volvería a repetirse y que nadie más creería.

Media hora después de su partida, la madre de Betsy aguardaba a su marido en la cocina de su hogar; había cerrado la tienda por ese día y había dejado que Rose se marchara a casa. Las dos mujeres estaban demasiado alteradas para permanecer quietas por lo que Rose hizo el camino de vuelta desafiando al viento y al frío del anochecer y su amiga corrió a casa a preparar la cena y unas tazas de té mientras esperaba el regreso de su marido para

interrogarle. El hombre llegó en cuanto el agua comenzó a hervir sobre el fuego y ahí quedó olvidado el cazo, silbando y escupiendo vapor al aire, cuando la mujer se abalanzó hacia la puerta para recibirle. Le quitó la chaqueta y le hizo entrar a empujones en la cocina, arrojándole prácticamente sobre la silla.

—¿Qué ha pasado? ¿La has llevado? ¿Qué ha dicho? ¿Te ha dicho algo?

—¡Para ya, mujer! —espetó de repente Rob en cuanto su mujer hizo una pausa para coger aliento. No parecía de buen humor, pero eso ella ya lo imaginaba puesto que había interrumpido su trabajo y le había sacado a rastras del cobertizo sin darle explicaciones para que llevara a una desconocida a la otra punta del pueblo. Estaba dispuesta a asumirlo y a pedirle disculpas si se ponía muy pesado, pero por el momento necesitaba información—. No, no la he llevado: la he dejado en medio del camino atada a una estaca, como a una vaca lechera.

—¿Cómo? —graznó su mujer por toda respuesta, la palabra se le había atragantado en la boca y la escupió directamente sobre su cara, salpicándole las mejillas.

—Pero, ¿qué haces? Es una broma, claro que la he llevado, ¿qué te piensas?

—Vaya bromita, no tiene gracia; no debes bromear con esas cosas.

—¿Qué cosas? No sé de qué hablas. Estás muy rara esta tarde, desde que has venido a buscarme para pedirme que lleve a tu amiga. Diría que estás igual de rara que ella, fíjate.

—No digas tonterías. Además, ella no es mi amiga, no la conozco de nada.

—Entonces, ¿puedes explicarme porqué he tenido que dejar mi trabajo para llevar a una desconocida a casa de otros desconocidos? ¿Estás perdiendo la cabeza o es alguno de tus jueguecitos?

—No sé a qué te refieres. La mujer necesitaba ayuda y creo que no nos entendía, a Rose y a mí, quiero decir, parecía extranjera, de algún lugar lejano. Por eso te he llamado.

—Ya veo, pues pobre mujer, en menudo nido ha ido a caer.

—Cállate, Rob, eres un grosero. Siéntate y dime, ¿te ha dicho algo?

—Iba en la parte de atrás de la carreta, mujer, y, aunque hubiera querido, no habría podido oír ni una sola palabra con este viento.

—Pero cuando habéis llegado a la granja algo te habrá dicho, ¿no?

—No estoy seguro. —El semblante de Rob se oscureció y se quedó callado, taciturno, dando vueltas a algún pensamiento dentro de su cabeza. Su mujer esperó todo lo que pudo antes de volver a la carga.

—¿Qué significa eso? —Su instinto le decía que detrás de ese silencio se ocultaba algo y que si pisaba con cuidado conseguiría llegar hasta el mismo centro del asunto.

—No sé si dijo algo, me pareció que movía los labios, pero no entendí nada. Sería cosa del viento, que se lleva las palabras...

—Sí, la he visto hacerlo, pero créeme, no era por el viento. Es como si susurrara para sí misma, muy bajito.

—Y después ha hecho algo con las manos —el hombre hablaba con voz átona y débil, como quien recuerda un sueño y no está seguro de las palabras que tiene que utilizar.

—¿Qué quieres decir con «algo»? ¿Te ha tocado? —con ese último pensamiento el corazón comenzó a latirle un poco más deprisa dentro del pecho y Betsy afianzó la mano sobre el respaldo de la silla que tenía delante y cuyo apoyo y solidez agradeció en silencio.

—No, no, nada de eso. Ha sido un poco raro —se quedó callado y se removió en su silla.

—Cuéntamelo, Rob, te sentirás mejor —Betsy se sentó a su lado y rodeó una de sus grandes y fuertes manos con las suyas propias, siempre había admirado y alabado el robusto cuerpo de su marido y lo segura que le hacían sentir sus sólidas manos sobre su cuerpo, por eso su corazón se encogió un tanto al notar un leve temblor bajo sus dedos.

—Ha debido bajar de la carreta antes de que fuera a ayudarla, como siempre hago, porque antes de que me diera cuenta la tenía delante de mí. Mirándome. Se la veía realmente pequeña y desvalida

en la oscuridad, bajo aquel temporal, y, sin embargo, he sentido miedo. Por mí, no por ella. —Betsy tuvo que inclinar la cabeza hacia su marido para poder entender sus palabras, que brotaban de sus labios en un apagado susurro, sin la fuerza suficiente para llegar hasta sus oídos—. El animal también ha debido sentir algo. El pobre viejo ha relinchado como no le había oído nunca, ¡qué susto me ha dado! Se ha alzado sobre dos patas, dando furiosas coces al aire, y sus ojos... ¡Vaya ojos más grandes! Parecía que le iban a salir rodando de las cuencas. Me ha costado Dios y ayuda calmarle de nuevo. Cuando me he sentado otra vez en el banco, después de recoger las riendas, ella estaba al lado del carruaje, a un paso de mí.

—¡Oh!

—Ni siquiera la he visto moverse, así que no sé cómo llegó hasta allí tan deprisa. Un segundo antes estaba enfrente y al siguiente la tenía pegada a mi costado. Parecía que se movía con el viento. Y entonces fue cuando la vi mover los labios, mirándome mientras lo hacía. ¡Y cómo le brillaban los ojos, como si ardieran por dentro!

—Santo Dios.

—Después ha levantado las manos hacia el cielo, por encima de su cabeza, y ha comenzado a gesticular, como si saludara a alguien que yo no podía ver. Entonces he azuzado al caballo y he salido de allí como alma que lleva el diablo, y no he dejado de azotar a la pobre bestia hasta que nos han iluminado las primeras luces del pueblo.

Durante un momento ninguno de los dos supo qué decir, Betsy estaba impresionada por el relato de su marido y él se encontraba visiblemente afectado por los recuerdos de lo sucedido, sin embargo, el calor de la cocina, los agradables aromas de la cena y la cálida luz de la estancia contribuyeron a disipar poco a poco el ambiente lúgubre que las palabras de Rob habían recreado en su propia cocina. Los minutos pasaban y Betsy comenzó a valorar las implicaciones prácticas de lo sucedido, mientras comprobaba satisfecha como las manos de su marido comenzaban a sujetar con más firmeza la taza y su mirada vagaba por la cocina, reconociendo los olores y los sabores familiares de la cena sin terminar.

—Esto no se lo va a creer nadie —dijo Betsy para sí misma.

—¡Ni se te ocurra contar nada de esto por ahí!

—Bueno, tampoco pensaba contárselo a todo el mundo. Puede que le comente algo a Rose, al fin y al cabo, estaba conmigo cuando ha venido esa extraña mujer y tiene derecho a saber lo que ha sucedido.

—¡Derecho! Rose tiene derecho a saber, ¡ni hablar! Aquí el único que tiene derecho a algo en todo este asunto soy yo y esto es lo que voy a decirte al respecto. Esto ha sido sin duda lo más extraño que me ha ocurrido en toda la vida y no pienso dejar que lo conviertas en un chisme para que corra de boca en boca por todo el pueblo. Vamos a dejar las cosas como están y nadie va a volver a hablar de esto, ¿entendido?

Pero Betsy le respondió con un obstinado silencio, no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer cuando se encontraba en posesión de una de las historias más emocionantes que habían acontecido en la localidad desde que podía recordar, pero se contuvo de decirlo en voz alta. En su lugar optó por levantarse y terminar la cena, ofreciendo su silencio por toda respuesta.

—Será mejor olvidar el asunto, Betsy, te lo digo en serio.

—Puede que tengas razón, cariño —concluyó al tiempo que colocaba un humeante plato delante de su esposo, dejando que el resto de la frase sonara solo en su cabeza.

Pero, a pesar de que Rob tenía razón, al día siguiente la tienda era un hervidero de mujeres ávidas por escuchar la fantástica historia de labios de sus dos protagonistas. Se añadieron detalles con el paso de los días y se omitieron otros tantos, pero no quedó ni un alma en todo el pueblo que, al finalizar aquella misma semana, no estuviera al corriente de la llegada de una nueva y extravagante persona a la localidad.

El cartero fue el siguiente en traer noticias de la granja de los Szahen. Rara vez llevaba correo hasta allí porque el matrimonio no recibía correspondencia de ningún tipo salvo alguna carta ocasional, escrita a mano, cuyo remitente era revisado minuciosamente por el mensajero sin sacar nada en claro. Tras los rumores sobre la aparición de una extraña anciana a la granja el cartero decidió pasar a echar un vistazo en cuanto la noticia llegó a sus oídos, lo que

sucedió en casa de Mary Ofren, una mujer entrada en años y en carnes que vivía al final de la calle principal del pueblo, pasada la plaza, y que a su vez había recibido la noticia el día anterior de una amiga de la propia Rose mientras tomaban el té en la cocina a primera hora de la tarde. El señor Parker, el cartero de la región desde hacía cinco años, conocía a todas las mujeres del pueblo por sus nombres de pila y a la mayoría de los hombres también. Siempre disponía de un rato para prestar un oído a cualquiera que tuviera algo que contar, ya fuera interesante o no, ya se tratara de alguna noticia nueva o de algo que sucedió el año pasado, e igualmente podía ser cierto como una completa invención, ya que todos aquellos detalles no preocupaban en absoluto al señor Parker, que lo único que buscaba era un poco de entretenimiento, de esparcimiento en su larga y agotadora jornada de reparto que, por otro lado, terminaba religiosamente a las dos de la tarde, independientemente de que la bolsa de la correspondencia estuviera vacía o se hallara aún repleta de cartas y paquetes pendientes por entregar. De esta manera, el tiempo de reparto en la zona estaba estrechamente relacionado con la cantidad de noticias y rumores que se hallaran circulando por las calles del municipio y del número de vecinas disponibles para ofrecer un poco de conversación y en ocasiones una taza de café al agotado empleado del servicio postal. Y aquel día, tras escuchar el relato de boca de la señora Ofren, el señor Parker quedó fascinado por el insólito suceso y por su misteriosa protagonista y sintió la necesidad de conocerla, de verla con sus propios ojos. Así que se echó la bolsa al hombro y, dejando a la señora Ofren con media taza de café aún por consumir, abandonó el porche de su casa y se dirigió calle arriba directo hacia la granja de los Szahen, a pesar de no tener ninguna carta que ofrecerles y, más aún, con una docena de ellas rebotando contra su muslo, como un recordatorio constante durante el camino de las entregas que quedaban por realizar y que, probablemente, tendrían que esperar a mañana, cuando el hombre hubiera dado por satisfecha su curiosidad.

No tardó en llegar junto a la cancela de la granja de los Szahen y desde allí oteó el patio, sin atreverse a penetrar por el camino de

entrada. En un primer momento no vio a nadie en las inmediaciones; le pareció que el patio estaba preparado para la siembra, aunque no había signos de actividad a la vista. Estaba a punto de dar media vuelta y regresar por donde había venido, decepcionado y agotado, cuando captó un movimiento en la parte trasera de la casa. Se desplazó unos pasos para ver mejor y distinguió un bulto oscuro moviéndose de un lado a otro por el patio. Se esforzó en distinguir algún detalle; se trataba de una persona con ropas oscuras y holgadas, lo que hacía muy difícil asignarle un sexo o una edad, y cargaba con una bolsa cuyo contenido iba arrojando a sus pies, sobre la tierra removida y alineada en surcos paralelos, formando montículos alrededor de la casa. Y aquella tierra húmeda se movía, bullía y ondulaba al paso de seres subterráneos que se arrastraban huyendo de la luz del sol, tratando de regresar a las cálidas entrañas de la tierra. Vio largos gusanos de cuerpos gruesos y rosados retorciéndose fuera de sus escondites, ciegos e impotentes, buscando un nuevo hogar donde guarecerse del sol. Y vio también arañas, y hormigas, y saltamontes, luchando por esconderse de los rayos abrasadores, reptando hacia la húmeda oscuridad. Mientras cavilaba sobre semejante descubrimiento, hipnotizado por los sinuosos movimientos de los animales que poblaban el suelo de la granja, perdió de vista a la figura del saco y, cuando volvió la mirada hacia donde esperaba encontrarla, el aliento escapó de golpe de sus pulmones. La anciana de la historia, de carne y hueso, se hallaba plantada en medio del terreno como una estaca, mirándole fijamente, con la bolsa colgando flácida de una de sus manos. Los dos se observaron sin hacer ningún gesto; el señor Parker habría querido saludar a la mujer y acercarse a hablar con ella, como era su costumbre y como la naturaleza le dictaba, pero sentía que no debía hacerlo, que no estaba invitado, que no iba a ser bien recibido si ponía un pie en aquella tierra oscura y fragante.

—¿Ha traído cartas?

Una voz grave le sacó de su estupor y tuvo el poder de traerle de vuelta de un tirón; de sus labios escapó un débil chillido de sorpresa, pues no había oído acercarse al señor Szahen, que se encontraba a su lado y le miraba con el ceño fruncido.

—Sí, eh... bueno, en realidad no.

—¿No? —inquirió en un tono aún más brusco que el anterior, lo que despertó un ligero tartamudeo en el señor Parker que hasta el momento desconocía que padeciera.

—Verá, creo que me he equivocado. Hoy no hay nada para ustedes.

—Ha hecho un camino muy largo para decirme eso.

—Si, bueno, no se preocupe, ha sido un despiste —rio nervioso al tiempo que se palpaba los bolsillos y la bolsa de cuero con la correspondencia buscando algo que no estaba allí.

—En ese caso, vuelva por donde ha venido y vaya con cuidado, los caminos están muy resbaladizos.

—A lo mejor podría ofrecerme un vaso de agua antes de marchar, si no es molestia. El camino hasta aquí me ha dado un poco de sed —se aventuró a preguntar el señor Parker cuando su interlocutor se disponía a regresar a sus ocupaciones. Más tarde se preguntaría qué mosca le había picado: ni siquiera deseaba entrar realmente en esa casa pero, por otro lado, algo le atraía hacia allí. Quería entrar, quería ver, quería tocar, pero al mismo tiempo tenía miedo de hacerlo. Por el rabillo del ojo veía desdibujada la silueta de la anciana, que no se había movido de su posición y continuaba mirándole fijamente, como si tratara de comunicarle algo. La respuesta del granjero fue más un alivio que una frustración.

—Creo que será mejor que vaya a buscar agua a otro sitio. Podría estropearse los zapatos con todo este barro, está por todas partes... —hizo un gesto con un brazo abarcando toda la propiedad—. No es buen momento. Márchese.

No fue necesario que se lo repitiera por segunda vez, el señor Parker ya había comenzado a deshacer el camino antes de que terminara la frase; tuvo tiempo de realizar un breve gesto de despedida con la mano y avivó el paso, un poco más con cada zancada, hasta que el impulso le llevó a trote ligero hasta las primeras construcciones de la civilización.

Transcurrieron unos días hasta que se atrevió a poner un pie en el camino de la casa de los Szahen, y fue solamente porque, esta vez sí, llevaba un paquete para Ern Szahen, cuyo nombre estaba

escrito en la parte delantera con letras muy elaboradas pero de líneas temblorosas, como trazadas por una mano anciana o poco acostumbrada a la escritura. No se indicaba el remitente, contó después el señor Parker, por lo que su procedencia no quedaba clara, aunque sí pudo comprobar que llevaba numerosos sellos del extranjero fechados varias semanas atrás, por lo que el bulto, ajado y arrugado, había recorrido un largo camino antes de terminar en el remoto pueblo de Hoverfield.

Cuando, después de examinar minuciosamente el empaquetado para asegurarse de que no pasaba por alto ningún detalle, el señor Parker se dirigió a la granja de los Szahen lo que vio desde el otro lado de la valla le dejó boquiabierto. Cada centímetro de terreno que rodeaba la casa, y que en su anterior visita no era más que barro y tierra negra removida, aparecía cubierto de una tupida capa de flores amarillas. El cartero no sabía nada de jardinería y poseía los conocimientos básicos para distinguir una rosa de un clavel, pero pudo asegurar sin temor a equivocarse que se trataba de dientes de león. Se trataba de flores muy ordinarias, vulgares, que crecían en cualquier pradera, rodeada de malas hierbas y césped común; solo que aquellos capullos lucían grandes y hermosos bajo la luz del sol, se movían con el viento de un lado a otro, levantando ondas sobre la peluda superficie, en un efecto que atrapó la mirada del señor Parker y le dejó embelesado, sucumbiendo al vaivén de los brotes dorados como si estuviera escuchando una música lejana, dejándose llevar por unas notas que tan solo él podía oír y sintiéndose afortunado y privilegiado por ello.

Paseó la vista por toda la parcela, desde la verja de entrada hasta el fondo del patio, donde la alfombra floreada se perdía por detrás de la casa para reaparecer al otro lado, rodeando la propiedad como un foso de iridiscente color y, mientras se daba cuenta de todos esos detalles vio la silueta recortada de un hombre, observándole tras la ventana de la cocina. Le tomó por el señor Szahen y enseguida alzó la mano para llamar su atención, pues quería dejar claro desde el principio que esta vez sí tenía un motivo de peso para presentarse ante su puerta, después levantó el

paquete por encima de su cabeza, como si enarbolara la bandera de la paz.

—¿Se puede saber qué demonios está haciendo?

La voz grave y airada que ya conocía le sorprendió de tal manera que el paquete saltó de sus manos y fue a estrellarse con aparatoso estruendo delante de sus propios pies. Se agachó con torpeza al tiempo que volvía la cabeza en la dirección del sonido, que era justamente la opuesta a donde había estado mirando, y se topó con el ceño fruncido de Ern que, con toda probabilidad, acababa de abandonar el granero en el extremo opuesto del patio, y ahora se encontraba a su lado, algo confundido y bastante enfadado. El señor Parker recogió el paquete del suelo y, tras asegurarse de que no había sufrido ningún daño, miró otra vez hacia la casa, en busca del hombre de la ventana, sin embargo, ya no se encontraba allí. Quienquiera que fuese había sido sustituido por una cortina blanca de encaje.

—Disculpe, señor Szahen, me ha parecido ver a alguien dentro de la casa. —Se disculpó el cartero, estirando la mano para entregar el paquete a su propietario.

—Espero que no se haya roto —respondió este mirando lo que se le ofrecía, pero sin voluntad de cogerlo.

—Oh, no, descuide, no ha sido nada importante, un golpe nada más. No parece que se haya estropeado.

—¿Y qué es?

—No lo sé, señor Szahen, eso tendrá que comprobarlo usted —le respondió acercándose un paso más, para poner a su alcance el paquete misterioso, que aún seguía en las manos del cartero.

Quizás fuera por la reticencia de su propietario, no sabría decirlo, pero al señor Parker de repente le asaltaron unas irresistibles ganas de deshacerse del paquete. Ya ni siquiera le interesaba lo que pudiera contener o de dónde veía, tan solo quería soltarlo, dejarlo caer si era necesario, cualquier cosa con tal de dejar de sentir su peso entre sus dedos y en contacto con su piel. Afortunadamente no tuvo que esperar más, pues finalmente el señor Szahen alargó una mano y le arrebató el bulto y, sin dedicarle siquiera una mirada superficial, se alejó en dirección a la casa. El señor Parker

permaneció unos instantes más delante de la verja, disfrutando de una evidente y repentina sensación de alivio y dio media vuelta cuando escuchó cerrarse la puerta de la casa.

Después contaría todo esto en la tienda de la madre de Betsy, donde sus historias siempre eran recibidas por ávidos oídos, pero se guardaría algunos detalles. Se alegraba de no tener que visitar demasiado a menudo aquella granja; decidió que no le gustaba merodear por allí y, aunque la curiosidad siempre era más fuerte que su instinto, una voz interior, que desconocía que poseía hasta ese momento, le advertía de que algo no estaba del todo bien en aquella casa de la colina. Como si hubiera estado en presencia de algo incorrecto, erróneo o antinatural, aunque no fuera capaz de determinar a qué se refería. Aquel campo de flores, por ejemplo, sin duda había sido sembrado por la misteriosa anciana, como dilucidaron más tarde en la tienda aquel mismo día, pero había algo escalofriante en ello. Eran simples flores, en eso estuvieron todos de acuerdo, pero su visión era como el canto de una sirena: hermoso en apariencia, pero extraño y temible al mismo tiempo. Algo se escondía entre las flores, algo se movía entre ellas, algo merodeaba por el lugar.

La vida del pueblo y la de sus vecinos tuvo que alimentarse durante las semanas siguientes con el combustible de esas historias, a falta de alguna otra novedad o problema más apetecible y, cuando el asunto ya no daba más de sí y las tardes de invierno comenzaban a hacerse largas en la tienda, la noticia con letras mayúsculas entró por la puerta y se acercó al mostrador con paso cansado y la espalda arqueada.

Aquel mes de diciembre el invierno había decidido adelantarse al calendario y quedarse en Hoverfield a pasar una larga temporada, a pesar de que aún faltaban dos semanas para la Navidad. Un viento helado barría las calles ahuyentando a cualquiera que asomara un pie fuera de casa y unos finos copos de nieve, los primeros de la temporada, descendían desde las cumbres más altas, arrastrados por el vendaval. Era media tarde, el sol se había escondido para resguardarse del frío y la noche había caído negra y desapacible sobre el pueblo de forma prematura. En la tienda se encontraba la

madre de Betsy, acodada tras el mostrador haciendo ganchillo en su banqueta; también estaba presente Rose y Trudis, otra componente del grupo de las habituales. La conversación había encallado en un punto muerto y las mujeres estaban pensando en regresar a casa antes de que el frío se hiciera más intenso cuando la puerta de la tienda se abrió bruscamente, las campanillas tintinearon con violencia y el corazón de Rose dio un vuelco dentro del pecho, recordándole la última ocasión en que se había visto sorprendida de la misma manera por otra visita inesperada. En ese momento, Silvia entró en la tienda, tambaleándose, con las ropas revueltas por la fuerza vendaval y el pelo convertido en una maraña alrededor de la cabeza y del rostro; había perdido el pañuelo con el que normalmente se cubría durante el trayecto. Sus mejillas lucían encendidas de rojo carmín, al igual que la nariz y, sobre ella, sus ojos destacaban intensamente contra la pálida piel a la luz de las bombillas; el viento le había arrancado algunas lágrimas y estas resbalaban por su rostro dibujando brillantes líneas a su paso.

Silvia trastabilló y se agarró al borde del mostrador para evitar la caída, respirando de manera agitada; se podía apreciar cómo su pecho subía y bajaba al ritmo frenético de una máquina de vapor. Las mujeres, tras el primer momento de sorpresa, se abalanzaron hacia ella para ofrecer su ayuda, pero Silvia las rechazó con un gesto de la mano.

—Estoy bien —articuló entre jadeos—. Tan solo necesito recuperar el aliento.

—Por supuesto, querida, ¿quieres sentarte en el taburete? —le respondió la madre de Betsy, haciéndose cargo enseguida de la situación.

—No es necesario, gracias, enseguida se me pasa.

Las mujeres esperaron pacientemente a que Silvia recuperara el resuello y, cuando esta se irguió enderezando la espalda, tres bocas se abrieron al unísono, como si les hubieran dado la señal para cantar el himno dominical, aunque en su lugar emitieron tres exclamaciones en distintas tonalidades del registro, que en el aire formaron una sola. Silvia lucía una tripa hinchada bajo las diversas capas de ropa, ni siquiera el grosor de las prendas pudo ocultar su

condición y aquello resultaba de lo más enigmático, puesto que la última vez que la vieron, y de eso habían transcurrido escasas semanas, nada hacía sospechar de su estado y, sin embargo, en aquel instante cargaba con una tripa digna del último tramo de embarazo. Ninguna de las tres sabía cómo comenzar la conversación y se limitaron a mirar fijamente el bulto de su cuerpo tratando de hallar una explicación, Silvia enseguida fue consciente de cómo la miraban y la razón de aquel feroz escrutinio; casi podía escuchar como trabajaban sus cabezas haciéndose preguntas, calculando y valorando. Instintivamente se llevó una mano a la tripa, en un gesto protector, y miró desafiante a las mujeres que la rodeaban como aves de rapiña.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la madre de Betsy sin poder contenerse por más tiempo—. Siéntate, chiquilla, tienes una cara horrible.

La madre de Betsy pronunció las palabras que rondaban por la cabeza de las demás y que no se atrevían a formular en voz alta, pues todas ellas se habían percatado de la tez tan pálida que presentaba el rostro de Silvia y de las profundas y oscuras ojeras que colgaban bajo sus ojos. Una vez que el calor de la tienda había difuminado el tono sonrosado de sus mejillas, su cara aparecía macilenta y agotada, desgastada, como si pudiera desprenderse en cualquier momento de su cráneo, sujeta tan solo por finos alambres. Sin darle tiempo a responder y rehusar el ofrecimiento, las tres mujeres se movieron como un solo cuerpo y en un abrir y cerrar de ojos Silvia se encontraba cómodamente instalada en el taburete de la anfitriona.

—¿Cómo se te ha ocurrido salir de casa con este tiempo? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —la increpó la madre de Betsy, quien comenzaba a sentir el calor de la justa ira bullendo en su cuerpo y hablaba sin poder contenerse.

—Necesitaba comprar unas cosas con urgencia —respondió Silvia con timidez, sintiéndose de nuevo una adolescente, sorprendida por su arrebato y un tanto intimidada por la cercanía que hasta el momento no había visto ni sentido en su presencia.

—¿Acaso tu marido es cojo? ¿Es manco, tal vez? ¿Sufre terribles dolores y no puede moverse de la cama?

—No... nada de eso —contestó Silvia dubitativa, sin entender a dónde quería llegar con tales preguntas.

—En ese caso, ¿cuál es la razón de que envíe a su preñada mujer a través de la noche y el vendaval por esos abruptos caminos hasta la tienda?

—¡Oh! ¡Lo dice por eso! No pasa nada, estoy bien, un poco cansada nada más. Ern tiene cosas más importantes que hacer.

—Desde luego que sí, eso salta a la vista. Pero eso no es motivo para que tengas que venir hasta aquí en una noche como esta. Quédate en casa la próxima vez. Nada hay tan importante que no pueda esperar a mañana por la mañana y, si lo hay, que vaya él mismo a buscarlo.

—Si, puede que tenga razón, quizás no ha sido buena idea, después de todo —acabó por claudicar, pues no tenía ganas de discutir con unas desconocidas y, además, tenía que reconocer que su preocupación la había conmovido en cierta manera; hacía mucho tiempo que nadie se interesaba de una manera tan directa por ella, lo que resultaba un poco brusco, pero agradable al mismo tiempo.

Tras esas palabras el asunto quedó zanjado y las mujeres se miraron satisfechas, asintiendo entre ellas, y cerraron un poco más el círculo alrededor de la recién llegada, que recordaba una presa desvalida en medio del campo.

—Pero mírate, estás enorme. No sabíamos nada de todo esto. ¿De cuánto estás, cariño?

—Bueno, apenas un par de meses, poco más.

—¡Cómo! Pero si estás... ¡muy gorda! —exclamó Rose alzando las manos, tratando de abarcar en el aire un cuerpo imaginario.

—Sí, es verdad, creo que va a ser un niño muy grande.

—Oh, ya lo creo que va a ser grande; si aún te quedan seis meses por delante, será una suerte si ese niño no te parte en dos al salir —intervino Trudis, que hasta el momento no había dicho ni una palabra y que bien podría haber permanecido así.

—¡Cállate, Trudis! ¿Cómo puedes decir una cosa así? —le reprochó la madre de Betsy—. No le hagas caso, querida, seguro

que todo irá muy bien. Aunque pareces cansada. ¿Te encuentras bien?

—Estoy agotada, la verdad es que no duermo muy bien por las noches, apenas pego ojo y me despierto bañada en sudor; tengo pesadillas desde que cierro los ojos hasta que los abro. Debe ser por los dolores. Es normal, supongo.

—Sí, bueno, quizás no te vendría mal venir a ver al doctor, podría recetarte algo para el sueño o para aliviar esos dolores que sufres.

—No hace falta, en casa tengo todo lo que necesito. Marta ha traído todo lo necesario.

—¿Quién es Marta? ¿Es esa anciana que se instaló en tu casa hace un par de meses?

—Oh, sí. —Silvia enrojeció y desvió la mirada, de repente ya no se encontraba a gusto, se revolvió inquieta en la silla, mirando a su alrededor como si esperara encontrar a alguien más detrás de ella. Pero las tres mujeres seguían mirándola fijamente, invitándola a continuar—. Ella se ocupa de todo. Lo que me recuerda que me está esperando en casa y que tengo que darme prisa.

—Alto ahí, nada de darse prisa, si esa mujer tiene tanta prisa como dices, que hubiera traído su trasero hasta la tienda desafiando al viento y a la distancia, ¿no os parece? —La madre de Betsy buscó y encontró el apoyo de sus amigas; por una vez que estaba consiguiendo información de primera mano no estaba dispuesta a dejar escapar a la fuente a la primera de cambio.

—No, de verdad, tengo que irme, se está haciendo tarde.

—Puedo decirle a Rob que te lleve a casa dentro de un rato, así no tendrías que caminar todo ese trecho y, al fin y al cabo, tardarías lo mismo.

La propuesta sonaba muy tentadora en los oídos de Silvia; estaba realmente agotada, pero hizo un enorme esfuerzo por ponerse en pie y se enderezó para mostrar la fortaleza de sus piernas y de su cuerpo.

—Si fueran tan amables de acercarme un bote de alcohol y una docena de huevos, se lo agradecería mucho —pidió en un tono que no admitía un no por respuesta y enseguida Rose se encaminó hacia las estanterías en busca de lo que había pedido.

—Quiero que sepas que estoy totalmente en contra de dejarte marchar así, pero haz lo que creas oportuno, no puedo detenerte.

—Agradezco su preocupación, de verdad, pero tengo que irme. Estaré bien. Los dos lo estaremos —añadió para sí misma, acariciando con los dedos su prominente tripa.

No se dijo nada más, Silvia pagó los artículos que había pedido y los guardó en una bolsa bajo el abrigo, sin embargo, en lugar de alejarse del mostrador se quedó donde estaba, dejando caer una mirada inquieta sobre sus manos para alzarla después hacia el rostro de la madre de Betsy. Cuando habló de nuevo, estaba preparada para escuchar cualquier cosa de esos labios.

—Me gustaría pedirle una cosa más, si no es molestia —pronunció las palabras con una voz tan dulce y delicada que hasta a la imperturbable tendera le habría sido imposible rechazarla. En la tienda reinaba un silencio tan absoluto que se podía distinguir con claridad la respiración de cada una de las mujeres.

—¿Qué necesitas? ¿Has cambiado de opinión y quieres que alguien te lleve a casa?

—Nada de eso, pero me gustaría que le entregaran algo al hombre del correo. Ese amable caballero de la gorra y la bolsa de cuero al hombro. Le he visto en la granja, entregando algún paquete o una carta.

Diciendo eso sacó lo que parecía un fajo de papeles y lo depositó sobre el mostrador. La pila de pequeños sobres de desparramó sobre la superficie, todos blancos e inmaculados, sin firma, sin sello, sin marca alguna en el exterior. Betsy recogió uno de ellos con dedos inseguros pero curiosos al mismo tiempo y lo examinó de cerca: el sobre estaba abierto y contenía un papel de color blanco hueso doblado en su interior, le dio vueltas entre los dedos, confusa, tratando de comprender su función, pero finalmente lo dejó junto a los demás y se dirigió a la pobre muchacha en busca de una explicación.

—¿Qué es esto? No lo pudo entregar así, estas cosas necesitan un sello, una dirección, algo...

—No, está bien así, no se preocupe por eso.

—El señor Parker pensará que me he vuelto loca. Estas cartas no llegarán a ninguna parte.

—Tarde o temprano llegarán. Usted solo entréguelas, ¿lo hará?

—Está bien —accedió a regañadientes, insegura sobre su implicación en ese asunto pero deseosa de ver a dónde la conduciría —. Yo me encargo, déjalo en mis manos.

Silvia la miró a los ojos con gratitud y con el aleteo de una sonrisa en la comisura de los labios que no terminó de mostrar, después se atusó el pelo, se subió el cuello del chaquetón y caminó despacio hacia la puerta de la calle consciente de que el silencio de la estancia seguía sus pasos. Al abrir la puerta dejó entrar una ráfaga de aire helado que revoloteó entre las estanterías y antes de cerrarla tras su espalda se volvió hacia las tres mujeres con la clara intención de añadir algo, pero cambió de idea y en su lugar esbozó una tímida sonrisa de despedida. Era la primera vez que la veían sonreír y también fue la última. Silvia cerró la puerta y se encaminó con paso cansado por la calle principal hacia la colina, y su oronda silueta se perdió en la noche. Y no volvió al pueblo nunca más.

Antes incluso de que el ruido de la puerta al cerrarse terminara de resonar en los oídos de las presentes, las manos de Betsy trabajaban afanosamente abriendo el primer sobre del montón, el mismo que había sostenido momentos antes entre sus inseguros dedos. En aquellos momentos la inseguridad había desaparecido, dejando sitio a una avidez digna de un hambriento delante de un gran festín. Desdobló la hoja y leyó su contenido, mientras las miradas inquisitivas de sus amigas trataban de averiguar por la expresión de su rostro el significado del mensaje.

—No lo entiendo —sentenció por toda explicación y dejó caer el papel sobre el mostrador antes de recoger el siguiente sobre.

Las mujeres pudieron ver con claridad la cara interior del papel extendido: unas letras grandes y redondeadas ocupaban el centro de la misiva, donde con alguna clase de tinta roja aparecía la dirección de la granja y el apellido Szahen. No contenía ningún dato más. Betsy ya había abierto media docena y aún le quedaban muchas más por abrir pero desistió al comprender que el texto de todas ellas era el mismo. Las mujeres se interrogaron las unas a las otras con la

mirada, sin atreverse a aventurar una explicación por miedo a decir una estupidez, y depositaron en los hombros de Betsy la responsabilidad de decidir qué hacer a continuación. Ella recogió el testigo y, sacudiendo la cabeza con evidente gesto de pesar, comenzó a guardar cada hoja de papel en su correspondiente sobre.

—Pobre muchacha —sentenció al fin y dando por zanjado el asunto arrojó los sobres sin cerrar a la cesta del correo, que recogería el señor Parker a la mañana siguiente junto con las demás cartas preparadas para llegar a su destino.

Los días fueron pasando uno detrás de otro, adentrándose cada vez más en un invierno cruel y descarnado; aquel año fue especialmente ventoso, con fuertes ráfagas que parecían provenir directamente del casquete polar. Con esas rachas de viento barriendo los campos y las calles las temperaturas caían en picado y nadie se atrevía a asomar la nariz tras la puerta a menos que fuera por una extrema necesidad. Siendo así, la vida en el pueblo se vio reducida a un oscuro letargo, sin conversaciones entre vecinos, sin visitas a parientes y sin niños en las calles; de cuando en cuando podía verse una solitaria y encorvada silueta apresurándose entre las sombras, buscando el abrigo de los soportales, luchando contra los embates de la naturaleza. De día y de noche se escuchaba el silbido incesante del viento corriendo entre los tejados de los hogares, como una música alocada y demencial que despertaba a los niños de sus sueños de cuna y mantenía en vela a los mayores hasta que caían rendidos por el cansancio. Hubo cañerías heladas, tejas arrancadas por el viento, animales muertos por congelación y una cadera rota por una caída a causa de una placa de hielo, con lo que cada vecino estaba muy ocupado en sus propios quehaceres y problemas. La madre de Betsy no volvió a acordarse de Silvia hasta pasadas varias semanas de su visita y lo hizo al ver entrar en su tienda a Ern, un hombre que jamás había puesto un pie en su establecimiento. Pese a su gesto distante y malhumorado, la curiosidad pudo más que la prudencia y preguntó por Silvia, interesándose por su estado de salud. No recibió ningún detalle al respecto, tal y como había deseado, el hombre se limitó a gruñir que «su mujer estaba bien, todos estaban bien y todo iba bien». No

insistió más; dudaba de las capacidades sociales de ese hombre y no se atrevía a poner su paciencia a prueba. En cambio, se fijó en su rostro, de ojos hundidos y macilentos, la mirada apagada y unas oscuras bolsas debajo de las cuencas. Compró sal, azúcar, leche, aceite y alcohol, pagó y se marchó por donde había venido, encorvado bajo el peso de la compra y del viento que le empujaba por la espalda, llevándole en volandas de regreso hacia la granja.

De acuerdo con los cálculos de la mujer, la joven Silvia saldría de cuentas a finales de la primavera o a principios del verano, lo cual le dejaba un margen de tiempo suficiente para que mejorara el clima y también el estado de los caminos, pues se le ocurrió que sería buena idea dejarse caer por su casa y asegurarse de que las cosas marchaban bien. Pensó que había pasado el tiempo suficiente para comenzar un acercamiento por su parte y que, si Silvia no daba el primer paso, bien podía hacerlo ella. Los forasteros formaban una pareja extraña, de eso no cabía duda, pero imaginar a la joven encerrada en aquella granja, alejada de cualquier ser humano, soportando aquel viento constante aullando tras la ventana y con la sola compañía de ese hombre y la vieja bruja despertaron en la madre de Betsy una compasión que no había sentido por Silvia hasta entonces. No era fácil ser madre, lo era aún menos por primera vez y, si además las condiciones eran las que eran, sería mejor que alguien se prestara a echarle una mano. Hablaría con algunas amigas más y se organizarían para subir cuando llegara la primavera, cuando lograban ponerse de acuerdo y manos a la obra no se conocía nadie en el pueblo capaz de detenerlas. La madre de Betsy se felicitó por la idea y aplaudió su generoso gesto; pensó que además sería una oportunidad inmejorable para conocer la propiedad de cerca y comprobar con sus propios ojos cómo vivían sus enigmáticos vecinos; no había nada de malo en ello, era un intercambio justo que no causaría mal a nadie.

Sin embargo, los planes que había trazado dentro de su cabeza no llegaron a cumplirse jamás. Apenas unos días después de la visita de Ern, una mañana tan fría como todas las demás hasta la fecha, irrumpió en la tienda Cora, envuelta en mil capas de ropa pese a las cuales tiritaba como una hoja sacudida por el viento. Cuando se

acercó al mostrador y se quitó la bufanda bajo la que ocultaba el rostro, la madre de Betsy supo que algo terrible había sucedido y cualquier otro asunto que estuviera considerando en ese momento se esfumó como un soplo de aire. Los acontecimientos se sucedieron a la velocidad del rayo. Si durante las semanas y meses pasados el pueblo parecía dormitar esperando la llegada de la primavera, aquella mañana de febrero un bullicio sin precedentes puso en pie a todos los vecinos y atrajo hasta la calle a la mayoría de ellos. Todos querían saber a qué era debido tanto ir y venir de carros y caballos: el médico fue alertado con sonoros golpes en la puerta de su casa y fue llevado prácticamente en volandas de su casa, aún a medio vestir, se enviaron hombres a caballo campo a través hacia la vecina localidad de Billstone en busca de un agente de la autoridad y, en su ausencia, el alcalde y el secretario se apresuraron en abrocharse las botas y los abrigos y se unieron a la pequeña muchedumbre que se congregaba a las puertas del consultorio del doctor como los únicos representantes del orden en el pueblo. Desde allí partió la comitiva hacia la granja de los Szahen, entre murmullos de agitación y gestos apresurados. Cora permaneció en la tienda, escondida tras las cortinas del escaparate, viendo cómo su marido partía de nuevo hacia la granja en compañía de los demás hombres. Hablaba con el alcalde, a quien sin duda estaba explicando lo ocurrido durante la noche anterior en casa de los Szahen, ella haría lo propio con la madre de Betsy y las demás mujeres, que ya se apresuraban por la calle hacia la tienda, donde sabían que obtendrían las respuestas que necesitaban.

A media mañana llegó la policía de Billstone, tres agentes de uniforme y cuatro hombres más de paisano, voluntarios y personas de confianza que habían oído las noticias y que enseguida se ofrecieron a acompañar a los agentes hasta Hoverfield. Todos estaban deseosos por desentrañar el misterio, por averiguar qué había ocurrido en aquella granja solitaria durante la madrugada y qué había sido de sus habitantes.

Cuando los siete de Billstone llegaron a la colina se unieron a un nutrido grupo que esperaba en el porche de la casa; entre ellos se encontraba Fred, el marido de Cora, con el rostro ceniciento y la

mirada huidiza, que se escurría constantemente hacia el camino de acceso, como si deseara salir corriendo de allí y sus ojos no dejaran de mostrarle la ruta a seguir. A su lado se encontraba Thomas, quien había dejado a su hijo menor al cargo del almacén durante su ausencia, hubiera preferido delegar la tarea en su hijo mayor pero lo encontró con el abrigo puesto incluso antes de explicar hacia dónde salía, y en aquel momento se encontraba junto a él, mirando alrededor nervioso y excitado. También estaba presente el cartero, a quien la noticia encontró en el almacén de Thomas, mientras descansaba y tomaba una taza de café del termo que llevaba consigo para días como aquel, en los que el frío apretaba y era necesario un trago de algo caliente para mantener el cuerpo en funcionamiento. Había un par de hombres más, todos vecinos de Hoverfield que, al igual que los de Billstone, se habían ofrecido a echar una mano, y un ojo también. Dentro se encontraba el médico, quien había sido el primero y el único en entrar en ausencia de las fuerzas del orden; los demás aguardaban afuera, custodiando la puerta cerrada, indecisos y un tanto asustados, sin saber bien qué hacer, como cabezas de un rebaño sin líder, esperando una voz autoritaria que pusiera las cosas en su sitio y les encomendara alguna tarea para mantener sus manos ocupadas y las mentes alejadas de oscuras especulaciones. Aquella responsabilidad recayó en Ray Gamber, oficial de la policía de Billstone desde hacía más de quince años y tío del futuro jefe de policía de Hoverfield. El hombre vestía la autoridad como una chaqueta vieja que uno se pone por la mañana antes de salir de casa y no se la quita hasta que regresa de nuevo al hogar; era una chaqueta raída por el uso pero confortable y le sentaba a las mil maravillas, como hecha a medida. Cuando aparecía Ray, con un paso tranquilo pero firme, dirigiendo a su alrededor una mirada franca, despierta y escrutadora, se hacía el silencio en torno a él y cesaban las voces, el bullicio o las discusiones, el hombre solía detenerse con las manos en las caderas en una pose aprendida tiempo atrás y examinaba a la concurrencia de derecha a izquierda, fijándose en los rostros de todos los presentes. Y eso era lo único que le hacía falta para que los culpables y los inocentes agacharan la cabeza por igual, esperando

una reprimenda que creían merecer, aunque en realidad solo se encontraran de paso.

La llegada de Ray fue recibida con alivio y júbilo apenas reprimido. El policía se acercó a los hombres que se guarecían bajo el porche y adoptó su habitual pose, mirando a los congregados en busca de la persona idónea para preguntar. Aquella persona fue Fred, muy a su pesar, quien tuvo que relatar una vez más los acontecimientos de la noche anterior.

—Muy bien Fred, gracias por tu ayuda; ahora déjenlo todo en nuestras manos, caballeros. —Tras estas palabras el suspiro de alivio fue casi audible y se alejó exhalado de todas las gargantas allí reunidas al mismo tiempo—. Veamos si el doctor necesita ayuda. Seth y Juan, venid conmigo, los demás quedaos aquí y que nadie entre en la casa a no ser que yo le llame.

Nadie puso objeciones a sus indicaciones y los hombres se apartaron de la puerta para dejar pasar a los tres agentes; una vez se perdieron en el interior de la casa la conversación en el porche se volvió más animada y distendida, el ambiente se relajó considerablemente y los hombres se permitieron alguna broma entre ellos mientras se encendían cigarrillos con dedos temblorosos. El señor Parker sacó su termo, que todavía conservaba la mayor parte de su contenido, y se lo ofreció a los presentes, pasando la única taza de mano en mano hasta que, a mitad de la ronda, alguien decidió añadir un chorrito de ron de una petaca de bolsillo y los corazones y las voces de los presentes se calentaron un grado más.

La mañana era fría pero el cielo estaba totalmente despejado, el sol calentaba levemente la tierra con su intenso resplandor y la luz era tan clara que era fácil divisar la calle principal de Hoverfield desde lo alto de la colina, con sus casas y sus calles descansando perezosas bajo su fulgor. El aire había cesado al fin, abocando al pueblo a una quietud absoluta que parecía formar parte de la obra de un artista, pintada con maestría sobre un lienzo con vivos colores. Aquella era la imagen que se representaba en la cabeza de Fred, que empezaba a notar los efectos de los chorros de ron con los que se aderezaba la taza de café cada vez que completaba una vuelta. Cuando la puerta se abrió de nuevo, en el umbral apareció el

doctor. El placentero espejismo se rompió en pedazos ante la visión de su traje empapado en sangre desde los muslos hasta los codos, como si hubiera estado braceando dentro de una tina llena de sangre y se hubiera limpiado después en sus propios pantalones. Se hizo el silencio al instante, cualquier atisbo de normalidad que hubieran experimentado en aquellos momentos previos se había echado a perder definitivamente y todos recordaron de pronto el motivo que les tenía congregados ahí. Una mano trémula ofreció la taza al doctor, logrando a duras penas no derramar su contenido, y este lo apuró de un solo trago, sin detenerse a comprobar cuál era el contenido. Alargó el brazo con el recipiente vacío hacia el centro del círculo y enseguida apareció una mano para rellenarlo hasta el borde, aunque esta vez solo de ron, y el doctor lo apuró de nuevo sin respirar. Solo después del último trago enfocó la mirada y la fijó en los hombres que le miraban con mudo horror pintado en sus rostros.

Tras el doctor apareció el jefe Gamber, haciendo gala de su aplomo habitual, imperturbable bajo cualquier circunstancia, y se abrió paso hasta el centro del círculo; todos contuvieron el aliento en espera de lo que tuviera que decir.

—Caballeros, la cosa no pinta bien —con estas palabras comenzó a relatarles los hechos más relevantes, pasando por alto los detalles más escabrosos o desagradables, y los hombres escucharon guardando absoluto silencio, sin atreverse a pestañear por miedo a perderse cualquier palabra que saliera de su boca.

Ray Gamber contó que dentro se encontraba Silvia Szahen, aún con vida, pero en un estado deplorable. La mujer había dado a luz durante la noche y había sufrido algún tipo de complicación durante el parto porque el aspecto que presentaba era lamentable; había perdido mucha sangre y sufrido múltiples desgarros. El doctor se ocupó de relatar esa parte, evitando los pormenores más sangrientos, como, por ejemplo, que sus partes íntimas estaban desgarradas por dentro, así como los muslos y el vientre; los cortes eran irregulares y paralelos, semejando las garras de algún animal. Dada la naturaleza de las heridas, el doctor habría pensado que la mujer había sido atacada por un animal salvaje de haberla

encontrado en otras circunstancias. A consecuencia de las heridas y del propio parto había perdido tal cantidad de sangre que se encontraba en el límite de la consciencia y, por si eso no fuera suficiente, la pobre mujer parecía haber perdido el juicio por completo. Lo único que pudieron sacar en claro era que su marido se había marchado con el niño, al que la mujer no paraba de llamar «cosa» y suplicaba que no le dejaran entrar. No quedaba claro si se refería a su marido o a otra persona. En la casa no había nadie más; cuando el cartero les habló de la presencia durante las semanas anteriores de una anciana de aspecto extraño negaron con la cabeza: si hubo alguien más viviendo en la casa ya no se encontraba allí.

El jefe Gamber explico la naturaleza de la misión de los allí presentes, era muy sencilla: tenían que localizar a Ern Szahen antes de que hiciera daño al niño o a alguien más. Todos sabían que las probabilidades de que un recién nacido hubiera sobrevivido a semejante trance y a las largas horas a la intemperie eran más que escasas, pero ninguno se atrevió a expresarlo en voz alta. Se organizaron en dos grupos y se repartieron entre ellos las armas que tenían disponibles a mano, de manera que al menos uno de cada dos hombres fuera armado, pues no sabían en qué estado podía encontrarse el fugitivo y, si en mejores circunstancias no tenía fama de ser en exceso amable, toda precaución era poca. Partieron rodeando la granja en dirección a los bosques, siguiendo un débil rastro de sangre que enseguida desapareció entre la maleza; sin duda la tarea habría sido más sencilla con perros, pero no tenían tiempo para esperar que los enviaran desde Billstone, ya que en pocas horas caería la noche y con ella desaparecería la luz y las posibilidades de encontrar a alguien con vida. El doctor se quedó en la casa con Seth, uno de los dos subalternos del jefe Gamber, vigilando a la mujer, que había caído en un benévolo estado de seminconsciencia mientras esperaban la llegada de la ambulancia para su traslado a un hospital.

Los hombres partieron en silencio hacia los bosques; bajo la sombra de los árboles el aire se volvía más frío y comenzó a soplar una incómoda brisa helada que erizaba el vello de sus cuellos y

nucas; apenas quedaban unas horas de luz y la preocupación se reflejaba en los rostros de todos los allí presentes, excepto en el de Ray Gamber, que caminaba impertérrito con la cabeza gacha, buscando indicios en la tierra helada. Todos sabían que él proseguiría con la búsqueda mucho después del anochecer y ninguno de ellos sería capaz de abandonarle, pero esperaban que no fuera necesario, deseaban que todo se resolviera cuanto antes, aunque el desenlace fuera funesto. Ya no les importaba lo que pudieran encontrar, solo querían encontrarlo lo antes posible y volver a casa junto a sus mujeres e hijos, donde la vida era normal y lo extraño y lo desconocido se quedaban al otro lado del umbral.

No tardaron mucho en hallar lo que habían estado buscando. Fue uno de los hombres de Billstone quien dio con Ern Szahen por pura casualidad; se había alejado un tanto del grupo principal con la intención de aliviar la vejiga contra un árbol cercano cuando tropezó con algo que sobresalía bajo el tronco y cayó de bruces al suelo. Ese algo con lo que había tropezado no era una raíz, como había supuesto al instante, sino una de las piernas extendidas de Ern, cuyo cuerpo se apoyaba contra el tronco en el que se disponía a orinar el asustado voluntario. Emitió un agudo grito y reculó arrastrándose sobre su propio trasero, un trasero que empezaba a notar mojado y caliente mientras la orina le empapaba los calzoncillos y la entrepierna del pantalón. Los demás hombres acudieron enseguida alertados por el grito y encontraron al hombre sentado en el suelo, con el pantalón rebozado en barro, una mancha de pis extendiéndose bajo su trasero y las manos aferradas a la tierra mojada, mirando horrorizado lo que quedaba de la cabeza de Ern, que parecía mirarle a través de un enorme agujero viscoso donde antes estuviera su rostro.

Algunos hombres apartaron la mirada, otros se alejaron disimuladamente y el más joven de ellos, el hijo de Fred, no pudo contener el vómito y lo proyectó en todas direcciones, tratando de darse la vuelta a tiempo, pero sin conseguirlo del todo. Nadie prestó atención a aquellos sucesos pues sus pensamientos se encontraban muy lejos de tan mundanas preocupaciones y en aquel instante más que nunca anhelaron regresar a casa. El silencio en el bosque era

absoluto, la naturaleza alrededor parecía esperar el siguiente movimiento de aquellos hombres, conteniendo el aliento ante lo que iba a suceder a continuación, de pronto, el ambiente se había vuelto hostil y nadie se atrevía a dar el siguiente paso por miedo a convertirse en el foco de esa ira. El bosque que la mayoría de los presentes conocía desde la más tierna infancia, donde jugaban a cazar y a organizar acampadas, se había vuelto un completo desconocido, un extraño peligroso y malvado, algo que quería atraparles, que quería hacerles daño y que les estaba observando en ese mismo instante, planeando cómo lo iba a lograr.

Por suerte apareció la figura de Ray, sólido como una roca y tranquilo como un toro bravo que pasta en su pradera, sabiendo que es el amo y señor de lo que le rodea y que no tiene que pedir permiso a nadie. El embrujo saltó por los aires, retrocediendo ante su presencia, y los hombres se removieron inquietos, mirándose los unos a los otros, avergonzados de expresar en voz alta lo que les había pasado por la cabeza, pero con la certeza de que los demás habían pensado lo mismo, pues aún podían leerlo en sus miradas esquivas. Ray se agachó junto al cuerpo de Ern y lo examinó sin tocarlo. El pobre diablo descansaba apoyando la espalda contra el tronco del árbol, con una pierna extendida y la otra doblada por la rodilla, ambos brazos permanecían caídos junto al cuerpo y entre los dedos inertes de su mano derecha sujetaba una escopeta de caza. Aquello explicaba el tamaño del agujero que se había practicado él mismo en la cara y lo poco que quedaba de su parte superior. No había signos de lucha sobre el terreno ni en su cuerpo, nada de pistas que hicieran pensar en la presencia de otra persona en el lugar, por lo que la historia parecía haber desembocado en su conclusión más lógica.

Presentaba manchas de tierra en las palmas y esta se acumulaba bajo las uñas, tiñendo las puntas de los dedos de negro. Sin embargo, no había rastro del bebé. Ray miró alrededor, poniéndose en pie: la camisa del hombre estaba embadurnada en sangre seca a la altura del pecho, dejando una impresión indeleble de algo pequeño apretado contra su cuerpo. Los demás hombres comprendieron cuál era el hilo que seguían sus pensamientos y

retrocedieron con precaución, mirando atentamente bajo sus pies para evitar pisar cualquier prueba. A escasos metros del cuerpo de Ern hallaron una estrecha zona de tierra marrón que había sido removida recientemente. Era una franja de apenas medio metro, despejada de hojas y vegetación, en la que un montículo de tierra fresca se elevaba unos centímetros sobre el nivel del suelo. Ninguno de los hombres necesitó de la confirmación de sus compañeros para comprender que alguien había excavado allí un hoyo, hacía muy poco tiempo, y que no podía tratarse de un animal.

Ray miró a Juan, que se había situado a su lado, obstaculizando con su cuerpo la visión de la pequeña tumba, y este le devolvió una mirada cargada de significado. Después echó un vistazo a los demás hombres allí congregados, que habían retrocedido de manera casi imperceptible, alejándose de la zona de tierra que había servido para el macabro desenlace. Nadie quería mirar, nadie quería permanecer cerca. El aire se había detenido y el tiempo había quedado en suspenso, aguardando el acto final. El bosque entero observaba: no se escuchaba el correteo de un animal entre la maleza, ni el agitar de una rama por encima de sus cabezas, cada vez hacía más frío y el frío olía a muerte. Ray Gamber tomó una decisión, y fue una de las más difíciles de su carrera y le persiguió durante las largas noches de vigilia durante aquel invierno.

—Caballeros, será mejor que volvamos a casa, aquí ya no hay nada más que podamos hacer —dijo mientras daba la espalda al montículo de tierra. Fue como si una pesada piedra cayera del corazón de los allí presentes y todos tomaron una profunda bocanada de aire—. Se está haciendo tarde y pronto oscurecerá por completo, no tiene sentido permanecer más tiempo a la intemperie; alguien puede acabar con los pies congelados. Juan, hay que llamar a la oficina y que vengan con el camión y la camilla a primera hora; mañana este cuerpo estará como una estatua.

—Llamaré desde el pueblo.

—Sí, será lo mejor. En marcha, quiero hablar con el médico antes de que se vaya al hospital.

La comitiva partió a paso rápido, sin desviar una segunda mirada hacia atrás, hacia el lugar en el que yacía Ern descansando en el

crepúsculo, al cobijo del bosque y en compañía del crujir de las hojas del suelo, el susurrar del viento entre las ramas de los árboles y de todos los demás sonidos que cobraron vida en cuanto los hombres abandonaron sus dominios para volver a la civilización. Junto al cuerpo de Ern dejaron atrás el secreto que había ocultado bajo la tierra y, al día siguiente, cuando Juan regresó a petición de Ray, se ocupó de ocultarlo de la vista antes de que llegaran los demás sanitarios para hacerse cargo del cuerpo congelado de Ern. Nadie regresó después al lugar, fue un acuerdo tácito entre los allí presentes que el tiempo se ocupó de sepultar en el olvido, pero allí sigue a día de hoy: una pequeña tumba sin señalizar, cubierta por la maleza y engullida por el bosque, guardando un secreto que nadie se ha atrevido a destapar.

Capítulo 7



LA DECISIÓN DE RAY

Ray Gamber era un hombre de costumbres fijas y convicciones fuertes, creía en el trabajo duro, en el esfuerzo diario y en la bondad del Señor y del hombre de a pie, si bien debido a su profesión también había conocido el otro lado. Y por «el otro lado» Ray se refería a las bajezas morales de sus conciudadanos, a la dejadez, a la codicia, a la ira y a la maldad del hombre, elementos con los que lidiaba a menudo y que se había acostumbrado a tolerar, si bien en pequeñas dosis. En cuanto al otro «otro lado», a pesar de ser un hombre religioso nunca había pensado detenidamente en el cielo o en el infierno, no más de lo que lo hacía durante el sermón de los domingos, cuando el concepto cruzaba por su cabeza de manera vaga sin despertar ningún sentimiento en particular. En sus largos años de profesión no había tenido que enfrentarse a ninguna clase de problema que no fuera capaz de resolver mediante el uso de la razón, de la diplomacia y, en última instancia, de la fuerza, a la que no se oponía en absoluto como único recurso eficaz contra personas sin atisbo de redención.

Aquella mañana de invierno, cuando recibió la llamada de la localidad vecina de Hoverfield solicitando su presencia, sintió un pinchazo en el estómago seguido de un intenso retortijón. Pensó que sería conveniente hacer una visita al cuarto de baño antes de salir para allá, pero enseguida el dolor remitió; lo que persistió fue un malestar en la boca del estómago, como si una pesada bola de plomo caliente se hubiera quedado atascada en su esófago. Era una sensación desagradable e incómoda de la que no se deshizo en toda la mañana.

No conocía la granja de los Szahen y no recordaba haber pasado por allí con anterioridad, pero cuando se apeó del coche y miró a su alrededor le asaltó una sensación familiar. Una especie de cosquilleo en la superficie de la piel que le ponía sobre aviso siempre que acechaba un peligro cerca, oculto a su vista; se trataba de una especie de sexto sentido, una intuición que había desarrollado con

los años de experiencia en el cuerpo y que le había ayudado en más de una ocasión a salir indemne, por lo que procuraba hacerle caso y aguzar todos los sentidos. El lugar estaba abarrotado de gente, Ray recorrió el lugar con la vista en todas direcciones, ocultando su ceño fruncido tras los cristales ahumados de sus gafas de sol, sin descubrir nada sospechoso. Necesitaba hacerse una composición del lugar y de los hechos, puesto que, por el momento, la información que le había llegado era confusa y enmarañada. La gente de este lugar eran buenas personas, con buenas intenciones, pero a menudo con una imaginación desbordada por la monotonía, cargada de prejuicios e ideas preconcebidas. Si quería descubrir lo que había ocurrido solo podía fiarse de sus propios sentidos.

Se hizo el silencio cuando se acercó al grupo de hombres reunidos en el porche, algunos de los cuales eran viejos conocidos suyos; podía sentir el miedo flotando entre ellos, pasando por los rostros de uno a otro como un cigarrillo encendido en el patio de un colegio. Ray se mostró firme y decidido, quería que los hombres se relajaran y le dejaran trabajar; no le serviría de ninguna ayuda tenerles revoloteando nerviosos y entorpeciendo la labor de sus hombres y la del médico, y con esa actitud entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

Dentro de la casa también reinaba el silencio, se dio cuenta de que era el elemento omnipresente desde que apagó el motor de su coche y eso convertía aquel escenario en algo completamente diferente a lo que estaba acostumbrado; llegaban ruidos procedentes de la planta superior, donde esperaba encontrar al médico y a sus ayudantes, pero los relegó a un segundo plano dentro de su cabeza y se centró en lo que le rodeaba.

En cuanto cerró la puerta su mirada se vio atraída por las manchas de sangre en su superficie; dibujaban a la perfección la forma de una mano y estaba seguro de que coincidirían con las del propietario de la casa, lo que no tenía tan claro era a quién pertenecía tal cantidad de sangre. Había algunas gotas en el suelo que señalaban en dirección a las escaleras y cuajarones de sangre casi coagulada sobre un escalón, que formaban un pequeño charco

espeso y viscoso, mezclado con alguna otra clase de fluidos para darle una consistencia nauseabunda.

Ray asomó la cabeza por la puerta de la cocina y constató que dentro reinaba el caos; había platos y vasos desparramados por el suelo, las puertas de los armarios se encontraban abiertas y el agua corría del grifo. Ray se aproximó para cerrarlo, tratando de no pisar ningún objeto en su recorrido. La escena le indicaba que habían entrado en la cocina buscando algo con mucha prisa y poca paciencia, que habían revuelto los armarios en su búsqueda y que habían salido de forma precipitada, sin prestar atención al caos que dejaban tras de sí.

Cuando subió al piso de arriba, evitando las gotas y chorretones de sangre que aparecían a cada paso que daba, encontró la razón del desorden que viera abajo. En el suelo del dormitorio principal habían dejado varias fuentes con agua sucia, así como trapos mojados y manchados de sangre y alguna otra secreción de color amarillento; aunque lo que atrajo toda su atención fue el fétido olor de la estancia. Algo a medio camino entre la putrefacción y la descomposición, algo que olía a enfermedad y a muerte y, por encima de todo aquello, el olor metálico e intenso de la sangre fresca y antigua. Por un instante se quedó sin respiración, como si hubiera recibido un golpe en el pecho, y boqueó, tratando de introducir aire en los pulmones. Se llevó el brazo a la nariz y buscó con la mirada al médico, que se inclinaba en ese momento sobre una mujer que yacía exangüe sobre la cama. Al doctor no parecía afectarle el intenso hedor y centraba todas sus atenciones en la mujer, sin percatarse aparentemente de la presencia de Ray, algo que este comprendió en cuanto traspuso el umbral.

La visión de Silvia Szahen se le quedó grabada en la retina y la evocó mucho tiempo después durante sus noches de insomnio, durante las veladas al atardecer en el porche de casa y frente al fuego del hogar en los días fríos. Cualquier cosa y nada al mismo tiempo le recordaban a aquella mujer que apenas vio durante unos minutos. Era la viva imagen del sufrimiento, de la agonía, de la súplica por un final que no llegaba. Sus ojos carecían de vida, pero aún podían ver y se clavaron por un instante en los de Ray,

contándole todo lo que tenía que saber y mucho más de lo que hubiera querido. Un rostro pálido flotaba por encima de un arrugado y sucio camisón; la prenda estaba hecha jirones por la parte de abajo, rasgada y desgarrada hasta las rodillas, y teñida de rojo intenso hasta la cintura, igual que la sábana que tenía debajo. La parte de arriba de la prenda estaba empapada en sudor; no quedaba ni un centímetro de tela que conservara el color crema original. La piel de su rostro era de un blanco cerúleo, casi gris, a causa de la pérdida de sangre y del agotamiento o el dolor extremo, pensó Ray con una punzada en el estómago. Los retortijones de aquella mañana no fueron sino un aperitivo de lo que estaba sintiendo en aquellos momentos; luchaba consigo mismo para no vomitar, para no hacérselo encima, vaciando el contenido de sus tripas al igual que alguien había hecho encima de la cama, donde las sábanas, con las que una mano torpe había tratado de limpiar a Silvia, se arremolinaban alrededor de sus piernas desnudas.

El resto de la habitación parecía el escenario de una auténtica pesadilla. Un reguero de sangre, que estuvo a punto de pisar al entrar, partía desde los pies de la cama hasta la puerta principal, a escasa distancia, unas manchas de arrastre de intenso color granate formaban dos franjas paralelas y se dirigía hacia la pared de la derecha, trepando por la pared hasta una altura de un metro del suelo. Y, para terminar, encontró salpicaduras de sangre en el techo, justo encima de la cama, que indicaban que el flujo se había proyectado con una velocidad y una potencia asombrosas.

Ray Gamber estaba confuso, por primera vez en muchos años de carrera no estaba seguro de lo que había sucedido entre las cuatro paredes de aquel dormitorio. Estaba totalmente absorto en sus cavilaciones, tratando de unir las piezas del rompecabezas, cuando escuchó una débil voz, tratando de colarse en sus propios pensamientos, luchando por abrirse paso hasta su abotargado cerebro. Por un instante pensó que se trataba de una voz que le hablaba desde el más allá y al hacerlo le pareció más real que nunca, y su corazón latió con fuerza, golpeándole en el pecho. Ray Gamber sintió miedo y, de no haber sido por su fuerza de voluntad y en parte gracias a la parálisis que sufría de forma transitoria en los

músculos de sus piernas, habría salido disparado escaleras abajo y seguramente no habría dejado de correr colina abajo hasta alcanzar el pueblo. Sin embargo, aguantó de pie, como su padre le enseño que había que hacer cuando las cosas se ponían feas de verdad, y se dio cuenta de que la voz que escuchaba no le hablaba desde el más allá, al menos de momento, sino que salía de los labios apenas separados de Silvia, quien le miraba con los ojos apenas abiertos y realizando un esfuerzo evidente en cada aliento.

—No deje... No deje...

—¿Cómo? —Ray se arrojó al suelo al lado del médico, sin atreverse a tocar la cama ni nada de lo que yacía sobre ella, pero tratando de colocarse lo más cerca posible de la mujer agonizante.

—Que se vaya. No deje que se vaya.

—¿Quién, Silvia?

—No le deje salir.

—¿Te refieres a tu marido? ¿Hablas de Ern?

—Cierre... casa... —El final de la frase fue inaudible, Silvia carraspeó con fuerza, escupiendo un espumarajo sanguinolento que se deslizó por su barbilla—. Entre las flores...

—Tranquila, Silvia, hablaremos después, en el hospital. Ahora necesitas ahorrar fuerzas.

—¡Mátelo! —gritó de repente, incorporándose sobre los codos y dejando al descubierto unas profundas marcas de arañazos ensangrentados que recorrían sus antebrazos desde la muñeca hasta el codo—. ¡Mátelo!

Fue lo último que gritó antes de sumergirse en una inconsciencia que era como un bálsamo para su maltrecho cuerpo, el doctor se apresuró a auscultarla, comprobando que la respiración era muy débil pero constante y ambos hombres suspiraron, exhalando todo el aire que habían contenido durante el episodio y mirándose a los ojos por primera vez desde la llegada de Ray. En los ojos del médico había miedo, un miedo agazapado detrás de las pupilas, como un niño que se asoma desde detrás de un árbol, y le confería un aire infantil que contrastaba con su ralo pelo cano y su rostro surcado de arrugas. En los ojos de Ray también había miedo, y era un miedo sincero y real, auténtico, algo que no había sentido en toda su vida y

que en aquel instante se presentaba ante él como una presencia casi física y de lo más natural.

Tras un minuto de silencio que pareció durar mucho más ambos hombres bajaron la mirada al mismo tiempo, convencidos de que lo que veían en los ojos del otro no era más que el reflejo de su propia mirada, y examinaron el cuerpo que yacía inconsciente delante de ellos, un cuerpo ajeno al fin a su propio dolor. El camisón de Silvia se había subido hasta las caderas durante las últimas convulsiones, revelando unos muslos en carne viva allí donde la piel se había desgarrado, colgando en jirones que parecían de tela, y unas excrecencias de color pardo asomaban entre sus piernas, allí donde Ray no se atrevió a seguir mirando. Sin decir palabra dio media vuelta y abandonó la habitación, dando gracias por poder ponerse de nuevo las gafas de sol, así tan solo el color de su piel podría delatar la turbación y el malestar que sentía. Se cruzó con sus hombres en la escalera y pasó entre ellos como una exhalación; necesitaba ponerse en marcha, hacer algo para sentirse útil. El estómago había empezado a darle vueltas otra vez dentro del cuerpo y la sensación de un peligro inminente volvía de nuevo a erizarle la piel en los brazos y la espalda. Si en aquel momento alguien hubiera dado una palmada Ray estaba seguro de que habría saltado hasta el techo como un gato pillado por sorpresa.

Organizó la batida en busca de Ern Szahen porque era lo único que podía hacer. El aire fresco del exterior ayudó a calmar sus nervios y tranquilizó su estómago, las náuseas desaparecieron y aspiró más profundamente de lo que se había atrevido a hacer dentro de aquella pestilente habitación. El aire de la tarde era cortante y frío y comenzaban a levantarse ráfagas heladas que barrían la colina, pero a Ray no le importó; con cada soplo de aire notaba la cabeza más despejada y los sentidos más alerta.

Los acontecimientos que siguieron a la partida del grupo de hombres de la granja transcurrieron como otro soplo de aire. Ray actuaba por instinto, dejando que su cuerpo tomara el control de la situación, sabiendo que, por la mera fuerza de la costumbre, no cometería errores. Mientras tanto dejó vagar su mente entre los árboles del bosque, perdiéndose entre las ramas altas de los robles y

deslizándose entre las espinas de las zarzamoras hasta posarse entre las hojas muertas del lecho del bosque, donde la vida bullía fragante e intensa, tierra mojada, hojas descompuestas, lluvia y corteza. Su mente vagabundeó libre por el bosque hasta que el grito de uno de los hombres le devolvió al tiempo presente, explotando la burbuja en la que se había ocultado hasta el momento.

Los pinchazos en el estómago regresaron con aquel grito, como atraídos por él, y Ray pensó que se empezaría a vomitar en cualquier momento si aquello no terminaba pronto. Se acercó a desgana hasta el cuerpo inerte de Ern, aunque ninguno de los hombres se percató de sus sentimientos, ya que conservaba su imperturbable gesto y sus andares firmes como si fueran también una parte del uniforme. En cierta manera fue un alivio encontrarlo así, pensó enseguida, pues era la mejor conclusión posible para la historia, si se le podía llamar de esa manera, y Ray habría pagado un dinero que no tenía por que las cosas acabaran así, con el cadáver de Ern a sus pies y previsiblemente el de su mujer siguiéndole en aquellos momentos a la morgue. Pero Ray reconocía que solo se estaba engañando a sí mismo; sabía que faltaba al menos una pieza más en la escena, pero no quería darle la vuelta y encararla. Miró a su alrededor, resignado ante su destino, y no tardó en localizarla. Una suave ondulación en el terreno, una protuberancia anormal que en la mente de Ray se apareció como algo orgánico, palpitante de vida, una excrecencia carnosa, caliente al tacto y húmeda. Ray se estremeció y tomó la decisión que le acompañaría en sus sueños durante el resto de su vida. Decidió cerrar la puerta a lo que llamaba desde el otro lado, decidió darse la vuelta y no volver la cabeza, ignorando los gritos que parecían surgir desde las profundidades de la tierra, unos agudos chillidos casi humanos amortiguados por una espesa capa de tierra fresca.

No fue consciente del camino de vuelta a la granja; él y todos los hombres que le habían acompañado caminaban en silencio, pensativos, reacios a hacer cualquier comentario, con la cabeza gacha y evitando cruzar una mirada con el hombre de al lado. El silencio en torno al grupo era espeso como el agua a punto de congelarse e igual de frío; la temperatura había descendido en

picado desde que partieran de la casa y en aquel momento, lejos del cobijo de los árboles del bosque, un aire helado se clavaba en sus mejillas y en su frente como si miles de afiladas agujas intentaran penetrar en la carne. Ray caminaba en cabeza junto a Juan, insensible al frío, ajeno al viento y a la oscuridad creciente que acudía a engullirlos; su mente vagaba a la deriva, fantaseando con seres extraños y criaturas de otros mundos, luchando por mantenerse unida al cuerpo que le daba cobijo, esforzándose por no dejarse arrastrar por la locura que se abatía sobre él.

Cuando el grupo cruzó el patio delantero de la granja los hombres se dispersaron rápidamente, apenas intercambiaron una apresurada palabra de despedida y se dirigieron a casa con la esperanza de reconfortarse al calor del hogar y olvidar lo ocurrido con una cerveza o algo un poco más fuerte. Puede que más adelante hablaran de lo sucedido con sus mujeres y amigos, pero por el momento lo que anhelaban era volver a la normalidad de sus vidas y alejarse todo lo posible de aquel lugar.

Ray se encontró en la puerta con dos sanitarios que sacaban en una camilla el cuerpo de Silvia; estaba seguro de que la mujer había muerto durante su ausencia, así que le sorprendió comprobar que no llevaba la cabeza cubierta con la sábana, sino que descansaba como dormida sobre un pequeño cojín. Se disponía a reprocharles el descuido cuando observó que una de sus manos se sacudía. Ray retrocedió inmediatamente para alejarse de ella, le daba pavor que pudiera abrir los ojos; no quería exponerse a su mirada, a lo que vería tras las pupilas inyectadas en sangre ni a lo que sus labios pudieran preguntar. No estaba listo para responder. Se escabulló a través de la puerta y la cerró a sus espaldas, dejando el mundo real encerrado fuera de aquellas paredes.

En la casa no quedaba nadie y reinaba el mismo silencio de antes, aunque, ahora que disponía de todo el tiempo del mundo se daba cuenta de que no era el silencio que sigue a la ausencia de ruido, sino que se asemejaba más a una espera vigilante, se le ocurrió que la casa observaba cada uno de sus movimientos con un ceño fruncido, esperando pacientemente a que las pequeñas criaturas que no cesaban de entrar y salir desaparecieran de una vez

por todas y le permitieran continuar con sus asuntos en paz. No sabía por qué aquellas extrañas ideas le venían a la cabeza; solo sabía que se sentía vigilado, que notaba unos ojos invisibles posados en su nuca y un aliento a punto de ser exhalado al lado de su oreja, sensaciones que le provocaban un cosquilleo desagradable en la piel. Comenzó a sudar a pesar del frío que se había colado a través de la puerta principal, notaba la piel pegajosa y húmeda y sentía la cabeza embotada, como si estuviera atravesando un episodio de fiebre, lo que sirvió para animarle un tanto, puesto que ya tenía la explicación que necesitaba para las disparatadas ideas que aparecían en su cabeza desde su llegada.

Se despegó de la puerta, contra la que había estado apoyando todo el peso de su cuerpo, y paseó por el salón de la casa. Había pocos muebles y la mayoría, a excepción del sofá y de un sillón, habían sido fabricados a mano por el propio Ern, lo que le indicaba que fue un hombre mañoso que en poco tiempo había conseguido procurar para su familia todo lo necesario para empezar una nueva vida allí. El toque de las manos de Silvia se notaba en los detalles: un cobertor para el sofá, unos cojines a juego, cortinas, mantelería, todo lo que decoraba el hogar estaba confeccionado con esmero por ella misma y, a pesar de la ausencia absoluta de objetos personales, había logrado dar un ambiente cálido y acogedor a la estancia. Ray se dio cuenta de un detalle que hasta aquel momento le había pasado desapercibido. De acuerdo con los rumores y habladurías del pueblo, el embarazo de Silvia había sido muy rápido y el parto probablemente prematuro, pero, aun suponiendo que el momento del parto de la criatura les hubiera cogido desprevenidos, ¿dónde estaban las cosas del niño? Cualquier madre habría empezado a coser la ropa para el bebé desde el primer día, confeccionando patucos, gorros y mantas calientes para las noches de invierno, y sin duda a Ern, con las habilidades que poseía, no le llevaría mucho tiempo confeccionar una cuna para su hijo recién nacido. Pero no encontró nada semejante durante su registro. El cerebro de Ray despertó de su letargo y, agradecido por tener de nuevo una tarea que cumplir, se puso enseguida en marcha. Subió corriendo al piso superior, esquivando por instinto las salpicaduras de sangre, y entró

de nuevo en el dormitorio de la pareja para comprobar que no había pasado por alto en su anterior visita los objetos que ahora buscaba. Miró en el suelo y bajo la cama, buscó en el armario y en los cajones y no halló rastro de ropa o de juguetes. Se encaminó a la puerta cerrada de la habitación contigua, que le pareció el lugar más probable para ubicar la habitación del pequeño, pero ante su sorpresa el cuarto estaba completamente vacío. Ni un armario, ni una cama, ni siquiera cortinas en las ventanas, solo un ligero olor a serrín y a barniz para madera. Ray deshizo el camino hasta el salón convencido de que algo se le pasaba por alto.

De pronto recordó un detalle de lo más banal: para acceder a la casa había que subir una serie de escalones que daban acceso al porche, por lo tanto, bajo la casa había espacio suficiente para un semisótano o al menos un cobertizo. El lugar más habitual para ocultar las escaleras del sótano era la cocina, por lo que fue directo hacia allí; en el exterior la noche había caído sobre la granja y a través de las ventanas se asomaba un cielo estrellado que pendía sobre la colina, salvo en la que daba al porche, allí una silueta oscura ocultaba la luz de la luna y de las estrellas. Ray alargó la mano con rapidez hacia el interruptor de la luz y, antes de que pudiera abrir la boca para llamar a la persona que tan inesperadamente se había colado en la casa mientras él realizaba sus pesquisas, se percató de que se encontraba solo. No había nadie en la cocina con él y a través de ambas ventanas ahora sí distinguía el lejano resplandor del cielo nocturno. La confusión le hizo retroceder un paso, mirando desde el umbral para tratar de localizar el origen del error, y sin embargo en ese momento todo era normal. Decidió olvidarlo y proseguir con su trabajo, aunque no pudo evitar lanzar una mirada hacia la ventana del porche cada vez que le daba la espalda.

En la cocina no halló ni rastro de la puerta que buscaba y abandonó la habitación no sin sentir cierto alivio secreto, regresó al salón y dio una vuelta completa por la estancia. Al pasar junto a las escaleras se dio cuenta de que había un pequeño pero pesado baúl apoyado contra la pared, revestida de listones de madera sin rematar. Examinó aquella zona de la pared, el material desprendía

aún el olor de la madera fresca, recién cepillada, y al pasar los dedos por la superficie la sintió áspera y rugosa, golpeó con los nudillos y los listones le devolvieron un eco apagado. Se agachó para comprobar el contenido del baúl: mantas viejas, un par de botas gastadas y ropa de trabajo, gruesa y ajada. Lo apartó a un lado y buscó un tirador o una cerradura en la pared, la encontró hábilmente camuflada con un tapón de madera, y tras hurgar con el dedo consiguió sacarlo, dejando al descubierto una pequeña abertura. A través de ella se accionaba con los dedos a un pasador de metal, que hacía las veces de pestillo y mantenía la puerta en su sitio. Ray se alegró de su hallazgo y más aún de que este no estuviera protegido por un candado o un cerrojo con llave, pues solo con imaginar que debía regresar al bosque para buscar la llave en los bolsillos del cadáver de Ern, le asaltaban los escalofríos y la fiebre parecía aumentar varios grados.

La puerta se abría a un estrecho rellano y tras él unas empinadas escaleras que llevaban a un piso inferior. El corredor estaba a oscuras y si era capaz de distinguir algo era solo gracias a la luz que entraba a través de la puerta abierta; Ray tiró del cordón que pendía del techo a la altura de su cabeza y el lugar quedó iluminado con la luz amarillenta de una desnuda bombilla, demasiado débil para alcanzar sin embargo los escalones que se perdían mucho más abajo, en la oscuridad. Antes de entrar se dio media vuelta, dirigiendo una significativa mirada hacia la puerta de la cocina.

El aire en las escaleras le parecía extrañamente cálido y desagradable a un tiempo, como el aliento de una gran boca de dientes cariados y sucios, algo que le arrebataba el aire de los pulmones y le taponaba la nariz, convirtiendo cada inhalación en un pequeño triunfo. Ray no se dejó amedrentar por las sensaciones de su cuerpo y comenzó a bajar despacio, poniendo atención a cada peldaño, buscando algún indicio de actividad reciente, ya fueran huellas de pasos o restos de sangre, pero no halló nada que llamara su atención. La escalera estaba limpia de todo rastro y terminaba en otra puerta de madera atrancada con un cerrojo metálico atornillado toscamente en esta y la pared. Ray se detuvo antes de tocar el mecanismo y escuchó, con las orejas bien abiertas. Era consciente

de que debía decir algo, avisar de su presencia como mandaba el reglamento, o preguntar en voz alta por si hubiera alguien que necesitara de su ayuda, eso habría sido lo normal en su profesión y una reacción natural, pero nada en el día de hoy había resultado normal, por lo que se limitó a desenfundar la pistola y empuñarla en alto, apuntando hacia el desnudo techo del pasillo, antes de accionar el cerrojo. No quería rasgar el silencio que le envolvía como en un sudario, tenía miedo de despertar algo que hubiera permanecido dormido hasta aquel momento y, al mismo tiempo, le preocupaba escuchar el sonido de su voz, antes fuerte y segura de sí misma; tenía miedo de reconocer en ella al niño que un día fue. Si eso llegara a ocurrir no le quedaría el valor necesario para seguir explorando la casa a solas y saldría de allí como perseguido por mil demonios jurando no regresar.

Cuando alzó su mano izquierda se dio cuenta de que un ligero temblor hacía bailar sus dedos, así que actuó deprisa y sin pensarlo por segunda vez. En un solo y fluido movimiento descorrió el cerrojo, empujó la puerta y se colocó a un lado, con la pistola apuntando a la negrura que le saludaba desde el otro lado del umbral. Por un instante le pareció que se había quedado ciego, ya que lo único que veía delante de su nariz era una densa oscuridad, sin contornos, sin formas, sin color, era como mirar hacia el interior de un profundo pozo sin poder asegurar si al fondo había agua, tierra o una puerta que comunicaba con el más allá. Le invadió el vértigo y perdió el equilibrio, estampando el hombro contra la pared para no caer de rodillas al suelo, tuvo que bajar la pistola y agarrarse al quicio de la puerta con una de las manos, mientras que con la otra se frotaba los ojos, tratando de despegar aquella especie de telaraña negra que se le pegaba a los ojos. Su respiración se aceleró, exhalando en jadeos cortos y acelerados, consciente de que, en aquel momento era completamente vulnerable; si había algo en la habitación él se había convertido en una presa perfecta: ciego, aturdido y desorientado estaba a merced de cualquier persona o cosa que se ocultara en aquella oscuridad. Ese pensamiento le ayudó a reponerse, su instinto tomó de nuevo las riendas de la situación y le obligó a incorporarse, comenzó a respirar más

despacio ayudando al aire a entrar en sus pulmones. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la atmósfera allí dentro era prácticamente irrespirable y le sobrevino una arcada. De la habitación emanaban oleadas de un tufo nauseabundo, semejante al olor del dormitorio de los Szahen pero mucho más intenso, más concentrado. Era una mezcla de putrefacción, humedad y sangre y Ray se preparó para lo peor mientras introducía la mano a través de la puerta palpando la pared en busca de un interruptor. Afortunadamente, este se encontraba pegado a la puerta y funcionaba correctamente, iluminando la estancia gracias a otra bombilla desnuda que colgaba en el centro de la estancia y que proyectaba una mortecina luz blanca sobre los objetos ocupaban.

En cuanto la luz reveló los objetos que se escondían en aquella habitación Ray sintió una punzada de decepción. Su cuerpo se había preparado para la peor de las situaciones y lo que tenía ante sus ojos no era más que otro cuarto vacío; y, sin embargo, aquello por alguna razón le inquietaba todavía más. Acostumbrándose todavía a la luz traspuso el umbral y comenzó a examinar el interior. Los muebles que lo decoraban eran más bien escasos, tan solo una cama con una estructura de hierro, recia pero algo oxidada, una silla de madera y una estantería con algunos libros y cuadernos inclinada hacia un lado y apoyada contra la pared y, como complemento final, un barreño herrumbroso en la esquina más alejada de la habitación. Se acercó a este último objeto atraído por su contenido, que parecía ser una de las fuentes del pestilente hedor. El barreño estaba lleno en sus dos terceras partes de un líquido viscosos y espeso; no era transparente y Ray no se atrevió a tocarlo ni siquiera con a punta de su bota, pero un trapo viejo que colgaba del borde le dio una pista de su contenido, pues aparecía tenido de un color marrón oxidado, como la sangre vieja que estaba tan acostumbrado a distinguir. Se alejó en dos zancadas y se situó junto a la cama. Desde la puerta no se había percatado, pero desde la corta distancia pudo apreciar unas delgadas líneas dibujadas en el suelo, alrededor de la cama, enmarcándola y rodeándola en un perfecto círculo. El espacio que delimitaba estaba inscrito con una serie de números y letras, dispuestos aparentemente al azar, sin un oren o sentido lógico para

la mente de Ray. El dibujo mismo resultaba inquietante, mostraba formas geométricas mezcladas con figuras orgánicas, aunque primitivas, y sugería algún tipo de ritual antiguo y olvidado por los hombres. El pigmento utilizado para la obra recordaba el contenido del barreño, y esa semejanza le hizo rodear la cama con cuidado evitando a toda costa pisar el dibujo. Quería acercarse, examinar la ropa de la cama y bajo ella, pero no se atrevía a traspasar el umbral imaginario que alguien había trazado en el centro de la habitación. Reparó en que incluso la silla permanecía estratégicamente apartada, a tan solo unos centímetros del contorno del círculo y lo suficientemente cerca para reposar los pies en el suelo sin peligro de tocarlo.

Ray vaciló; no era un hombre crédulo ni podían acusarle de tener una imaginación demasiado viva, pero estaba alcanzando un punto en el que todo aquello en lo que había creído firmemente a lo largo de su vida se deshacía bajo sus pies como barro seco; ya no estaba seguro de nada, la realidad se mezclaba con la fantasía en su cabeza y, llegados a aquel punto, cualquier cosa era posible. Finalmente, la parte de él que empuñaba la pistola y la que recordaba que llevaba una placa de policía se impuso a sus sombríos pensamientos y dio un paso al frente. Por un instante estuvo convencido de que se desintegraría en cuanto la suela de su zapato entrara en contacto con la tabla del suelo, pero nada ocurrió y el mundo siguió adelante. Se sintió estúpido, pero aquello le ayudó a sacudirse el miedo de encima y poner manos a la obra. Se aproximó a la cama, que estaba cubierta por una colcha arrugada con vagos dibujos florales, descoloridos por el uso. Había encontrado la segunda fuente del hedor que le había golpeado como una bofetada al entrar y desde esa corta distancia era aún más penetrante, más agrio, y recordaba al olor de una sala de hospital desatendida. Sudor, orina y sangre, su entrenado olfato separó los distintos olores. Se le hizo un nudo en el estómago y echó de menos los guantes que había dejado en la oficina aquella mañana al salir con tanta prisa. Agarró la colcha por el borde y tiró de ella hacia un lado. El movimiento levantó una nueva vaharada de olor pestilente y bajo la colcha apareció la razón de semejante mezcla. La sábana seguramente fue blanca en otro

tiempo, ahora sus fibras se habían teñido de una amplia gama de tonos ocres y amarillos, procedente de las secreciones secas que con el paso de los días habían impreso su huella formando un amplio círculo herrumbroso; su contorno oscuro parecía bordado en la propia tela y en el centro de ese dibujo destacaba otra mancha más pequeña y oscura, del mismo color de la sangre seca y tan densa que traspasaba la fina tela de la sábana e impregnaba el colchón. Ray se cubrió la boca con el antebrazo ahogando el vómito y tragó la bilis que le subió por el esófago.

El sudor también había calado en la almohada, dejando cercos de un color amarillo apagado, y en algunas zonas la funda había sido desgarrada, dejando a la vista las plumas de su relleno. Ray trató de hacerse una idea de lo que había sucedido y llegó a la conclusión de que le faltaba un elemento clave para entender el conjunto, incluso en aquel momento, cuando su cerebro le gritaba *basta* y su cuerpo solo quería llevarlo de regreso a casa, lejos de las cosas horribles que habitaban el mundo, él seguía queriendo saber. Se inclinó sobre la almohada, sin saber qué esperaba encontrar, y distinguió unos pelos largos y oscuros, como los de Silvia, enganchados en las fibras y, cuando ya se disponía a incorporarse, un elemento nuevo en el cabecero llamó su atención. Estiró la mano y se hizo con un pedazo de tela rasgada que colgaba atado a una barra del cabecero. Interesado en el hallazgo, se situó en el lado opuesto y comprobó que allí también pendía un jirón de tela sujeto al cabecero. La tela era corta, de unos veinte centímetros de longitud y se veía deshilachada y sucia; no necesitó recurrir a su entrenamiento policial para darse cuenta de que se trataba de ligaduras, unas ligaduras que alguien había intentado romper con los dientes.

Ray no sabía qué pensar al respecto; por un lado, era cierto que no conocía en absoluto a la pareja que vivía allí y, en esos pueblos tan apartados de las grandes ciudades, donde las familias vivían alejadas las unos de las otros por kilómetros de distancia y donde los inviernos eran largos y monótonos, uno podía llegar a encontrarse literalmente con cualquier cosa. No era la primera vez que Ray Gamber y sus hombres hacían un descubrimiento macabro al llegar la primavera en una granja apartada en medio del campo,

en los confines de la localidad, pero aquello se apartaba de todo lo que había visto hasta entonces; allí había un elemento que era ajeno a todo lo conocido, a todo lo humano, incluso con toda su crueldad y locura. Cuando estaba a punto de retirarse el cosquilleo del instinto le obligó a volver hasta la cama; agarró la pestilente sábana y la arrojó a un lado, descubriendo horrorizado al hombre que se escondía debajo.

Tal fue la impresión del hallazgo que dio un traspié hacia atrás y acabó por caer sobre el trasero en medio del círculo que había tratado de evitar por todos los medios y, lo que era aún peor, perdiendo la pistola al apoyarse sobre sus manos para amortiguar el golpe; sintió la fría y pegajosa sustancia untada en el suelo a través de las palmas de sus manos. Se levantó como si estuviera pisando ascuas; tenía manchas de sangre en las manos y en los pantalones, sangre que extrañamente todavía permanecía húmeda y viscosa. Se limpió las manos en la trasera de los pantalones y recogió el arma, avergonzado por su cobardía, sin quitar el ojo de encima a aquello que le había arrebatado el aliento de los pulmones. Encima del colchón no había un hombre de carne y hueso, pero desde luego se le parecía lo suficiente para justificar su reacción; dibujada sobre el viejo colchón se destacaba con claridad una silueta negra como el carbón, con la forma inequívoca de un ser humano. Sin embargo, no se había originado por una mancha de suciedad, como todas las demás, sino más bien como si un cuerpo incandescente hubiera yacido sobre la cama, dejando su huella ennegrecida marcada a fuego en sus fibras para la posteridad.

Todo aquello era lo más disparatado que había visto a lo largo de su carrera y apenas era capaz de dar crédito a las conjeturas que iban tomando forma en su mente. Notaba la cabeza saturada y caliente, todo su cuerpo se encontraba en un estado febril: los miembros pesados y doloridos, la cabeza embotada y los ojos hinchados y lacrimosos. Caminó de espaldas hacia atrás, ansioso por alejarse de aquella cama mugrienta y tambaleándose a cada paso. La cabeza le daba vueltas y perdió por un momento el equilibrio, aferrándose a lo primero que salió al encuentro de su mano. Cerró los ojos, esperando que la habitación dejara de dar vueltas a su

alrededor, pero antes de que lograra calmarse sintió un débil movimiento bajo la palma de su mano y la retiró a toda prisa. Sin querer se había ido acercando a la estantería, que albergaba varios tomos de libros desordenados y apilados unos encima de otros. Había apoyado la mano sobre uno de ellos, un grueso volumen con una cubierta de cuero de un oscuro color marrón, abrillantada por el uso de innumerables manos, sin inscripción o dibujo alguno. Mientras observaba el libro fijamente le pareció apreciar que la tapa se movía, un leve movimiento de dentro hacia fuera, como si algo empujara la cubierta desde el interior.

Aquello fue mucho más de lo que Ray estaba dispuesto a soportar durante aquel largo día. Echó a correr hacia la puerta sin preocuparse de cerrarla tras de sí, devorando los escalones de tres en tres con sus zancadas, y salió disparado al exterior; solo entonces se permitió detenerse, jadeando, con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza inclinada, tratando de recuperar el aliento y luchando por conservar la cordura que amenazaba con abandonarle y seguir corriendo camino abajo en busca de un lugar mejor que aquel. Montó en su coche y encendió la calefacción, ya que era lo único que podía hacer por ahora, pues todo su cuerpo temblaba violentamente, tanto que apenas acertó con las llaves en el contacto, aunque no estaba seguro de que fuera a causa del frío. Se calentó las manos acercándolas a la ranura, por la que empezaba a salir un chorro de aire tibio, y puso el coche en marcha sin atreverse a mirar hacia la casa que dejaba abierta y desprotegida. Solo en el último momento, antes de enfilar el camino que bajaba hacia el pueblo, echó un rápido vistazo por el espejo retrovisor, en el que se reflejaba el porche y la ventana de la cocina, donde la luz de la luna iluminaba una silueta observando desde el otro lado del cristal.

La mañana siguiente a los sucesos, Ray Gamber se encontraba metido en la cama, tapado con dos mantas hasta la barbilla y, aun así, tiritaba como un pájaro bajo la lluvia. La noche anterior se metió en la cama con la ropa puesta, con la esperanza de que unas largas horas de sueño reparador le hicieran sentir mejor; pero no fue así y, cuando abrió los ojos bien entrada la mañana, descubrió que todo su cuerpo se quejaba de dolor y que estaba aterido de frío. Consiguió

arrastrarse hasta el teléfono para llamar a su oficina, informando de que se necesitaba tomarse unos días de descanso, y regresó enseguida al calor de las mantas. A media mañana recibió la visita de Juan, que traía un termo con sopa de verduras y pollo que había preparado su mujer el día anterior y que iba a servir para insuflar algo de vida al débil cuerpo de su jefe.

—Tiene mala cara, jefe. Parece que ha pillado una buena gripe —comentó mientras se sentaba en una silla enfrente de la cama de Ray, después de poner el contenido del termo en una cazuela sobre el fuego.

—Me encuentro fatal, estoy pensando si tomarme otra aspirina o una bala de plomo, en su lugar. —Trató de sonreír pero una violenta tos le hizo convulsionarse en la cama y le quitó las ganas de hacer más bromas.

—No diga tonterías; en unos días estará como nuevo. Mientras tanto, nosotros nos haremos cargo de todo. Si le parece bien, puedo ocuparme hoy mismo de zanjar el asunto de la granja, ya sabe.

—No —respondió enseguida a pesar de la tos—, no, no hagas nada, deja que me encargue yo de ese tema. Tú y los chicos manteneos alejados de allí hasta que yo vuelva; hay un par de cosas de las que quiero ocuparme personalmente.

—Está bien, jefe, si eso es lo que quiere. —En su voz se traslucía una nota de decepción; apreciaba a Ray y quería ayudarle, pero sobre todo quería demostrar sus capacidades y, de paso, saciar un poco de esa curiosidad que había quedado insatisfecha desde la tarde del día anterior, cuando su jefe le envió de vuelta al pueblo.

—Pero necesito que me hagas un favor, Juan. Lo haría yo, pero no puedo moverme de la cama.

—Claro, ¿de qué se trata? —Juan se inclinó un poco hacia Ray, intrigado.

—Tienes que volver al bosque. Tienes que llegar antes que el equipo del forense y los demás hombres. Les han avisado esta mañana pero todavía tardarán unas horas en llegar, van con un poco de retraso esta semana, y eso nos conviene.

—Entiendo.

—Hay que camuflar esa tumba, nadie más puede verla. Es muy importante, no me preguntes por qué.

—Descuida Ray, yo me encargo. —Era la primera vez que le llamaba por su nombre y le tuteaba, pero le salió de una forma tan natural que ninguno de los dos hombres se dio cuenta.

—Como si nunca hubiera existido.

—Nadie sabrá que estuvo allí.

—Bien, gracias; te debo una después de esto.

—No tiene importancia, yo también estuve allí ayer, ¿recuerdas? —intercambiaron una mirada en silencio, haciéndose cargo el uno de los temores del otro sin expresarlo en voz alta. Cuando desviaron los ojos la conversación continuó con un tono neutro y profesional—. He hablado con el hospital a primera hora, por si te interesa saberlo. —Ray se masajeó las sienes; quería saberlo y al mismo tiempo deseaba olvidar todo lo relacionado con la granja, con ese pueblo y con cada uno de sus habitantes.

—¿Qué te han dicho? —respondió tras concederse un momento de duda.

—La mujer ha recuperado la consciencia.

—Pensé que habría muerto…

—No, pero puede que hubiera sido mejor. —Ray no se atrevió a preguntar, temía la respuesta y se la imaginaba al mismo tiempo—. Ha perdido la cabeza por completo, no han conseguido sacarle una sola frase con sentido desde que se la llevaron de la granja. Grita, balbucea e incluso ha intentado lesionarse.

—¿De qué manera?

—Se ha mordido las muñecas, se ha desgarrado la piel como si intentara arrancársela a mordiscos. La van a internar en el hospital para enfermos mentales de Billstone.

—No creo que allí puedan hacer nada por ella, pobre mujer.

—No, pero en algún lugar tiene que quedarse.

—Escúchame, Juan —dijo Ray incorporándose sobre un codo para poder mirarle directamente a los ojos—. No permitas que ninguno de los muchachos se acerque a la casa, ya sabes cómo vuelan las noticias y puede haber alguno que quiera satisfacer su curiosidad merodeando por allí; diles que es una orden mía.

Después, cuando pueda ponerme en pie, volveremos allí, tú y yo, y me ayudarás a terminar con este asunto. ¿De acuerdo?

—Sí, está bien; pero ¿qué está pasando, Ray?

—De eso no estoy seguro. Por ahora, si no te importa, me gustaría dormir un poco más, siento como si la cabeza me fuera a estallar de un momento a otro.

—Primero te traeré un poco de sopa. Vanesa me matará si se entera de que no te la has tomado.

—Dale las gracias de mi parte, es una mujer encantadora y si sobrevivo a este día será gracias a ella. Tienes mucha suerte, muchacho.

—Sí, lo sé, y además cocina de muerte, ya lo verás. —Juan desapareció en dirección a la cocina y volvió al cabo de unos minutos con un humeante tazón en las manos. Dejó a Ray degustando el contenido de lo que tenía que haber sido su comida y se marchó a la granja para cumplir con el encargo.

Fueron necesarios tres días para que Ray se encontrara lo suficientemente fuerte como para ponerse en pie por su propia cuenta y salir de casa sin detenerse a recobrar el aliento cada pocos pasos y esperar a que la cabeza terminara de dar vueltas. Le había quedado una persistente tos que le provocaba punzadas en la cabeza, que sentía como puñaladas, pero conseguía mantener a raya ese problema con aspirinas y altas dosis de café negro, cargado y caliente.

Aquella mañana Ray se abrigó con una camisa de más bajo el uniforme y no olvidó el gorro y los guantes. El frío se dejaba sentir incluso a través del cristal del coche, adherido a la superficie del vidrio en una pátina escarchada, mientras se dirigía en compañía de Juan a la granja de los Szahen, en la que esperaba que fuera la última visita al lugar. La calefacción funcionaba a toda potencia y, a pesar de ello, Ray sentía frío en el cuerpo, dentro de él, una incómoda sensación que le acompañaba desde que salió de aquella casa y que no había conseguido eliminar del todo a pesar del reposo, de las sopas calientes y de la cantidad de ropa de abrigo que se ponía encima; se le había metido dentro de los huesos y lo notaba igual que un anciano percibe los cambios del clima en las

articulaciones. Los dos hombres viajaban en silencio; no hubo novedades en el caso desde que Ray se vio recluido en cama, los hombres habían respetado las órdenes de Ray y se habían mantenido al margen del asunto y con el paso de los días, todos parecieron haberse olvidado de lo sucedido. Había otras cuestiones que atender, más recientes y más urgentes, y sus hombres habían pasado página rápidamente, regresando a la rutina del trabajo policial sin ningún esfuerzo. De todos ellos, tan solo Juan seguía preocupado por el caso Szahen. Se había personado en el hospital para entrevistar a Silvia y había salido con las manos vacías, sin conseguir las respuestas que buscaba, pues la mujer oscilaba entre un estado similar a la catatonia, con la mirada perdida en el techo y el labio caído sobre la barbilla, indiferente al mundo que la rodeaba y ajena al paso del tiempo, y un estado de agitación histérica que las enfermeras solo lograban atajar administrando una dosis de tranquilizantes que la devolvían a su anterior condición. No se podía hacer nada por ella: en los cada vez más escasos momentos de lucidez, gritaba y lloraba, tratando de soltarse de las ligaduras que la mantenían atada a la cama y obligando al personal del hospital a estar pendiente de cada uno de sus movimientos, extremando las precauciones en su presencia. Una noche, la enfermera encargada de la ronda nocturna decidió saltarse el relajante que diariamente le administraban antes de dormir, puesto que la paciente había permanecido toda la tarde hundida en un sueño profundo y todo apuntaba a que iba a continuar así varias horas más. La encontraron a la mañana siguiente, en la primera ronda del día, con la piel de las dos muñecas hechas jirones, desgarradas a fuerza de mordiscos. Desde aquel momento la mantenían bajo una férrea vigilancia y se aseguraban de que se tomara sus pastillas sin excepción.

Cuando llegaron a la granja, esta les recibió con un aspecto desolador. Apenas habían transcurrido unos días desde que sus habitantes abandonaran la casa y, sin embargo, daba la impresión de que toda la propiedad llevaba una larga temporada desatendida. Un viento frío barría la colina agitando el manto de flores que se erguían en toda la extensión del terreno, a pesar de las bajas temperaturas y de la falta de cualquier tipo de cuidados. A Ray le

extrañó un tanto que la casa, el granero y los campos de alrededor presentaran un aspecto tan gris, descuidado y envejecido, y que sin embargo aquellas diminutas flores amarillas crecieran fuertes y sanas, como en un día radiante de primavera, y parecían expandirse hasta donde alcanzaba la vista, dotando al conjunto de un aire de fantasía, de irrealidad, sacado de las páginas de un libro infantil. Ray bajó del coche y comenzó a caminar entre las flores. No se detuvo a pensar por qué lo hacía, solo era algo que el cuerpo le pedía a gritos en su cabeza. Tenía la sensación de hundirse más y más entre ellas, como en un lago de aguas tranquilas, más profundo a cada zancada, sumergiéndose entre sus tibias aguas. Le parecía que cubrían sus rodillas y después acariciaban sus muslos; los tallos se enredaban entre sus pies, ahí abajo, atrapándole y haciéndole trastabillar, pero no tenía miedo de caerse, no tenía miedo de quedar atrapado, se sentía bien por primera vez en muchos días, cálido y a salvo. Un susurro trepó por su espalda hasta sus oídos, unas dulces palabras que no alcanzaba a entender pero que actuaban como un bálsamo para su atribulado corazón y comenzó a notar la cabeza más despejada de lo que la había tenido desde que se involucró en toda aquella historia. Estiró las manos a ambos lados, acariciando con las puntas de los dedos los aterciopelados pétalos que ya alcanzaban su cintura y aspiró profundamente, pues el aire era fragante y templado, como si una brisa de verano se hubiera quedado atrapada entre aquellos tallos para siempre.

De repente, sintió la voz de Juan como un latigazo en cara, que no era sino el azote de un soplo de aire gélido en las mejillas. Se arrebujó en el abrigo y miró a su alrededor, consciente de su posición y de lo que le rodeaba. Se había alejado de la casa y caminaba en dirección al granero, rodeando el edificio principal. Juan le llamaba desde el porche, a su espalda, y le observaba con el ceño fruncido. Las flores se mecían bajo el viento a su alrededor, a la altura de sus botas, y el dolor de cabeza había regresado con renovadas energías. Desconcertado y malhumorado, Ray se apresuró a seguir a su compañero y ambos hombres entraron en la casa. Juan había tenido la precaución de cerrar la puerta principal, que encontró abierta de par en par al día siguiente de los hechos y,

a pesar de ello, el polvo y las hojas que el viento había arrastrado al interior durante la noche se acumulaban en el suelo de la entrada y del salón, ocultando los restos de sangre. El ambiente que se respiraba era gélido y flotaba alrededor de los dos hombres en forma de bruma, como un jirón de niebla que se hubiera colado por la puerta abierta y no encontrara la manera de salir. El silencio se había hecho dueño del lugar y paseaba por todas las habitaciones, desafiando a los intrusos con su presencia.

Ray no quiso perder ni un minuto en vanas contemplaciones, ya que temía que en cualquier momento le fallaran las fuerzas o que su cabeza se viera arrastrada a vagar de nuevo por rincones en los que era fácil perderse para siempre. Guio a Juan hacia la puerta que daba a las escaleras y bajó por delante de él, indicándole el camino. Juan no hizo preguntas, lo observaba todo con los ojos bien abiertos, como un niño pequeño a punto de descubrir un secreto largamente ocultado. Ray no recordaba haber cerrado la puerta de la habitación del sótano tras su huida, por lo que le extrañó que esta apareciera cerrada. Al abrirla recibió de nuevo la bofetada del aire viciado y pestilente del interior, lo que le hizo detenerse a coger una profunda bocanada de oxígeno antes de continuar.

Todo estaba tal y como lo recordaba: la cama, la silla, el barreño y la estantería, incluso el dibujo del suelo aparecía un poco borroso allí donde Ray había caído de culo, lo que fue para él una muestra palpable de que todo había sucedido tal y como lo recordaba y que no había sido simplemente el fruto de una mente febril y cansada. Juan lo observaba todo boquiabierto; sin duda más adelante se le ocurrirían un montón de preguntas pero, por el momento, se conformaba con sacar sus propias conclusiones y atesorar la mayor cantidad de detalles posible dentro de su cabeza. Veía la agitación que sacudía los músculos de su jefe y sabía que no era el momento adecuado para interrogarle al respecto, debían terminar el trabajo que les había traído hasta allí, aunque todavía no sospechaba en qué consistía, y después salir lo más deprisa posible.

Juan era un hombre religioso y todos los domingos acudía a misa con su mujer y su hija pequeña; su madre le había enseñado desde que era un niño a distinguir entre el bien y el mal que habitan este

mundo y él presentía la presencia del mal en aquella casa. Lo había percibido cuando entró por primera vez pero, con la agitación del momento, los nervios y los acontecimientos precipitándose uno tras otro a todo correr le pareció algo difuso, ambiguo; sin embargo, en aquel momento, en la calma que sigue a la tempestad, lo sentía claramente en su corazón, como una mano negra, apretando. El olor era intenso y hablaba de muerte y desolación, pero el aura negra que impregnaba los objetos de la habitación era mucho más intensa y le hacía pensar en una sustancia oscura y viscosa que resbalaba por la superficie de los muebles hasta el suelo, donde se acumulaba formando un gran charco de aspecto pegajoso.

Ray le estaba haciendo gestos para que se acercara desde el otro lado de la habitación. Juan dio la vuelta, bordeando el charco imaginario y el dibujo que rodeaba la cama y se colocó al lado de su jefe.

—Tienes que ver esto —le dijo Ray enseñándole un libro que estaba hojeando. Era el tomo sobre el que había apoyado la mano y, aunque al principio se revolvió de asco con solo pensar en tocarlo, la curiosidad y el deber se impusieron a las sensaciones de su contraído estómago.

—¿De qué se trata?

—No estoy seguro, pero todos estos libros hablan de alguna clase de brujería o magia antigua.

—Eso tiene sentido, de alguna retorcida manera —respondió Juan echando una ojeada hacia atrás, donde aguardaba la silla y la cama.

—Este en concreto explica cómo protegerse contra el mal, y mira esto. A ver si lo reconoces. —Le pasó el libro señalando una página en concreto, que había encontrado como por azar al pasar las hojas.

La página de la izquierda estaba ocupada por una ilustración en blanco y negro de una flor, con diferentes vistas desde distintos ángulos. A pesar de la falta de color y de los escasos conocimientos de ambos hombres sobre la materia, enseguida adivinaron que se trataba de un diente de león, exactamente igual que aquellos que crecían en el patio de la granja. El dibujo era inconfundible y, por si eso fuera poco, en la página de la derecha un extenso texto

explicaba las propiedades protectoras de aquella planta en un tono que parecía casi científico.

—Si no me equivoco, esto es lo que crece ahí fuera. —Juan fue el primero en verbalizar lo que ambos estaban pensando.

—Lee lo que pone un poco más abajo, ahí, ¿lo ves? —Ray señalaba un párrafo al final de la hoja.

—Dice: «El morador no puede atravesarlo, su contacto es como el veneno para su alma inmortal, como ácido goteando en una herida abierta, quedando de esta forma atrapado en el interior para siempre». No estoy seguro de entenderlo, ¿quién es el morador?

—Dale la vuelta a la página.

Juan pasó la hoja; las manos le flaquearon y el libro se tambaleó entre sus dedos, a punto de dejarlo caer al suelo, la ilustración que ocupaba toda la página era también en blanco y negro pero, a diferencia de la otra, el ser al que representaba no necesitaba de ningún color para retratarse. Poseía la consistencia de una sombra, difusa por los bordes y densa en el interior, un remolino de aire con grotesca forma humana; una neblina negra donde debería estar su rostro atravesada por unos ojos brillantes como ascuas, que incluso desde la página de un libro parecían capaces de penetrar en el alma y abrasar por dentro a quien se atreviera a poner sus ojos encima.

Juan reconoció la primera vez que vio aquella silueta; fue la mañana en que llegaron a la granja, a través de la ventana de la cocina que miraba al porche, y al principio la tomó por un miembro del equipo, aunque más tarde se dio cuenta de que nadie más pareció reparar en él y al entrar en la casa no pudo reconocer a nadie que encajara con semejante descripción. En aquel instante, mirando el rostro pálido de su jefe, se dio cuenta de que al parecer no fue el único en ver la misteriosa aparición pues, a todas luces Ray lo había reconocido también y la sola idea le horrorizaba.

—Tenemos que deshacernos de esto. —Era la voz de Ray sacándole de sus cavilaciones y solo entonces fue consciente de que no había podido apartar la mirada del dibujo. Ray le arrebató el libro de las manos y él lo agradeció en silencio.

—¿Qué propones que hagamos?

—Quemémoslo todo. Esos libros, los muebles, todo; hasta que no quede ni rastro de lo que hubo aquí. En la parte de atrás de la casa hay un bidón.

Juan solo necesitó un segundo para comprender lo que aquello significaba antes de comenzar a recoger los libros con ambas manos, como si temiera que Ray pudiera cambiar de opinión, hasta que este se sumó a él. Trabajaron a gran velocidad, azuzados por una urgencia repentina que no dejaba de apremiarles, exigiéndoles que se movieran más y más deprisa. Cargaron con todos los volúmenes en dos viajes y los arrojaron dentro de un bidón de metal vacío, que fue utilizado en su día para la quema de rastrojos y desperdicios, y que serviría a la perfección para su propósito. Añadieron los restos de la estantería, que se desarmó prácticamente por voluntad propia antes de acabar en el fondo del barril y mientras Juan se ocupaba de encender el fuego, Ray volvió dentro una vez más. Al cabo de unos minutos regresó con un atajo de sábanas enrolladas entre los brazos, que arrojó con asco a las llamas que lamían el borde del bidón.

El humo que se elevaba de la pira era negro y pestilente; los dos hombres se apartaron unos pasos hacia atrás para evitar el contacto con aquella sustancia, temiendo que su olor quedara impregnado para siempre entre las fibras de su ropa, por muchas veces que la lavaran después. Ninguno de los dos dijo nada; recordaban a dos familiares al pie de una tumba, velando en silencio por un muerto poco querido. Cuando las llamas empezaron a menguar Ray miró en dirección a la casa a través de la columna de humo, que era cada vez menos denso, y distinguió una silueta oscura en una ventana del piso alto, mirándolos desde la penumbra con unos ojos encendidos por otra clase de fuego.

—No mires —le dijo a Juan, que empezaba a girar la cabeza siguiendo la dirección de su mirada, y este obedeció sin rechistar—. Se acabó el espectáculo. Será mejor que no vayamos de aquí, nos espera un largo camino hasta casa.

Los dos compañeros regresaron al coche, encendieron la radio y la calefacción, para calentar el espíritu y las manos, y sin añadir una

palabra más abandonaron la granja de la colina, la que fuera durante un corto tiempo el hogar de los Szahen.

Pasados unos meses, Juan pidió el traslado a Ocland, en la cosa sur del país, alegando la necesidad de un cambio de clima; los inviernos en Billstone eran muy fríos y duros, y su familia y él querían empezar una nueva vida en un lugar más cálido y acogedor, donde los días fueran largos y soleados y las noches frescas y breves, salpicadas con el olor salado del agua del mar, aunque Ray siempre pensó que había un motivo más, agazapado en el fondo de esa decisión, algo que quizás mantenía despierto a Juan en las horas más oscuras de la madrugada, susurrándole al oído recuerdos que trataba de olvidar. O quizás aquello era algo que solo le sucedía a él, la verdad nunca la supo. Ray se despidió de él con auténtica tristeza, pues durante aquel tiempo había crecido una complicidad entre ellos que nadie más podía entender; Juan se había convertido en lo más parecido a un amigo que había tenido, incluso cenaba alguna vez en su casa, donde conoció las habilidades culinarias de Vanesa y a su preciosa hija, y de cuando en cuando tomaban una cerveza en el bar después del trabajo. Pero entre los dos también flotaba una sombra permanente, una mirada perdida en el horizonte, un silencio suspendido entre ambos cuando nadie más estaba escuchando.

Escasas semanas después de la marcha de Juan, a Ray le detectaron un tumor en el pulmón; por las mañanas, desde hacía un tiempo, se levantaba muy fatigado y le costaba más esfuerzo del habitual llegar al final del día. Él, que siempre había sido un hombre fuerte y resistente, se negó a acudir al médico hasta que un día su secretaria lo encontró tirado en el suelo, detrás de su escritorio. Le llevaron al hospital, donde tras una serie de pruebas le confirmaron lo que él ya temía en su interior desde hacía tiempo. El cáncer se había extendido demasiado y en poco tiempo, no había nada que se pudiera hacer por atajarlo, tan solo le quedaba esperar a que llegara la hora tomando pastillas para aliviar los dolores más fuertes del lento pero inevitable proceso de la muerte. Pero Ray no era la clase de hombre que se sienta a esperar a que la muerte venga a buscarlo a la puerta de su casa mientras se retuerce de dolor en la cama y escupe trozos de su propio ser en la taza del váter. Escribió una

larga carta a su madre, que aún vivía, y otra más corta a su amigo Juan para despedirse de las dos personas más cercanas y queridas que quedaban en su vida, se tomó un vaso de wiski, cargó el arma reglamentaria y se disparó en la sien, desparramando sus sesos por el suelo de la cocina.

Capítulo 8



LA CABAÑA DE JAGA

El invierno en las montañas era severo, una época agotadora y difícil, incluso para las gentes del lugar acostumbradas a su furia y su crueldad, pero para la joven Marta era una época especialmente dura. Se había criado en la pequeña aldea de Plotsk, en un valle rodeado de las imponentes montañas y los densos bosques propios de aquella región del país. La aldea estaba formada por un puñado de cabañas y casuchas diseminadas de cualquier manera en la ribera del río, que en los meses de invierno se congelaba por completo. No había servicios de ningún tipo, ni comodidades y apenas comunicación con el mundo exterior, y aun así, nada tenía que ver con lo que sería su vida en la montaña tiempo después.

Los habitantes de aquella solitaria región sobrevivían gracias al esfuerzo de sus propias manos, a la fortaleza de sus cuerpos y a la resistencia de sus espíritus, porque la muerte podía reclamarles en cualquier lugar y momento, disfrazada con el traje de un animal salvaje que bajara hambriento de las montañas en busca de alimento, de una grieta traicionera y oculta en la roca al seguir el rastro de una presa herida o durante una discusión subida de tono y aderezada con una dosis de alcohol lo suficientemente alta como para tumbar a un hombre de las llanuras, como se conocía a las gentes del campo y de la ciudad. Allí cualquier cosa podía matar y cualquier ser vivo podía morir, pues la muerte es generosa repartiendo sus dádivas, y también sorpresiva.

Un día de invierno exactamente igual que aquel, pero tres años atrás, cuando Marta tenía quince años, regresaba a casa con el menor de sus cuatro hermanos en brazos y al entrar encontró a su padre reunido con un hombre desconocido en la sala principal de la casa. Su madre se hallaba en la cocina preparando la cena y Marta se apresuró hacia allí, pues sabía que no debía molestar a su padre cuando tenía compañía. Su madre desvió el rostro al verla entrar y sus ojos rehuyeron su mirada inquisitiva y Marta supo que había

ocurrido algo, o que estaba a punto de suceder; lo notaba en el ambiente de la cocina, en los modos de su madre, en su mirada huidiza y en sus mejillas rojas e hinchadas. Ella no era una mujer alegre, apenas recordaba las ocasiones en que la había escuchado reír y sus sonrisas podían contarse con los dedos de una mano, pues así era la vida allí, pero era fuerte y decidida, nada que ver con la mujer temblorosa que se afanaba en su cocina, y eso la inquietó todavía más. Trató de acercarse a ella, cada vez más preocupada, y estaba a punto de preguntar cuando la voz de su padre pronunció su nombre desde el salón. Al sonido de su llamada el estómago se contrajo dentro de su cuerpo y vio cómo su madre se encogía imperceptiblemente sobre sí misma, obstinada en darle la espalda.

—Ve, hija —le dijo con un hilo de voz; de repente parecía tan pequeña, tan débil y tan vieja que era difícil ver en ella a la mujer vigorosa y segura de sí misma de poco más de treinta años que en realidad era, una mujer capaz de hacerse cargo de sus cinco hijos, de la casa, de los animales y de su marido, procurando que a ninguno le faltara de nada.

Marta se estremeció; le hubiera gustado preguntarle qué sucedía, pero no tuvo el valor necesario para despegar los labios y, en su lugar, dio la vuelta y entró despacio en el salón mientras en su cabeza miles de ideas daban vueltas como una bandada de cuervos negros. Se detuvo en el umbral, como haría una hija respetuosa a la espera de las órdenes de su padre, cuando en realidad le faltaba el coraje necesario para aproximarse más. Sentado a la mesa se encontraba su padre, con la camisa desabrochada colgando descuidadamente de sus robustos hombros; siempre había pensado que era una persona excepcional, no por su manera de ser ni por su carácter, pero sí por su porte. Era un hombre muy grande, alto y fuerte, de anchos hombros y brazos bien redondeados por el trabajo diario, y con unas piernas que recordaban dos tocones de árbol, recias y firmes. De pequeña le había admirado por ello, de mayor le temía por lo mismo; sin embargo, cuando sus ojos repararon en el hombre que se sentaba frente a su padre, al otro extremo de la mesa, tuvo que reprimir una exclamación de asombro, obligando a sus labios a permanecer unidos. El desconocido era

considerablemente más alto y más grande de lo que su padre podría ser jamás, aunque tuvieran aproximadamente la misma edad; los brazos semejaban dos troncos de árbol, nudosos y fibrosos y el torso estaba esculpido en la propia roca. Tenía una larga melena negra a juego con una densa barba del mismo color que le ocultaba la mayor parte de la cara, pero los ojos destacaban, pequeños y brillantes como los de un cuervo, y la estaba observando en aquel momento como si ella no fuera más que un gusano, retorciéndose impotente sobre la tierra. Y así es como se sentía exactamente Marta.

—Ven aquí, pequeña, acércate. No tengas miedo. —Su padre no solía emplear aquel tono tan cariñoso, solamente cuando había bebido y quería algo de ella. En la mesa, entre los dos hombres, había una botella medio vacía que no pertenecía a su padre y dos vasos a los lados.

Marta se aproximó despacio hasta la silla de su padre y este le pasó un brazo por la cintura en un abrazo firme, como si quisiera sujetarla y asegurarse de que no se marchara, ella no levantó la vista de la superficie de la mesa, examinando cada detalle que veía con mudo y fingido interés.

—Parece tímida, pero no lo es en absoluto, es bastante lista para su edad, ¿sabes?

—Eso me trae sin cuidado —respondió el hombre desconocido rellenando los vasos con el licor de la botella, su voz era grave como una tormenta en la montaña.

—Pero sabe hacer los trabajos de la casa, despellejar animales y preparar las pieles, yo mismo la he enseñado a hacerlo —replicó su padre con orgullo. Marta se habría sentido halagada de no ser por la inquietante sensación de que no había captado un detalle importante.

—Eso está mejor, ¿cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir los quince.

—¿Y ya es una mujer?

—Oh, sí, desde el verano.

Al escuchar esas palabras la pieza que le faltaba encajó en su lugar y Marta lo vio todo con una claridad sobrecogedora, la realidad se abatió sobre ella como un alud de nieve, congelándola por dentro

y por fuera, sintió como su cuerpo empezaba a temblar y ella no podía hacer nada por detenerlo, ocupada como estaba por mantenerse en pie. Notó el abrazo de su padre apretando con más fuerza, como si respondiera a los temblores que sin duda debía sentir bajo su brazo; si no hubiera sido por él, Marta estaba segura de que habría caído de rodillas en medio de la habitación, incapaz de sostenerse por sus propios medios.

Marta no prestó atención a lo que se dijo a continuación. Cuando el contenido de la botella se hubo terminado, los dos hombres se despidieron el uno del otro y, sin prestar atención a Marta ni dirigirle una sola palabra, se dijeron adiós en la puerta acordando verse de nuevo pasados unos días. El padre de Marta cerró la puerta y se posó los ojos por primera vez sobre los de su hija, que esperaba apoyando una mano sobre la mesa para aguantar el peso de su cuerpo, y su mujer, que asomaba por la puerta de la cocina en ese momento.

—No quiero oíros a ninguna de las dos, ¿entendido? La decisión ya está tomada y no ha sido fácil. Marta, mañana puedes empezar a recoger tus cosas, tu madre te ayudará con lo más necesario, te marchas de esta casa el domingo. Y no se va a hablar más del asunto. Estoy seguro de que lo entenderás, ahora, vamos a cenar.

La madre de Marta regresó al cobijo de la cocina, ocultando el rostro tras con un trapo de cocina, y ella se dejó caer en la silla que había ocupado su padre, con la mirada perdida en el fondo de la botella que había servido para sellar su futuro y su destino, y con las palabras de su padre resonando en su cabeza una y otra vez. Nadie mencionó el asunto en lo que restaba de noche. Horas después, cuando yacía en la cama con las mantas estiradas hasta la barbilla para espantar el frío de la habitación y la mirada fija en la luz que entraba a través de la ventana, sin poder pegar ojo y pensando en lo que sería de ella a partir del domingo, la puerta se abrió sin hacer ruido y su madre se escabulló en el interior a través de la rendija. Se aproximó de puntillas hasta su cama y se sentó a su lado. Antes de intercambiar una sola palabra, la abrazó por encima de las mantas, estrechándola con fuerza contra su pecho; enseguida sintió el calor de su cuerpo pegado al suyo, que tanto había necesitado,

reconfortándola con su olor, y la humedad de sus mejillas contra las suyas. Madre e hija lloraron en silencio, amortiguando sus sollozos con sus propios cuerpos y, cuando parecía que no quedaban más lágrimas que derramar, se separaron y se miraron a los ojos por primera vez en aquella larga noche.

—Lo que he venido a decirte no va a servirte de consuelo, pero es lo que me dijo mi madre cuando tenía más o menos tu edad y ahora yo te lo digo a ti —comenzó su madre en susurros, para que sus palabras no salieran de la habitación—. Puede que ese hombre no te guste, puede que le tengas miedo y puede que con razón; ni siquiera sé si es una buena persona ni cómo te tratará la vida a partir de ahora, pero lo único seguro y cierto es que él se ocupará de mantenerte a salvo, a ti y a tu familia, la que formes a partir de ahora, como ha hecho tu padre con nosotros. La vida no es fácil aquí, ya lo sabes. Sin embargo, si no quieres lo que tu padre ha elegido para ti, tienes otra opción. Puedes huir. Márchate en medio de la noche, cuando todos duerman, y yo te ayudaré en lo que pueda. Sin embargo, has de saber que sobrevivir ahí fuera sin dinero, sin recursos y sin nadie a quien acudir en busca de ayuda es una sentencia de muerte; tu padre lo sabe, yo lo sé, pero, si aun así estás dispuesta a intentarlo, este es el plan. El sábado por la mañana, mientras tu padre se encuentre fuera, pondré tus cosas en una mochila, junto con provisiones y lo que pueda esconder de valor, además de algunas monedas. Lo guardaré bajo la tapia del pozo seco. Por la noche, cuando me asegure de que tu padre duerme profundamente, me escabulliré de la habitación y tocaré dos veces la puerta de la tuya, tienes que estar muy atenta pues no podré hacer mucho ruido. Después regresaré al dormitorio y me encargaré de que tu padre no salga de la cama bajo ningún concepto. Si no te detienes por el camino puedes llegar a la ciudad con la salida del sol y, desde ahí, dirigirte a donde te lleven tus pasos. La decisión es tuya, yo no puedo ayudarte en eso, pero te apoyaré en lo que elijas y lo comprenderé. Siempre te querré, ¿lo sabes?

—Si, mamá, lo sé. Y yo a ti también.

Se abrazaron de nuevo para sentir el contacto de sus cuerpos, sin derramar ni una lágrima más, ajenas al paso de las horas,

imaginando que en el mundo no quedaba nada fuera de las paredes de aquella habitación. Poco antes del amanecer, cuando el negro de la noche cerrada comenzaba a clarear al otro lado del cristal, la madre de Marta se incorporó y salió de la habitación sin añadir una palabra, todo estaba dicho, solo quedaba tomar una decisión.

Los dos días siguientes desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Marta no daba pie con bola, se encontraba torpe, despistada y se quedaba pensativa durante largos periodos de tiempo, su madre disculpaba su comportamiento, consciente de lo que pasaba por su cabeza en aquellos momentos y su padre hacía la vista gorda, sin permitir que nada interrumpiera su rutina diaria. Finalmente llegó la noche del sábado y Marta todavía no había tomado una decisión. Aquella noche ninguna de las dos mujeres pudo probar bocado; removían la comida en el plato, tratando de disimular los nervios que atenazaban sus estómagos y hacían temblar el tenedor en sus manos; su padre no dejaba de lanzar miradas furtivas hacia las dos mujeres, aunque optó por mantener la boca cerrada y terminar su cena en paz. Cuando llegó la hora de acostarse su madre le dio un rápido beso en la mejilla, temerosa de traicionarse si se demoraba un segundo más de la cuenta, y apretó su mano entre la suya, mientras no dejaba de repetirse que podría estar despidiéndose de su hija para siempre. Las manos de ambas temblaron al contacto y apartaron la mirada, por miedo a derrumbarse ante el peso de los sentimientos de la otra.

Las puertas de las habitaciones se cerraron y el silencio de la noche cayó sobre la casa y sus ocupantes. Marta se acostó sobre la cama con la ropa puesta, una parte de ella quería huir en medio de la noche, alejándose de aquel lugar y de su destino, y trataba de alimentar la pequeña llama del ansia de libertad que crecía dentro de su corazón con escaso éxito, pues por otro lado sentía miedo, miedo a estar sola en un mundo hostil que no conocía, miedo a perder a sus hermanos y miedo a perder a su madre, la única persona que la había querido de verdad y sin condiciones. Había sopesado sus opciones infinidad de veces desde el jueves, pero era incapaz de decidirse. Estaba inmersa en sus cavilaciones cuando escuchó dos débiles golpes en la puerta de su habitación, un

instante de silencio y después unos suaves pasos sobre las tablas del suelo, al otro lado de la puerta. Era la señal, si quería marcharse aquella sería su mejor oportunidad. Sin embargo, permaneció tendida en la cama, sin poder mover las piernas o las manos, paralizada. Su pecho pesaba una tonelada, aplastado bajo un peso invisible, y no era capaz de aspirar el aire necesario para llenar los pulmones. Pensó que se ahogaría sin poder hacer nada por remediarlo y le pareció bien. Aquella sería una solución a su problema que su madre no le había mencionado y no le supondría ningún esfuerzo, solo tenía que permanecer tumbada y permitir que el peso de la vida la aplastara paulatinamente hasta robarle todo el aire de los pulmones y después, la nada. El sueño eterno, el olvido y el descanso, sin más preocupaciones, sin más angustia y sin dolor. Sería placentero dejarse llevar, flotando a la deriva encima del colchón como si se hallara en alta mar, con el cielo abierto por encima de su cabeza, meciéndose suavemente sobre las olas, ingrávida.

El canto del gallo la despertó como un golpe, se incorporó en la cama, con la luz del sol entrando en su habitación a través de la ventana y los sonidos cotidianos de la casa, que le indicaban que se había quedado dormida hasta el amanecer. El sueño finalmente la había vencido, seduciéndola con promesas de una vida mejor, y Marta se había dejado convencer, aliviada por no tener que tomar una decisión.

La madre de Marta se levantó antes de la primera luz y se puso la bata y las pantuflas con los dedos temblorosos de una anciana; el corazón le latía desbocado en el pecho y tras una noche entera sin pegar ojo, atenta a cualquier sonido que delatara la decisión de su hija, estaba hecha un manojo de nervios. Salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido; su marido no tardaría en levantarse y necesitaba aquellos primeros minutos para ella sola. Se aproximó a la habitación de su hija y agarró el picaporte, conteniendo el aire en los pulmones al tiempo que abría la puerta.

Marta continuaba sentada en la cama, vestida con la ropa del día anterior, ahora arrugada, y la cama sin deshacer bajo su cuerpo; miró a su madre con ojos aturdidos, como los de un animal asustado

y confuso, y su madre le devolvió la mirada, alzando la barbilla, apretando los dientes y recuperando el habitual gesto de su rostro que había perdido durante los últimos días. Ninguna de las dos abrió la boca, no hacía falta, la decisión estaba tomada.

En ese momento, tres años después, recordaba aquel día como si hubiera sido ayer, mientras fregaba los platos en la pila de la cocina y veía cerrarse el invierno alrededor de la cabaña en la que vivía, en la misma falda de la montaña, dentro del corazón del bosque. A su lado, en el suelo de la cocina, Nel jugaba con una cuchara y un plato de madera. Era una preciosa niña de exactamente tres años, con el pelo castaño y frágil de su madre pero con la mirada acerada propia de su padre. El día que llegó a la cabaña montada en el caballo de su marido, portando el mismo fardo que su madre había preparado para su huida, a excepción de las monedas y los objetos de valor, él la tomó nada más cruzar el umbral de la puerta, en el mismo suelo de la cocina. Solo después supo su nombre, Basil, cuando se presentó mientras se abrochaba los pantalones. Y de aquella primera experiencia nació su hija, la única alegría que había en su vida y la razón de su existencia.

Los años que siguieron a su llegada no fueron fáciles, pero Marta fue reponiéndose de cada golpe, haciéndose cada vez más fuerte y más lista, aprendiendo a lidiar con aquel hombre dos veces mayor que ella en edad y en tamaño, y al menos cuatro veces más fuerte. Pero últimamente algo había comenzado a inquietar a Basil y eso la tenía preocupada a ella. Basil quería un hijo. No sentía ningún cariño por Nel y así se lo hacía saber, aunque no la trataba mal, pero tampoco ocultaba que lo que de verdad ansiaba era un varón, alguien a quien enseñar y compartir el oficio de cazador, alguien que le ayudara en su trabajo diario y con el que pudiera tomar una copa de licor de vez en cuando. El problema era que Marta no había vuelto a quedarse embarazada desde aquella primera vez. El obstáculo no era ni de lejos la falta de interés o insistencia de su marido porque, después de todo, aun después de dar a luz a Nel, seguía siendo una hermosa muchacha que aún no había cumplido los dieciséis años y él no paraba de intentarlo, de día y de noche; cualquier momento era bueno y cualquier manera era adecuada para

lograr su objetivo. Marta aguantaba sin protestar y hacía lo posible por favorecer el embarazo, tal y como su madre le había enseñado, pero su cuerpo se negaba a albergar una nueva vida.

Con el paso del tiempo el temperamento de Basil se fue endureciendo; ella comprendía su frustración aunque no sabía qué podía hacer al respecto. Una noche, después de montarla en la cama como si fuera una yegua, se dejó caer sobre la almohada a su lado mientras Marta se enredaba en su maraña de ropas tratando de vestirse; estaba de mal humor pero tenía ganas de charlar, lo que resultaba en una combinación peligrosa e imprevisible.

—Bueno, ¿y qué? ¿Esta vez podrás quedarte embarazada? ¿Qué me dices? ¿Guardas en ese vientre algún hijo para mí, pequeña cachorra? —Basil la agarró por la cintura antes de que tuviera tiempo de ponerse a salvo y la atrajo hacia sí, tirándola sobre el colchón junto a él. Su enorme cuerpo era como una montaña cerniéndose sobre el de ella. Continuó hablándole al oído con voz grave y pausada al tiempo que la acariciaba—. He pensado una cosa, ¿quieres que te la cuente? —Marta no quería, pero asintió con la cabeza—. He sido bueno contigo durante estos años; he cuidado bien de ti y de tu hija —pronunció la palabra como si de verdad no fuera hija suya, solo de ella y de nadie más—, nunca os ha faltado comida en la mesa ni abrigo contra el frío, hay leña en el hogar y no existe un solo hombre que se atreva a hacerte daño mientras estés bajo mi techo, ¿no es cierto lo que digo?

—Sí, cariño —respondió Marta con prudencia, sin saber hacia dónde les llevaba la conversación.

—Te he pedido a cambio una sola cosa. Solo una, pero la más importante, y tengo derecho a pedírtela. No se trata de un capricho ni de un antojo que debas tomarte a la ligera, sino la razón de que tú estés aquí, el motivo último por el que llegaste a esta casa, más allá de una diversión pasajera o la comodidad que tu presencia me reporta.

—Lo sé, Basil créeme. Nada me haría más feliz que darte aquello que deseas, pues también sería una bendición para mí.

—Shh, calla, no me interrumpas. Sé que tienes buen corazón y que tus intenciones son sinceras, jamás lo he dudado, es la utilidad

de tu seno lo que me preocupa. He sido paciente, sé que esas cosas de la naturaleza requieren un tiempo, pero empiezo a impacientarme.

—¿Y qué sugieres? —se atrevió a preguntar con la voz quebrada, volviendo el rostro hacia la pared para que no pudiera leer el miedo en sus ojos.

—Verás, he estado pensando en algo. Pero deja que te cuente una historia primero, acércate, túmbate a mi lado, cachorrita.

Marta se recostó sobre la almohada, cubriendo su cuerpo con el vestido que no había tenido tiempo de ponerse, mientras la áspera palma de la mano de Basil subía y bajaba por la cara interior de sus muslos, acariciándola rítmicamente, y su profunda y ronca voz comenzaba a desgranar un relato que ella no quería conocer.

—Hace mucho tiempo se decía que la magia vivía en estas montañas. La gente del valle lo habéis olvidado, pero aquí arriba siempre ha habido *cosas* que caminan entre los árboles recorriendo senderos desconocidos para los hombres. Los viejos contaban historias sobre seres que deambulan en la noche, a la luz de la luna, con pies incorpóreos que no dejan huella en la nieve recién caída. Hablaban también de criaturas feroces, mitad hombre y mitad oso, que caminan a dos patas apartando con las zarpas las copas de los árboles más altos, capaces de quebrar los huesos de un hombre adulto igual que una cerilla entre los dedos; y de entes desconocidos que se llevan a los niños recién nacidos, arrancándolos de sus cunas en mitad de la noche para arrastrarlos al corazón del bosque, donde desaparecen para no regresar jamás. Eran muchas las historias que se narraban a los críos antes de dormir, pero de entre todas ellas había una que tenía nombre propio. Ese nombre era Jaga y ella era una bruja.

Basil guardó silencio, tal vez con la intención de que sus palabras calaran más profundamente en la impresionada mente de Marta, pero también puede que necesitara un momento para convencerse antes de continuar, sabía que, si comenzaba a contar esa historia, si evocaba el nombre de Jaga, tendría que seguir hasta el final, a cualquiera que este fuera. Marta se removió, como si algo en su interior pudiera percibir la inquietud en el aire, y buscó por instinto

el calor del cuerpo de al lado, apretándose contra él; aquel nombre evocaba en ella vagos y lejanos recuerdos, escenas de noches oscuras y frías como aquella, cuando no era más que una niña y la voz que desgranaba las palabras del cuento era otra, suave, arrulladora y cálida como un beso.

—Todo ocurrió mucho tiempo atrás, cuando el padre de mi abuelo no era más que un niño. Se contaba de ella que era una chica hermosa, mucho más hermosa de lo que tu podrías ser jamás: tenía el cabello largo, rizado y brillante, y tan negro como el firmamento en una noche estrellada, los ojos eran grandes y oscuros y se decía de ellos que encerraban la fuerza y la potencia de una tempestad a punto de estallar. Era indomable, hacía lo que quería y cuando le venía en gana, ni siquiera su padre era capaz de meterla en cintura y, por si fuera poco, todos los hombres que se cruzaban en su camino perdían la cabeza por ella, hechizados por sus miradas y el movimiento de sus caderas. Ella lo sabía y lo utilizaba para conseguir cualquier cosa que se le antojara.

»Un buen día, mientras su padre se encontraba en el bosque, cortando árboles viejos para el invierno y su madre desplumaba un pollo para la comida, Jaga cogió el balde con la ropa sucia y se dirigió al río, como hacía una vez por semana. Quizás no se dio cuenta, o quizás lo hizo pero no le concedió la importancia que debiera, pero tras sus pasos varios hombres de la aldea tomaron el mismo camino. En silencio y a cierta distancia los unos de los otros siguieron a la muchacha hasta el río, pero les delataba el sigilo de sus movimientos y las miradas furtivas que se dirigían los unos a los otros. Jaga dejó el balde en la orilla y se dio la vuelta, encarando a los hombres y muchachos que tan bien conocía y que tenía por buenos vecinos o compañeros, y en lugar de salir corriendo se burló de ellos entre carcajadas, y tal era la fuerza de su mirada que los más jóvenes de entre ellos dieron un paso atrás, deseando encontrarse en otro lugar, lejos de aquella chica. Pero el instante de duda pasó y solo cuando el círculo formado por las fornidas espaldas de los hombres se cerró en torno a ella, el miedo consiguió encontrarla al fin y trató de huir, pero era demasiado tarde.

»Cuando terminaron con ella regresaron a la aldea cada uno por su lado, caminando como en sueños, igual que soldados que regresan del campo de batalla, agotados y horrorizados a partes iguales; pero aquellos que se cruzaron en su camino pudieron leer claramente lo sucedido en sus miradas y en sus rostros manchados con el color rojo de la sangre. La madre de Jaga, inquieta por su tardanza, vio pasar a su vecino por delante de su ventana con el gesto descompuesto y la ropa desarreglada e imaginó de inmediato lo que había sucedido.

»Encontró a su hija tumbada en la hierba sobre los jirones de su propia ropa, parecía que una manada de hienas se había ensañado con su vestido hasta dejarlo reducido a tiras y después, había tratado de hacer lo mismo con su cuerpo. No quedaba ni un centímetro de su blanca piel sin marcar; profundos arañazos recorrían sus piernas y su vientre de arriba abajo, surcaban sus pechos y su garganta y atravesaban su rostro, atravesando el ojo derecho desde la frente hasta la mandíbula. Jaga levantó el rostro hacia su madre y rogó ayuda con su único ojo, pues no le quedaban fuerzas para mover los labios, pero las palabras de su madre sonaron afiladas como estacas que clavaron su carne profundamente a la tierra.

»—¿Ves lo que has hecho? Esto es lo que has conseguido con tus miradas y tu lengua sucia. Sabía que algún día sucedería algo así. ¡Conviertes a los hombres en bestias! —gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas pero sus labios escupían gotas de saliva con cada palabra—. Tienes el don de atraer hacia ti el mal, ¿me oyes? Lo siento cuando te miro a la cara.

—Madre... —apenas era un graznido con forma de palabra, pero logró hacer callar a su madre como lo haría el restallido de un trueno.

Durante un instante ninguna de las dos dijo nada, la una no podía, había gastado lo que le quedaba de energía en esas dos sílabas, y la otra no se atrevía, aún desvalida y maltratada la muchacha que yacía ante ella poseía una furia que temía desatar. La mujer dio un paso atrás y, como si esa corta distancia le insuflara el valor necesario, escupió las frases que había venido a decir.

—Yo no me merezco esto, tu padre no merece una hija así. Márchate, Jaga, no vuelvas a poner los pies en nuestra casa. Tú ya no eres nuestra hija.

»Giró sobre los talones y huyó a la carrera de regreso a la aldea, convencida de que en cualquier momento sus piernas fallarían y se desplomaría sobre el camino; nada de eso sucedió pero el destello acerado del único ojo de Jaga la persiguió durante todo el trayecto y en sus sueños durante muchas noches a partir de entonces. Al anochecer, cuando su arrepentido padre regresó al lugar de los hechos no halló ni rastro de su hija, tan solo una mancha de sangre sobre la hierba fresca y las profundas marcas que dejaron sus dedos sobre la tierra como un último recuerdo de lo sucedido.

»Pero esa no fue la última vez que vieron a Jaga en la aldea, meses después, cuando casi todo el mundo había olvidado el incidente, desapareció el primer niño. Su madre acostó al pequeño en el cuarto contiguo al suyo y cuando acudió a despertarle a la mañana siguiente se encontró con su pequeña cama vacía y, entre las mantas, en el lugar que debía ocupar el niño, alguien había depositado una tira de tela vieja y sucia, enrollada y anudada sobre sí misma.

A partir de aquella noche las desapariciones de niños continuaron repitiéndose en la aldea y en las granjas vecinas, incluso de pueblos más alejados comenzaron a llegar relatos de hechos similares y, en cada caso, en la cama del pequeño aparecía un recuerdo en forma de tela tranzada, como grotesca compensación. Los rumores no tardaron en circular de boca en boca y se extendieron tan deprisa como el miedo, inflamando la imaginación de los desesperados padres, que no sabían qué hacer para proteger a sus familias. Se organizaron partidas de búsqueda que se internaron en los bosques y rastrearon la falda de la montaña, sin hallar ninguna pista de los pequeños ni de su secuestrador. Aquella situación no era normal, cualquier hombre de carne y hueso habría dejado tras de sí un rastro, un indicio, una huella que el agudo olfato de un perro pudiera captar y seguir, pero los perros no querían ni acercarse a las vacías camas de los desaparecidos, en su lugar reculaban emitiendo gruñidos bajos y guturales, como si fueran

presa de un dolor o un terror tan atroz que fuera más poderosos que su propio instinto. Poco a poco, la gente comenzó a creer a aquellos que aseguraban haber visto la silueta de una mujer poco antes de los ataques, caminando desnuda por los tejados en medio de la noche, con el pelo negro flotando alrededor de un pálido rostro.

»No tardaron en pronunciar el nombre de Jaga, por primera vez en meses lo sucedido aquel día volvía a hacerse presente en el recuerdo de la gente. Una noche, al caer el sol, un grupo de hombres se reunió en la plaza con la intención de vigilar y proteger sus hogares de otro ataque nocturno. Acudieron armados con las herramientas más afiladas que pudieron encontrar en sus cobertizos y con antorchas encendidas para darse luz y calor, pero terminaron por beber y hablar más de la cuenta, hasta que la botella vacía guio sus pasos a la antigua casa de Jaga. Aporrearon la puerta y exigieron explicaciones a sus padres, pero estos poco podían ofrecer para satisfacer su venganza, así que entraron a cobrarla por sus propios medios.

»Aquella noche no desapareció ningún niño en el pueblo ni en los alrededores, un acto así no hubiera pasado desapercibido a los ojos de nadie pues toda la aldea quedó iluminada por el incendio y el cielo nocturno lucía tan claro como al atardecer. La casa de Jaga ardió hasta los cimientos y con ella sus dos ocupantes, que fueron devorados por unas llamas tan feroces que no se halló ni rastro de sus cuerpos carbonizados; el fuego ardió durante toda la noche y todo el día siguiente, sin que ninguno de los vecinos se atreviera a aproximarse a los rescoldos hasta que el último penacho de humo fue arrastrado por el viento.

Basil guardó silencio, sus últimas palabras sonaron roncas por el esfuerzo de la prolongada narración, no estaba acostumbrado a discursos tan largos y disfrutó del silencio que se respiraba en la habitación ahora que había terminado. Se había levantado un fuerte viento, cobrando mayor fuerza a medida que el relato llegaba a su conclusión, y al finalizar golpeaba en las contraventanas, tratando de deslizarse en el interior del cuarto con ellos, meterse entre las sábanas y acariciar sus cuerpos, Marta lo sentía rodeando la casa. De repente Basil se levantó sin mediar palabra, se vistió y encendió

su pipa, dando una profunda calada; el espacio vacío que había dejado su cuerpo se llenó enseguida de un aire frío que le puso la piel de gallina y pensó que su vida sin Basil sería así, un enorme y gélido vacío donde antes había calor y seguridad y le odió aún más por ello.

—Basil —llamó con voz queda.

—¿Qué pasa?

—¿Es así como se hacen las brujas? ¿De la desgracia y del dolor?

—No. No, pequeña. Es la furia y el deseo de venganza lo que les confiere poder.

El eco de sus palabras se apagó, como si la nube de humo que flotaba alrededor de su cabeza se hubiera tragado el sonido de su voz, y el cuarto se llenó de silencio de nuevo. Todos los fragmentos de la historia revoloteaban en la cabeza de Marta y los nombres y los rostros se mezclaban, adquiriendo nuevos significados.

—Por poco me olvido de lo que quería decirte —su voz sonó potente y firme de nuevo y consiguió romper el embrujo en el que había caído Marta, cuyo cuerpo se enervó sobre el colchón, tensándose como la cuerda de un arco. Basil chupó su pipa y un denso penacho de humo flotó directamente hacia ella, imaginó que tenía la forma de un dedo que se enroscaba en su pelo, impregnándola de su intenso olor—. Aún quedan fuerzas ocultas en las montañas, poderes que un hombre puede invocar si sabe a quién acudir y dónde buscar. Y yo conozco ambas cosas.

—¿A quién te refieres? ¿No estarás pensando en…? —no se atrevió a pronunciar su nombre, la lengua se le trabó tras los dientes y permaneció callada, deseando escuchar una palabra que aplacara sus temores.

—Ella conoce la manera, ignoro cuál será el precio a pagar, pero estoy dispuesto a correr con el gasto —cuando dio la vuelta Marta captó su mirada antes de que lograra esconderla. Estaba mirando hacia la puerta, tras la cual se encontraba la habitación de su hija. Saltó de la cama y se lanzó hacia su marido con los puños en alto.

—¡No te atreverás, maldito! ¡Ni se te ocurra pensar en ello!

—¡Eh, eh! Cálmate, todavía no hay nada decidido —contestó riendo y atrapando los insignificantes puños de Marta con sus zarpas

de oso, la hizo girar como a una niña pequeña y apretó su espalda contra su pecho al tiempo que acariciaba su plana barriga con el dedo de una mano—. Pero es una bruja y no hay nada que le guste más a una bruja que la tierna y jugosa carne de...

—¡Cállate! —consiguió librarse de su abrazo de hierro y se precipitó hacia la puerta de la habitación—. No vuelvas a decir eso en mi presencia, no te lo permitiré.

—Eso ya lo veremos, cachorra mía. Pronto lo veremos.

Sus carcajadas persiguieron a Marta cuando abandonó la habitación y corrió a refugiarse en el cuarto de su hija; Nel dormía profundamente, ajena a los cuentos de brujas y al llanto de su madre. Marta se secó las mejillas y se sentó en el suelo, junto al colchón de la niña, para poder agarrar su pequeña mano entre las suyas y lograr así que dejaran de temblar. Mucho más tarde, cuando el silencio se apoderó del resto de la casa, ella seguía allí, sujetando los dedos de su hija, sintiendo su calor a través de las mantas y preguntándose hasta dónde estaría dispuesta a llegar para conservarla a su lado. Conocía la respuesta incluso antes de formular la pregunta.

Cuando despertó en su cama a la mañana siguiente recordaba la noche anterior como parte de un sueño, retazos de conversación acudían a su mente cansada junto con sensaciones y olores, recordaba el aroma del tabaco de pipa de su marido y el sonido del viento golpeando en las ventanas y el suave tacto de la piel de Nel bajo las yemas de sus dedos. Entonces recordó que estaba asustada, no sentía tanto miedo desde la noche en que su padre anunció que debía marcharse con el hombre que era su marido, miedo de lo que este pudiera hacer si no lograba engendrar una vida en su interior pero, al mismo tiempo, un terror nuevo y desconocido ante lo que ella misma debía llevar a cabo. Sin embargo, no quiso quedarse de brazos cruzados esperando a que el destino decidiera por ella por segunda vez. Se propuso tomar el único camino que le quedaba y ponerse en marcha cuanto antes. Aprovechando la ausencia de Basil que había salido a primera hora y no regresaría en el resto del día, se abrigó lo mejor que pudo y enrolló a la pequeña Nel en gruesas mantas, formando con su cuerpo un apretado fardo.

Se enfundó unos acolchados mitones y, cargando a la niña en brazos, comenzó a subir por la ladera. No tenía ni idea de la dirección que debía tomar, de cuánta distancia debía recorrer o qué buscaba concretamente, una cabaña, un chamizo, una torre..., decenas de ideas desfilaban por su cabeza con cada paso que daba pero Marta no se dejó avasallar por ellas, continuó buscando bajo el viento, el agua y la nieve hora tras hora y un día detrás de otro.

Tardó una semana en localizar la cabaña, con ayuda de escuetas indicaciones que consiguió sonsacarle a Basil mientras le servía un vaso de licor detrás de otro, y, cuando por fin la tuvo delante, vaciló. La cabaña no era más que una casucha que se caía a pedazos, remendada con toscos tablones y forrada con tela embreada para aislarla de la humedad y del viento de las montañas. Era pequeña y destartalada, con el tejado hundido bajo el peso de la nieve acumulada que amenazaba con ceder en cualquier momento, y, a pesar de ello, en la soledad de la espesura del bosque, recordaba un oasis en el desierto.

Un delgado tubo de metal coronaba la estructura y hacía las veces de chimenea, de allí salía un fino penacho de humo y permanecía flotando por encima del tejado, bailando con el viento, antes de elevarse y desaparecer. Marta se dio cuenta de que Nel lo miraba con los ojos abiertos de par en par, la pequeña estiró su diminuta mano, tratando de alcanzar la sinuosa forma que trazaba el aliento del hogar en el cielo y reía al no poder apresarlo, viendo cómo escapaba de sus dedos hacia el firmamento. La risa de la pequeña no parecía desentonar en aquel lugar, al contrario de lo que había pensado Marta, mientras observaba el claro y la cabaña que albergaba le pareció que el lugar estaba henchido de magia y lo que en un principio le había parecido triste o andrajoso en ese momento se revelaba ante sus ojos con una calidez acogedora. Cada cosa se encontraba en el lugar que le correspondía, un claro alfombrado con un blanco manto, las copas de los árboles meciéndose rítmicamente y balanceando sus frondosas ramas, susurrando entre ellas secretas canciones, la cabaña al fondo del claro, invitando a entrar y descansar del frío entre sus cuatro paredes, con un fuego preparado en el hogar para calentar las manos y los corazones de los visitantes

y, alrededor de esta, un manto de exuberantes flores amarillas, que proporcionaban la luz de miles de estrellas, diminutas y danzarinas. Formaban un círculo perfecto en torno a la casa; pequeñas flores de un brillante tono amarillo con sus aterciopelados capullos que se alzaban de puntillas por encima de la capa de nieve acumulada, resistiendo las bajas temperaturas de la montaña y del invierno sin sufrir sus consecuencias. Era algo inaudito, pensaba Marta mientras miraba a su alrededor con la boca abierta, las flores de ese tipo no podían crecer en esas altitudes ni con temperaturas bajo cero, ni siquiera era la época para ello, pero indudablemente allí estaban, delante de ella, alfombrando la entrada a la cabaña, dándole la bienvenida y señalando el camino.

Marta permanecía de pie delante de la cabaña esperando el coraje que le faltaba para dar el siguiente paso, pero este tardaba en llegar y cuando estaba a punto de dar media vuelta y regresar a casa la puerta de la cabaña se abrió con el chirrido de la madera vieja. Nadie salió a recibirla, pero la puerta abierta era una invitación, la casa aguardaba una respuesta y Marta aceptó. Se aproximó al umbral, pasando por encima de una serie de dibujos trazados en el suelo que llamaron enseguida su atención. Los dibujos daban forma a un círculo que comenzaba donde terminaban las flores y que rodeaba la casa, conteniéndola en su interior como la pupila de un ojo, con una serie de surcos y letras de un color rojizo que había calado a gran profundidad en el terreno helado.

—Pasa, cachorrita, no te quedes fuera —se escuchó la voz desde el interior, sonaba vieja y estridente y encerraba un tono burlón que encendió la furia en el pecho de Marta y la ayudó a franquear el umbral.

Dentro reinaba una penumbra densa, mitigada solo en parte por la luz que irradiaban los troncos encendidos de una chimenea de piedra, el humo flotaba en el interior, bien procedente de la combustión de la madera, bien de las hierbas que hervían en una cazuela sobre el hogar. El olor era intenso, picante, y se metía en los ojos de Marta, obligándola a parpadear para contener las lágrimas.

—Vaya, vaya, me preguntaba qué aspecto tendrías. —Una penetrante y fría mirada acompañó a esas palabras, atravesando

ropa, carne y huesos—. Debes estar cansada del camino. Siéntate, hablemos. A eso has venido.

La mujer se recostaba sobre un camastro, a la derecha del fuego que presidía la única habitación, y en frente de ella había una mesa pequeña con una silla que señaló con el gesto de una mano; Marta se instaló allí, y acomodando a la niña sobre sus rodillas comenzó a acunarla para que se quedara dormida, pues no quería que recordara el lugar ni escuchara nada de lo que se iba a decir.

—No te preocupes por ella —habló Jaga en respuesta a los pensamientos de Marta, que no había llegado a verbalizar, pues aún no había tenido el valor de despegar los labios—, dormirá.

Y tras esas palabras Marta vio como los ojos despiertos y vivaces de su hija se cerraron al instante y su respiración se tornó pausada y rítmica. La estrechó con fuerza contra su pecho, solo para asegurarse de sentir el calor de su pequeño cuerpo, y miró al fin a los ojos de su anfitriona.

Las llamas danzaban sobre el rostro de la mujer, acariciando una piel tersa que no encajaba con su voz y un pelo negro, salpicado de canas, que caía en apretados rizos sobre sus hombros. Se cubría el cuerpo con una túnica holgada y de gruesa tela que hacía imposible adivinar sus formas, pero Marta imaginaba que bajo la capa de ropa se escondía un cuerpo perfectamente firme y moldeado, para el disfrute y la perdición de cualquier hombre. Bajo la túnica asomaban sus pies descalzos, de piel clara y suave, que recordaban los de una niña pequeña.

Las llamas de la hoguera saltaban en los ojos de Jaga, arrancando destellos de color naranja, amarillo y blanco, y Marta no fue capaz de aguantar el examen de esa mirada. Sentía sus pupilas como dedos, recorriendo cada centímetro de su piel para introducirse después bajo ella; estaba expuesta, desnuda ante aquella penetrante y descarada mirada. Apartó la vista, temiendo perderse en la oscuridad de sus ojos, y luchó con su garganta para pronunciar una palabra pero no sucedió nada.

—Ya es hora de romper esta tensión que hay entre nosotras, ¿no te parece? Yo sé quién eres tú, tú sabes quién soy yo y, además,

también sé por qué estás aquí, pobre desgraciada, así que déjame decirte que no.

—¿No? ¿A qué te refieres? —la franqueza de la mujer actuó como combustible para su cuerpo, que se encendió de rabia al escuchar aquellas palabras pronunciadas de manera tan indolente, despectiva y altanera. Marta estaba acostumbrada a los insultos y a las conversaciones desagradables, pero aquello superaba con creces lo que estaba dispuesta a soportar de una desconocida, por muy bruja que fuera. Sintió enrojecer sus mejillas y el calor del fuego se extendió por el resto del cuerpo, tenía ganas de gritarle a la cara a aquella repelente mujer, de escupirla y arrojarla a las llamas de la hoguera para ver como salía por el tubo de la chimenea convertida en un penacho de humo. De pronto Jaga estalló en unas descontroladas carcajadas, hasta el punto de doblarse por la mitad mientras se sacudía como presa de violentas convulsiones, y Marta tuvo el inquietante presentimiento de que había oído todos sus pensamientos y que no había dejado de provocarla desde que entró por la puerta. Cuando al fin logró dominarse se irguió sobre la cama y respondió a la pregunta sin ocultar la sonrisa de sus labios.

—Quiero decir que no, a todo: no estás embarazada, no vas a estar embarazada nunca más y no voy a ayudarte con eso.

—¿Por qué? —Escupió la pregunta con furia, elevando tanto la voz que temió despertar a Nel.

—Por muchas razones, tengo todas las que quieras, aunque no necesite dártelas. Pero te las ofrezco de buena gana. La primera, y la más importante, es que no quiero; este es mi don, mi poder, y no quiero deshacerme de él.

—Yo no te pido que me des tu poder, solo que lo compartas conmigo; de otra manera él se la llevará y te la entregará y yo no voy a permitir que eso suceda. Te pido que le salves la vida a mi hija y con ella, la mía. Haría cualquier cosa por ella.

La mujer rompió a reír de nuevo al escuchar sus fervientes palabras y Marta comprendió que todo esto no era más que parte de un juego para ella, se divertía a su costa, como un gato que juega con el ratón antes de propinarle el mordisco final y partir su columna por la mitad.

—Pero qué buena madre eres, mírate, toda una fierecilla. ¿Basil te ha dicho que voy a comerme a tu hija? ¿Te ha dicho con qué debo acompañarla? Debe estar pasándoselo de miedo contigo, ¿no?

—No voy a seguirte el juego, he venido a ti en busca de ayuda, cuando necesite una dosis de humillación regresaré a casa.

—En eso no te falta razón. Déjame ser sincera contigo por esta vez, no voy a hacerlo porque eres una buena persona, nada más. Y no lo soportarías. Lo que me pides conlleva un gran sacrificio y tú no estás preparada para afrontarlo.

—Eso no puedes saberlo. Dime lo que es y asumiré las consecuencias, déjame hacerlo.

—¡Tonterías! Hablas de consecuencias cuando no tienes ni idea de lo que supone. Te quebrarías, te abrasarías como una rama seca en una hoguera, y la niña se quedaría sin madre.

Esas últimas palabras la golpearon en el corazón con la fuerza de una pedrada. Lo que la mujer decía tenía sentido; no sabía a qué tendría que exponerse, todo eso formaba parte de un mundo desconocido y aterrador, pero fuera lo que fuese parecía más peligroso de lo que había imaginado. La mujer se levantó de su jergón y se aproximó despacio a Marta. No era alta, aunque caminaba con un paso seguro y firme, desafiante; irguió la espalda y una prominente tripa asomó por entre las ropas, revelado un embarazo muy avanzado. Se detuvo delante de Marta, tan cerca que su vientre hinchado casi rozaba su cara, y esta vio con horror que la piel bajo las ropas se movía con movimientos ondulantes, como un globo lleno de agua.

—Vete a casa, Marta, y cuida de tu hija lo mejor que puedas. El tiempo proveerá. Tú no puedes hacer nada al respecto.

Su voz era como terciopelo, susurrante y persuasiva, y Marta deseó salir de allí lo más deprisa posible. El humo en la pequeña habitación comenzaba a resultar asfixiante y la escasa luz tenía un efecto opresivo, como si el espacio fuera haciéndose cada vez más y más pequeño, ahogándola en su interior. De pronto, cobró consciencia por primera vez de la presencia de alguien más, algo se erguía detrás de ella, tan cerca que necesitaba girar la cabeza para encararlo.

—No mires. Mírame a mí —la voz de Jaga resonó imperiosa y Marta se quedó congelada en la silla, incapaz de mover ni un pie—. Ahora vete a casa; ve segura, que nada te perseguirá.

Marta se levantó y se dirigió hacia la salida como si caminara en sueños, en cuanto puso los pies en el sendero respiró con fuerza, llenándose los pulmones, y sintió que un velo gris le caía de los ojos. La niña se removió en sus brazos, intentando sacar la cabeza, así que cerró la manta alrededor del cuerpo de la pequeña y tomó el camino que la llevaría de vuelta; antes de abandonar el umbral escuchó una frase, pero no entendió a quién iba dirigida y después no supo si fue real.

—Ella no es para ti —dijo Jaga a sus espaldas.

Pasaron los días y las semanas y Marta no podía quitarse de la cabeza la conversación con la bruja. Notaba cómo Basil dirigía miradas furtivas a su tripa, tratando de distinguir los primeros síntomas de un embarazo, pero ella sabía que eso no iba a suceder. Pronto él también se daría cuenta y seguiría adelante con su plan, cualquiera que este fuera en realidad.

Una noche, cuando su marido dormía profundamente después de vaciar una botella entera de licor Marta tuvo la oportunidad que había estado esperando durante días y abandonó la cama a hurtadillas. Se vistió y comprobó que su hija dormía profundamente, tras lo cual salió de la casa sin hacer ruido. Recordaba el camino y no le llevó mucho tiempo alcanzar la cabaña de Jaga a pesar de la oscuridad, pues la luna brillaba alta en el cielo y reflejaba su pálida luz en la nieve del camino, por entre las copas de los árboles. Traspasó el círculo de flores con cuidado para no pisar ninguna y dio la vuelta por un lateral de la casa, donde había visto un pequeño ventanuco en su anterior visita.

No estaba segura de lo que esperaba encontrar al espiar en medio de la noche, pero lo que vio la dejó sin aliento, pegada al sucio cristal de la ventana, atrapada sin poder moverse por la curiosidad y por el miedo. Jaga estaba tendida en la cama completamente desnuda, la tripa se elevaba puntiaguda y prominente, con la piel estirada y lisa de un tambor; el fuego que ardía en la chimenea era mucho más intenso que la vez anterior e

iluminaba todos los rincones de la habitación, tiñendo de un tono tostado su piel. Jaga tenía los ojos cerrados y la cabeza levemente reclinada hacia atrás, levantaba los brazos por encima de su cabeza, como si flotara sumida en un sueño placentero, los pechos hinchados subían y bajaban rítmicamente, hipnóticos. El resto de su cuerpo se contorneaba al son de una música que nadie más podía oír, sinuosamente, con los movimientos de una serpiente tendida bajo el sol. Marta miraba extasiada la escena, humedeciéndose los labios sin darse cuenta, mientras comenzaba a sentir unas palpitantes cosquillas en sus partes íntimas. No sabía qué le estaba sucediendo, pero no podía ni quería dejar de mirar.

Jaga abrió las piernas, separando los muslos, y en aquel momento apareció proyectada sobre su cuerpo una sombra oscura. Empezó como un jirón de humo negro, pero comenzó a tomar forma y cuerpo, haciéndose más espeso, más denso, hasta que poco a poco fue adquiriendo la silueta de un cuerpo humano. Una cabeza, brazos, piernas y un torso, los contornos estaban allí, pero dentro no había nada, solo tinieblas. La sombra se abalanzó sobre el cuerpo desnudo de Jaga, entrando dentro de ella, atravesándola y llenándola con su oscuridad. Jaga gritó y proyectó las caderas hacia el techo, después se dejó caer sobre la cama mientras la sombra se fundía con su ser, entrando y saliendo. La piel de la tripa comenzó a hincharse más y más, formando bultos bajo la superficie, algo en constante movimiento que recorría su cuerpo por dentro. Entre sus muslos apareció un reguero de sangre, que mojaba el colchón y resbalaba por sus pantorrillas hasta el suelo, pero la sombra negra no dejaba de abalanzarse sobre ella, como un buitre carroñero con una presa entre sus garras; la estaba desgarrando. Jaga gritó y un fino hilo de sangre apareció en la comisura de sus labios. En ese momento abrió los ojos y miró directamente al rostro de Marta, como si hubiera sabido desde el principio que la encontraría allí. Las dos mujeres se miraron a los ojos y Marta sintió la gratitud de su mirada, no fue capaz de desviar la vista aunque la horrorizara lo que veía, sentía que debía permanecer con ella, en silencio y en la distancia.

La tirante piel del vientre de Jaga se rasgó, como si unas garras afiladas y diminutas trataran de abrirse paso desde el interior de su útero, y ella aulló de dolor. Marta no pudo resistirlo más y se tapó los oídos con las manos, cerró los ojos por un instante y cuando los volvió a abrir solo pudo ver su rostro reflejado en el cristal de la ventana; dentro reinaba una oscuridad absoluta y el ventanuco solo le devolvía su propia imagen, deformada como la de un viejo espejo. Dudó si entrar en la cabaña, dudó en pedir ayuda, pero al final desistió y regresó a su casa, cada vez más asustada a medida que comprendía lo que acababa de ver.

El invierno avanzaba, el vientre de Marta seguía plano y flácido y la inquietud de ambos, marido y mujer, iba en aumento. La única que parecía no percatarse de la atmósfera electrizante en la que se sumía la casa era Nel, ajena a todo en su mundo de fantasía donde Marta procuraba mantenerla a salvo del mundo real. Marta seguía dando vueltas en la cabeza a las palabras de Jaga, a su ardiente mirada y a sus poderes, incluso más asustada que la primera vez que fue en su busca, pero al mismo tiempo, comenzaba a convencerse de que era la única salida que le quedaba.

Una noche, después de cenar, Basil se acomodó enfrente de la chimenea fumando una pipa y bebiendo despacio un vaso detrás de otro de licor casero. Marta se sentaba a la mesa, zurciendo unos leotardos de la pequeña, que jugaba en el suelo, a los pies de su madre. La voz ronca de Basil interrumpió el agradable silencio de la habitación, sacando a Marta de sus sombrías cavilaciones.

—Pequeña, ven aquí. Acércate a tu padre.

Marta se puso en guardia al oír aquellas palabras, cada día procuraba que la niña pasara desapercibida a los ojos de su marido: la calmaba enseguida cuando comenzaba a llorar, la enseñó a apartarse de su camino cuando entraba en la habitación, aprendió a comerse toda la comida del plato y a que el pipí se hacía en el baño, nunca en la cama o en las braguitas. De esa manera, su marido no era consciente de la presencia de su hija durante la mayor parte del tiempo y así evitaba que fuera objeto de su ira, su burla o cualquier tipo de atención con la que decidiera obsequiarla. Por eso, cuando escuchó sus palabras, con la voz ronca y arrastrada a consecuencia

del licor, todo su cuerpo se tensó, preparándose para lo que pudiera suceder.

La niña levantó la cabeza y miró a su padre a los ojos, algo que raramente ocurría, pero no se movió del sitio donde jugaba. Tenía tres años y no estaba habituada a su trato; se había acostumbrado a compartir la casa con un hombre que desconocía y a quien debía evitar, como un perro peligroso, por eso en aquel momento no sabía cómo debía actuar y alzó los ojos hacia su madre en busca de indicaciones.

—¿Eres sorda o estúpida? ¿No me has oído? —espetó Basil alzando más la voz con cada palabra.

—Ve con tu padre, cariño, solo quiere decirte algo —salió en su ayuda Marta, no sin cierto temblor en la voz que no pudo reprimir.

—Pues claro, ¿qué otra cosa voy a querer, mocosa? Ven aquí, siéntate en mi rodilla.

Nel se levantó despacio y se dirigió a su padre dando cortos y cautelosos pasos. Cuando estuvo al alcance de sus brazos, este la alzó y la sentó sobre su rodilla como haría cualquier padre con su hija, solo que en su caso aquella era la primera vez que lo hacía. Marta se había deslizado por el asiento hasta quedar suspendida en el borde del mismo, dispuesta a saltar en cualquier momento si era necesario, y con el corazón galopando desbocado en el pecho, tanto que temía que su marido pudiera escucharlo desde su lugar en la mesa.

—¿Sabes, Marta? No creas que me he olvidado de nuestro asunto —comenzó a hablar con voz pausada, con la mirada perdida en el fuego del hogar mientras que con la mano libre acariciaba la espalda de la niña. Marta tuvo un mal presentimiento, habría preferido verlo hecho una furia, maldiciéndola y amenazándola con alguna barbaridad; aquella calma fingida la ponía aún más nerviosa.

—Lo sé, Basil, créeme que hago lo que está en mis manos.

—Entonces, dime, ¿cuál es el problema? Porque te aseguro que yo sí estoy haciendo todo lo que puedo.

—No lo sé.

—No lo sabes. Yo tampoco, pero a diferencia de ti yo he estado pensando detenidamente en el problema y se me ha ocurrido algo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y lo que creo es que te has quedado estéril, seca como la rama caída de un viejo árbol, podrida por dentro, carcomida por las termitas.

—No sé cómo has podido llegar a esa conclusión.

—¿Ah no? Entonces, ¿cuál dirías tú que es la explicación? A lo mejor estás tratando de echarme la culpa a mí. ¿Es eso lo que estás haciendo?

—No; yo no he dicho eso, es solo que no sé lo que puede ser, pero yo me encuentro bien. —Marta no podía apartar los ojos de la enorme manaza de su marido, subiendo y bajando por la delicada espalda de su hija, tan diminuta entre sus brazos como un ratón de campo bajo la garra de un lobo.

—Sea como sea, he pensado en otra solución que puede que nos convenga a ambos. ¿Quieres saber de qué se trata? —De nuevo no quería, pero asintió, tenía la boca demasiado seca para pronunciar un simple sí.

»Quizás, si la madre no puede darme lo que le pido, su hija pueda enmendar su error, ¿no te parece una solución justa? —Sonrió a través del humo de la pipa, con la luz del fuego reflejándose en su rostro parecía el malvado personaje de uno de los cuentos que le contaba a Nel antes de dormir.

—No lo dices en serio —pronunció con la voz entrecortada y el corazón a punto de saltar por su boca abierta.

—Claro que sí, mujer, pero no ahora, ¿por quién me has tomado? ¿Por alguna clase de pervertido? La niña es muy pequeña todavía, pero crecerá y se convertirá en una jovencita muy hermosa, como su madre. Y esta jovencita querrá hacer feliz a su papá, ¿no es cierto, cariño? —Puso sus ojos en ella por primera vez durante la conversación; eran unos ojos enrojecidos por el alcohol y el humo de la pipa y de los troncos de la chimenea. La niña no se había movido ni un ápice desde que su padre la sentó en su pierna y asintió levemente con la cabeza, mirando hacia sus manos, que tenía recogidas sobre el regazo.

—Eso no será necesario —respondió Marta levantándose como un huracán—. Vamos, Nel, es hora de ir a la cama. —La pequeña

bajó de un salto y fue corriendo a refugiarse tras las piernas de su madre, que se apresuró a acompañarla al dormitorio. Cuando salía de la habitación oyó las últimas palabras de Basil.

—Tú también puedes meterte en la cama, cachorrita. Esta noche me siento afortunado.

Las carcajadas de su marido la acompañaron hasta la habitación de la niña. Marta la arropó y le dio un beso de buenas noches, no quería entretenerse demasiado por si su marido decidía ir a buscarla, pero se resistía a abandonar el cuarto de la pequeña. De buena gana se habría tumbado a su lado, bajo las cálidas mantas, mientras le contaba un cuento y sentía su suave respiración en el hombro, al tiempo que se hundía en un profundo y apacible sueño.

Tuvieron que pasar cuatro días con sus respectivas noches para que Basil anunciara lo que esperaba en secreto Marta desde esa última conversación. Aquella mañana después de desayunar, anunció que necesitaba bajar al pueblo para comprar material de repuesto, como sedal, anzuelos y munición, y que no estaría de vuelta hasta el día siguiente, a la hora de comer. Cuando Basil iba de compras al pueblo raramente regresaba el mismo día, pues el viaje era largo y, además, aprovechaba la ocasión para visitar la taberna del pueblo, donde podía hablar con algunos viejos conocidos y beber algo diferente del licor de hierbas casero al que estaba tan habituado.

Marta pasó todo el día hecha un manojo de nervios, repasando el plan en su cabeza una y otra vez y repitiendo las palabras que iba a pronunciar para no olvidarse de nada; sin embargo, en ese momento más que nunca, estaba completamente decidida. Cuando llegó el atardecer sirvió una cena temprana y, al terminar, sentó a la pequeña Nel en su regazo, girando su carita redonda hacia la suya para mirarla directamente a los ojos.

—Nel, cariño, necesito que me prestes atención y escuches atentamente lo que te voy a decir. —Hizo una breve pausa para asegurarse de que la niña seguía sus indicaciones—. Tengo que ir a un sitio y voy a tardar un poco en regresar, pero es un lugar al que no puedes venir conmigo, porque hace mucho frío y el camino es muy empinado. Así que vas a quedarte en tu habitación, bien arropada en tu cama, y después de que te cuente un cuento te

quedarás dormida, soñando con pasteles de chocolate. Por la mañana te despertaré para que me cuentes a qué saben, ¿de acuerdo?

—Sí —asintió con la cabeza para dar énfasis a la palabra, mientras la inquietud de sus ojos luchaba con la sonrisa que se había dibujado en sus labios.

—La pequeña Poppy te hará compañía mientras estoy fuera —añadió refiriéndose a su muñeca de trapo—. No tienes que preocuparte por nada, será como todas las demás noches, cuando me quedo aquí en la cocina mientras tú duermes, solo que estaré un poco más lejos. Cuando abras los ojos por la mañana estaré a tu lado, en la cama.

La pequeña la miraba con sus enormes ojos grises un tanto vidriosos, pero con el rostro sereno. Transcurrió un largo minuto en el que estuvo asimilando las palabras de su madre y finalmente asintió con la cabeza. Era una niña callada, pero muy lista, y Marta sabía que seguiría sus instrucciones al pie de la letra, a no ser que sucediera algo inesperado, para lo cual no había forma de preparar a ninguna de las dos. Tendría que rezar por el camino y confiar en que la noche transcurriera sin percances. Esperaba estar de vuelta al amanecer, deseaba llegar mucho antes, pero se conformaba con regresar antes de que lo hiciera su marido. Lo que le recordó algo más.

—Una última cosa, Nel, y esto también es muy importante. No debes decirle nada a papá sobre esto. Será un secreto entre tú y yo, algo de lo que no se puede hablar ni siquiera a escondidas ¿entendido?

En esta ocasión asintió sin necesidad de sopesar las palabras de su madre y esta se dio por satisfecha. Recogió los restos de la cena y llevó a la pequeña a su habitación; ya oscurecía cuando le contaba el cuento de buenas noches, esperando que le ayudara a conciliar el sueño y no abriera los ojos hasta que el sol se asomara por su ventana.

El camino hasta la casa de Jaga se le hizo más corto de lo que había esperado, y apenas le dio tiempo a espantar las dudas que empezaban a crecer en los rincones más recónditos de su mente

cuando se encontró frente a la destartalada cabaña. La puerta estaba entreabierta y la luz escapaba en un cálido chorro ambarino a través de ella. Marta se acercó a la entrada y abrió sin llamar. La puerta chirrió y giró sobre sus goznes, revelado el interior iluminado por la luz de las velas y por el fuego del hogar que ardía con vigor, calentando la diminuta estancia. Marta sintió su calor en las mejillas y en la nariz en el acto y un placentero dolor en las puntas de los dedos.

—Entra y cierra la puerta, estás dejando escapar el calor —dijo la bruja desde el camastro, donde estaba reclinada observando a Marta por encima del vapor que se elevaba de una taza de barro que sostenía con ambas manos y cuyo contenido debía estar muy caliente, pues lo soplaba constantemente, sin llevárselo a la boca.

Marta hizo lo que le decía y se sentó en la misma silla de la vez anterior. Tenía la clara impresión de que la bruja la estaba esperando y que su visita estaba prevista incluso antes de que ella tomara la decisión de acudir. Pensó que alguna de las dos debería sentirse avergonzada después de lo que vio allí la otra noche, pero no se sentía así y estaba segura de que Jaga tampoco. No quedaba rastro de su embarazo y su rostro lucía sereno y descansado, hermosa a la luz del fuego, con los colores dorados de las llamas resaltando su piel blanca y confiriendo un brillo muy intenso a sus ojos negros, como un cielo estrellado en medio de una noche invernal, una noche igual que aquella.

Marta se dio cuenta de que no había pronunciado ni una palabra desde que llegó y de que Jaga la miraba por encima de la taza con una sonrisa en los labios, esperando a que iniciara la conversación, solo que no sabía por dónde empezar.

—Por el principio, niña —dijo de pronto la mujer, como respondiendo a los pensamientos de Marta—. Sé por qué has venido esta noche, pero quiero oírlo de tus propios labios. Tienes que decirlo en voz alta.

Las dudas que pudiera albergar se esfumaron con el humo que ascendía por la chimenea y empezó a contar la historia de su vida desde el lejano día en que entró en casa y encontró a su padre sentado a la mesa con el que sería su futuro marido hasta la

conversación que mantuvo con él cuatro noches atrás. Las palabras le salían en un torrente caudaloso y no podría haberlo detenido ni aunque hubiera querido hacerlo, algo que desde luego no deseaba; se sentía de maravilla volcando lo que había almacenado en su interior sobre otra persona, descargando el peso de sus hombros para cargarlos en los brazos de otro por primera vez. Cuando terminó se sintió vacía y ligera, pero colmada al mismo tiempo, y tan decidida como no lo había estado nunca antes en toda su vida.

—Quiero ese hijo, Jaga, lo necesito como el aire en los pulmones. Es la única alternativa.

—No es la única, podrías matarlo...

—No sé si podría —respondió Marta sin titubear—; quiero decir que probablemente me gustaría hacerlo y no pienses que no he fantaseado con eso algunas noches, pero no estoy segura de que tuviera las fuerzas y la sangre fría necesaria llegado el momento. Y si algo saliera mal, él me mataría a mí y a la niña. Esto es más seguro para las dos.

—En ese caso, y antes de continuar adelante, es necesario que comprendas la naturaleza de lo que va a suceder aquí, pero no sufras, no nos llevará mucho tiempo.

«La primera noche que pasé en estas montañas creí que iba a ser la última. Ni siquiera recuerdo exactamente cómo llegué a escalar la pendiente, cuando abrí los ojos un cielo cubierto por una capa de verde intenso salió a recibirme y a darme cobijo y, desde entonces, apenas he sido capaz de alejarme unos cientos de metros de su abrazo protector. Pero no fue eso lo que me salvó de morir desangrada, ni lo que me ha convertido en lo que soy.

Con el paso de los años me he dado cuenta de que mi madre tenía razón en una cosa, una sola de todas las que me dijo: hay algo en mí, algo malo, que despierta el lado perverso que habita dentro de nosotros mismos, enjaulado, y eso es como un dulce aroma para el olfato del visitante, pues fue él quien me encontró y acudió en mi ayuda. Al principio no sabía qué era y no estoy segura de conocerlo del todo tantos años después, por eso le llamé así, El visitante, porque para mi fue como un buen amigo que encontré en el camino en un momento de necesidad. Pero no es exactamente eso, es más

bien un huésped, un morador, un compañero de alguna clase. Me ayudó a ponerme a salvo, me enseñó los conocimientos que necesitaba para sanar mis heridas y, desde entonces, vino a mi cada noche. Él busca algo que nosotras poseemos, algo que está enterrado en nuestro ser y que el ansía por encima de todo, bebe de nuestra vida y se alimenta de nuestras almas, pero solo puede tomarlas si le dejas, si le invitas a entrar. Y cuando lo hagas no querrá marcharse. A cambio tiene muchas cosas que ofrecer, si aceptas el trato. Yo lo hice y no me arrepiento, aunque a veces hecho de menos la soledad. No he vuelto a sentirla desde que le conocí.»

Marta se dio cuenta de que había olvidado pestañear durante el relato de Jaga y sentía los ojos enrojecidos y resecos, como la madera que chisporroteaba en el hogar. Notaba como todas sus terminaciones nerviosas hormigueaban bajo la piel, pidiendo, exigiendo, que se pusiera en pie para salir de allí. Quizás si la puerta estuviera abierta, quizás si ella no la estuviera mirando con esos enormes ojos, francos y desafiantes, quizás si en casa la esperara algo mejor, entonces podría haber salido corriendo, pero en lugar de eso enderezó la espalda y endureció el gesto, devolviéndole la mirada a la bruja.

—Hay una última cosa, has de saber que voy a pedirte algo a cambio. Esto tiene un precio que te exigiré pagar.

—Lo comprendo y lo asumo, ¿de qué se trata?

—Te lo diré a su debido tiempo, no antes ni después, y no podrás negarte.

—No lo haré.

—Déjame decirte lo que va a suceder.

El aire de la pequeña estancia se tornó más cálido a medida que la voz de Jaga desvelaba los secretos del ritual que permitiría a Marta portar en su seno el hijo que tanto necesitaba. Sin darse cuenta, Marta fue desprendiéndose de la ropa de abrigo, sofocada por el calor de la hoguera que ardía impetuosa en el centro de la habitación. Empezaba a sentirse un poco aturdida, tenía la sensación de que las palabras de Jaga no llegaban con nitidez a sus oídos pero, al mismo tiempo, entendía todo lo que quería decir. Algunas de

ellas resonaban en su cabeza, inconexas, pero cargadas de significado:

—... él vendrá a ti...

—... quieren que las aten...

—... eres fuerte...

—... quieres que te ate?

—... llenará tu cuerpo y también tu mente...

—... olvida el dolor...

—... sé fuerte...

Marta estaba sentada en el camastro, al lado de Jaga, sin ser consciente de haberse desplazado hasta allí; de la misma manera, su vestido estaba desabrochado y colgaba descuidado de sus hombros, mostrando sus pequeños y tersos pechos. Su respiración era superficial y le costaba un enorme esfuerzo mantener los ojos abiertos, seguía escuchando de fondo las palabras de Jaga, como una letanía. En un momento dado esta le acercó la taza de barro que había sostenido entre las manos todo ese tiempo y Marta bebió. El brebaje era caliente y fragante y la llenó por dentro de un fuego líquido. Un ardiente río la recorrió de arriba abajo y se desprendió de lo que le quedaba de ropa, sudando por todos los poros de su piel. Jaga se levantó del camastro y la ayudó a tenderse de espaldas sobre el colchón al tiempo que murmuraba una letanía que Marta no pudo comprender, pero aquello ya no le importaba, se sentía relajada y ajena a su propio cuerpo, a punto de zambullirse en un placentero sueño. Las luces titilaron en las velas y el fuego de la chimenea disminuyó en intensidad, las llamas menguaron hasta quedar en rescoldos que apenas alcanzaban a dar algo de claridad a la estancia, insinuando las formas de las dos mujeres y de alguien más.

Jaga se apartó del cuerpo desnudo de Marta cuando una sombra más densa que las demás se perfiló en la pared de la habitación. La penumbra con forma humana fue tornándose más consistente, más espesa que el humo a cada momento, una presencia que llenaba la pequeña cabaña, espantando todas las demás sombras. Se proyectó sobre el cuerpo de Marta, extendiendo sus largos brazos hasta tocar su húmeda piel y aquel mero contacto le arrancó un débil grito de la

garganta. La piel se enrojeció, allí donde la niebla que daba forma a su cuerpo se arremolinaba, abrasando con su contacto. Después todo sucedió en un mar de dolor y vértigo.

El ente se abalanzó sobre el cuerpo indefenso de Marta, que en esta ocasión no pudo contenerse, gritando a pleno pulmón y abriendo los ojos de par en par, con la mirada despejada y desorbitada a causa del dolor. Su cuerpo se movía arriba, abajo, adelante y atrás, arrastrado por una corriente de fuego que la calcinaba por dentro. Unas llagas aparecieron de pronto en la cara interior sus muslos y un fino hilo de sangre comenzó a brotar por entre sus piernas. Afortunadamente, pasados unos instantes de agonía Marta perdió el sentido y se sumió en un turbulento mundo de pesadillas donde las llamas crecían a su alrededor, lamiendo su carne, abrasando sus pechos y su sexo, envuelta en un hedor insoportable, con el sabor de la sangre y la putrefacción bajo la lengua, como si la obligaran a masticar pedazos de carne muerta. Al mismo tiempo, podía notar como unas garras se hincaban con saña en sus muslos y en su espalda y volvió a desmayarse dentro de su propia pesadilla cuando unos dientes afilados y negros se clavaron en su pecho, exhalando el olor de la muerte y la descomposición en cada mordisco.

Poco a poco, Marta fue abriendo los ojos, despacio y con cautela. Las imágenes y los recuerdos se agolpaban en su cabeza y no estaba segura de lo que había sido real y lo que era fruto de sus delirios y pesadillas. Se encontraba tendida en el colchón y todo su cuerpo gritaba de dolor para llamar la atención de su aturdido cerebro. Jaga apareció a su lado, acuclillada, sujetando otra taza de barro que humeaba delante de su nariz, aunque se dio cuenta de que apenas era capaz de percibir un tenue olor. Marta bebió el líquido que le ofrecía y el dolor le concedió una pequeña tregua.

—Ya ha pasado todo, pequeña. Te has portado muy bien.

—¿Se ha ido? ¿Qué era eso, por el amor de Dios?

—No invoques a Dios aquí; hace mucho que no visita esta casa. Ya te he hablado de él, solo que ahora no lo recuerdas, ahora todo está un poco confuso en tu mente, pero dale tiempo y se aclarará. Él se ha marchado, por el momento; está exhausto, estos contactos le

consumen mucha energía, pero volverá, siempre se queda cerca aunque no puedas verle. —Jaga vio la expresión de horror que se dibujó en el cansado rostro de Marta y se apresuró a añadir—. Pero no te preocupes por eso, no te hará nada mientras yo esté aquí. Ahora descansa un poco, estás agotada.

Marta volvió a abrir los ojos y se dio cuenta de que había caído profundamente dormida, la luz que entraba por el pequeño ventanuco era grisácea, indicando la proximidad del amanecer, por lo que trató de levantarse apresuradamente, pero descubrió que apenas era capaz de mover las piernas. Jaga, que se encontraba de nuevo a su lado, la sostuvo con fuerza del brazo y la ayudó a sentarse. La manta con la que se cubría se deslizó hacia abajo, revelando un cuerpo maltratado donde la piel blanca había desaparecido casi por completo, teñida de una amplia gama de colores que cambiaban desde el magenta al negro. Tenía arañazos en el abdomen y en el pecho y un escozor en la espalda que le indicaba que en la parte de atrás las heridas también eran profundas. Los muslos eran un solo moratón, desde la ingle hasta la rodilla, de un color marrón y verdoso; las llagas habían reventado dejando al aire unas heridas abiertas que habían sido tratadas con un ungüento amarillo para evitar la infección, al igual que las laceraciones del resto del cuerpo.

Sus partes íntimas ardían y sentía unos pinchazos muy intensos que provenían de la zona más profunda de su cuerpo, pero no se atrevió a mirar hacia abajo. Su pecho izquierdo estaba cubierto con una gasa pegada con un esparadrapo. Marta despegó un extremo y lo levantó para mirar bajo el vendaje, ahogó un sollozo al comprobar que, tal y como recordaba de sus pesadillas, portaba la marca de unos dientes alrededor del pezón, unos dientes que se habían clavado tan profundamente en su carne que casi lo habían arrancado de cuajo.

—No lo toques, sanará; te he puesto un bálsamo muy potente y mañana apenas quedará una costra reseca. Pero debes evitar que tu marido te vea hoy o no podrás explicarlo.

—Pero, ¿cómo? Hoy volverá del pueblo y lleva toda la noche fuera de casa, no va a aceptar una negativa, aunque le diga que me

siento enferma. Y en realidad me siento peor que enferma, creo que preferiría morir antes de que me pusiera las manos encima. No me quedan fuerzas ni para sentir el dolor.

—Dale esto cuando llegue a casa, mézclalo con su bebida y no lo notará. Le hará dormir toda la noche y no recordará nada a la mañana siguiente—y le tendió un pequeño frasco de líquido transparente. Marta lo miró maravillada, pensando en las implicaciones que tendría disponer de un suministro interminable de ese poderoso brebaje. Jaga captó el significado de su mirada—. Ten cuidado con el frasco, no es nada fácil de conseguir y se tarda mucho tiempo en obtener una dosis como esa.

—Gracias; espero que funcione— respondió guardando el frasco apresuradamente entre sus ropas, sabía que aquella mujer podía leer sus pensamientos más ocultos como otros pueden leer un libro y, en lugar de avergonzarse por ello, se sintió absuelta.

—Funcionará.

—Tengo que volver a casa, he dejado sola a Nel y está a punto de amanecer. Se despertará y se asustará si no me ve a su lado, tengo que darme prisa.

—Una cosa más, antes de que te vayas.

El tono de voz de la mujer la hizo detenerse mientras trataba de ponerse las ropas para ocultar sus heridas. Su rostro parecía viejo y cansado, como si de pronto todos los años que le atribuían se hubieran posado sobre sus hombros, de repente la veía pequeña y frágil, casi una anciana envuelta en un viejo chal y con la mirada profunda propia de su edad. Pero cuando habló su voz era fuerte y dura como la roca.

—A veces no sale bien a la primera, y no me refiero al embarazo. Ten presente que la criatura que portas en tu seno es suya. Tienes que estar atenta cuando salga de tu cuerpo y si dudas, si te parece que no es como debería ser, mátalo. No vaciles.

—¿Qué quieres decir con eso de «como debería ser»? No te entiendo.

—Lo sabrás cuando lo tengas en tus brazos.

No añadió nada más, dejó que Marta se vistiera despacio y la observó en silencio mientras abría la puerta; la joven se dio la vuelta

en el umbral para mirarla una vez más antes de partir.

—Gracias, Jaga, de verdad.

—No me las des, tenemos un trato. No lo olvides.

—No lo olvidaré.

Y con estas palabras salió a la gélida mañana. Aspiró una profunda bocanada, alimentando los pulmones con el frío aire del exterior, el olor del invierno, de las hojas muertas y de la savia de los pinos. Era revitalizante y sintió renacer un poco sus fuerzas y su ánimo, pensó que, después de todo, las cosas podían salir bien. Estiró sus doloridos músculos y se arrebujó en el manto, tomando el sendero que la llevaría a su casa, junto a su hija. Antes de doblar un recodo del camino y perderse por entre los árboles volvió la vista atrás: la nieve comenzaba a caer en gruesos copos pero, a través de ellos, pudo ver una silueta oscura en la puerta de la cabaña que la observaba desde las sombras de su rostro y, aunque no podía distinguir sus rasgos pudo sentir sus ojos fijos en los suyos. Aceleró el paso, pero la sensación de que algo la seguía con la mirada no la abandonó en todo el camino, a pesar de la distancia.

Marta pensaba que todo había salido mejor de lo que se había atrevido a esperar; Nel estaba profundamente dormida cuando entró en casa con los primeros rayos del sol de la mañana y cuando la pequeña se levantó ella la esperaba con el desayuno preparado en la cocina. Basil regresó puntual para la hora de comer y Marta se apresuró a administrarle la dosis del brebaje que le diera Jaga, exprimiendo hasta la última gota, con lo que consiguió dejarle fuera de combate desde la comida hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Deseó tener más de aquellos valiosos viales a su alcance. Y sus heridas, tal y como había vaticinado la bruja, desaparecieron casi por completo al día siguiente, dejando una mera sombra allí donde unas horas antes la piel se coloreaba de color cereza oscuro. La marca de los dientes también desapareció, como le prometió la bruja, dejando una ligera depresión en la piel, pero al pasar la mano por encima sentía un dolor agudo, punzante, como si un pedazo ajeno a ella se hubiera quedado alojado bajo la piel.

Apenas una semana después de su experiencia, el vientre de Marta lucía redondo e hinchado, y aunque le pareció muy prematuro

pensó que no debía extrañarse por eso, dadas las circunstancias, lo que trajo un poco de paz y alegría al hogar. Al menos así fue para Basil, a quien no recordaba haber visto tan amable y comprensivo en ninguna otra ocasión, pues Marta enseguida descubrió que aquel embarazo no se parecía en nada al de Nel. Desde las primeras semanas sintió el vientre muy pesado, como si portara una roca, voluminosa y dura al tacto, alojada en su seno. No notaba los movimientos o patadas propios de un bebé creciendo en su interior, ni percibió los latidos de su pequeño corazón o lo sintió realmente como parte de su propio ser; al contrario, se había convertido en una excrecencia ajena a su propio cuerpo, como un parásito que se alimentaba de ella y del que no podía deshacerse. Los dolores aumentaron cada día más. En ocasiones tenía que hacer un gran esfuerzo de voluntad para levantarse de la cama y, cuando habían transcurrido apenas tres meses de embarazo, cargaba con una tripa del tamaño de una sandía madura, tersa como la piel de un tambor y tan pesada que necesitaba ayuda para incorporarse por las mañanas y completar las tareas más simples de la casa.

Visitó a la bruja en dos ocasiones, preocupada ante el avance de sus síntomas y de la intensidad de los dolores, pero la respuesta que obtuvo no ayudó a calmarla.

—Lo que habita en tu interior no es tuyo, recuérdalo. Está hecho a su imagen y semejanza; su semilla es fuerte, el cuerpo humano es débil. No hay nada que nosotras podamos hacer. Tómate esto —dijo extendiendo un tarro de cristal que contenía unas hierbas secas de dulce fragancia— en una infusión, pero no la bebas muy a menudo. Te calmará el dolor, pero puede hacerte perder la cabeza si abusas de ella.

El momento del parto llegó una noche de principios de primavera, apenas cuatro meses después de su concepción. El acontecimiento no cogió desprevenido a Marta, quien presentía que el momento se aproximaba cuando las pesadillas que la visitaban cada noche la obligaron a abrir los ojos, al ponerse en pie había comenzado a notar unos bruscos movimientos en su vientre seguidos de un agudo dolor, como si una criatura salvaje y no humana estuviera tratando de abrirse paso a través de su carne. Se tumbó en el suelo de la

cocina y sus aullidos de dolor alertaron enseguida a Basil. Al minuto siguiente la cocina se transformaba en el escenario de una pesadilla.

La pequeña Nel se asomaba desde el umbral, con la mitad del cuerpo escondido detrás de la puerta y observándolo todo con sus grandes ojos bien abiertos, estaba muy preocupada por su madre y tenía miedo de lo que *aquello* le podía hacer; vio cómo la sangre corría por las tablas del suelo, dibujando un charco oscuro bajo las piernas de sus padres en el que chapoteaban con un sonido húmedo y pegajoso; escuchó los gritos de su madre, que pronto se convirtieron en aullidos que la visitaron en sus pesadillas durante semanas y meses, y vio una criatura pequeña y retorcida, blanca y delgada como un pollo desplumado, salir por entre las piernas de su madre. Nel se asomó un poco más para ver mejor al ser que acababa de abandonar el vientre de su madre, cuando el escuálido cuerpo se escurrió entre los dedos de su padre, resbaladizos a causa de la sangre y los fluidos, y rodó por el suelo. Antes de que este pudiera cogerlo, el bebé se dio la vuelta sobre el charco de sangre, embadurnando su blanca piel con un tono rojo intenso y giró su larguirucho cuello hacia Nel. Abrió los ojos, que hasta el momento habían permanecido con los párpados pegados, y miró a su hermana con unos ojos negros como un cielo nocturno; su mirada era distante e insondable como el espacio abierto e igual de fría y antigua, mucho más antigua que el mundo. Nel no comprendía todas aquellas cosas, pero aun así, algo se removió en su interior y su instinto o algo igualmente primitivo la instó a salir corriendo hacia su habitación, donde la encontró Marta al día siguiente, escondida bajo las mantas.

Si Basil percibió algo extraño en el niño no dio muestras de ello, y se limitó a hacer un comentario sobre su extrema delgadez y su malsano color de piel, pero lo atajó rápidamente instando a su mujer a darle de comer en abundancia, convencido de que el resto mejoraría con el crecimiento y el trabajo duro en los bosques.

Marta examinó a su hijo con el corazón en un puño cuando su marido lo puso por primera vez entre sus brazos; se sentía débil y completamente agotada, había perdido mucha sangre y necesitaba descansar por encima de todo, pero antes de nada quería

comprobar el estado de aquella criatura que había llevado en su interior. No sabía si podría hacerlo, pero si descubría algo antinatural en él, tendría que llevarlo al bosque aquella misma noche.

Respiró aliviada al cerciorarse de que, al menos en apariencia, tenía el aspecto de un niño, si bien era demasiado enjuto y de miembros anormalmente estirados; unos largos mechones de pelo negro colgaban lacios de su cráneo, haciendo juego con sus ojos, unos ojos que Marta procuraba evitar.

Le pusieron de nombre Bastian y creció sano y fuerte más rápido de lo que sus padres esperaban. Muy pronto comenzó a salir con su padre al bosque, donde aprendió a desenvolverse muy bien casi por su propia cuenta, allí se sentía como en su propia casa pues poseía un instinto que su padre alentaba y envidiaba a un tiempo; tenía habilidad en el rastreo, se podría decir que era capaz de seguir la sangre de un animal herido guiándose solo por su olfato, y dominaba a la perfección el manejo del cuchillo. A la edad de seis años era capaz de desollar un zorro él solo y despiezarlo por completo sin desperdiciar un gramo de carne. Basil se enorgullecía de las habilidades de su hijo, convencido de que el niño había heredado sus genes, a pesar de que el pequeño le superaba en todas las facetas del arte de la caza antes de alcanzar la pubertad. Nel, en cambio, jamás se acercaba a su hermano, evitaba su compañía siempre que le era posible y cuando se encontraban en la misma habitación esquivaba su mirada, aunque él la buscaba insistentemente con la suya. Marta observaba en silencio y aguardaba.

El momento que había temido y anticipado en silencio llegó poco después de cumplir Bastian los trece años. De un tiempo a esta parte le había notado más agitado de lo normal, al regresar a casa se sentaba taciturno y observaba a todos por debajo de sus espesas cejas, en un silencio que era capaz de poner los nervios de punta a todos los presentes. Había comenzado a ausentarse por las noches; Marta le escuchaba regresar al despuntar el día, pero no le preguntó a dónde iba o lo que hacía, pues la respuesta la asustaba más que la incertidumbre. Sin embargo, lo que más la inquietaba era la manera en que miraba a Nel. Le veía observarla, seguir con la mirada todos

sus movimientos, pero por fuera su rostro siempre fue como el de una estatua de hielo, inexpresivo e insondable. Nel se había convertido en una hermosa joven de dieciséis años y verla moverse por la casa le recordaba a un grácil cervatillo acechado por una manada de lobos hambrientos.

Una mañana, padre e hijo salieron hacia los bosques en busca de un ciervo de gran tamaño, un encargo del posadero que pagaba todos los años un buen dinero por su carne y la cornamenta. Si el día se daba bien planeaban estar de vuelta en casa al atardecer, pues era preciso alejarse del sendero principal para localizar los mejores ejemplares; sin embargo, Marta se sorprendió al escuchar la puerta de la casa abrirse a primera hora de la tarde. Estaba fregando los platos de la comida cuando se volvió alertada por el sonido y vio a Bastian entrar en la cocina. El muchacho se sentó a la mesa, con la mirada gacha y el silencio que siempre le acompañaba alrededor flotando como una nube.

—Habéis vuelto muy pronto, ¿ha ido todo bien? —preguntó con suspicacia. Bastian levantó los ojos hacia los suyos, pero su mirada vagaba lejos de ella y de la cocina en la que se hallaban.

—Sí —respondió con voz ausente—, todo bien.

—¿Habéis conseguido el ciervo? —Marta trataba de mantener un tono despreocupado y sacar al chico de sus cavilaciones; su silencio siempre la ponía nerviosa pero en aquel momento, además, presentía que ocultaba algo.

Por primera vez se fijó en sus manos: la piel mortalmente blanca que le caracterizaba aparecía teñida del tono rosado de la sangre diluida, pero en algunas zonas y bajo las uñas destacaban con un color rojo oscuro. Una gota seca se pegaba a su frente encima de la ceja izquierda. Normalmente, nada de aquello habría inquietado a Marta, era habitual que los hombres despiezaran o desollaran algunas piezas en el bosque, después de lo cual se lavaban en el arroyo antes de regresar, pero aquel día todo la hacía desconfiar. Bastian estaba envuelto en una atmósfera de tensión contenida, parecía ausente y sin embargo podía sentir desde donde estaba sus pensamientos dando vueltas dentro su cabeza, girando a gran velocidad; su mirada huidiza no denotaba miedo, tan solo una

excitación que a duras penas era capaz de controlar y tenía la impresión de que solo faltaba un pequeño chispazo para que todo él saltara por los aires, arrasando con todo a su alrededor.

Marta se dio cuenta de que Bastian no había respondido, pero tampoco era capaz de recordar qué había preguntado, ni era consciente de que el tiempo seguía avanzando entre los dos, sin que ninguno dijera nada al otro, ocupados ambos en sus propias elucubraciones. De pronto Bastian se levantó, arrastrando la silla por el suelo; el ruido que produjeron las patas rozando contra las tablas del suelo la sobresaltó, provocando que su corazón diera un salto dentro del pecho, y cuando recordó lo que quería preguntarle a su hijo, este ya se encontraba en el umbral de la puerta.

—Bastian, ¿dónde está tu padre? —La pregunta cayó pesada de sus labios, imaginó que oía el golpe contra el suelo como el de una losa, Bastian se detuvo en la puerta, pero no volvió el rostro hacia su madre mientras contestaba a la pregunta.

—En el bosque —tras un instante de expectación, en la que parecía que quería añadir algo más, abandonó la casa sin despedirse.

Marta dejó escapar el aire contenido durante el último minuto, más aliviada ahora que se había marchado; sentía que el aire se volvía más ligero en la cocina y que su cabeza y su propio cuerpo empezaban a funcionar con fluidez. Regresó a su tarea junto al fregadero y mantuvo las manos ocupadas mucho más tiempo del que era necesario. Al caer la noche cenó con Nel en la cocina, ya que Bastian no había vuelto y su marido tampoco.

A la mañana siguiente escuchó los pasos de Bastian entrando en la casa, le oyó caminar despacio por el pasillo, con su paso ligero y sigiloso, y detenerse delante de la habitación de Nel; Marta esperó su siguiente movimiento, estrujando la sábana entre los dedos. Sin embargo, transcurrido un largo minuto escuchó sus pasos regresando a su habitación. El colchón a su lado amaneció frío y desocupado. Aguardó media hora más, solo para asegurarse de que se el chico dormía, y se dirigió de puntillas a la habitación de su hija. No le sorprendió encontrarla despierta y con la mirada asustada, oteando por encima de las mantas en dirección a la puerta. Vio

cómo su cuerpo se deshinchaba al exhalar todo el aire contenido tras reconocer su rostro en el umbral, se sentó a su lado y le explicó lo que iban a hacer a continuación. Era algo en lo que Marta había pensado muchas veces a lo largo de los últimos dieciséis años, y había llegado el momento de ponerlo en práctica.

Una hora más tarde Nel salía de casa por última vez, con un hatillo bajo el brazo y una mochila a la espalda, cargando con sus escasas pertenencias, sus ropas y objetos personales, y también con una discreta cantidad de dinero que su madre había ido reuniendo para tal fin. Su primera parada sería la casa de sus abuelos, a los que no había visto en mucho tiempo, y donde podía quedarse al menos durante las primeras noches, porque después tendría que valerse por sí misma y buscar su propio camino, y cuanto más alejada de las montañas, tanto mejor.

Al final resultó que Nel no viajó durante mucho tiempo ni se alejó demasiado de las montañas de su niñez. Apenas había transcurrido una semana de su estancia en casa de sus abuelos cuando conoció al que sería su marido, un joven muchacho que vendía frutas y verduras desde su carro y cuya familia tenía la fortuna de poseer una pequeña casita y algunas hectáreas de tierras de cultivo no muy lejos de allí. De esta forma Nel se convirtió en una alegre, si no feliz, esposa y pronto dio a luz a su primer hijo, al que puso de nombre Ern.

Para ser feliz le faltaba la presencia de su madre; una vez, durante su embarazo, pidió a su marido que la llevara de vuelta a la casa de su infancia, pero la encontró desocupada y abandonada. La nieve que cubría el tejado había hundido una parte del mismo y se colaba en el salón a través del boquete abierto en el techo, se amontonaba en el paso de la puerta y en las ventanas, constatando que ninguna persona había atravesado el umbral en mucho tiempo. Dentro todo era silencio y el polvo y la nieve se mezclaban en el aire, agitados por una gélida brisa que le recordó a Nel el lamento de un moribundo. Se estremeció y su marido trató de hacerla regresar, pero ella tenía que asegurarse de que no dejaba atrás nada importante, tras esa visita no tenía intención de volver. Recorrió la casa, buscando entre sus rincones alguna pista de su madre, alguna

indicación, pero no halló nada que le hablara de ella. Tan solo dejó una habitación sin visitar, tenía miedo de abrir la última puerta y encontrar a su hermano esperando dentro, mirándola en silencio desde las sombras.

Cuando Nel partió hacia el pueblo, recorriendo un largo camino que la alejaría del hogar para siempre, Marta derramó todas las lágrimas que había reservado para el resto de su vida; sentada en el suelo, en el propio umbral de la casa, no se levantó hasta que estuvo segura de que no le quedaba nada más dentro, pues una vez que entrara en casa no se atrevería a mostrar su dolor. Se sentía completamente sola en la montaña, su hija se había ido y no iba a regresar, al igual que su marido; sabía que no volvería a ver a ninguno de los dos y le supuso un esfuerzo sobrehumano contenerse para no echar a correr detrás de su hija, para seguirla a casa de su madre, pero sabía que su sitio estaba allí. Era su deber vigilar a Bastian, pues era su hijo, después de todo, y ella no podía abandonarlo a su suerte. Durante días, semanas y meses los dos vivieron en la misma rutina: él salía por las noches y regresaba al amanecer. Por las mañanas Marta encontraba un montón de carne sobre la mesa de la cocina y manchas de sangre en el suelo, y ella cocinaba para los dos y mantenía el orden en la casa. Las conversaciones se fueron haciendo cada vez más esporádicas y artificiales, hasta que llegó un momento en el que Marta se dio por vencida y se limitó a comer en silencio, algo que su hijo agradeció y correspondió con el suyo. Él era como un espectro; vagaba por la casa al atardecer, comía maquinalmente lo que su madre le ponía en el plato y salía sin decir ni una palabra. En ocasiones volvía a la mañana siguiente, otras veces tardaba varios días en regresar, pero invariablemente venía cargado con una pieza que había cazado durante su ausencia, si bien es cierto que Marta no fue capaz de descubrir de qué animales se trataba, a pesar de haber sido la esposa de un cazador durante todos aquellos años. Nunca le preguntó, ya nunca le preguntaba nada. Cuando se acostaba por las noches en la cama, sola en el silencio de la casa, rezaba para que no volviera nunca más, incluso rezó para que el Señor se apiadara de su alma corrompida y acabara con su

existencia; sin embargo, él siempre volvía a ella, como un cachorro que regresa al nido después de jugar.

Así discurrían sus días hasta que una noche, cuando Marta se encontraba sola una vez más, sentada a la mesa de la cocina, escuchó unos golpes en la puerta. Se extrañó tanto que no fue capaz de identificar el sonido en un primer momento, pues hacía mucho tiempo que nadie acudía a visitarla. Cuando reaccionó se apresuró a abrir sin temer lo que pudiera esperarla al otro lado de la puerta, pues era consciente de que nada peor podía aguardarla fuera. En el umbral se encontró con una anciana, encogida por el frío y por la edad y cubierta con una gruesa manta para protegerse del viento y de la nieve. No la reconoció, pero su corazón se agitó bajo su piel.

—¿No vas a invitarme a pasar?

Fue al escuchar su voz cuando todos los recuerdos volvieron de golpe a su cabeza, uno por uno, y se agolparon delante de sus ojos. Marta recordó en aquel instante a la mujer que tenía delante, cuando su cuerpo era fuerte y esbelto, cuando caminaba desnuda y grácil por su pequeña cabaña con el olor de las velas y la madera ardiendo en el hogar. De repente sintió el humo en sus fosas nasales y el calor de las llamas en la piel de su rostro y notó un calor por dentro que no recordaba haber sentido en muchos años.

—Jaga, ¿eres tú? —preguntó solo para obligar a su cabeza a aterrizar sobre sus hombros—. Pasa, debes estar congelada. Siéntate en la cocina; no he encendido el fuego en la chimenea, pero te prepararé una taza de té.

—Está bien, no te molestes —respondió la anciana con una voz cascada y apagada al tiempo que penetraba en el interior.

Le llevó un tiempo acomodarse en la silla; recordaba a una niña pequeña, con la manta colgando a los lados como un albornoz demasiado grande para su cuerpo y unas cortas piernas colgando del asiento sin alcanzar a tocar el suelo; solo su cara, surcada de arrugas, sugería una edad que había hecho presa en ella como un perro en la carne y se negaba a soltarla. Marta estaba a punto de decir algo cuando Jaga levantó una mano huesuda y blanca, forrada

de una piel tan delicada que era casi transparente, en un gesto autoritario que exigía silencio.

—No tengo mucho tiempo, Marta, así que déjame hablar. —Marta asintió sin despegar los labios, pero se apoyó en el borde de la silla pues estaba demasiado nerviosa para confiar en sus propias piernas —. He tratado de retrasar este momento todo lo posible, ya me ves, pero no puedo aguantar más. Vengo a cobrar tu deuda.

Al escuchar tales palabras su corazón se detuvo por un instante, como fulminada por un rayo; se quedó lívida y agradeció la dureza del asiento, sin el cual habría caído redonda al suelo.

—Nel se ha convertido en una hermosa mujer, está casada con un hombre decente, no les falta comida ni cobijo y acaba de quedarse embarazada de un niño que crecerá fuerte y sano, lejos de aquí. Algún día, tu nieto te necesitará y tú harás por él lo mismo que yo hice por ti. —Las lágrimas rodaban por las mejillas de Marta por primera vez desde la mañana en que despidió a su hija en la puerta y sintió como una pesada roca caía de su pecho, haciéndose añicos contra el suelo y permitiéndole respirar al fin—. Y para hacer eso, y mucho más, has de ocupar mi lugar.

Marta recibió esas palabras con la serenidad del que ha cumplido con una larga obligación y debe decir adiós a todo lo conocido hasta entonces; con la satisfacción de que su mundo ha quedado en orden al fin, que cada cosa está en su sitio y en el lugar que le corresponde. No lo tomó con sorpresa o con incredulidad; se diría que, durante todo aquel tiempo, siempre supo que tal día llegaría en algún momento, que era su destino, el camino que había de seguir. Asintió en silencio, sintiendo de nuevo el calor que emanaba de sus recuerdos, pero esta vez por dentro, irradiando desde su propio interior, y escuchó atentamente todos los secretos que Jaga tenía que contar. Poco antes del amanecer abandonó su casa, con la manta de Jaga por abrigo y unas pocas provisiones; nada de carne, nunca más, solo verduras, harina y una botella de licor.

La bruja la observó partir desde el umbral y perderse por entre los espesos árboles cuando los primeros rayos del sol despuntaban sobre los picos más altos. Cuando su silueta hubo desaparecido por completo, cerró la puerta y se dirigió hasta el dormitorio de Marta.

Había tenido una vida larga, repleta de aventura, de misterio, también de miedo y una pizca de amor, pero se sentía agotada hasta la última gota de su energía vital. Los largos años que habían transcurrido desde que era una niña pesaban sobre sus hombros como una manta vieja, raída y polvorienta, y así es como ella se sentía. Notaba el sabor del polvo al final de la lengua desde hacía semanas, en cada comida, con cada sorbo de vino, todo sabía y olía a polvo. La cama de Marta le resultó mullida y confortable, suave como una caricia y fresca al contacto con su desnuda piel, se enroscó sobre sí misma, formando un apretado ovillo con sus brazos y piernas y cerró los ojos una última vez. Al fin sola.

Capítulo 9



LA DECISIÓN DE LIS

Lis no despegó los ojos del cuaderno hasta que la última palabra dejó de dar vueltas en su cabeza, regresando una y otra vez como un eco entre las montañas; sus pensamientos volaban a la deriva entre las líneas del cuaderno, se sentía flotar entre ellas y bucear cada vez a mayor profundidad. Cuando llegó el momento de regresar a la superficie sintió que le faltaba el oxígeno en los pulmones y boqueó angustiada, tomando una gran bocanada de aire y despertando bruscamente al momento presente.

El relato había sido tan vívido que le parecía que en cualquier momento Ray Gamber entraría por la puerta de la casa, daría un paseo por el salón, lanzando miradas de soslayo hacia los cuatro rincones y finalmente se sentaría a su lado en el sofá; la observaría a través de los cristales oscuros de sus gafas y, tras un momento de tensa expectación, le aconsejaría lo que debía hacer. Porque le tocaba el turno a ella de decidir, tal y como hizo cada una de las personas que puso su pie en esa casa a lo largo de los años. Igual que hizo su abuela. Con solo evocar su rostro sintió cómo las lágrimas se agolpaban detrás de sus ojos. Tantos años soportando ese martirio, aquel forcejeo constante contra algo tan poderosos y ajeno como incomprensible, para que, al final de todo, no hubiera servido para nada. Aquello que moraba entre esas paredes no se había marchado tras su muerte y, si su abuela conservaba una exigua llama de esperanza, esta se había apagado tras exhalar su último aliento; todavía podía sentir una presencia deambulando por las habitaciones, buscándola, tratando de llegar hasta ella. En ese momento Lis comprendió que ella no debería estar allí, en su lugar se suponía que era Greg el que iba a encargarse de la casa, pues ese había sido desde el principio el deseo de su abuela, y sin embargo, ahí estaba ella, como resultado de una mera casualidad, exactamente en el punto donde él quería tenerla.

Interceptó una gruesa lágrima antes de que rodara por su mejilla, la asustaba pensar que si empezaba a llorar no sería capaz

de detenerse, y no le quedaba mucho tiempo. Se irguió en el sofá y escuchó el crujido que emitían los huesos de su columna, colocándose en su lugar uno detrás de otro, para finalizar con un doloroso latigazo en el cuello; así que se incorporó despacio, como una anciana, y estiró sus acartonados miembros uno por uno. Solo cuando se hubo erguido por completo fue consciente del frío que hacía en la casa. El aire que aspiraba por su nariz le hacía cosquillas en las fosas nasales y una difusa nube de vaho escapaba por entre sus labios, flotando durante un instante delante de su rostro. Lis se arrebujó en el jersey y miró hacia la ventana.

La noche había caído de imprevisto sobre la granja y a través del cristal no se distinguían ni tan siguiera las siluetas de los árboles o las lomas de las colinas más cercanas, tan solo una cortina negra y opaca que transformaba el vidrio en un espejo de medio cuerpo. Lis se estremeció, en parte a causa del frío, pero en parte por algo más que no supo precisar. De repente fue consciente del silencio que pesaba sobre ella y que llenaba todos los rincones de la habitación y del resto de la casa, engullendo todo el oxígeno. Era un silencio opresivo, que apretaba contra el pecho hasta arrebatar el aliento, y expectante, como electricidad suspendida en el aire y zumbando en los oídos, a la espera de que se desataran los acontecimientos que Lis no quería provocar. La que fuera la casa de su abuela, la casa de su infancia, había perdido toda su identidad, o más bien como si le hubiera arrancado la careta que había ocultado su verdadero rostro durante todos aquellos años, mostrando una cara amable cuando bajo la superficie escondía secretos innombrables y sangrientos acontecimientos. Se sentía traicionada, se daba cuenta de que casi toda su infancia había sido como una mentira, una representación de teatro donde ella y Greg sin saberlo eran los actores principales y donde su abuela hacía el papel de directora. Comprendía al fin muchos gestos que en su momento pasaron desapercibidos a sus inocentes ojos, conversaciones interrumpidas y caras contrariadas, incluso recordaba una vez en que se había levantado por la noche para ir al baño y, al salir al pasillo, vio a su abuela al pie de las escaleras, sosteniéndose sobre las puntas de los pies, que asomaban desnudos bajo el camisón, la cabeza levemente inclinada, haciendo

un evidente esfuerzo por oír; Lis la llamó muy bajito para no despertar a Greg, pero su abuela no dio muestras de haberla escuchado, puesto que no movió ni un músculo de su posición. Cuando salió del cuarto de baño y antes de regresar a la cama, comprobó que la abuela continuaba en la misma posición, como una estatua de piedra. En otra ocasión, cuando era muy pequeña y su abuelo vivía aún, entró corriendo en la cocina para coger un vaso de agua fresca; había bajado con su abuela al pueblo mientras Greg y el abuelo salían a colocar trampas para cangrejos en el arroyo. Entró como una tromba, abriendo la puerta de la casa de un empujón y estrellándose contra el fregadero. Alcanzó un vaso que descansaba sobre la encimera y lo llenó de agua hasta que rebasó por el borde y corrió por sus dedos; antes de engullir el contenido de un solo y largo trago tuvo tiempo de saludar a su abuelo, a quien vio por el rabillo del ojo, delante de la ventana de la cocina y de espaldas a ella, mirando hacia el prado. No obtuvo respuesta, pero no le dio importancia, dejó el vaso vacío en la pila y salió corriendo en busca de su abuela. Cuando la ayudaba a sacar la compra del maletero vio acercarse a Greg y con su abuelo en el horizonte, regresando de su excursión, y se extrañó un poco. Se volvió hacia la casa para comprobar si veía a alguien en la ventana de la cocina, pero solo distinguió las ondulaciones de la cortina; estaba a punto de comentarlo en voz alta cuando el bote de mermelada de melocotón se escurrió de entre los dedos y se estrelló contra el suelo, rompiéndose en pedazos y haciendo que se olvidara del extraño suceso hasta ese mismo día, tantos años después. Todo volvía a su cabeza como una lluvia de granizo, golpeándola con recuerdos que creía olvidados y mostrándole lo que hasta aquel momento desconocía, pero que siempre había anidado en un rincón de su mente. Era una extraña en la casa y siempre lo había sido, un visitante indeseado, un intruso a quien era necesario echar o engullir.

Sus pensamientos regresaron de nuevo a su abuela, sola en aquella casa, depositaria de sus secretos, conviviendo con ellos a diario; había asumido una gran responsabilidad cuidando de que

nadie más resultara implicado, soportando la carga en silencio, una carga que había depositado en Lis sin saberlo.

Lis decidió que era hora de ponerse en movimiento; había pasado los últimos diez o quince minutos de pie, como una estatua, abrazando su cuerpo con sus propios brazos, asustada de realizar cualquier movimiento, de hacer algún ruido, de atraer la atención de alguien. Aquella idea tuvo el efecto de atemorizarla todavía más y se puso en marcha para desterrar esa impresión, encendiendo todas las luces que encontró a su paso. Entró en la cocina, que ya no volvería a ser nunca más el lugar acogedor y cálido que recordaba. Desde la ventana se veía el prado y sus flores durmiendo bajo los débiles rayos de la luna. La luz era tan escasa que los capullos habían perdido todo su color; como una copia en blanco y negro del original, y así le resultaron más hermosas que antes. De repente fue consciente de un susurro inteligible que llegaba hasta sus oídos desde un lugar remoto, haciendo un esfuerzo sobrehumano para atravesar la distancia que les separaba, como si el aire alrededor fuera más espeso que el agua; pero logró acercarse cada vez más, paso a paso, palabra por palabra. Tenía la textura de una voz grave y cascada, cavernosa, como si no hubiera visto la luz del sol en mucho tiempo. Las palabras que pronunciaba no eran de este mundo, no estaban hechas para ser escuchadas por el oído humano y, por tanto, no existía garganta humana que pudiera darles forma. En un primer momento pensó que se trataba de los mismos murmullos que su abuela había descrito en su diario y que provenían del prado, pero enseguida se dio cuenta de que aquello procedía del interior, de la casa misma, algo que trepaba por las paredes y se filtraba entre los tablones del suelo, algo que estaba allí con ella y que se acercaba cada vez más. La cadencia rítmica de la letanía la obligó a entrecerrar los ojos, mientras trataba de comprender, de descifrar el mensaje, y, poco a poco, se fue hundiendo en un mundo que era mitad sueño y mitad vigilia, donde su cuerpo y su mente eran gobernados por otra voluntad, más fuerte que la suya, más sabia y mucho más vieja. A su alrededor olía a materia muerta y podrida, a polvo, a humedad y a frío, y todo aquello comenzó a calar a través de su piel hasta llegar a los huesos.

Lis no fue consciente de ello, pero su cuerpo había abandonado la cocina y se dirigía tambaleante hacia el salón. Su cabeza mientras tanto vagaba por un oscuro y estrecho corredor, el hedor en el lugar era insoportable y le costaba trabajo introducir aire en los pulmones; no podía ver sus piernas ni ninguna otra parte del cuerpo, su cabeza ondeaba suspendida a más de un metro y medio de un mugriento suelo, en una dirección desconocida. Mientras flotaba tuvo el presentimiento de que había algo detrás de ella; lo supo como sabía también que la experiencia no era del todo real, pero sintió pavor por lo que la seguía. Trató de acelerar el paso pero no tenía piernas a las que imprimir más velocidad, trató de esconderse pero no había dónde, solo paredes, suelo y techo supurando ese líquido oscuro y viscoso que le recordaba a una herida infectada, así que no le quedó más remedio que continuar hacia delante.

Mientras tanto, su cuerpo había atravesado el salón y se había detenido delante de la puerta del sótano, con la mano descansando sobre el pomo. Lo hizo girar lentamente y abrió la puerta, dando paso a un rellano en sombras; a pesar de ello, no encendió la luz, no la necesitaba, puesto que sus ojos seguían entrecerrados y perdidos en un lugar distinto y distante a este, solo la respiración entrecortada y acelerada contrastaba con su rostro sereno, como si este no fuera más que un envoltorio de carne y hueso, sin contenido. Comenzó a descender las escaleras.

Delante de ella empezaban unos escalones tallados de manera tosca en la propia roca; eran irregulares y se habían desgastado con el paso del tiempo, algunos bordes estaban redondeados y pulidos por el uso y en otros, sin embargo, despuntaban unas afiladas aristas, allí donde la roca se había partido bajo un gran peso. Un nauseabundo riachuelo fluía hacia abajo, junto a la pared, compuesto de la misma sustancia viscosa que rezumaba de las paredes y que desembocaba lentamente en el interior de una habitación que se encontraba al pie del último escalón. La mente de Lis no quería bajar hacia aquella oscuridad, no quería seguir el curso de aquel río hediondo; allí abajo el aire era mucho más pesado y fétido, pero aquello que la seguía se encontraba tan cerca que sentía un cosquilleo permanente en la nuca, como si unos dedos gélidos

tantearan el aire, a punto de rozar su piel. Una vez más, no tenía elección, no había dónde ir ni le quedaba voluntad suficiente para hacerlo.

El cuerpo de Lis avanzó con inseguros pasos un escalón tras otro hasta alcanzar la puerta de la habitación, que se encontraba abierta de par en par, y delante de ella la esperaba la cama vacía, invitándola a tomar un sueño reparador. Sus piernas se movieron entrando en el círculo trazado sobre el suelo, que en algún momento reciente había empezado a rezumar una sustancia pegajosa que salía a flote entre los tablones del suelo y, con cada pisada, la madera supuraba el jugo con un desagradable sonido acuoso. Las zapatillas de Lis iban dibujando un rastro de huellas impresas que llevaba hasta el borde de la cama, una vez allí se sentó en el colchón, que se hundió bajo su peso, y se recostó en la cama. Permaneció tendida boca arriba, con los brazos inertes a ambos lados y los músculos del cuerpo relajados y distendidos, como si la fuerza que los animaba lo hubiera abandonado, inservible como una bombilla apagada.

Antes de llegar al pie de la escalera descubrió a dónde la conducía y su corazón sufrió un traspié; el último peldaño llevaba a una habitación y en el centro de la misma se hallaba una cama. Las paredes del cuarto rezumaban el mismo líquido negruzco, que corría por el suelo y se perdía debajo de la cama, cuyas patas eran del color del óxido viejo y que sostenían un sucio colchón desnudo; allí, abandonado en aquella habitación inmunda, se encontraba el cuerpo de Lis, tendido sobre la cama. Vestía un camisón blanco y sus muñecas habían sido atadas al cabecero de la cama con unas tiras de tela procedentes de su propio camisón, este aparecía rasgado por la zona inferior y dejaba al descubierto buena parte de sus muslos. Vio manchas de sangre en su piel y unos finos hilos del líquido rojo que emanaban de su interior mojando el colchón y goteando hasta el suelo. Bajo la cama confluía el líquido viscoso de las paredes y su propia sangre, dando origen a un nauseabundo charco de color oscuro y hedor insoportable. El rostro de la Lis que estaba tumbada en la cama no reflejaba lo que sentía la Lis que estaba observando desde fuera: su expresión era serena y distante, como si en realidad

no estuviera allí y nada de aquello le estuviera sucediendo a su cuerpo.

Lis intentó gritar pero de su garganta no salió sonido alguno; había dejado de moverse y se encontraba flotando al lado de la cama, ocupando el lugar de una silla que recordaba de otro tiempo. Notó cómo el aire se espesaba a su alrededor hasta detenerse por completo, como si el tiempo se hubiera congelado, olvidándose de ella; y de pronto un escalofrío subió por todo su cuerpo, empezando por los dedos de los pies hasta la punta de la cabeza. La Lis que miraba podía sentirlo desde donde estaba y ver cómo el vello de su cuerpo, tendido en la cama a escasos centímetros de ella, se ponía de punta. Escuchó un chasquido y trató de girarse, pero no pudo conseguirlo; era el ruido de una puerta al cerrarse, pero esta habitación carecía de puertas. El aire en la habitación se volvió irrespirable, una mezcla de sudor rancio, de carne descompuesta y polvo, un efluvio que llenaba la habitación y engullía todo el oxígeno y el aliento en su avance. De repente Lis supo que aquello que la perseguía por el corredor se había situado detrás de ella, tan cerca que, de haber tenido cuerpo, habría notado su contacto a través de la ropa; en cambio lo que sintió fue su aliento detrás de su oreja. Una vaharada de puro veneno, corroyendo su piel, colándose por su oído y abrasándola por dentro.

La Lis de la cama separó las piernas y dobló las rodillas, permitiendo que el faldón de su camisón se deslizara hasta sus caderas. La Lis que observaba no podía gritar, no podía moverse, no podía actuar salvo para contemplar como algo a lo que no era capaz de poner nombre hacía con su cuerpo lo que se le antojaba, cómo lo profanaba con su tacto y lo desgarraba desde dentro hasta reducirlo a un despojo, poco más que un trozo de carne deshilachada que echar de comer a las bestias. Y fue entonces cuando escuchó algo más, un susurro que trataba de llegar hasta ella desde la lejana distancia, atravesando el miasma infecto en que se había convertido el aire de la habitación. Aunque aún no era capaz de distinguir las palabras con claridad, había algo evocador en esa voz, completamente diferente a lo que la rodeaba; distinguía una voz

familiar que le hablaba de cariño, de amor, de abrazos antes de dormir y de risas de verano.

—Lis, cariño, es hora de despertar. —Era su abuela, que consiguió llegar a ella con la fuerza suficiente para hacerse oír y, aunque no había miedo en aquella conocida voz que traía tantos recuerdos consigo, Lis percibió la urgencia que transmitía. Era un tono que no admitía discusión, pues lo recordaba bien de sus días de infancia, y siempre daba resultado—. Lis, tienes que despertar, ¡ahora!

La última palabra restalló en el oído de Lis como un latigazo, tan cerca que intentó girarse para ver el rostro de su abuela, pues estaba convencida de que la encontraría a su lado; en cambio, sus ojos se abrieron y un húmedo techo de piedra apareció suspendido sobre su cabeza.

Reconoció al instante el lugar dónde se encontraba y saltó de la cama como si se apoyara sobre ascuas. Se hallaba encerrada en la habitación del sótano y rezó en silencio por que la puerta no estuviera atrancada ya que, de ser así, estaba convencida de que perdería la cabeza, tal y como le ocurrió a Silvia. Pensó todo aquello mientras se lanzaba de bruces contra la puerta de madera, sin darse tiempo a pensar y a dudar y el alivio que sintió cuando esta cedió a su embestida fue tan grande que, de no haber estado sujetando el pomo con todas sus fuerzas, habría caído de rodillas al suelo. Sus piernas se negaron a responder durante unos segundos en los que padeció la misma tortura que en su sueño, pero finalmente consiguió obligarlas a ponerse en marcha y se tambaleó escaleras arriba como si ascendiera en busca de oxígeno. Voló por el salón como una exhalación y no se detuvo ni siguiera a recoger sus cosas; salió despedida por la puerta principal y se montó en su coche, cerrando con un sonoro portazo. Solo entonces se permitió el lujo de respirar hondo y comenzar a temblar.

Las lágrimas bajaban por sus mejillas formando dos riachuelos que desembocaban en el cuello del jersey, empapando sus fibras. Lis se limpió las lágrimas y los mocos que pendían del labio superior con la manga y trató de recuperar el aliento que había perdido en la carrera. Se miró en el espejo retrovisor y lo que vio la obligó a

apartar la vista: tenía los ojos desorbitados y rojos, la piel pálida y colorada allí donde se había frotado con el jersey y el pelo alborotado alrededor de la cabeza, como si acabara de despertar de una horrible pesadilla. Y así es como se sentía en aquel momento, como si hubiera pasado toda la noche dando vueltas en la cama, acosada por terrores nocturnos, desesperada por que llegara la luz de la mañana para disiparlos. Pero ahora sabía lo que tenía que hacer, tal vez lo supo desde el principio, pero ya no albergaba dudas ni remordimientos: era el momento de que alguien acabara con todo aquello y, puesto que había llegado hasta allí, no iba a echarse atrás.

Se alegró de haber dejado las llaves en el contacto y la cartera en la guantera; si hubiera tenido que regresar a la casa a por aquellos dos objetos sus gritos se hubieran escuchado desde cualquier rincón del pueblo. Echó un vistazo a la casa mientras ponía el motor en marcha; la edificación se recortaba contra el cielo nocturno como una mole inofensiva, como un monstruo dormido pero dispuesto a despertar en cualquier momento. La luz que salía por la puerta principal, que había quedado abierta tras la huida, iluminaba el suelo del porche y la mesa en la que había estado sentada con Ingrid hacía apenas unas horas, aunque en aquel instante le parecía que todo aquello había sucedido en otra época de su vida. La granja había perdido la magia que sus recuerdos habían tejido alrededor del lugar, y se veía desnuda, sin alma, un cascarón vacío de vida y de cualquier rastro de humanidad.

Encendió los faros, que trazaron un camino de luz en medio de toda aquella oscuridad y, allí donde su haz atravesaba el campo de flores, estas se alzaban de nuevo resplandecientes y llenas de color, como si el brillo de la luz artificial fuera suficiente para devolverles el esplendor que la noche les había robado. Parecía un mar embravecido bajo una tormenta, cada flor se agitaba con violencia de un lado a otro, sacudida por un viento imaginario, atacada por fuerzas de la naturaleza que el ojo humano no era capaz de ver, y la superficie bullía, ondulaba, se retorcía y trataba de liberarse de la tierra.

Lis pisó el pedal a fondo y salió disparada marcha atrás a tal velocidad que atravesó el camino que debía tomar y acabó por

empotrar el coche en el cercado de enfrente, aunque afortunadamente sin consecuencias para el vehículo. Cambió de marcha y enfiló en dirección contraria al pueblo, primero a gran velocidad y después reduciendo las revoluciones del motor a medida que la casa se perdía entre las sombras de la noche y se ocultaba tras las colinas; quería escapar a las miradas indiscretas de los vecinos, necesitaba evitar sus preguntas para poder llevar a cabo su plan y no quería dejar testigos.

Llegó la medianoche y con ella la hora de las brujas, el momento en que las alimañas nocturnas abandonan sus escondrijos y se arrastran por el mundo en busca de una presa para saciar su apetito y calmar el ansia hasta la llegada de otra noche más. La casa esperaba en silencio, paciente, nada se movía dentro y tampoco fuera; los vigilantes silenciosos que formaban el ejército de flores silvestres permanecían en pie, alerta ante cualquier cambio; sin embargo, no había rítmicos y delicados cánticos, no había hipnóticos susurros que guiaran los pasos en la oscuridad, tan solo una casa solitaria en la cima de una colina esperando el regreso de su propietario para acogerlo con los brazos abiertos; el regreso al hogar.

Los faros del coche de Lis iluminaron el sendero de entrada y la fachada de la casa cuando pasaban unos minutos de las doce. El trayecto de ida y vuelta le había consumido más tiempo del que había calculado, en parte porque quería alejarse lo suficiente del pueblo y de las miradas indiscretas de sus habitantes, y en parte porque tuvo que obligarse a sí misma a tomar el camino de vuelta a la granja. El pie que descansaba sobre el acelerador quería llevarla lejos de allí; el aire que entraba por la ventanilla del conductor era fresco pero agradable, casi cálido en comparación con el helado y fétido ambiente que se había acostumbrado a respirar en la granja, solo ahora que se encontraba lejos se daba cuenta de lo malsano de la atmósfera que flotaba alrededor del lugar, como un gas venenoso acumulado en una habitación cerrada, lejos del aire fresco y de la luz del sol. Apenas encontró tráfico a aquellas horas en la carretera que recorría. Era una estrecha franja de asfalto de dos carriles separados por unas desvaídas líneas blancas que atravesaba los

campos de cultivo que se extendían al noroeste del pueblo, antes de llegar a las montañas. Sin embargo, a pesar de la ausencia de cualquier muestra de vida el propio aire estaba impregnado de ella; Lis podía sentirla en cada soplo que entraba a través de sus fosas nasales y que nutría cada célula de su cuerpo, un olor tan familiar que solo tras su ausencia lo volvía a percibir, como si fuera la primera vez.

Inspiró profundamente una vez más, tal y como había hecho durante todo el recorrido, pero el aire que saboreó era como el polvo depositado sobre una tumba, seco y descompuesto, igual que el cadáver viejo y olvidado al que da sepultura. La camiseta se pegaba a su espalda por debajo del jersey y las palmas de las manos le sudaban sobre el volante, dejando una impresión húmeda de sus palmas y dedos, pero sabía que en cuanto plantara un pie en el sendero regresarían los escalofríos y la carne de gallina sobre su piel. En el exterior todo permanecía en calma, pero sentía la tensión en el ambiente: era el silencio vigilante y nervioso de quien se esconde para saltar por la espalda a la menor oportunidad. Tras unos minutos de tensa espera y dudas, se apeó del coche y se fue hasta el maletero sin apartar los ojos de la puerta de entrada, como si temiera que apareciera alguien en cualquier momento. Abrió el portón y sacó del interior dos garrafas de gasolina de color rojo, de diez litros cada una, eran muy pesadas, pero agarró cada una con una mano y caminó hacia el porche con pasos renqueantes.

Apoyó los bidones en el suelo, delante de ella, y se detuvo en el penúltimo escalón, sopesando sus posibilidades. Desde su posición podía ver el sofá y, aunque el respaldo la ocultaba de su vista, sabía que al otro lado se encontraba la caja de recuerdos que había empezado a llenar por la mañana, hacía tanto tiempo, y que había dado por perdida, aunque se tratara de una pérdida que estaba dispuesta a asumir si eso significaba no tener que volver a poner un pie dentro de la casa. Pero sabía que era algo inevitable, que la casa tenía que arder por completo y hasta los cimientos, pero, sobre todo, tenía que convertir aquel sótano en un infierno desatado sobre la Tierra. Aquella imagen la hizo estremecer pero llegó a la conclusión de que aquello era precisamente aquel lugar, un pedazo

del infierno instalado aquí, en la Tierra. Tenía que asegurarse de vaciar uno de los bidones en la habitación del sótano y para conseguirlo no le quedaba más remedio que bajar una vez más.

Lis reemprendió el camino, colocando con cuidado un pie delante del otro, asegurándose de cada zancada y observando con los ojos bien abiertos a su alrededor. Quería estar preparada para cualquier imprevisto; sabía que no podía fiarse del silencio y el ambiente tranquilo de la casa, que solo era un espejismo, un engaño para obligarla a bajar la guardia y atraparla. Se sentía como un conejo asustado entrando en la madriguera del zorro, oteando el aire con los bigotes y con el corazón latiendo desbocado dentro de su diminuto pecho. Dentro hacía frío, lo veía en las nubecillas de vaho que salían de su boca con cada expiración, pero notaba las axilas húmedas bajo la ropa y el cosquilleo de una gota que comenzaba a deslizarse por su sien.

Dejó un bidón en el porche, un seguro por si una parte del plan no salía como había previsto, y acarreó el otro hacia el salón. No quería detenerse en el trayecto, quería acabar cuanto antes y salir pitando de allí; en cambio, se descubrió aminorando el paso, espaciando cada vez más las zancadas, hasta detenerse por completo a medio camino de la puerta del sótano. Sus pensamientos comenzaron a ralentizar la marcha, cada vez le suponía un mayor esfuerzo discurrir con claridad y concluir un pensamiento completo, comenzaba a reprocharse a sí misma que necesitaba avanzar más deprisa pero, a mitad de la frase, olvidaba lo que quería comunicar y la idea se desvanecía por el camino, como arrastrada por el viento. Su corazón marcaba un ritmo sereno, un rítmico golpear con una cadencia que resultaba hipnótica, algo semejante al sonido de un metrónomo en una sala vacía, arrancando ecos de las paredes desnudas antes de regresar a sus oídos como un bumerán.

A través de la balsa de aceite por la que se movían sus pensamientos le llegó la inquietante idea de que había olvidado algo importante, el pensamiento fue abriéndose paso poco a poco hasta la superficie de su anestesiado cerebro, y entonces lo recordó. Antes de entrar en la casa debería haberse pertrechado con unas flores del patio. Pensó en ello al bajar del coche, pero se olvidó por completo

cuando comenzó a avanzar hacia la casa, preocupada por lo que le esperaba en el interior y atraída por ello al mismo tiempo. Tenía la sensación de que había caído en la trampa sin darse cuenta, de que había hecho exactamente lo que él quería que hiciera. Miró hacia la puerta de entrada, que había tenido la precaución de dejar abierta, y el movimiento pareció alargarse en el tiempo de manera infinita; el simple gesto de girar la cabeza, tantas veces repetido a lo largo del día, ahora se le antojaba toda una proeza. Vio deslizarse ante sus ojos cada centímetro de la pared del salón y cada libro colocado en la estantería, el sofá se alargaba como un tren de mercancías que parecía no tener fin; después de lo que le pareció una eternidad, consiguió enfocar la mirada a través de la puerta abierta. Gracias a la luz que proyectaba la lámpara del salón sobre el porche pudo distinguir cómo se sacudían las cabezas de los miles y miles de dientes de león; un dorado mar salvaje que se sacudía bajo un temporal que agitaba y revolvía las diminutas flores, intentando arrancarlas de cuajo. Sin embargo, ni una ráfaga de aquel vendaval entraba a través de la puerta abierta de la casa, como si una invisible barrera la separara del mundo exterior.

Sopesó la posibilidad de regresar, pero el camino se le antojaba demasiado largo; el salón parecía alargarse como las vías de un tren, haciendo que la puerta se alejara cada vez más de ella, huyendo hacia el horizonte. Si calculaba el tiempo que había necesitado para girar la cabeza pensó que no lograría salir de la casa antes del amanecer y, por si eso no fuera suficiente, los músculos de su cuello gritaban de dolor y pedían clemencia, sometidos a un esfuerzo excesivo, y tuvo miedo de quedarse sin fuerzas si trataba de regresar. No podía echarse atrás, debía continuar hacia delante, pues no sería capaz de intentarlo por segunda vez.

Se puso en marcha despacio pero sin pausa; se sentía como una tortuga vieja y gorda arrastrando consigo el peso de un voluminoso caparazón; los hombros se hundían bajo su carga imaginaria y el bidón que transportaba pesaba al menos una tonelada más. Se aferró a él, concentrándose en cerrar los dedos de la mano derecha en torno al asa, a sabiendas de que, si lo dejaba caer, no sería capaz de agacharse para recogerlo. Con cada paso su peso la obligaba a

doblar las rodillas hasta tal punto que tuvo que usar la mano libre para apoyarse en la pared, haciendo fuerza para evitar ser arrastrada por su carga. Cuando llegó al rellano de las escaleras que se hundían en el sótano empezó a descender los escalones uno por uno, como una niña pequeña aprendiendo a usar sus piernas; ponía el pie izquierdo en el escalón inferior y reunía el derecho a su lado; cuando tenía los dos firmemente afianzados, levantaba el bidón con ambas manos y lo depositaba en el escalón siguiente. Era un proceso lento y farragoso, pero el paso del tiempo había dejado de tener cualquier significado para ella, que se movía obstinadamente hacia su objetivo sin importar lo que sucediera en el camino.

Cuando apenas un escalón la separaba de la puerta, que había dejado abierta en su precipitada huida, un estridente sonido rompió el silencio que dormitaba en la casa, tan escandaloso e inesperado que la obligó a soltar el bidón para taparse los oídos con ambas manos. El recipiente vaciló sobre el borde del último peldaño, pero finalmente volcó, cayendo dentro de la habitación y derramando su contenido a borbotones. Lis no podía oír nada salvo el repiqueteo de una campana taladrando sus oídos, irrumpiendo en su cerebro como una ola y rebotando dentro de su cráneo; ni siquiera las manos sobre sus orejas lograban amortiguar el enervante sonido. Se giró para descubrir qué provocaba semejante estruendo, pues provenía del interior de la habitación, y lo que vio allí la dejó sin palabras. En la silla situada junto a la cama había un viejo teléfono de disco de un color negro mate, con la pintura un tanto descascarillada y arañada por el uso y el paso del tiempo, un elemento que dentro de aquella habitación parecía un visitante de otro mundo, de otro tiempo. El aparato timbraba como si se encontrara conectado a un altavoz; sin embargo, carecía incluso de un cable que lo conectara con la línea de teléfono de la casa. Lis se acercó con las manos protegiendo sus orejas y se detuvo delante, pisando sin darse cuenta el dibujo del suelo con su pie izquierdo. Vaciló una vez antes de descolgar y llevarse el auricular al oído; la habitación enmudeció súbitamente, ansiosa por escuchar la conversación.

—¿Diga? —preguntó con un hilo de voz; no estaba segura de que alguien pudiera haberla escuchado, porque apenas ella misma fue

capaz de distinguir el sonido de su propia voz saliendo de sus labios, pero no le parecía que aquello tuviera la menor importancia, al fin y al cabo, estaba hablando por un teléfono que sonaba sin estar conectado. Al otro lado escuchó unos chasquidos lejanos, como si su interlocutor arrastrara los pies por un camino sembrado de pinocha y hojas secas. Lis no se atrevía a repetir la pregunta, así que esperó.

—Hola, cariño —sonó de pronto al otro lado de la línea, la voz que pronunciaba las palabras era débil y suave, y parecía llegar hasta ella empujada por un viento desde muy lejos. Lis se olvidó de respirar por un largo momento.

—Abuela, ¿eres tú? —preguntó con el aliento contenido.

—Hola, cariño —repitió la voz de la distancia—. Me alegro de escuchar tu voz al fin. —Lis no pudo aguantar más y notó unas gruesas lágrimas resbalando por sus mejillas, descolgándose desde el borde de su mandíbula—. Hace mucho tiempo desde la última vez. —El tono era dulce y agradable, pero había cierto toque de rencor bajo la superficie, un leve reproche que no le pasó desapercibido.

—Lo siento mucho, abuela, tenía que haber venido antes. Mucho antes.

—*Shhh*, calla, cariño, no te preocupes. Ahora todo está bien. Ya estás aquí y eso es lo que importa, nada más.

—Pero, abuela, yo... —Lis no sabía qué decir, tenía tantas preguntas revoloteando en su cabeza que no sabía por dónde empezar—. ¿Por qué no me lo dijiste? Habría intentado ayudarte. ¿Por qué simplemente te quedaste aquí?

—Porque aquí es donde quería estar, mi hermosa niña, porque este es mi sitio y ahora es también el tuyo. —Podía percibir un cierto toque de regocijo en sus palabras, una satisfacción secreta que no podía reprimir—. Sabía que vendrías tarde o temprano. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, abuela, pero no puedo quedarme aquí. Este lugar es peligroso.

—¡No digas tonterías! —la voz había subido de volumen y sonaba ronca, más fuerte—. Este es tu sitio, es tu hogar, lo he preparado especialmente para ti.

—Pero, ¿por qué dices eso? No te entiendo.

—Aquí serás feliz, yo me ocuparé de ti, como en los viejos tiempos.

—Abuela...

—Déjalo en mis manos, cariño. Tan solo déjate hacer. —Las palabras se habían convertido en un murmullo ronco y despertaban un débil eco en la cabeza de Lis, que, sin darse cuenta, comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás, al son de una melodía que solo ella podía percibir.

—No puedo... —Trató de decir algo más, pero las palabras no salieron de su boca, su voz se fue apagando como se consume la llama de una vela al llegar al final.

—Quédate conmigo, Lis, lo pasaremos bien.

—Hay algo aquí...

—Déjame entrar...

—No... quiero...

Su cabeza daba vueltas, sus párpados se cerraban sobre los ojos, pesados y pegajosos; trató de alargar la mano libre para asirse al cabecero de la cama y evitar caer de bruces sobre el colchón; pero el brazo se movía tan despacio y era tan pesado que el esfuerzo para alzarlo hasta la cintura y mantenerlo en el aire resultaba excesivo. Al final se dio por vencida, dejó caer la mano al costado y cerró los ojos, concentrándose en la voz que le llegaba a través del auricular.

Le parecía estar dentro de un sueño; por su nariz entraba un penetrante olor a gasolina y en algún punto de la habitación algo rascaba un trozo de madera. Se acordó de Cana, arañando la puerta de casa por las mañanas para exigir el desayuno. A veces aquel sonido la despertaba a primera hora, en cuanto los primeros rayos del sol asomaban tras la colina; lo escuchaba incluso desde la cama, con la cabeza metida bajo las mantas, y se levantaba de un brinco y bajaba corriendo descalza para llenar el cuenco de Cana y también el de Noche, que dormitaba pacientemente en el porche. Aquel recuerdo la obligó a abrir los ojos y ayudó a despejar un tanto su cabeza, lo suficiente para darse cuenta de que su torso se inclinaba suspendido por encima de la cama, como un tronco partido. El

familiar sonido de las uñas en la madera no formaba parte del recuerdo, pues seguía percibiéndolo con los ojos abiertos, aunque mucho más cerca. Miró por la sala, las paredes y el techo; salvo el bidón de gasolina no halló ningún elemento nuevo a simple vista. El auricular continuaba derramando la voz de su abuela, aunque ahora no podía entender lo que decía, ya que necesitaba de todas sus fuerzas para concentrarse en sus palabras y dotarlas de algún significado. El molesto rascar persistía, suave pero insistente, poniendo a prueba los nervios de Lis, y, de improviso, algo se le clavó en el dedo gordo de su pie izquierdo, con el que había pisado sin advertirlo el dibujo del suelo. Dio a sus ojos la orden de mirar hacia abajo y cuando logró que siguieran sus indicaciones descubrió con horror que unos dedos asomaban entre las tablas del suelo y trataban de llegar hasta ella. Uno de ellos, el más largo y desollado, había conseguido asirse a su dedo gordo y le estaba clavando la uña a través de la tela de su zapatilla. Los dedos estaban en carne viva, con la piel desgarrada y las uñas partidas por el esfuerzo y dejaban unas huellas sangrientas en la madera astillada y en el pie de Lis.

Al fin gritó y saltó hacia atrás con una agilidad y una fuerza que no había creído poseer unos minutos antes; retrocedió hasta la pared sin soltar el auricular del teléfono, tirando de un cable que parecía no tener fin. El corazón golpeaba tras las costillas y su garganta amenazaba con ponerse a gritar, por lo que tuvo que taparse la boca con la mano libre para contenerla, pues no estaba segura de poder parar si empezaba a chillar ahora. Delante de ella, cuatro dedos huesudos trataban de alcanzar la superficie.

—Lis, cariño, ¿me estás escuchando? —La abuela seguía hablando desde el teléfono.

—Sí... —respondió en un susurro amortiguado por su propia mano, que no se atrevía a retirar de los labios—. ¡Tengo que marcharme, tengo que salir de aquí! —gritó sin poder reprimirse.

—Tantos años esperándote, deseando que vinieras a verme, y no fuiste capaz de hacerme una simple visita. Me dejaste sola. Abandonada a mi suerte. Y ahora que al fin te has dignado a venir, ¿quieres marcharte de nuevo? Ni siquiera viniste a velar mi cadáver cuando aún estaba aquí, ten al menos la decencia de cumplir con mi

última voluntad y haz lo que te digo, ¡niña desagradecida! —El tono de voz fue subiendo de volumen hasta culminar en un airado grito agudo; Lis no reconocía a su abuela en esa voz, no la había oído jamás expresarse de aquella manera y era incapaz de poner su cara a las palabras que estaba escuchando.

—Abuela, ¿de verdad eres tú? —A Lis comenzó a temblarle la mano con la que sujetaba el auricular de forma incontrolable; lo apretó un poco más fuerte contra su húmeda mejilla, por la que seguían fluyendo las lágrimas sin cesar, para evitar que fuera a parar al suelo.

—Pues claro que soy yo, Silvia, tenía tantas ganas de volver a olerte.

—¿Qué has dicho? —Una salvaje risa comenzó a abrirse paso a través de la línea del teléfono, al principio más débil y contenida, pero cada vez más fuerte, hasta desembocar en unas violentas carcajadas que obligaron a Lis a apartarse el teléfono de la cara. Lo sostuvo en la mano, apartado de su cuerpo y mirándolo horrorizada, consciente al fin de que aquello no era un teléfono y lo que le estaba hablando desde el otro lado no tenía ningún parecido con su abuela.

—Oh, Lis, lo pasaremos bien. —La voz ya no sonaba a través del auricular, sino que parecía venir de todos los rincones de la habitación al mismo tiempo—. Voy a desgarrarte por dentro, voy a lamer tu tierna carne mientras te retuerces y beberé de tu interior. Y te gustará. Pedirás más y yo te daré más. Siempre más. Eres para mí y nunca saldrás de este lugar.

El auricular escapó de sus dedos, que se habían quedado rígidos, formando una apretada garra, y su cara inundada de lágrimas congelada en una mueca de horror. Una risa demencial rebotaba de pared en pared, moviéndose muy deprisa alrededor de toda la habitación, girando vertiginosamente, y en medio de todo el estruendo se escuchó claramente y por encima de todo el golpe de la puerta al cerrarse de un portazo. Lis se lanzó a la carrera un segundo tarde, abalanzándose contra la puerta cerrada, y a pesar de que tiró con todas sus fuerzas la hoja no se inmutó, impasible ante sus embestidas y golpes.

Las fuerzas la abandonaron y se dejó caer al suelo, deslizando la espalda por la superficie rugosa de la puerta, arañándose la piel con las astillas y la pintura descascarillada. La cama llenaba su campo de visión, con la silla y su siniestro teléfono encima; y aquellos dedos aferrándose a las tablas por debajo, arañando sin cesar, dejando pedazos de su propia piel en la madera astillada. Y aquella risa de fondo, que no dejaba de repetirse en su cabeza como un eco. Ya no estaba segura de nada, no sabía si el sonido se encontraba dentro de su cabeza, si lo que veía estaba realmente allí o si era fruto de su mente agotada y trastornada. Había perdido la noción del tiempo y no recordaba lo que había ido a hacer allí: ¿quién era ella?, ¿dónde estaba?, ¿qué era aquel lugar? Estaba tan cansada que decidió que podía tumbarse un rato en esa cama para descansar; la cama parecía tan cómoda y vacía, entonces, ¿por qué estaba tirada en el suelo?

La cabeza giraba sin control sobre su cuello, el olor de la gasolina era más intenso una vez que la puerta quedó cerrada y comenzaba a notar una quemazón en la nariz y en el fondo de la garganta; se removió incomoda, algo duro y anguloso se clavaba en su trasero y palpó con la mano debajo de su cuerpo en busca del causante de su dolor y descubrió escondido en el bolsillo trasero de su pantalón el mechero con el que había encendido el último cigarrillo. Lo sacó de allí y hurgó en el bolsillo delantero, donde encontró el paquete de tabaco arrugado con un único cigarrillo partido por la mitad. En cuanto lo tuvo entre los dedos lo deseó como nunca hasta entonces lo había hecho. Se llevó a los labios la parte del cigarrillo que conservaba el filtro y lo encendió, dando una larga calada y cerrando los ojos mientras el humo llenaba sus pulmones y, a la vez, le despejaba la mente. Su cabeza se aclaró lo suficiente para pensar en lo que podría haber ocurrido si la habitación hubiera estado llena de gas; se imaginó el sótano volando por los aires, con ella como la protagonista de la deflagración, su cuerpo disgregado en pequeñas partes dispersándose como metralla, todo por un cigarrillo, y no pudo evitar reírse a pleno pulmón. Era un sonido extraño y ajeno a aquel lugar; los demás ruidos se acallaron mientras resonaban las carcajadas incontrolables de Lis entre las paredes de la lúgubre

estancia. Cayó de costado, rodando por el suelo y agarrando con la mano libre el estómago, mientras con la otra sujetaba en alto lo que quedaba de su menguado y último cigarrillo sin poder parar de reír. Quizás la razón la había abandonado definitivamente o quizá su cuerpo necesitaba liberar la tensión acumulada para no explotar, del modo que fuere, pasados unos minutos, Lis quedó tendida de espaldas sobre el sucio suelo, contemplando el techo de la habitación y fumando satisfecha; a su alrededor había cesado la salvaje risa, la voz había enmudecido en el teléfono y la mano de dedos ensangrentados había regresado a su agujero bajo la tierra. Desde aquella perspectiva todo parecía normal y Lis aspiraba el humo profundamente disfrutando del instante de tranquilidad.

Estiró los brazos, deslizando las palmas de las manos por la superficie áspera del suelo; las astillas se levantaban al contacto con su piel y le hacían diminutos arañazos en las yemas de los dedos. Lis cerró los ojos, imaginando que se encontraba tumbada sobre las tablas del porche, en una noche fresca de mediados de verano y a su alrededor soplaba una suave brisa que arrastraba consigo el canto de las chicharras; a través de la puerta abierta le llegaba el sonido de los cacharros en la cocina, una cuchara golpeando contra un plato, unos vasos entrechocando en el fregadero y las puertas de los armarios abriéndose y cerrándose. Su abuela estaba preparando la cena. En cualquier momento aparecería en el umbral con las manos cargadas de platos y cubiertos, un vaso de zumo de naranja, unos huevos pasados por agua, rebanadas de pan negro en un cesto de mimbre, queso amarillo, como ella solía llamarlo, mantequilla y mermelada... La madera le lastimaba los huesos del trasero y los hombros, pero era tan placentero permanecer allí tumbada, indiferente al paso del tiempo, contenta, feliz y a salvo. La pequeña Lis, con los ojos aún cerrados, deslizaba las manos por los costados de su cuerpo, como si quisiera formar la figura de un ángel en la nieve. Con los dedos palpó algo húmedo y frío y giró la cabeza para ver de qué se trataba. Se sorprendió al ver un rastro de algo que recordaba al agua, que venía desde la puerta de casa e iba a parar a escasos centímetros de su cuerpo tendido, formando un charco cada vez más grande.

—¿Abuelita? —dijo la pequeña Lis con voz soñolienta, sin levantarse del lugar que ocupaba y moviendo la cabeza hacia la puerta, estirando su delgado cuello y arrastrando la coleta por el áspero suelo.

—¿Qué ocurre, pequeña? —La voz de su abuela provenía de la cocina y la oía amortiguada por el sonido de los cubiertos y la distancia.

—Se ha derramado algo en el suelo, me parece que es agua.

—¿Otra vez Cana se ha hecho pis en el porche?

—No, no lo creo; a lo mejor ha sido Noche —respondió la niña dubitativa. No quería pensar que su perra fuera la responsable, era un cachorro muy bueno pero aún tenía que aprender muchas cosas.

—Límpialo antes de que llegue tu abuelo, ¿quieres?

—¿Con qué lo limpio, abuela?

—Con lo que tienes en la mano, cariño, para eso está.

La pequeña miró de nuevo hacia su mano derecha y descubrió que sostenía un objeto entre sus pequeños dedos que hasta entonces no sabía que portaba.

—¿Abuela? —llamó dubitativa.

—Dime, cariño.

—Yo no puedo usar esto, mamá no nos deja encender cerillas, dice que es peligroso.

—Solo será por esta vez y porque es de lo más necesario ¿de acuerdo? Yo te doy permiso.

—Está bien. —La pequeña Lis abrió la caja de cerillas que sujetaba en su mano sin saberlo y sacó una cerilla, hizo todo esto sin levantarse de suelo, pues había decidido que se estaba muy bien allí.

—¿Cariño?

—¿Sí, abuela?

—Te quiero —escuchó que decía la voz de su abuela, pero esta vez muy cerca de ella, tanto que sus palabras le provocaron cosquillas en la mejilla.

—Yo también te quiero, abuelita. —Se rio y dejó caer la cerilla en el suelo, justo a su lado.

La deflagración que siguió sacó a Lis de su ensueño, que abrió los ojos de par en par para ver cómo la habitación del sótano se convertía en una bola de fuego. El cigarrillo que hasta entonces había sujetado entre los dedos había desaparecido en un charco de gasolina y ahora toda aquella zona del cuarto ardía con furia. Las llamas se elevaban altas y furiosas hasta el techo, lamiendo la madera que lo cubría y extendiéndose rápidamente, formando un dosel incandescente por encima de su cabeza. En el suelo, el fuego seguía el camino señalado por la gasolina derramada, el bidón ardía como una antorcha y el plástico había quedado reducido a una masa gelatinosa. Lis tuvo que rodar hacia la puerta, que era el lugar más alejado, desde donde pudo ver cómo la silla era engullida por las llamas. Estas avanzaron a una velocidad vertiginosa, alimentadas por la madera seca, directas hacia la cama. Por un momento el fuego vaciló en el borde, contorneando el dibujo del suelo iluminado por las llamaradas; pero al segundo siguiente todo el anillo explotó en llamas, que saltaron hasta el techo crepitando y rugiendo. El colchón y la ropa de cama desaparecieron, se desintegraron en cuestión de segundos, como en un horno crematorio y Lis sintió que su cuerpo estaba a punto de correr la misma suerte.

El fuego entraba por sus fosas nasales, abrasándola por dentro, sentía el calor bajo su piel, quemando desde el interior, y luchó por perder el conocimiento antes de arder en vida.

El ruido era ensordecedor, la madera consumida crepitando al partirse, las llamas que se agitaban en el aire azotando las paredes y el techo y un lamento agudo y gutural se distinguía de fondo, haciéndose oír por encima del estruendo. Lis no podía escuchar los golpes en la puerta, a su espalda; estaba concentrada forzando a su cuerpo a perder el sentido, tratando de obligarse a regresar a aquel otro lugar donde había empezado todo aquello, a los brazos de su abuela, donde nada podía hacerle daño. Estaba a punto de conseguirlo, podía sentir la mano de su abuela sobre su brazo, agarrándola firmemente para no dejarla caer. Lis sonrió y se dejó llevar. Sintió una ráfaga de aire caliente y después frío, y se vio arrastrada a una vertiginosa ascensión. Su cuerpo volaba, subiendo más y más y cada vez más deprisa; al principio le costó mucho

esfuerzo coordinar sus movimientos con los de su abuela, consciente de su cuerpo más pequeño y frágil a su lado, soportando su peso, ayudándola en cada paso, hasta que finalmente sintió renacer la confianza en sus piernas y se irguió ganando velocidad en una carrera loca sin control a través de la noche oscura. Un suelo duro y frío salió a recibirla, magullando su cuerpo y su rostro con su abrazo.

Al principio, Lis temió haberse lastimado los oídos o la cabeza; por más que se esforzara no lograba acallar el molesto zumbido de los oídos, como el aullido del viento en una concha a la orilla del mar. No quería moverse aún; notaba el cuerpo lacerado y dolorido y no se atrevía a comprobar qué daños había sufrido y cuál era su alcance. Decidió quedarse donde estaba; sentía algo blando y suave bajo su cuerpo y, sin abrir todavía los ojos, deslizó los dedos por la superficie fresca como la brisa de la noche. El viento frío de la madrugada acariciaba su rostro, refrescando su piel y secando sus lágrimas. Ni siquiera sabía que estaba llorando. Se sobresaltó cuando una mano se deslizó por su espalda, apenas un roce delicado y cálido que la obligó a abrir los ojos.

—Calma, niña, todo está bien —escuchó una voz anciana, y por un momento pensó que la fantasía o la pesadilla no había acabado aún; temió haberse quedado atrapada para siempre en aquel mundo extraño que se escondía bajo la granja de su abuela, temió no poder regresar nunca a la realidad, vagando como un alma perdida por aquellos pasillos y habitaciones.

Pero al seguir la dirección del sonido descubrió a Ingrid en su lugar y suspiró aliviada. Sentada a su lado se encontraba la anciana mujer, con una chaqueta holgada de punto y un pantalón de pijama; del hombro le colgaba una escopeta. Tenía buen aspecto, mucho más joven y vigoroso que el que tenía aquella misma mañana, tan solo unas manchas negras en las mejillas y unas gotas de sudor bajo un pelo despeinado hacían sospechar que algo fuera de lo normal había sucedido. Lis rodó a un lado para sentarse, la mano de Ingrid, que había apoyado tranquilizadoramente sobre su espalda, descansó sobre la rodilla de la joven. Lis estrechó su pequeña mano con la suya, agradeciendo ese contacto, tan real y tan auténtico.

Las dos mujeres contemplaron en silencio la casa. Las llamas estaban subiendo al piso superior y la planta baja se había convertido en un mar salvaje y embravecido de fuego que se tragaba todo a su paso; el sonido de la madera al partirse y los cristales estallando se dejaba escuchar claramente por encima del rugido de las llamas, resonando como un vendaval contenido dentro del perímetro de la casa. Las caras de las mujeres estaban iluminadas de un tono naranja intenso, como si su propia piel estuviera ardiendo.

—Es hermoso; no puedo dejar de mirarlo. —La voz de Ingrid era baja y grave, como si hablara en sueños—. Sé que está mal decirlo, pero así me lo parece.

—Tienes razón, hay algo sobrecogedoramente bello en todo esto —asintió Lis, con el mismo tono de voz—. No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, de no ser por ti...

—*Shhh*, no digas nada, las cosas son como tienen que ser, no hay nada que añadir. Sentí que tenía que acudir cuanto antes, como la primera vez que fui a ver a tu abuela, y aquí estoy. —Lis apoyó la cabeza en el hombro de la anciana; se sentía reconfortada por su presencia, por su voz, clara y directa, y por el tacto de su suave piel. Pensó que le gustaría que fuera su abuela, pensó que le gustaría recordar a su propia abuela tal y como era ella y decidió que así lo haría.

—¿Cuánto tardarán en llegar los bomberos?

—¡Ja! —Ingrid soltó una carcajada que pareció un bufido—. Puedes estar segura de que no vendrá nadie hasta bien entrada la mañana. Aunque hubiera alguien despierto a esta hora para ver el fuego en la distancia, todos en el pueblo desean ver arder esta granja hasta los cimientos. Nadie llamará. Se acercarán a curiosear con el despertar del día, cuando el peligro haya pasado, a husmear entre los escombros.

—¿Y tú crees que ha pasado?

—Eso creo. —Hizo una pausa y añadió para sí—: Eso espero. Ayúdame a levantarme, mis viejos huesos no aguantarán en esta posición mucho más tiempo.

Lis se puso en pie y ayudó a la anciana a incorporase; escuchó cómo crujían todas las articulaciones de su cuerpo y como su espalda se encorvaba bajo el peso de la escopeta, que se acomodó sobre el hombro. De nuevo parecía una anciana débil y frágil, ya no quedaba ni rastro de la determinación y la fuerza que había visto destellar en sus ojos cuando la miró unos minutos antes, tras abandonar la casa. Ahora le parecía inaudito que aquella pequeña mujer hubiera podido echar abajo la puerta y ayudarla a salir al exterior con la sola fuerza de sus miembros.

—Es hora de regresar a casa —la sencillez de aquellas palabras caló hondo en el corazón de Lis y le ató un nudo alrededor de la garganta—. Dame un abrazo de despedida, niña, algo me dice que no vas a parar a despedirte cuando te marches de aquí.

Ingrid tenía razón, no regresaría al pueblo nunca más, tomaría el camino que llevaba a la autovía por el norte y desaparecería entre las colinas sin mirar atrás. Lis la abrazó con todas las fuerzas que le quedaban, intentando prolongar ese instante tal y como hacía su propia abuela; no deseaba separarse de la anciana, le asustaba volver a quedarse sola, aunque sentía que el peligro ya había pasado. La mujer regresó a su furgoneta con paso cansado y se dejó caer en el asiento, agotada, dirigió una última mirada cansada a Lis y sonrió, alzando la mano a modo de despedida, tras lo cual desapareció camino abajo, engullida por las sombras de la madrugada, como si nunca hubiera estado allí.

Lis se quedó sola en el patio, dentro de un círculo de flores aplastadas por los cuerpos de ambas y con un sinfín de cabezas amarillas rodeándola, como sus centinelas silenciosos. A su alrededor todo era calma.

El fuego seguía rugiendo y devorando el piso superior. Lis alzó la vista y le pareció distinguir la sombra de una silueta en una ventana de la primera planta; las llamas danzaban a su alrededor y hacían difícil distinguir con claridad; en un momento el fuego se la tragaba y al instante siguiente volvía a aparecer, pero la figura no se movía de su posición. Tenía la impresión de que no se trataba del mismo personaje siniestro que la había perseguido por el sótano, la figura parecía más menuda, más delgada y, sin saber cómo explicarlo,

percibió su tristeza a través del cristal y de la distancia. No podía apartar los ojos de su silueta oscura, parpadeando entre el fuego. En un momento dado vio como alzaba una mano apoyándola contra el cristal y al instante siguiente la ventana estallaba hecha pedazos, arrojando una lluvia de cristales alrededor de Lis. Salió corriendo hacia la seguridad de su coche, estacionado unos metros atrás, en el camino de entrada, en el preciso momento en que parte del techo del porche y de la fachada del primer piso se venía abajo, esparciendo material incandescente por todo el patio y lanzando escombros ardiendo sobre el lugar exacto donde había estado ella un segundo antes.

Contuvo una exclamación y alzó la vista en busca de la misteriosa figura, pero esta había desaparecido en la vorágine del incendio, engullida por las llamas y el humo. En cambio, vio con espanto cómo las brasas y las chispas procedentes de los escombros dispersos por el patio prendían fuego a las flores que lo tapizaban. Los dientes de león ardieron como diminutas teas, con una virulencia sorprendente como si, en lugar de plantas frescas, verdes y rebosantes de vida se tratara de sarmientos secos dispuestos para avivar el fuego. Las llamas se extendieron alrededor de la casa, devorando cada centímetro del jardín, rodearon la construcción al completo con un anillo de fuego de un intenso color amarillo por arriba y de un tono verdoso que parecía irradiar desde abajo. De pronto, por encima del aullar de las llamas, se escuchó un silbido agudo y penetrante, semejante al chillido desesperado de una criatura a punto de morir. Lis se cubrió los oídos con ambas manos y aun así el pitido perforaba la carne de sus palmas, irrumpiendo en su cabeza y taladrando su cerebro. Mucho después de que hubiera terminado lo seguía escuchando en su interior, como un eco persistente pero cada vez más débil, hasta que se extinguió por completo y en su lugar solo quedó un vacío.

Lis se metió en el coche y cerró la puerta, tratando de alejar el frío que sentía de repente y abrazó su propio cuerpo con las manos para detener los temblores que lo sacudían, pues a pesar de que el fuego aún seguía vivo la temperatura del exterior había bajado considerablemente de golpe. Puso el motor en marcha y encendió la

calefacción, pero no logró detener los escalofríos. La tensión de los acontecimientos de la noche comenzaba a pasarle factura y se arrebujó en el jersey para reconfortarse con su olor, aquella prenda era lo único que había rescatado de la casa de su abuela, pensó en todo lo que había perdido en un abrir y cerrar de ojos y se sintió triste y desdichada otra vez. No había quedado en pie ni una pared de toda la casa; el segundo bidón de gasolina, que había dejado en el porche, avivó las explosiones y dio de comer a las llamas, reduciendo el edificio a cenizas con la potencia de un horno crematorio. El viento se encargaba de dispersar el humo y los restos carbonizados de su hogar, empujándolos por encima de los bosques y más allá de las colinas. Cuando el último rescoldo se apagara sobre el ennegrecido suelo de la granja, tan solo permanecería el olor seco y amargo del polvo para dar testimonio de que allí se levantó, en otro tiempo, una casa, y que durante un mes al año también era un hogar. La euforia y la alegría que había compartido con Ingrid habían desaparecido por completo, tan solo le quedaba el cansancio y una sensación de derrotada; deseó poder dormir y olvidarse de todo para siempre.

Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que estaba dando cabezadas detrás del volante, alzó la vista hacia lo que quedaba de la casa y comprobó que las llamas comenzaban a perder altura, el piso de arriba se había hundido sobre la planta baja sin que ella se diera cuenta y en el patio las llamas amarillas y verdes habían devorado todo lo que encontraron a su paso. Ya no quedaba ni rastro de la tupida moqueta que decoraba la granja desde hacía décadas y quedaba a la vista un suelo desnudo y negro entre los rescoldos, que refulgían con un tono verdoso y malsano. Con aquel último vistazo tuvo suficiente; metió la marcha atrás y salió al camino de tierra, tomando la dirección contraria a la que había seguido Ingrid, buscando el cobijo de la oscuridad. Solo una vez miró por el espejo retrovisor del interior del habitáculo, tratando de distinguir la casa sobre la colina, para lanzar una última mirada de despedida al que fuera el lugar de su infancia, pero tras ella solo encontró oscuridad, como si el humo negro procedente del incendio se hubiera colado dentro del coche, desdibujando todos los

contornos más allá de su propio asiento. Se sintió mucho más cansada de lo que se había imaginado, así que abrió un poco su ventanilla para permitir la entrada de aire fresco y se concentró en permanecer en el camino, pues quería poner toda la distancia que fuera posible entre ella y la granja antes de que despertara el día.

El coche se detuvo con las primeras luces del día en una estación de servicio. Los últimos kilómetros habían sido una auténtica tortura; mientras luchaba con sus párpados para mantenerlos abiertos, los pies pesaban sobre los pedales como si llevara cemento dentro de las zapatillas y los brazos resbalaban del volante, pensó que no lograría llegar a una gasolinera cuando apareció el cartel que señalaba el área de servicio tras una curva de la carretera. Apagó el motor y salió del coche antes de quedarse dormida en el asiento. Estiró sus doloridos miembros y bostezó; no tenía idea de cuánta distancia había recorrido ni en qué dirección, los carteles de la carretera eran rectángulos de luz difusa cuando sus faros los alumbraban al pasar y, de todas maneras, no le importaba lo suficiente. Se encaminó al interior de la estación de servicio, anhelando un café bien cargado y algo de información; aquel era buen momento para saber en qué punto se encontraba y hacia dónde debía dirigirse para volver a casa. «Volver a casa» sonó como una promesa de vacaciones tras un largo y duro día de trabajo. Recordó su cama, esperándola para recibirla bajo su mullida y suave colcha y deseó estar allí más que en cualquier otro sitio del mundo. Con el paso de los kilómetros lo sucedido en la granja se iba desdibujando en su cabeza y, cuanto más aumentaba la distancia, más difícil se le hacía creer que lo que recordaba había sucedido de verdad. Bajo la luz del día, en aquella estación de servicio limpia y bien iluminada, mientras se servía un café caliente en una moderna máquina de cápsulas italianas, se le hacía casi imposible evocar con detalle los acontecimientos, y ni siquiera estaba segura de poder explicarlos en voz alta, algo que desde luego no pensaba intentar. Todo estaba borroso, enredado en su cabeza, pero estaba segura que tras una noche de sueño largo y reparador lo vería todo más claro aunque, por otro lado, estaba decidida a olvidarse de todo lo ocurrido a la menor oportunidad. Volvería a su rutina, a su vida

cotidiana, a sus lecturas, a sus amigos y a sus quehaceres diarios. Más tarde llamaría a Greg, le contaría que un inesperado accidente se había llevado por delante toda la granja, arrasando con la casa y con todos los recuerdos, y le aconsejaría cerrar la puerta a esa etapa de su vida y seguir adelante, sin mirar atrás, otra vez. Y él seguiría su consejo, como hacía siempre, un problema menos del que ocuparse porque ya se había encargado su hermana, la buena de Lis.

Se acercó al mostrador mientras colocaba la tapa de plástico sobre su humeante vaso de papel.

—Un paquete de cigarrillos, por favor, de esos de ahí —señaló por encima del hombro del joven dependiente; no era consciente de las ganas que tenía de fumar hasta que vio la fila de paquetes en la estantería, tras el mostrador. Antes de entrar vio unas mesas con bancos detrás del establecimiento y sintió placer solo con imaginarse sentada bajo los primeros rayos del sol, disfrutando de su café recién hecho y un cigarrillo.

—Tenemos una oferta de dos por uno para el desayuno, si le interesa. —La voz del dependiente la sacó de su ensoñación y le miró sin comprender—. Para el café —añadió al ver la cara de desconcierto de Lis.

—Ah, no, gracias —respondió cuando comprendió su insinuación —, con uno tengo suficiente, ya está bastante cargado.

—Lo decía por su amigo, por si quería llevarle uno, que le sale gratis —replicó haciendo un gesto con la mano hacia su coche, aparcado al otro lado del escaparate.

El mundo se detuvo en aquel instante y todos los sonidos desaparecieron a su alrededor, tragados por un invisible vórtice que se acababa de abrir bajo sus pies y amenazaba con devorarla a ella también. Lis veía al chico mover los labios, pronunciando palabras que no podía escuchar, el sonido de su voz no podía llegar hasta sus oídos porque en ellos todavía resonaban sus últimas palabras. El corazón comenzó a latir en su pecho cada vez más deprisa, acelerando como un viejo motor, y su respiración salía en jadeos entrecortados a través de la boca; el dependiente debió percatarse de que algo iba mal por la expresión que compuso su cara, pero ella

no podía verlo, pues los sonidos y los colores se mezclaban en derredor como en un caleidoscopio. La frente de Lis se perló de sudor helado, que comenzó a bajar también por su espalda. El vaso de café que aún sostenía se escurrió de sus dedos, que habían perdido toda su fuerza y su movilidad, salpicando su contenido ardiente sobre los muslos de Lis, pero ella tampoco se dio cuenta. En cambio, de entre sus labios entreabiertos comenzó a brotar un sonido, un silbido prolongado que recordaba una tetera, hasta que finalmente logró formar unas palabras que repetía sin cesar.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser...

Era más una plegaria, una letanía que repetía para sí misma, como si de aquella manera pudiera conjurar una realidad diferente de la suya. Tenía que comprobarlo; y con un esfuerzo de su voluntad y de sus músculos al mismo tiempo, giró muy despacio la cabeza hacia el ventanal. Primero vio el morro de su coche, después el asiento del acompañante y el suyo detrás, ambos vacíos, y, cuando se había permitido el lujo de conservar un atisbo de esperanza, lo vio en el asiento de atrás, allí donde aquella nube gaseosa se había asentado cuando abandonaba la casa. Tenía la forma de una silueta negra, una figura recortada de las sombras, más oscura y densa que las demás; se recostaba en el asiento trasero como un pasajero cualquiera, mirando impasible al frente, aguardando paciente para reanudar la marcha.

Antes de que el cuerpo de Lis tocara el suelo de la tienda el dependiente ya había dado la vuelta al mostrador y había logrado asirla por debajo de los brazos, evitando lo peor de la caída. La depositó en el suelo con cuidado y salió al aparcamiento, para avisar a su acompañante, pero se detuvo extrañado delante del coche al descubrir que no había nadie más en el interior; aun así, abrió la puerta trasera dispuesto a cerciorarse, pero allí tan solo encontró una huella negra impresa a fuego sobre la tela del asiento en el lugar donde antes viera a un hombre.

Epílogo



UN ATAJO EN LA NOCHE

El sol había comenzado a descender sobre el horizonte, a un paso de ocultarse tras la colina, y el cielo había tomado un tono anaranjado incandescente y morado intenso, ofreciendo un contraste espectacular para todo aquel que se detuviera a contemplarlo. No era el caso de Daniel, que conducía su furgoneta por la carretera en dirección sur después de varios cambios de sentido y de rumbo. No tenía claro hacia dónde se dirigía ni cuándo llegaría, ni mucho menos lo que iba a hacer cuando llegara; había salido de casa a primera hora de la tarde, bajo el pretexto de resolver unos asuntos de trabajo, ella había asentido sin hacer preguntas, no era la primera vez que trabajaba en fin de semana, aunque en aquella ocasión su marcha le había parecido mucho más precipitada que de costumbre. Otra mujer habría podido pensar que Daniel tenía una aventura, pero no Clara, pues conocía a su marido hasta en el más íntimo detalle y estaba convencida de que le hubiera resultado imposible mantener la farsa delante de ella.

La realidad era otra bien distinta. Daniel había salido de casa porque no soportaba permanecer dentro ni un instante más. Estaba irritado, molesto e inquieto, pero no conseguía averiguar la razón de semejante malestar. Refunfuñaba para sí mismo, protestando a media voz y quejándose a la menor oportunidad; temió que, si permanecía un solo minuto más en casa, acabaría por hacerle pagar los platos rotos a la única persona que tenía a mano. Clara lo había percibido y había optado por no hacer preguntas y retirarse discretamente de su camino, como un animal que huele el peligro en el aire y se escabulle con sigilo para ocultarse entre la maleza. Finalmente, cuando no pudo contenerse por más tiempo, agarró las llaves de la furgoneta y se despidió de Clara, pidiéndole que no le esperara despierta, pues no sabía a qué hora iba a regresar.

Arrancó el motor y puso rumbo al norte, siguiendo el sinuoso camino que discurría entre colinas y pastos, evitando pasar por el pueblo, pues no se sentía con ánimo para intercambiar forzados

saludos con los vecinos, y se dio cuenta de que, en el momento en que los neumáticos comenzaron a rodar por el camino de tierra, el sonido de las piedras y la arena crujiendo a su paso tuvo el mismo efecto que el murmullo de las olas del mar. Volvió a sentir la cabeza despejada, ligera, vacía de los pensamientos sombríos que se le acumulaban dentro como negros nubarrones de tormenta y los músculos de su rostro se destensaron; si se hubiera mirado en el espejo en aquel momento habría podido apreciar cómo desaparecía la arruga que le cruzaba la frente desde hacía dos días, incluso durante el sueño nocturno, contrayendo su gesto en una mueca de perpetuo disgusto. Con cada kilómetro se sentía mejor, más aplacado, más tranquilo, hasta que empezó a silbar una conocida melodía de un anuncio de televisión sin darse cuenta de que lo hacía.

Así continuó durante horas, hasta que el sol comenzó a declinar y Daniel comenzó a pensar que quizás había llegado el momento de regresar a casa. Como si fuera cosa de un maleficio, ese pensamiento le atenazó las tripas, atándolas en un apretado nudo, y se sintió indispuesto, como si hubiera comido algo en mal estado que intentaba salir de su cuerpo de una manera o de otra; su frente se perló de un sudor frío y detuvo el coche en la cuneta. Tuvo el tiempo justo para abrir la puerta antes de expulsar un potente chorro de un líquido amarillo viscoso, tenía un sabor ácido y le quemaba la garganta y apenas se sintió mejor al acabar; su estómago gritaba vacío y en llamas.

De nuevo recorría el mismo tramo de carretera a la luz cada vez más menguante del día, acercándose a los bosques que rodeaban su granja, pero sin atreverse a cruzar la barrera imaginaria que se había dibujado y que marcaba los límites de la propiedad y del pueblo. Encendió las luces de cruce, pues la luz natural era muy escasa y estas iluminaron un cartel en el margen izquierdo de la carretera que le había pasado desapercibido en sus anteriores viajes. Las letras decían «bar» con una caligrafía sencilla, doméstica, y aparecían pintadas sobre unos tablones de madera unidos a un torcido poste. Para más énfasis, una flecha señalaba el lugar y Daniel, sin pensar en lo que hacía, dio un brusco volantazo para

tomar el desvío que esta indicaba. Por suerte, no había ni un solo vehículo en la carretera y su maniobra pasó desapercibida. Atravesó el desnivel de la cuneta y dio a una explanada de tierra batida en la que podían aparcar holgadamente una docena de coches aunque en aquel instante no había ni uno solo y disponía de todo el espacio libre para él, una suerte que aprovechó aparcando delante de la puerta del establecimiento.

El bar no era más que una cabaña de madera con una desvencijada puerta principal y dos ventanas a los lados decoradas con unas oscuras cortinas y una innumerable colección de pegatinas de marcas de bebidas que cerraban cualquier hueco que la cortina no lograra ocultar. El aspecto exterior no era nada fuera de lo normal, más bien le pareció un establecimiento de lo más vulgar y un tanto decadente, pero se alegró de apagar el motor y estirar las piernas; además, necesitaba beber algo para eliminar el mal sabor de boca y apaciguar los calambres del estómago. En cuanto reparó en el cartel luminoso con forma de jarra de cerveza invitándole a beber se dio cuenta de las ganas que tenía de tomar una refrescante cerveza. Se encaminó directamente a la entrada rezando en silencio porque no estuviera cerrada, pero cuando empujó la puerta esta cedió suavemente con un chirrido de bienvenida, revelándole una habitación silenciosa y en tinieblas.

Daniel permaneció de pie en el umbral, tratando de acostumbrar su mermada visión a las condiciones de luz. Pasados unos instantes distinguió una barra a su izquierda y un espacio amplio a la derecha, donde había mesas bajas y sillas. El bar presentaba un aspecto desangelado, no sonaba música ni se escuchaba el ruido de conversaciones o el entrechocar de vasos. Parecía un lugar abandonado y olvidado en una cuneta de las afueras.

—¿Piensa quedarse en la puerta toda la noche? ¿Acaso está ventilando mi local?

Una cascada voz sobresaltó a Daniel, que dio un brinco hacia el interior, con lo que la puerta se le escapó de la mano, cerrándose a su espalda más deprisa de lo que debería, como si la hubiera empujado él mismo. La pregunta llegaba flotando desde el otro lado de la barra y Daniel dio un paso hacia adelante, tratando de

distinguir a su dueño. Dedujo que se trataba de un hombre, aunque la voz le resultó un tanto impersonal y sonaba vieja, cascada y rasposa, quizás algo aguda, pero en cualquier caso, no lo suficiente como para pertenecer a una mujer porque, de ser así, no podía imaginar qué aspecto debía de tener esta. Con tales pensamientos en la cabeza se fue aproximando cada vez más, guiándose por el sonido de sus propios pasos, hasta situarse junto a la barra, pero cerca de la puerta.

—Espere, deje que encienda una luz —dijo el hombre, respondiendo a los deseos de Daniel; acto seguido una hilera de lámparas se iluminaron a lo largo de la barra—. Usted es el primer cliente del día, así que póngase cómodo, hay sitio de sobra. —Rio su propia broma y se acercó a Daniel desde el lado opuesto de la barra —: ¿Una cerveza?

Daniel, que aún no había despegado los labios para decir una palabra, se descubrió asintiendo vigorosamente ante el ofrecimiento, porque realmente le apetecía una cerveza, de hecho, era lo que más le apetecía en aquel momento sobre todos los demás manjares que se le pudieran ofrecer en aquel momento. Se aclaró la garganta, que se había resecado después de su percance y todavía conservaba el sabor ácido de la bilis.

El camarero se volvió y comenzó a revolver entre los armarios, momento que Daniel aprovechó para observarle a él y al local que regentaba. El hombre aparentaba más de sesenta años, de manera que la voz no le había engañado, llevaba el pelo largo y completamente blanco pegado a la cabeza en finos y delicados mechones. La piel era morena y contrastaba con el color del pelo, y estaba poblada de arrugas que iban en todas direcciones, desafiando las leyes de la naturaleza; algunas sin duda eran cicatrices que, con el paso del tiempo, habían adoptado el color de la carne y no destacaban más que las demás marcas propias de la edad. Era de baja estatura y con una tripa prominente, vestía un ajado chaleco de cuero desabrochado que dejaba entrever su torso desnudo, adornado con una mata de pelos gruesos y grisáceos que se perdían bajo la barriga. Daniel, al ver sus brazos tatuados, se hizo a la idea de que trataba con un motero, un rockero o un exconvicto,

y desde luego que el aspecto del local apoyaba cualquiera de esas tres hipótesis. El suelo y los muebles eran de madera vieja y deslucida, la madera de las mesas, las sillas, la barra y el propio suelo había chupado el alcohol derramado a lo largo de los años y en el lugar flotaba ese tufo agrio de manera permanente. Ni siquiera el olor de la lejía lograba camuflarlo del todo, sino que formaban una mezcolanza difícil de soportar. Le vino a la cabeza el comentario que el hombre le había hecho al entrar y decidió que no le vendría nada mal abrir la puerta y las ventanas para que el aire de la noche refrescara la atmósfera del lugar. Claro que, por otro lado, no sería él quien se atreviera con semejante sugerencia, pues no le cabía duda de que un comentario de aquel estilo no sería del agrado del anciano y no quería descubrir si pertenecía a la clase de propietarios que guardan una escopeta bajo el mostrador.

—¿Le apetece escuchar algo de música?

La voz del anciano le distrajo del rumbo que tomaban sus pensamientos y le atrajo de nuevo a un pegajoso taburete en el que Daniel se acomodó lo mejor que pudo, disimulando su desagrado cuando la manga de su camisa quedó por un momento adherida a la barra; el hombre compuso una mueca que bien pudo ser una sonrisa, como si lo hubiera advertido pero le divirtiera la manera de disimular de Daniel. Delante de él apareció una jarra de un litro de cerveza rubia coronada con un dedo de espuma blanca, lista para ser degustada. Su boca comenzó a salivar como la de un perro delante de una salchicha y, sin más preámbulos, se llevó la jarra a los labios y dio un generoso trago. Cuando volvió a apoyar la jarra en la barra la mitad de su contenido había desaparecido en su estómago, esa proeza le sorprendió y sintió un ligero mareo, ya que no era un hombre acostumbrado al alcohol en grandes cantidades, pero estaba seguro de que aquello era lo que su cuerpo le pedía a gritos en ese momento.

—¿Y bien? Usted no parece de la clase de gente que aprecia la buena música, pero puedo buscar algo que sea de su agrado, si quiere.

—No, gracias, no se moleste —Daniel se dio cuenta de que aún no le había dirigido la palabra y que empezaba a resultar grosero,

por lo que se apresuró a añadir algo más después de limpiarse la espuma de los labios—, así está bien, solo he parado un momento a beber algo.

—Claro, como todos, amigo —respondió el anciano y subrayó la frase con una sonora carcajada; daba la impresión de que cualquier cosa que hacía o decía Daniel, por insignificante que fuera, le resultaba de lo más divertida y, sin embargo, Daniel no sentía ganas de reír con él.

Tampoco sabía a qué se refería exactamente con eso de «la buena música», pero creía adivinarlo por las banderas que adornaban las sucias paredes del local. Echó un vistazo hacia atrás; una máquina de discos, cuatro mesas con sillas y otra mesa alargada apoyada contra la pared, con un banco de madera a modo de asiento. Encima del banco descansaba un bulto oscuro y grande, con la forma de un saco de ropa o una mochila de grandes dimensiones y, cuando Daniel estaba a punto de centrar su atención de nuevo en su cerveza, captó un movimiento por el rabillo del ojo. El fardo se había movido. Se enderezó en la silla, tieso como un palo, y giró un poco más el cuerpo, para tener la *cosa* más encarada. El anciano rio por lo bajo desde alguna parte del mostrador, seguramente divirtiéndose otra vez con la reacción de Daniel.

—¿Qué es eso? —dijo a media voz, porque no le parecía buena idea hacer ruido antes de saber qué era lo que tenía detrás.

—No se asuste amigo, es Topo, que está echando un sueñecito.

—¿Topo?

—Yo le llamo así porque no le gusta la luz del sol, prefiere salir de noche, ¿sabe?

—Entiendo. —A Daniel toda aquella conversación empezaba a parecerle surrealista, y desde luego no entendía nada, pero el hombre prosiguió.

—Siempre se echa un rato después de beber, no le sienta bien el alcohol. Pero no se preocupe, es inofensivo, al menos hasta el momento. —Rompió a reír de nuevo y se alejó de Daniel para desaparecer entre las sombras del mostrador.

Ahora que se fijaba con atención, podía distinguir vagamente la silueta de una persona muy grande sepultada bajo los pliegues de la

ropa. No sentía ganas de conocerle, no quería saber cuál era su aspecto ni de qué humor se levantaba a aquellas horas. Se volvió hacia la barra, dispuesto a pedir la cuenta y salir del local, pero descubrió que, sin saber cómo, se había terminado la jarra y otra entera le esperaba delante de sus narices.

Daniel reflexionó, todo aquello le resultaba muy extraño: el lugar, el camarero y la persona que dormitaba en el banco, pero en realidad, desde que se mudaron a aquel pueblo tenía permanentemente la sensación de que algo raro sucedía a su alrededor y que él no tenía los sentidos lo suficientemente agudos para apreciarlo o comprenderlo. Tenía la impresión de estar encerrado en una esfera de cristal, mientras que la vida discurría al otro lado, en el mundo real, y él desde su prisión solo conseguía atisbar retazos de rostros y conversaciones, sin entender el significado de todo aquello. Se sentía al margen, aislado, esa era la palabra que le rondaba por la cabeza todo el día sin saber una vez más por qué.

Topo se removió en su asiento, suspirando como un oso desde su guarida al despertar de un largo invierno, pero permaneció donde estaba. Daniel se inmovilizó, esperando escuchar de un momento a otro el ruido de sus pasos acercándose por detrás, con lo que los pelos de la nuca se le pusieron de punta, pero transcurrían los segundos y nada sucedía, por lo que volvió a sumergirse en sus lúgubres pensamientos. Antes de que reparara en ello, había dado cuenta de la segunda jarra y una tercera ocupaba el lugar de la anterior.

Al terminar la tercera ronda había llegado a la conclusión de que lo que necesitaba era marcharse de aquel lugar. Habían intentado cumplir una fantasía; todos aquellos planes de la casa en el campo, lejos de la civilización, tranquila y aislada del ruido y el bullicio al que estaban tan acostumbrados, cuando en realidad echaba de menos relacionarse con los demás, el ruido de los vecinos, el tráfico desde primera hora de la mañana y los gritos de los niños en la calle. De pronto era consciente de cuánto lo había echado en falta, como si acabara de rasgar la venda que le cubría los ojos, y estaba seguro de que Clara también. Ella nunca se había quejado aunque, desde el

mismo día de la mudanza, había empezado a perder su energía, la alegría que la caracterizaba; cada vez la notaba más meditabunda, la descubría vagando con la mirada a través de la ventana, perdida en sus propios pensamientos.

Pensar en regresar a aquella casa, su casa, le despertó un repentino escalofrío. Entonces se acordó de Clara, a la que había dejado allí sola en muchas ocasiones mientras él salía de viaje, y no podía imaginarse cómo se sentía en la soledad de la granja, sin más compañía que la visita ocasional de una vecina. Hoy también la había abandonado a su suerte. Y esa idea le propinó el empujón que necesitaba para volver a casa, resuelto a poner fin al malestar que les había estado aquejando durante aquel tiempo como un parásito sin ellos advertirlo.

Se levantó del taburete y el impulso por poco lo hizo volcar hacia atrás. Se agarró a la barra con las dos manos porque su cabeza comenzó a dar vueltas como si en lugar de un taburete hubiera bajado de un tiovivo. Delante de él había cuatro jarras vacías pero comprobó que sus ojos le mostraban al menos seis y a ratos ocho. Había bebido mucho más de lo que estaba acostumbrado y apenas era capaz de mantenerse erguido. Delante vio la cara sonriente del anciano camarero, que le miraba sin ocultar su satisfacción, flotando incorpórea entre las sombras del mostrador.

—¿Ya se marcha, amigo? La noche aún es joven.

Daniel no tenía ni la más remota idea de la hora que era y estaba seguro de que no sería capaz de averiguarlo por sus propios medios, pero de todas formas se abstuvo de preguntar; si se había hecho tarde, saberlo no le ayudaría a regresar antes a casa. Aquello le hizo percatarse de que no había entrado ningún otro cliente en el bar en todo el tiempo que llevaba allí; el local continuaba tan lúgubre y silencioso como al principio.

Daniel no estaba seguro de haber contestado, así que se limitó a sacar la cartera y poner unos billetes encima del mostrador, que no se molestó en contar, pues no se creía capaz de semejante proeza y no tenía la intención de hacer el ridículo delante de aquel hombre. Se giró con cautela hacia la puerta para encaminar sus pasos hacia la salida cuando la voz del anciano le detuvo.

—No parece en condiciones de conducir, ¿no se ha dado cuenta?

—Estoy bien, no pasa nada —respondió alargando las palabras y tratando de vocalizar correctamente, como un adolescente interrogado por su padre tras una noche de juerga.

—A mí no me lo parece, amigo. Creo que está bastante borracho.

—Se me pasará por el camino —insistió Daniel; en ese momento solo le importaba salir de allí, notaba la vejiga llena y a punto de reventar y no quería verse obligado a utilizar el baño del bar. Por un lado, le asqueaba imaginar el estado en el que podría encontrarse, algo que sin duda le haría vomitar de nuevo, y por otro, necesitaba concentrarse en dirigir sus pasos en una sola dirección, pues no estaba seguro de poder completar el trecho hasta el baño y de vuelta al coche sin sufrir ningún percance. Confiaba en que el aire frío le despejaría la cabeza.

—No puedo dejar que coja el coche en ese estado, podría matar a alguien, ¿se da cuenta? —La voz del anciano sonaba ahora más grave y más vigorosa, como si se hubiera sacudido unos cuantos años de encima, Daniel no quiso darle la razón, pero sabía que el hombre estaba en lo cierto: sería un milagro que lograra llegar a casa sin salirse del camino.

—Hay un sendero que lleva directo a la granja, atravesando el bosque. Es un atajo.

—¿Ah, sí? —respondió Daniel interesado, y no le pareció extraño escuchar la palabra granja saliendo de sus labios, después de todo, él vivía en una granja y no se le ocurría una razón para que ese anciano desconocido no supiera dónde se encontraba.

—No queda lejos de aquí, un agradable paseo bajo los árboles. Le sentará bien.

—Puede que tenga razón —subrayó sus palabras con un eructo que trajo de vuelta el amargo sabor de la cerveza a su boca y le provocó náuseas. Tenía que salir de allí ahora mismo—. ¿Dónde queda ese camino?

—Empieza justo detrás del bar; verá un suave terraplén y un sendero que se interna entre los arbustos, después solo tiene que seguirlo. Serán apenas tres o cuatro kilómetros.

Tres o cuatro kilómetros no significaban nada para Daniel, y no es que la distancia le resultara insignificante, es que no comprendía su implicación, de igual manera podría ser tres kilómetros que tres berenjenas; él solo quería ponerse en marcha, salir a respirar el aire puro, pues la atmósfera del bar le parecía cada vez más sofocante y arrastraba un desagradable tufo a podrido que hasta el momento no había apreciado; necesitaba orinar urgentemente y anhelaba más que nunca encontrarse en su casa, junto a su mujer.

—Si quiere, Topo puede acompañarle, conoce todos los caminos —añadió el anciano con su voz de siempre cuando Daniel se disponía a desprenderse de la barra para alcanzar la puerta y se rio de nuevo, como si hubiera contado uno de sus mejores chistes.

Daniel no le prestó atención, estaba harto de la conversación y del lugar, así que se limitó a agitar una mano en dirección al hombre rechazando el ofrecimiento y salió al fin al aparcamiento. Se desabrochó la bragueta y orinó en la propia puerta del establecimiento; no le importaba que le vieran, necesitaba expulsar aquel líquido abrasivo que le estaba quemando por dentro y si con eso conseguía además molestar al viejo tanto mejor, a ver si se seguía riendo después de aquello. Miró hacia su furgoneta, dócilmente aparcada enfrente y sopesó la posibilidad de regresar por carretera, pero la parte de su cerebro que todavía conservaba algo de sentido común le obligó desistir y en su lugar se dirigió a la parte trasera del edificio.

Exactamente donde dijo el viejo que estaría empezaba un estrecho sendero que se internaba en la espesura del bosque. La noche era oscura, no había estrellas ni luna y allí dentro las sombras eran más densas aún. Daniel lanzó una última mirada hacia su furgoneta, anhelando la seguridad y la comodidad del asiento del conductor, sin saber que nunca más volvería a sentarse en ella, y luego tomó el camino dando bandazos.

Los primeros metros fueron los más difíciles de recorrer; el camino descendía por una suave pendiente después de atravesar los arbustos y antes de internarse en el bosque, y en cuanto Daniel puso un pie sobre la grava suelta, perdió el equilibrio y, sin más apoyo que el de las finas ramas de los arbustos, rodó cuesta abajo

hasta detenerse al pie de los primeros árboles. La caída no fue tan dolorosa como se temió, salvo unas magulladuras en las rodillas y los codos, pero tuvo el beneficioso efecto de despejarle la cabeza y, cuando se incorporó, lo hizo con más seguridad que antes. Por pura precaución caminó despacio durante los primeros metros, inseguro, mientras a su alrededor la vegetación se hacía más espesa y la luz menguaba con cada paso; avanzaba con las manos extendidas, tanteando a ambos lados del camino. Transcurridos unos minutos empezó a recobrar la confianza perdida con la caída, su mente había recobrado buena parte de su lucidez y su vista se había acostumbrado lo suficiente a la penumbra como para distinguir el sendero serpenteando bajo sus pies y los troncos, ramas y piedras más cercanas.

El aire de la noche era frío y fragante, hacía varios días que no llovía y, sin embargo, allí dentro, bajo una cúpula cerrada de verde vegetación, se percibía la humedad en el suelo y en las hojas de los árboles. El olor de la tierra mojada era el más intenso, pero por debajo asomaban otras fragancias sutiles: de las plantas que reptaban por el suelo boscoso, de la savia goteando de los árboles y de las hojas muertas descomponiéndose entre la tierra y formando un lecho blando y viscoso. De vez en cuando escuchaba un ruido, el crujir de una rama, un roce de unas hojas con otras o el aleteo de un animal nocturno; al principio se inquietaba cada vez pero, poco a poco, todos aquellos sonidos tuvieron el efecto de tranquilizarle y empezó a sentirse uno más en el lugar; llegó a la conclusión de que el bosque le daba la bienvenida, le acogía entre sus brazos y cuidaba de que no le sucediera nada malo, guiándole hacia el interior de su seno.

Era una sensación embriagadora, se encontraba en sintonía con la naturaleza, hasta que sus pies comenzaron a guiarle por sí solos, como si caminara en sueños, disfrutando del paisaje nocturno, de los olores, de los sonidos y de la caricia de la suave brisa que se filtraba entre las copas de los árboles y que agitaba sus hojas creando una delicada melodía, pero sin preocuparse hacia dónde se dirigía, si tomaba la dirección correcta o si había equivocado el rumbo.

Daniel había perdido la noción del tiempo; no sabría decir cuándo había comenzado a caminar ni qué distancia había recorrido cuando de repente se detuvo sin un motivo aparente. Alzó la cabeza y comprobó que el sendero se había ensanchado en ese tramo y atravesaba una hondonada cubierta de hojas muertas y en proceso de descomposición. A pesar de que la zona se hallaba más despejada de vegetación y los árboles eran altos, el aire era opresivo, casi asfixiante, con el toque dulzón y empalagoso de la putrefacción. Daniel sudaba a chorros bajo la camisa, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, y tenía la frente bañada en una pegajosa película de sudor. Fue como si despertara de un sueño del que no recordara nada; se esforzó por descifrar qué hacía allí y dónde se encontraba exactamente y, cuando lo recordó, rezó por haber seguido la dirección correcta. Los bosques de la zona eran densos y se extendían durante hectáreas en todas direcciones; podría encontrarse a cinco o diez kilómetros en sentido contrario a su casa o su coche y no darse cuenta jamás. Aquel pensamiento le arrancó un escalofrío que le dejó tiritando de frío; la noche había refrescado y la humedad que le había parecido tan vigorizante al principio le calaba ahora hasta los huesos.

Comenzó a preguntarse qué le había empujado a seguir el consejo del desconocido camarero e internarse en pleno bosque de noche y sin conocer el camino, algo que a todas luces era una idea nefasta, y empezaba a idear mil alternativas mejores para regresar a casa y ninguna de ellas discurría por aquel lugar. El viejo del bar había mencionado enseguida el camino que llevaba a la granja, pero ahora que pensaba en ello por primera vez no recordaba haber mencionado dónde vivía. Cabía la posibilidad de que hubiera estado reflexionando en voz alta, cuando pensaba estar hablando consigo mismo, pero en aquellos momentos no estaba seguro de nada. Puesto que ya era demasiado tarde para arrepentirse, giró sobre sí mismo, tratando de ubicarse de alguna manera, buscando un punto de referencia o una zona que le resultara familiar; había paseado por ese bosque de la mano de Clara en alguna ocasión y creía que podría reconocer el lugar.

De pronto escuchó un sonido que no supo identificar, pero que, a pesar de ello, tuvo el efecto de dejarle petrificado y junto con él, el resto del bosque aguardaba estático. Daniel aguzó los sentidos, esperando que se repitiera; ¿era un animal herido?, ¿era alguna clase de llamada?, ¿o era una voz humana, de alguna retorcida manera? Aquel último pensamiento le erizó el vello de los brazos; era absurdo, pues no existía garganta humana capaz de emitir ese sonido, pero tampoco se parecía del todo a la de ningún animal al que pudiera ponerle nombre. Tras un minuto de tensa espera, el sonido volvió a surgir entre la espesura. Parecía venir de cerca y de lejos al mismo tiempo, trepando entre las copas de los árboles, rebotando de tronco en tronco hasta alcanzar sus oídos. Era una especie de chillido, agudo y ronco al mismo tiempo, que se arrastraba hasta Daniel entre la maleza. Su cuerpo empezó a temblar, las manos se sacudían con violencia a los lados del cuerpo y los músculos de las piernas sufrían violentos espasmos, contrayéndose y relajándose alternativamente.

Daniel se removió, luchando contra su propio cuerpo; no recordaba la última vez que se había sentido genuinamente asustado, como en ese momento y en aquel lugar. El chillido volvió a repetirse, pero en aquella ocasión un poco más cerca o un poco más fuerte; y en su cabeza comenzó a tomar la forma de un espeluznante llanto. Decidió ponerse en marcha y se regañó a sí mismo por sentir debilidad; el sonido era extraño, sin duda, pero podía tratarse de alguien que necesitara ayuda, de un animal herido, un niño perdido o cualquier inverosímil mezcla de los dos. La idea le hizo reír y tuvo que taparse la boca con la mano para ocultarlo, ya que no le parecía adecuado reírse en tal situación, pero tampoco podía dejar de hacerlo, lo achacó a los nervios provocados por la situación y a la posibilidad de que todavía estuviera un poco borracho.

Empezó a caminar en la dirección que le indicaban sus oídos, siguiendo el sendero que atravesaba la hondonada. El llanto se repetía de manera regular y cada vez era más fuerte; el sonido no era claro, sino que sonaba amortiguado, apagado; la palabra *encerrado* apareció en la mente de Daniel, seguida de una urgencia

que no podía ignorar. Trepó por una cuesta pronunciada, tropezando y levantándose a cada paso, azuzado por el sonido; encontró un árbol prominente y de tronco grueso a su derecha, y aunque el sendero se desviaba en aquel punto hacia la izquierda, Daniel supo que el origen del sonido se encontraba allí mismo. Se aproximó al árbol, pero no halló nada que llamara su atención: el tronco era amplio y nudoso, levemente inclinado allí donde se hundía en la tierra, sin duda sería cómodo recostarse a sus pies y descansar la espalda en él. Estaba tan cansado que fue exactamente lo que hizo, apoyando la espalda, la cabeza y estirando las piernas; cerró los ojos tan solo por un momento.

Un agudo chillido le abrió los ojos de golpe mientras su corazón martilleaba dentro de su pecho; estaba confuso, no recordaba haberse sentado ni sospechaba cuánto tiempo había permanecido en esa posición. Se levantó de un brinco y se apartó del árbol, sacudiendo la camisa, cuando sintió que la espalda le hormigueaba como si se hubiera dormido sobre un nido de termitas. Dio unos pasos hacia atrás y volvió a escuchar el mismo llanto, pero esta vez débil y apagado, aunque provenía exactamente de debajo de sus pies. Saltó hacia un lado, temiendo haber pisado una cría de pájaro o de otra clase de animal, pero en el lugar descubrió un pequeño montículo de tierra oscura. El terreno parecía recién removido, todavía fresco y húmedo, y nada crecía cerca de la protuberancia: era una parcela de tierra desnuda y yerma en el centro del frondoso.

Daniel se dejó caer de rodillas al borde de la pequeña explanada; de pronto las fuerzas habían abandonado sus piernas y tuvo que apoyarse sobre sus manos para evitar volcar hacia delante. Se sentía mareado, igual que al salir del bar, y se inclinó a un lado para vomitar de nuevo, pero tan solo consiguió expulsar un líquido viscoso que le abrasó la garganta. El sonido de un llanto amortiguado se dejaba escuchar con claridad, como si se abriera paso a través de capas y capas de tierra apelmazada y el material del montículo se movía levemente, subiendo y bajando al compás, respirando como un gran pulmón.

Daniel no pensó en lo que hacía; se sentía enfermo y la visión de aquella protuberancia hinchándose y deshinchándose al compás le

horrorizaba hasta un extremo cercano a la locura; sin embargo, hincó ambas manos en el suelo y comenzó a remover la tierra, apartándola a paladas con los dedos desnudos en un intento frenético de llegar a lo que permanecía allí enterrado. Daniel no pensaba; su cuerpo actuaba por su propia cuenta y su cabeza se había desconectado, incapaz de dar sentido a lo que sus ojos veían y escuchaban sus oídos.

Había cavado un hoyo de treinta centímetros y continuaba hundiendo los brazos hasta los codos cuando de súbito le asaltó un dolor punzante en el dedo índice de su mano izquierda. Tiró hacia atrás, tratando de sacar el dedo del agujero, pensando que se había pinchado con una espina o con la arista afilada de una roca, pero se dio cuenta con horror de que no podía mover la mano. Comenzó a tirar con fuerza, tratando de liberarse de lo que le estaba aprisionando, clavándose en su carne y llegando hasta el hueso, el dolor era cada vez más agudo, partía del dedo y se extendía por la mano, subiendo hasta la muñeca. Había algo allí debajo. Pensó en serpientes, pensó en escorpiones y en arañas enormes, en cualquier animal que pudiera anidar bajo tierra y morder de aquella manera tan feroz, provocando un dolor que amenazaba con dejarle sin sentido. Cuando al fin logró sacar el brazo del hoyo, ayudándose con su mano derecha en un desesperado movimiento al que imprimió toda la fuerza que le quedaba, arrastró consigo al habitante del agujero y pudo verlo a la luz de la luna, que aprovechó aquel momento para asomar a través de las copas de los árboles más altos.

Se trataba de una pequeña criatura que podía ocupar con holgura el espacio abierto sus dos manos; su color era grisáceo y amoratado, con terrones de tierra adheridos a la piel como costras. Miraba a través de dos ojos redondos y blancuzcos como la leche, surcados por gruesas venas amarillas que palpitaban dentro de las cuencas, bombeando un líquido viscoso que goteaba por las comisuras. Los brazos y las piernas recordaban las de un insecto, delgadas y quitinosas, con membranas en las palmas de las manos y de los pies, y rematadas por unas afiladas uñas. Pero sin duda lo más horrible de todo el ser era su boca, una hendidura irregular, torcida,

que atravesaba su cabeza deforme, repleta de apretados dientes, afilados y negros como los de un anciano. El hedor que salía de aquella abertura no era comparable a nada que Daniel hubiera olido nunca y estuvo a punto de perder el control de sus intestinos cuando vio un líquido negruzco rezumando entre sus dientes y resbalando por su maltrecha mano. La herida que le había abierto estaba adquiriendo un color pardo nauseabundo y el dolor subía por el brazo, palpitando y paralizándolo como por efecto de algún veneno.

Daniel quiso luchar, defenderse de la criatura, y trató de zafarse con la mano libre al tiempo que se ponía en pie, pero sus piernas no le respondieron y cayó al suelo de costado, quedando a mercede del ser, que le miraba con ojos opacos. Hubo un momento de silencio, un instante de tregua en el que todo el bosque a su alrededor contuvo la respiración, esperando el desenlace, y entonces la pequeña criatura que nunca tuvo nombre se abalanzó sobre el rostro deformado por el pánico de Daniel. No tuvo tiempo de gritar ni de tomar una última bocanada de aire, tampoco pudo recordar por última vez antes de morir el amado rostro de Clara, que le esperaba en casa, ni pensar si alguien alguna vez encontraría su cuerpo entre la maleza o lo que quedara de él cuando todo hubiera terminado.

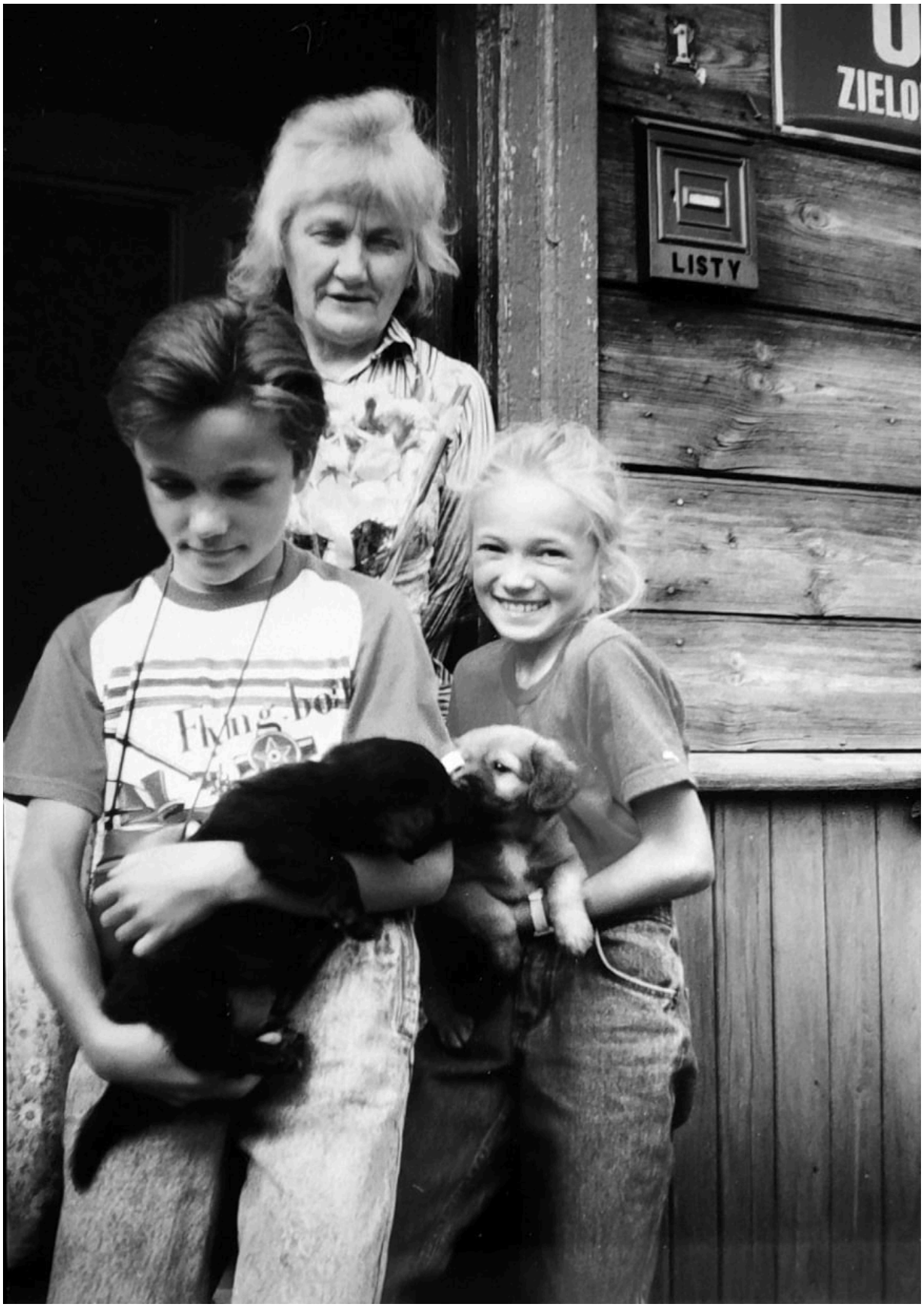
Sus piernas y brazos se convulsionaron con violencia bajo el abrazo del ser y transcurridos escasos segundos, todo su cuerpo quedó exangüe, con las manos extendidas a ambos lados, reposando indiferentes bajo el cielo estrellado. En el silencio que siguió al ataque se pudo apreciar con nitidez la succión que ejercía su boca aplastada contra la de Daniel, chupando y sorbiendo los fluidos con un apetito voraz, un ansia reprimida durante demasiado tiempo. La piel del rostro se rasgó con el sonido de una sábana desgarrada y la succión se prolongó durante largos minutos, seguido del crujir de huesos troceados por la presión de una potente mandíbula. La criatura se afanó durante mucho tiempo sobre el cuerpo cada vez más menguado de Daniel y, para cuando hubo terminado, la oscuridad daba paso a una penumbra grisácea y neblinosa.

Se apartó de los jirones de ropa que habían quedado en el suelo sobre un reseco charco de sangre —la única huella que quedaba del cuerpo de Daniel y que desaparecería con la siguiente lluvia—, husmeó el aire y volteó su cabeza deforme en todas direcciones. Finalmente echó a correr, agazapada y encorvada, apoyándose en sus cuatro extremidades, tomando el sendero que había llevado a Daniel hasta él para desaparecer entre la maleza.

Poco a poco, los ruidos propios del bosque comenzaron a revivir de nuevo, primero el grito de un pájaro, después la respuesta de otro más lejano, las pisadas de un animal desplazándose por entre las ramas de los arbustos más bajos y, finalmente, el aire de la mañana agitando las hojas de los árboles y componiendo su acostumbrada melodía. La vida volvía a abrirse paso en el bosque, el peligro había pasado, se había marchado por fin de aquellas tierras mancilladas, dejando un rastro de sangre a su paso que apenas acababa de empezar.

Fin




1
LISTY

ABOUT THE AUTHOR

Daria Pietrzak



Daria nació en una remota ciudad de Polonia, donde abunda el frío y escasean las vocales. En su infancia cambió el blanco de aquellos interminables inviernos y el color gris de su ciudad natal por los verdes y ocres de la sierra madrileña y sus largos días de sol, a los que empieza a acostumbrarse.

Cursó estudios en fotografía con la intención de dedicarse al mundo del cine, aunque su sueño nunca llegó a materializarse. Años más tarde encontró otra manera de contar sus historias y desde entonces se esfuerza por dar vida con palabras a los monstruos que habitan en su mente.
Es amante del terror, al que dedica la mayor parte de sus relatos, sus novelas y de su tiempo libre, aficionada a vagar por mundos de fantasía y una jugadora entusiasta de los juegos de rol. Le encanta sumergirse entre las páginas de un libro y explorar los rincones más oscuros de la mente humana, allí donde nacen las pesadillas.

Ama la soledad y el heavy metal y vive rodeada de libros y pelos de gato. Conserva la esperanza de habitar un confortable agujero hobbit desde el que escribir historias que nos recuerden que la oscuridad siempre nos aguarda al otro lado de nuestra puerta.

Hasta la fecha, ha publicado dos libros de relatos Cuentos extraños (La biblioteca del laberinto, 2019) y Cuentos de amor y muerte (Dilatando Mentes, 2024), y las novelas, El morador, Inanición (Dilatando Mentes, 2021 y 2022) y La música del pantano (Obscura, 2023).
Su novela más conocida, El morador, ha alcanzado la décima edición en papel, consolidándola como una voz reconocida dentro del terror independiente.

BOOKS BY THIS AUTHOR

Inanición

Silencio.
Paz y tranquilidad.
La caricia del sol en el rostro.
Largas tardes de verano y momentos compartidos de felicidad.
Lucas soñaba con tener todo eso y mucho más: huir, dejar atrás su pasado, formar una familia y vivir en paz en su propio hogar. Y estaba convencido de que lograría hacer realidad sus deseos en el olvidado pueblo de San Nicolás.

Pero hay lugares en este mundo que no deben ser molestados, con caminos enterrados bajo el polvo que es mejor dejar atrás y recuerdos que deben descansar para siempre, sepultados bajo una capa de tiempo, donde nadie pueda encontrarlos jamás.
Lugares olvidados que aúllan con un hambre voraz, donde los fantasmas bailan bajo la luz y las sombras visten el mundo con un manto de realidad.

Son lugares como San Nicolás, que esconden terribles secretos enterrados entre sus raíces, en las profundidades de una tierra en la que nunca penetra la luz del sol.
Son secretos que caminan por sus calles cuando llega la oscuridad, con los dientes afilados y el estómago vacío, ansiosos por saciar su apetito con la carne de todo aquel que se atreva a traspasar el umbral.

Cuantos De Amor Y Muerte

Entra, no tengas miedo. Puedo sentir tu curiosidad. Has venido a divertirte. Has venido a llorar y a sufrir. Has venido a amar y, tal vez, morir.

Entra, déjate llevar. Muéstrame los secretos que guardas en tu interior. Contémplalos bajo la luz de los focos y, esta vez, deja que ellos te devuelvan la mirada.

Entra, ya es tarde para volver atrás. Las sombras crecen, las luces se apagan y los primeros compases de la música resuenan en la sala. Toma asiento y abre bien los ojos. No estás solo en esta oscuridad. Comienza una función que no podrás olvidar.

La Música Del Pantano

El pantano de Kanda esconde un gran secreto bajo sus turbias aguas Alex encuentra en la trastienda de la vieja librería en la que trabaja un misterioso libro que cambiará su vida para siempre. Se trata de una guía de viajes que le descubre el pantano de Kanda, un pequeño paraíso oculto.

Alex decide entonces embarcarse en un viaje por el valle de Kanda que lo llevará a descubrir las fascinantes criaturas que allí habitan y experimentar la amistad y el amor como jamás lo había hecho. Pero, por maravillosa e idílica que pueda parecer, la vida en el pantano exige un precio que Alex ignora. Por cada regalo que ofrece, las oscuras y caprichosas aguas de la laguna claman un tributo. Pero Alex está más que dispuesto a pagarlo si ello supone no alejarse nunca más del rincón del mundo que ha comenzado a llamar hogar.

Cuentos Extraños

En este volumen de cuentos, las cosas no siempre son como parecen.
Todas estas historias empiezan con una aventura intrascendente que, poco a poco, va adentrando al lector en un mundo delirante donde lo que impera es el terror en su estado más puro.

Si «Katherine» cuenta con todos los ingredientes del buen relato de terror psicológico, «Criatura» y Pablo, soldado de infantería» no se quedan atrás y nos introducen en el mundo peculiar y desconocido de esta autora, donde el terror es algo más terrible de lo deseable por lo cercano que se presenta.

Esta antología, la primera obra publicada de la autora (La biblioteca del laberinto, 2019), une los elementos clásicos del género con una visión más moderna y consigue transmitir con palabras certeras unas emociones que en ocasiones tenemos demasiado escondidas en nuestro interior.

La Grieta

Para Franky, el descenso al infierno comenzó cuando descubrió el anuncio del apartamento en alquiler entre las páginas del periódico. Lo que no sabía era que, en realidad, había sido el apartamento el que le había encontrado a él y, desde el primer momento en que puso los pies en el portal, su vida comenzó a deslizarse sin control por el tobogán de la demencia y el terror. Y descubrió que algo le esperaba agazapado allí abajo.

¿Qué sucede cuando el velo que cubre este mundo se rasga y nos permite atisbar un pedazo del otro lado?
¿Qué se puede hacer si la barrera que separa nuestra realidad de aquello que habita fuera se rompe y deja salir a sus monstruos?
¿Y si eso sucede dentro de tu habitación?

Entonces, cuando las pesadillas caminan a tu lado bajo la luz del día,

cuando se tumban en el colchón junto a tu costado y te susurran palabras envenenadas al oído, solo queda una salida: perder la razón y bailar con la locura.